

caminos

15

Carlos R. Cabarrús s.j.

La mesa del banquete del Reino

Caminos

La mesa del banquete del Reino
Criterio fundamental del discernimiento

Carlos R. Cabarrús s.j.

6^a
edición



Desclée De Brouwer

desclée

LA MESA DEL BANQUETE
DEL REINO

Criterio fundamental del discernimiento

6ª edición

CARLOS RAFAEL CABARRÚS S. J.

LA MESA DEL BANQUETE
DEL REINO

Criterio fundamental del discernimiento

6ª edición

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 1998

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

1ª edición: diciembre 1998

6ª edición: mayo 2007

© Carlos Rafael Cabarrús S.J., 1998

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROWER, S.A., 1998

Henao, 6 - 48009 Bilbao

www.edesclée.com

info@edesclée.com

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-1349-1

Depósito Legal: BI-1704/07

Impresión: RGM, S.A. - Bilbao

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
1. LA OSADÍA DE DEJARSE LLEVAR	15
Primera Parte: La metodología del discernimiento	18
Segunda Parte: La Pedagogía: El examen cotidiano	50
Tercera Parte: Postscriptum	70
2. ACOMPAÑAMIENTO PARA EL DISCERNIMIENTO	73
Principios psicológicos y experiencias del espíritu .	73
Los objetivos del acompañamiento espiritual	74
El método para acompañar: el discernimiento	76
Los desafíos del acompañante	79
Signos de la conversión	81
La necesidad de los principios psicológicos	83
El perfil del acompañante espiritual	89
3. BUEN ESPÍRITU Y MAL ESPÍRITU EN SITUACIONES ESPECÍFICAS DE LA IGLESIA DE HOY	93
La presencia del mal en nuestra Iglesia	95
El discernimiento del espíritu del mal: sus reglas ..	116
Los impulsos discretos de Dios en la Iglesia de hoy	126
Reglas para sentir desde los pobres con el mundo de hoy	136
Conclusión	143
4. LA MESA DEL BANQUETE DEL REINO. CRITERIO FUNDAMENTAL DEL DISCERNIMIENTO	147
Primera Parte: El discernimiento humano	148
Segunda Parte: El discernimiento cristiano	162
Conclusión	194

5. GUÍA DE REFERENCIA PARA LA PRÁCTICA	
DEL DISCERNIMIENTO	203
El discernimiento: las fuerzas en juego y su expresión	203
Los estados espirituales	205
Las épocas espirituales y el proceso personal	208
El discernimiento de la consolación.	209
El discernimiento de la desolación	212
El Estudio de las tretas: la acción del mal espíritu	215
El proceso de discernimiento: visión sinóptica	216
APÉNDICES	225
<i>Primero:</i> El examen de la oración y su metodología	225
<i>Segundo:</i> El Discernimiento personal compartido	227
<i>Tercero:</i> Las reglas ignacianas de discernimiento	231

*Ignacio seguía al Espíritu,
no se le adelantaba.*

*De ese modo
era conducido con suavidad
a donde no sabía.*

*... Poco a poco
se le abría el camino
y lo iba recorriendo.
Sabiamente ignorante,
puesto sencillamente
su corazón en Cristo.*

(Nadal)

PRÓLOGO

Este libro es una recopilación de varios artículos escritos en más de una década de trabajo en la línea de una espiritualidad enmarcada en el compromiso de no separar la fe y la justicia que de ella brota (Rom 9, 30). Presentamos los artículos –que forman los capítulos del libro– tal y como fueron surgiendo a lo largo de los años. No hemos querido rehacerlos –aunque hemos hecho algunas actualizaciones– sino mostrar bien la evolución que hemos experimentado en la captación del discernimiento cristiano a la manera de Ignacio*. El capítulo cuarto es un artículo todavía inédito que le da el nombre a todo el libro.

El primer capítulo es nuestro artículo *La osadía de dejarse llevar*. Fue escrito a mediados de 1985, publicándose por primera vez en la revista *Diakonía*, y en otras publicaciones de la Compañía de Jesús de Latinoamérica (Colombia, Chile, México). Con este trabajo intentábamos recopilar de una manera ordenada y pedagógica lo que se entendía sobre el discernimiento ignaciano. En la primera parte de ese capítulo está la presentación de lo que es el discernimiento y en una segunda parte, el camino para aprender a hacerlo: el examen cotidiano.

* Quiero agradecer a Esther Lucía Awad Aubad por toda la laboriosa colaboración para ayudar a la edición de este libro. Marita Oliver, José Luis Amorós y Carlos Manuel Álvarez ayudaron a la presentación final.

El segundo capítulo del libro es *Acompañamiento para el discernimiento: principios psicológicos y experiencia del espíritu*, fue presentado como ponencia en el Simposio internacional sobre Psicología y Ejercicios ignacianos, de la cual salió el libro con el mismo nombre (Ed. Mensajero-Sal Terrae, Salamanca, 1989). Ha sido publicado en la revista *diakonía*, como también en otras de Latinoamérica. Tiene como objeto ofrecer guías y criterios a la persona que acompaña el proceso de discernimiento: se dan los objetivos del acompañamiento, el método de hacerlo, los desafíos del acompañante, los signos de la conversión, la necesidad de ciertos principios psicológicos y por último el perfil del acompañante.

El tercer capítulo, "*Buen Espíritu y mal espíritu*" en situaciones específicas de la Iglesia de Hoy; este artículo fue la ponencia presentada en el Congreso Internacional de Ejercicios, y fue publicado en el libro que lleva el mismo nombre (Ed. Mensajero-Sal Terrae, 1991). Ha sido también publicado en nuestra revista *Diakonía*, y en revistas de la Compañía de Jesús en México y en Chile. Ofrece en primer lugar un repaso actualizado del tema del discernimiento, y en segundo lugar revela las posibilidades de un discernimiento de cara no sólo a un proceso personal, sino a los aconteceres de los diversos estamentos en la Iglesia: jerarquía, pueblo de Dios, congregación religiosa.

El cuarto capítulo es el que da el nombre a este libro: *La mesa del banquete del Reino, criterio fundamental del discernimiento*. Consta de dos partes. En la primera se dan los requisitos humanos básicos para poder entrar al discernimiento cristiano. En la segunda parte, se explicita fundamentalmente el derrotero de las mociones de Dios. Si algo es del Señor nos llevará a la "mesa" del banquete del Reino y a las imágenes de Dios que nos reveló Jesús.

El quinto capítulo es un resumen orientado a la praxis: una *Guía de referencia para la práctica del discernimiento*. Recoge en

unos pocos apartados todo lo que respecta a este libro. Se ofrece también un diagrama sinóptico comentado que sintetiza lo tratado.

Los apéndices ofrecen algunos materiales pertinentes al discernimiento: el examen de la oración y el esquema del discernimiento personal compartido. También se presentan las reglas ignacianas de discernimiento según el orden tipográfico que nos brinda el P. Gil, S.J. en su libro *Discernimiento* (CIS, Roma, 1988), porque clarifican su lectura.

Esperamos que este libro, que muestra una evolución, nos haga conscientes de cómo todo en la experiencia de fe es peregrinaje, ahondamiento y confrontación con el llamado del Señor. Llamado siempre inédito, siempre plenificante, siempre en beneficio de sus preferidos: pobres y pecadores.

Carlos Rafael Cabarrús, S.J.
Instituto Centroamericano de Espiritualidad.
Guatemala, noviembre de 1998.

1

LA OSADÍA DE DEJARSE LLEVAR¹

Discernir no es fácil. Todos, de alguna manera, hemos experimentado dos polos muy típicos a este respecto: los que complican en grado sumo lo que quiere decir discernimiento —convirtiéndolo así en algo sólo para iniciados—, o los que denominan fácilmente discernimiento a cualquier reflexión o discusión... Ambas posturas han hecho mucho daño. Discernir es difícil. La dificultad no estriba solamente en encontrar la metodología adecuada, sino también en los requisitos que implica. Una condición capital es el contacto con la pobreza y con la lucha contra ella. La vinculación con la lucha de los pobres se convierte en "condición de posibilidad", así como también en "criterio de verificación" del discernimiento cristiano. El discernimiento nace de una toma de posición con Jesús pobre y humillado actualmente (requisito) y lleva a defender su causa (verificación). Sólo en esas condiciones y con esos frutos es verdadero discernimiento.²

Discernir supone, adentrarse en el misterio de la Voluntad de Dios. Nada más ajeno al discernimiento que la seguridad en el juicio propio... Por principio, discernimos para buscar la voluntad de un Dios que es misterio; cuyos caminos no son

1. Publicado por primera vez, en la revista *Diakonia*, número especial, septiembre de 1987.

2. Cfr. C.G. XXXIII, n.º. 41, en *Congregación General XXXIII de la Compañía de Jesús*, Ed. Mensajero, Bilbao, 1894, pp. 72-73.

los nuestros... y esto se tiene que dejar sentir obviamente. Discernir no es ver claridad sino ser dóciles para dejarse llevar por los impulsos de Dios, por donde muchas veces no entendemos...

Discernir supone además, unas actitudes de calidad humana, supone "*subiecto*".³ Quien no tiene en el corazón comprensión y misericordia, quien no puede perdonar, quien no tiene capacidad para querer y ser querido, difícilmente se podrá poner en clima de discernimiento, ya que esto es también fruto de la madurez humana. Pero, al mismo tiempo, se necesitan actitudes profundamente cristianas. En el discernimiento al estilo ignaciano, no se va a elegir entre lo bueno y lo malo, sino que se quiere uno decidir por "lo mejor" (el *magis* concreto): los criterios son los de las "*Banderas*",⁴ la petición es estar en "*tercera manera de humildad*".

Este capítulo consta de tres secciones básicas: la metodología del discernimiento, el examen cotidiano y un postscriptum.

En la *primera parte* se presenta lo que corresponde a la *metodología del discernimiento*, más que a la teoría del mismo. Se comienza explicando cómo discernir es realmente una "osadía", pero una osadía que tiene una traducción histórica de praxis de más de cuatrocientos años, desde Ignacio de Loyola, y que data del mismo Evangelio. Se habla en esta parte del origen y desarrollo del discernimiento; luego se pasa a algo clave: el estudio de dos "épocas" espirituales (Ignacio

3. Término usado por Ignacio de Loyola para dar a entender a una personalidad física y psíquicamente sana.

4. Se alude a la meditación de "Dos Banderas" (la de Jesucristo y la del Enemigo), que, como meditación sobre dos estrategias contradictorias para la evangelización, Ignacio ubica en el corazón de su libro sobre los Ejercicios espirituales. Una buena versión ignaciana de las alternativas que los Sinópticos señalan como centrales para Jesús en sus tentaciones.

las denomina "semanas"), según las cuales varía todo el proceso de la discreción de espíritus. Se destaca lo importante que es señalar la época en que se está y el derrotero que sigue. Enseguida se ofrece un estudio comparativo de la acción del Mal Espíritu (ME) que arroja luz para saber descubrirlo y para poder vencerlo. Se trata después otro elemento clave para discernir: la comprensión de lo que es "*desolación*", la lucha contra ella y el aprovechamiento de los momentos de consolación. Esta última, por su efecto, es pragmática: se trata de un regalo para la colaboración con el trabajo por el Reinado de Dios⁵. Concluyendo esta parte, se dice algo sobre el papel de la "confirmación" del discernimiento y de la necesidad de que éste se ratifique en la biografía y en la historia.

En la *segunda parte*, se ofrece un camino para hacer el *examen cotidiano* desde un punto de vista pedagógico. De ahí que se presente un modo concreto de cómo hacerlo y se saquen las luces que éste ofrece para comprender el discernimiento como fruto de la confrontación entre "los espíritus" y los diversos tiempos que se van viviendo, y crecer así en la fidelidad al Dios siempre mayor. Se comienza con las dificultades prácticas del examen, haciendo énfasis en *qué no es* el examen de conciencia, para luego poner los objetivos de qué cosa sí debería ser. Se termina, como ya señalábamos, explicando lo que la práctica del examen nos revela del discernimiento mismo, no sin antes hablar de un requisito básico: el descubrimiento de lo que denominaremos la consigna.

Finalmente en la *tercera parte* encontramos el *postscriptum*, en él hacemos ver que la osadía, con todo lo arriesgada que puede aparecer, sólo se logra a partir de nuestra flaqueza y desde el impulso de Dios.

5. Cfr. 2 Co 1, 3-7, que inspira a Ignacio.

PRIMERA PARTE: LA METODOLOGÍA DEL DISCERNIMIENTO

1. LA OSADÍA DE DEJARSE LLEVAR

Como se irá mostrando a lo largo de estos apuntes, discernir es simplemente "dejarse llevar" por el Señor. Sin embargo este "dejarse llevar", si se analiza bien, es una osadía.

Discernir es una osadía de cara a la libertad; requiere, además, una libertad osada. La libertad no es una fuerza ciega, está cimentada siempre en la racionalidad de las cosas. En la vida espiritual, empero, la libertad tiene que ser osada. Con esto no hacemos sino jugar con uno de los términos paulinos más significativos para designar la libertad del cristiano: "parresía" (Ef 3, 12); es la osada libertad la que identifica al cristiano. La libertad cristiana es osada, pero la mayor osadía es "dejarse llevar".

La osadía de la libertad que el discernimiento requiere, consiste, de cara a uno mismo, en permitirse y atreverse a proceder ciegamente por donde la razón ya no puede acompañar las actuaciones humanas. La libertad ayuda a proceder a ciencia cierta por donde se cree que es lo prudente, o simplemente por donde quiere la voluntad. En el caso del discernimiento, se opta osadamente —de cara a la libertad— por donde no se ve, por donde se es llevado. En este sentido se reproduce la experiencia de Ignacio de Loyola, rudo aún en los meses que siguieron su conversión, quien era llevado por donde no sabía... "Ignacio seguía el Espíritu, no se le adelantaba. Y de ese modo era conducido con suavidad a donde no sabía" (Nadal, citado por Arrupe: *Identidad del Jesuita*, 409. Sal Terrae, 1981).

Discernir es una osadía porque presupone el concurso de Dios, un Dios que ha impulsado y que por tanto —ahí está el "atrevimiento"— se cuenta con que impulsará sin límites...

Discernir es una osadía porque de alguna manera se compromete a Dios a seguir trabajando en cada uno: se da por supuesto que Él seguirá interviniendo.

Aunque quizá la mayor osadía del discernimiento es que el término vital del movimiento que nos impulsa –la acción del Espíritu en nosotros– no es otro sino la cruz en cualesquiera de sus traducciones historizadas. No es la cruz de la falsa ascética sino la cruz que se desprende del compromiso con un Dios que está en el pueblo. Una cruz que por tanto, vincula con el dolor de los pobres y con su suerte. De ahí que discernir sea también osadía porque nos introduce de lleno en las corrientes históricas en pugna y nos hace optar por la elección primordial de Dios: la causa de los necesitados.

Pero si discernir es "dejarse llevar", entonces es descubrir la fuerza de Dios y del mal en cada uno. Conocer sus campos, conocer dónde se asientan, conocer las tácticas que utilizan y sobre todo reconocer las reacciones personales ante el buen y el mal impulso.

Discernir es optar, pero una vez aclarados los campos en donde nos movemos (Dos banderas)⁶. Discernir no es escoger entre el bien y el mal, para eso ya están los mandamientos..., sino optar siempre por el medio más eficaz, el que me coloca en la disposición espiritual por excelencia de "dejarme llevar hasta ponerme con el Hijo en la cruz" (Binarios). Discernir es estar con la mirada puesta en Cristo Jesús que muere y resucita y que me llama a colaborar con su tarea, pero dentro de su

6. Se hace referencia acá, nuevamente, a la célebre meditación de "Dos Banderas", clave de comprensión del discernimiento ignaciano (cfr. Ejercicios Espirituales, n^o 136 ss.), en cuanto establece la polaridad dual del seguimiento de Cristo. La meditación de "Binarios" –o tipos de gente– (EE n^o 150), evalúa por su parte, la disponibilidad al seguimiento y la elección de los medios más eficaces. "Tres maneras de humildad" (EE n^o 164), tiende a evaluar el afecto y la comprensión siempre más radical de lo que significa el seguimiento mismo.

propia lógica: la muerte que trae vida. Por eso, discernir es acercarme siempre a la tercera manera de humildad, sin poder alcanzarla tal vez nunca, pero impulsado ya por la fuerza por donde el Señor ya me está llevando.

El discernimiento es claramente un proceso personal, pero que no tiene validez si no es contrastado por alguien con "autoridad eclesial". Esto fue para Ignacio, en su propia biografía, algo muy importante y esclarecedor. Desde la escena en Tierra Santa con el guardián franciscano (Autobiografía, nº 40), hasta el profundo sentimiento del "cuarto voto"⁷, Ignacio nos está insistiendo en que sólo tiene total validez un discernimiento que se puede cotejar eclesialmente. Por eso el ejercitante tiene que contrastarse al menos con el acompañante de los ejercicios.

Discernir es descubrir la acción del Espíritu que nos impulsa ya, pero siempre con un telón de cotejamiento que confirma, por decirlo así, y ratifica lo que se ha descubierto en la interioridad, o por el contrario, disuade de ello e invita a una reconsideración.

Obviamente hay varios tipos de discernimiento. Está el discernimiento *personal*, por ejemplo, la elección de estado de vida o la reforma radical de ésta en el mes de ejercicios, o las múltiples elecciones diarias en el examen cotidiano. Está el discernimiento *personal compartido*: frente a un grupo de "amigos en el Señor" se comparte lo que cada uno está viviendo y discerniendo. Así mismo está el discernimiento *comunitario* cuyo fin es descubrir qué exigencias va postulando el Señor y por dónde va impulsando un proceso de vida común. Por último está el discernimiento *apostólico* que es propiamente una deliberación sobre lo que debe recrearse o reorientarse en la búsqueda y preparación del Reino de Dios en la historia.

7. Se refiere al voto de especial obediencia al Papa para seguir sus deseos o "misiones", voto que los profesos de la Compañía añaden a los votos de pobreza, castidad y obediencia.

Cada uno de estos discernimientos tiene metodología distinta, aunque en el fondo convergente. Por ejemplo, al discernimiento apostólico debe antecederle como dato fundamental, no siempre evidente, una exposición técnica y científica de la situación donde se pretende actuar, y este análisis de la realidad debe presentarse con la mayor criticidad y cuidado posible. El discernimiento personal no necesita tanto de esta mediación. Pero el procedimiento de querer sólo buscar lo que más conduzca, y el de cribar los sentimientos propios y las mociones de "los espíritus" pueden ser juzgados en ambos casos por las mismas famosas reglas ignacianas de "discreción de espíritus".⁸

2. ORIGEN Y DESARROLLO DEL DISCERNIMIENTO IGNACIANO

"Dejarse llevar" decíamos que era una osadía. Para dejarse llevar es preciso reconocer al Espíritu. "Dejarse llevar" no ocurre en una atmósfera de tranquilidad y quietud, sino en un clima de conflictos y movimientos contradictorios en la intimidad personal. Hay diversos impulsos, opuestos a menudo. El Señor y "el espíritu de este mundo" batallan por nuestra libertad.

De ahí la importancia de contar con criterios o reglas para percibir los rasgos contradictorios (abierta o encubiertamente) del buen y del mal espíritu. Ignacio nos brinda sus reglas. Estas son reglas prácticas que se han recogido a través de una larga experiencia en la propia vida de Ignacio y de su oficio

8. "Espíritus" son para Ignacio tanto el Espíritu Santo, que mueve los corazones y hace actual en la historia el recuerdo de Jesús el Señor, como "el Enemigo", bien sea entendido como espíritu del mal, ángel de las tinieblas, "padre de la mentira", "homicida desde el principio" —en forma personal— o como el talante del "mundo éste", es decir el espíritu de acumulación egoísta, de búsqueda de prestigio, de ansia de poder y, finalmente, de sentido de orgullosa superioridad personal o social, étnica, racial, etc.

como consejero y director. Reglas que como bien señala su autor, manifiestan únicamente el comportamiento "ordinario", la manera como suele comportarse el buen y el mal espíritu, *ut solet, ut in pluribus*. (313-336)⁹.

La experiencia originante de estas reglas data de los días de convalecencia en Loyola, donde Ignacio no sólo descubre el mundo de los movimientos interiores, sino que aprende a descifrarlos, vislumbrando la finalidad que ellos tienen. De ahí comienza a deducir principios espirituales de diferentes impulsos: el buen y el mal espíritu. (Autobiografía: 7, 8, 20, 21, 25, 54, 55).

El tiempo lúcido para comprender las reglas no como una colección más o menos ordenada de recetas piadosas, es la propia puesta en práctica de ellas, en el mes de ejercicios; pero, como escenario, "Dos Banderas" ofrece una situación paradigmática insuperable.

En "Dos banderas" no solo se nos invita a demandar la gracia de recibir "conocimiento de los engaños del mal caudillo y ayuda para dellos me guardar" (139), sino que se nos invita a demandar, asimismo, la gracia de hacer alianzas con el Señor en el coloquio, –diálogo con el que termina la oración (174)–.

Allí se muestra como evidencia que discernir no es sólo descubrir y separar los espíritus, sino hacer opciones concretas. Discernir es optar (313).

Quizá uno de los más grandes aciertos de esta meditación es precisamente el señalamiento de la "Babilonia" y de la "Jerusalem" en la vida de cada uno.¹⁰ Nos invita a percatarnos

9. Los números que van entre paréntesis se refieren al texto de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. (EE).

10. En su estilo de proponer meditaciones Ignacio da importancia a lo que llama "composición viendo el lugar", es decir, a una escena que, encuadrando la meditación o contemplación, haga alianza con la fantasía humana y la ponga al servicio de la comunicación de Dios con el corazón del ser humano. "Babilonia" le sirve –en su resonancia bíblica– para encuadrar imaginativamente la estrategia del Mal Espíritu. "Jerusa-

del proceso encarnatorio de ambos espíritus y de cómo estas relaciones geográficas y sociales (incluyendo lo económico, lo político y también lo afectivo), son fuerzas externas a nosotros pero que tienen un cierto "acceso" conocido a través de nuestros pecados y pactos anteriores con el mal, o de nuestro anterior seguimiento de Jesús.

Todo discernimiento bien hecho llevará al derrocamiento de las "Babilonias" y al proceso de construcción de "Jerusalenes". Ahora bien, toda esta batalla es fruto y a la vez requisito –aunque parezca paradójico– de la petición del coloquio (147).

En "Dos banderas", Ignacio pasa a hablar de las tretas del mal espíritu (ME). Conviene recordar como el ME se asienta, se aprovecha y cabalga sobre las heridas psicológicas del pasado personal o sobre debilidades temperamentales de la condición humana concreta. El modo de ataque del ME puede variar según se esté en primera o en segunda época espiritual. Pero la táctica del ME será "echar redes y cadenas", es decir, encubrir su estrategia o hacerla atractiva, conectándola con afecciones y pasiones propias de cada persona. El derrotero ("a dónde me llevan") de esas tácticas del ME es claro que, en Ignacio, tiene una trayectoria muy definida: de riqueza a vanagloria, de ahí a poder y soberbia, y de ahí "a todos los vicios". Cada uno tiene que buscar los escalones reales y propios por donde siempre el ME desbarranca, sea a corto o mediano plazo, según tiene con tácticas de primera o de segunda época espiritual.

En lo que respecta al Buen Espíritu (BE)¹¹ se da una contrapartida exacta (138). La "Jerusalén", en primer lugar, como escena básica, como bastión de la acción del Espíritu en mí. Luego viene el análisis de las mociones, que también –hay que notarlo– pueden montarse sobre nuestras heridas, pero no

lem" –también bíblicamente evocada– encuadra la estrategia del Espíritu del Padre y de Jesús.

11. Buen espíritu (BE) se refiere al Espíritu Santo.

para agrandarlas o sangrarlas más, sino para restañarlas y curarlas. En este sentido, esta actividad "curativa" es reflejo de una de las actividades más significativas de Jesús de Nazaret en su vida histórica. Pero las mociones¹² no sólo utilizan –como las tretas– el campo de las heridas para actuar. Hay un sinnúmero de "mociones", gracias o impulsos, que se experimentan –dice Ignacio– como viniendo al "corazón sin causa precedente" (330). Nos aventuraríamos a decir que esto tiene relación con una moción que no tenga conexión con alguna herida o alguna fragilidad humana ya experimentada.

Sobre las "tácticas" del BE, haríamos una transposición de momentos claves en la espiritualidad Ignaciana. En el Examen¹³ San Ignacio presenta el ideal –"Tres maneras de humildad"– al candidato a la Compañía de Jesús y allí se le demanda si ya se "halla en los tales deseos tanto saludables y fructíferos". Esto no nace, obviamente, de la fuerza propia; de estar allí sería porque el Señor lo ha conducido hasta ese estadio. Pero, como señala Ignacio, donde por "nuestra flaqueza humana y propia miseria" no se encuentre en esa actitud, le pregunta si por lo menos se halla en "deseos de deseos".

Entonces, el camino de la acción del BE es, primero, tener "deseos de deseos"; en un segundo momento, lograr la actitud del "quiero y deseo y es mi determinación deliberada" de la meditación del Reino (98)¹⁴. Por último, el tercer momento es el de pedir "ser puesto" con el Hijo y el Hijo Crucificado –"Tercera manera de humildad" (167).

12. Aunque Ignacio denomine "mociones" tanto a los impulsos del Bueno como a los del Mal espíritu, nos parece más pedagógico diferenciarlas lingüísticamente como "mociones" y "tretas" o engaños.

13. Se hace referencia acá al Examen General propuesto a los candidatos a la Compañía de Jesús. El texto riquísimo y de honda raigambre jesuítica establece el ideal de abnegación y seguimiento de Cristo en suma pobreza, en riesgos hasta de dar la vida (Constituciones de la Compañía de Jesús, 101 y 102)

14. Se trata de la Meditación Eje de la "Segunda semana" de los EE, con la que ésta comienza.

Estas serían las tácticas del BE, en correspondencia opuesta con las "redes y cadenas" del ME. Aquí habría que hacer énfasis en el papel que juegan en Ignacio los "deseos", que son unas de las mociones más apreciadas por él, ya que son una especie de "afición" que tiene que ver con algo de pasión en la propia existencia. No todos los deseos, con todo, son igualmente auténticos, aun cuando sean todas experiencias reales. Los auténticos son los que tienen relación con nuestra propia identidad, son los que nos vienen de Dios, es decir, son los deseos que denominamos aquí como "mociones". Estas mociones también se criban con el "a dónde me llevan". Si nos llevan a más generosidad y entrega, si nos llevan a más radicalidad en el seguimiento, si nos llevan a mayor despojo, sobre todo a la captación de que en la vida del Espíritu no somos nosotros quienes tenemos la iniciativa de los deseos, sino que claramente son un regalo de Dios. En definitiva, si nos impulsan a "dejarnos llevar" por donde ya el Espíritu de hecho nos está encaminando (*consigna*¹⁵), entonces claramente los tenemos que aceptar y hacer alianza con ellos. Esto es lo que hace avanzar en la vida del Espíritu. Lo interesante de los "deseos de deseos" es que con este medio, Ignacio ayuda a desbloquear los sentimientos en contra. Es como un primer paso. Asimismo, en el caso de haber caído en desolación o menguado en la vida del Espíritu, retomar los "deseos de deseos" que antaño tuvimos es un camino para volver a comenzar.

Si discernir es optar, la opción fundamental que se impone es la de dejarse llevar por donde la fuerza de Dios ya impulsa. Y este fenómeno espiritual (*consigna*) es de hecho el "Tercer Binario". (cfr. nota nº 6), es el medio más eficaz para ser puesto bajo la bandera de Jesús. En definitiva esto que denomina-

15. Denominamos **CONSIGNA** a la moción hegemónica en la cual confluyen todas las otras. Señala el modo como Dios nos ha llevado siempre y por dónde promete seguir llevándonos. Puede darse en una palabra, en una imagen, en una experiencia sensible, o en la combinación de las tres.

mos "consigna" es la mediación del Espíritu, quien por el deseo del Padre modela el rostro de su Hijo en nuestra existencia. De ahí que el discernimiento sólo pueda comprenderse en dimensión trinitaria.

La metodología concreta de cómo discernir nos la brinda Ignacio en su Autobiografía y sobre todo en las meditaciones nodales de la segunda semana. Lo que se hace evidente en el proceso del método de discernir es la importancia de:

- a) Describir atinadamente lo que experimento.
Es una moción de paz, o tranquilidad, o gusto; o es un deseo, o una alegría interna, o su contrapartida; asimismo, es más bien una luz, o comprensión profunda, o una intelección desde dentro, o su contrapartida.
- b) Detectar el derrotero.
Es decir, "a dónde me llevan" las mociones o tretas.
Este y el anterior son los criterios principales.
- c) Saber dónde se afincan estas experiencias.
 - * En las "Jerusalenes" o en "Babilonias", como bastiones desde donde se nos convoca o se nos ataca y se nos generan mociones o tretas.
 - * En las heridas y fragilidades personales o en ideales exagerados.
- d) Percatarse de la reacción a la moción.
El papel de la libertad en la aceptación o rechazo de la moción o treta.
- e) Tener en cuenta los tiempos espirituales.
 - * Poder contrastar los momentos del día (pasado), con el momento del examen (presente), para abrirse al futuro.
 - * Tener como "eje" y criterio el "antes" del momento de la "consigna", para la discreción de espíritus y para el momento de la desolación.
- f) Conocer en qué etapa del espíritu nos encontramos.
Ignacio describe dos, que él llama primera y segunda "semana" y que aquí hemos llamado "épocas".

g) Conocer con gran precisión la actividad del ME.

Ignacio trata abundantemente sobre ello en sus "reglas" de discreción de espíritus. La política del ME es diametralmente opuesta, ya sea que ataque con armas de primera o de segunda época.

Ignacio va explicando todos estos aspectos en la presentación de sus reglas. Nosotros más que un comentario a ellas, presentaremos algunos sintetizadores que ayuden no sólo a su comprensión, sino al mismo discernimiento.

3. LAS ÉPOCAS Y DERROTEROS DEL ESPÍRITU

San Ignacio no suele hablar de épocas sino de "semanas" porque considera que se da una especie de correlación entre el proceso de la primera semana y las reglas que él denomina de "primera semana", como también entre las reglas de "segunda semana" y lo que acaece dentro de los Ejercicios a la altura de la segunda semana.

Nos ha parecido oportuno no llamarlas reglas de "semanas" sino de "épocas", porque creemos que evita confusiones: no siempre se da tan mecánicamente –ni aún en Ejercicios– la separación así; por otra parte, en la vida cotidiana no sería fácil indicar, por el tipo de temas de la oración (por ejemplo del pecado o de la vida de Jesús), si se está en primera o en segunda "semana".

Más aún, lo más corriente es que se interfieran las épocas, de tal manera que se pueden estar viviendo situaciones y tentaciones de ambas. De ahí que nos parezca más oportuno nombrar épocas a estos períodos espirituales.

Por "época" estaríamos entendiendo –en clave ignaciana– el modo como el ME ataca a una persona: sea de manera descarada (primera época) o encubierta (segunda época); es éste el criterio fundamental que establece los límites de separación.

La época implica, sin embargo, algo más. Puede haber períodos de tiempo donde prevalecen varios elementos que generan un todo.

En su aspecto positivo, una época estaría definida por un tipo fundamental de moción del Señor. Una época tiene una captación profunda de lo que hemos denominado "consigna"; una época se distingue por una petición fundamental, es una gracia diferenciable de otras. En lo negativo, una época estaría determinada por el tipo de tentación o treta que hegemoniza y colorea la vida espiritual.

La mayor sutileza del mal es hacer que las épocas interfieran entre sí. Tentar con armas típicas de la primera época, generando así un despiste, y fomentando tretas típicas de la segunda época. La persona puede sentirse triunfando de las tretas del mal descarado pero verse amarrado a las falacias y "sotilezas" propias de segunda época.

Un fenómeno típico del ME es fomentar en la persona la idea de que las características de la segunda época sólo se aplican en Ejercicios –cuando mucho– pero no en la vida ordinaria; con lo cual se socava de entrada la posibilidad de descubrir los engaños encubiertos del Enemigo.

San Ignacio también habla de una pre-historia espiritual (314) con lo cual podría hablarse en principio de tres épocas. La primera, radicada en esa pre-historia, correspondería a la persona que va "de mal en peor bajando". A este período le dedica, con todo, poco análisis y se concreta fundamentalmente en las otras dos.

Las épocas espirituales están determinadas, por tanto, por el derrotero que señalan. Este derrotero o finalidad puede ser de efecto inmediato: hundir inmediatamente (primera época) o generar una mengua espiritual paulatina pero decreciente. Las épocas no sólo se miden por el modo de ataque sino por la finalidad del mismo: derrumbar rápidamente o menguar a

largo plazo. De ahí que el "a dónde me lleva" debe complejizarse con la lentitud o rapidez de su táctica.

Una época alberga también "estados espirituales". Un estado espiritual es la tónica del espíritu que puede definirse como desolación, consolación o tiempo tranquilo. Ahora bien, estos estados están provocados, en cierto modo, también por la manera de ser psicológica de cada uno. De ahí que la estructura psíquica puede ser como la infraestructura de un estado espiritual. Lo fundamenta, pero en la tónica del estado espiritual se da un elemento más —una lectura— que es lo que lo hace pertenecer propiamente a la dimensión de los espíritus. Esa lectura hace relación al "derrotero", allí se destaca si lo que está en juego se inserta explícitamente en los campos del bien o del mal espíritu.

Muchas veces también los estados espirituales se generan o enfatizan por el impacto de hechos biográficos o históricos, positivos o negativos a los que se les da también una "lectura" en clave espiritual.

El estado espiritual puede ser vehículo de una moción o una treta, según fuere su derrotero. De ahí la importancia de saber discernir cuando algo es meramente una sensación biológica, o psicológica, de otra que ya, en su derrotero, nos aparta o nos lleva a Dios y a su causa.

4. ANÁLISIS DE LA ACCIÓN DEL MAL ESPÍRITU

San Ignacio en sus reglas de discernimiento, hace un análisis pormenorizado de la acción del ME. Lo que queda en plena evidencia es cómo la política del ME es muy diversa en la primera y en la segunda época. Ya se ha aclarado bastante bien qué es lo que establece la diferencia entre una época y otra, la forma de ataque: descarado o encubierto.

La acción en primera época:

Lo primero en señalar Ignacio es que el ME en este período suele atacar preferentemente con sentimientos. Aunque también puede dar "ideas" de cosas bajas, lo que hegemoniza en este período es el sentimiento. Un sentimiento que es de tristeza y desolación (315). Hay una serie de palabras y verbos que ejemplifican esta acción descarada.

El ME tiende a cabalgar sobre heridas psicológicas no restañadas o sobre fragilidades humanas temperamentales no asumidas. Es decir, como bien se señala en las reglas (327) el ME ataca por el lado más vulnerable. Su acción aprovecha las reacciones desproporcionadas¹⁶ que son fruto de las heridas, para agrandarlas más y para establecer algo así como un mecanismo automático. Su actividad no tiene que ser más creativa, simplemente aprovecha la desproporción de la reacción para causar daño en el ámbito espiritual. Si no aprovecha estas heridas lo normal es que ataque con imágenes y sensaciones

16. Se habla aquí de "reacciones desproporcionadas", que son aquellas producidas por heridas o traumas de la infancia. Estas heridas provocan reacciones que son desproporcionadas al estímulo presente, pero proporcionadas a la magnitud y calibre de la herida. De no curarlas se tiene siempre un material abundantísimo para la acción del ME. Más aún, muchas veces, por voluntarismo o por ascetismo, se quisieran vencer ciertas reacciones que no caen todavía dentro del campo moral porque son como algo mecánico sobre lo que se tiene poca ingerencia de parte de la voluntad. Sólo con el restañamiento de heridas (lo cual exige un período de tratamiento que necesita, en algunos casos, ayudas técnicas) tenemos, por decirlo así, el material humano adecuado para el discernimiento. En el examen cotidiano se ve también nuevamente la importancia de relacionar sobre todo las tretas con las reacciones desproporcionadas —efecto de las heridas— para ubicar bien la acción del mal y para saber poner sordina al eco que pueden generar ciertas experiencias de debilidad.

También el Buen Espíritu puede actuar aprovechándose de las heridas pero para curarlas en vez de profundizarlas o abrirlas más.

descaradas e innobles (317) cuya fuerza radica en que toca lo instintivo humano.

Ahora bien, por descaradas que sean sus tretas, pretende siempre mantenerse en el secreto sin que lo sepa el director o confesor (326). Tiende al ataque, y un ataque contundente e inmediato. Todo lo aprovecha para hundir más y de forma rápida.

La acción en segunda época:

Lo más típico en este período es que el ME se disfraza; entra *sub angelo lucis*¹⁷, en figura de pregonero de la verdad, bajo forma de bien, y encandila, pero acá no con sentimientos primordialmente, sino con razones. Razones que son falsas y/o aparentes, son "sotilezas y asiduas falacias" como las llama Ignacio (329-332). Su oficio es quitar el consuelo con engaños encubiertos (329). Para esto lo que hace es presentar cosas buenas en sí, "en principio", pero que no son saludables para mí, en el caso específico. Estas cosas, si se les da tiempo y meditación desalientan y dejan con desazón (332). La manera de cautivarnos no es por la "debilidad", sino aprovechando los fervores indiscretos (332-334), que se montan sobre nuestros "ideales exagerados". Estos fervores o ideales exagerados —que no tienen cómo hacerse viables— son el caldo de cultivo de todas las tretas en la segunda época, tanto por el contenido del fervor (cuya base es un ideal exagerado) como por el gusto del fervor mismo.

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LOS "IDEALES EXAGERADOS"

PODRÍAN SER LAS SIGUIENTES:

- * Es una treta que se monta sobre algo positivo, sobre una cualidad personal. El ME se disfrazará con ello, de ahí que se manifieste *sub angelo lucis*.

17. Cfr. 2 Co 11, 14: "si Satanás se disfraza de mensajero de luz..." en donde Ignacio se inspira.

- * Como lo que propone no tiene viabilidad de implementación, hay un tono de "idealismo" en todo el asunto.
- * Además, el atender a este discurso hace perder el tiempo presente en aras de un futuro. Se desaprovecha el que-hacer actual por pensar lo que se podría hacer mañana.
- * Se suele dar una tendencia, quizás velada, a convertirse en juez y criterio de verdad respecto a la vida de los demás.
- * El fruto final –a largo plazo– es el endiosamiento; la soberbia que aparta radicalmente del plan de Dios para cada uno.
- * Un efecto sociológico de ello es que este "ideal" tiende a vacunar a los demás: en cambio de provocar seguimiento y deseo de imitación genera rechazo a la línea propuesta.
- * Por su misma esencia los ideales exagerados tienen como vehículo un "discurso". Cuando se apoyan en algo del sentimiento estos ideales se convierten en "fervores indiscretos".

El fervor indiscreto tiene mucho en común con el ideal exagerado, pero tiene también algunas diferencias:

- * Toma en cuenta algo positivo de nuestra sensibilidad; actitudes que son buenas en sí, quizás las mejores.
- * No es un discurso sino que fomenta acciones y actividades bien concretas.
- * Estas acciones tienen la característica de ser exabruptas o provocadas por "arrebatos".
- * No me convierte en "juez" de los demás, pero hay la sensación de que nadie puede ser "mi juez", que lo que yo hago es inusitado y nadie podría comprenderlo... No lo cotejo con nadie.
- * Hay en todo el "fervor indiscreto" un talante de envanecimiento, supongo que tengo más fuerza para rea-

lizar lo que me enfervoriza, o que cuento con mucha gracia de Dios. Pero ambas cosas no las discierno, simplemente las doy por dadas...

- * En lugar de servir a los demás, de enfervorizarlos, la resultante es que yo me consumo, me quemó y ahí acaba todo.
- * En ambientes comunitarios, lleva a bloquear la cualidad, a neutralizar las cualidades de los demás, en el mejor de los casos, si es que no se genera un infierno.

El ME se introduce siempre en son de consolar, pero con material o estados de ánimo que provienen de la situación psicológica personal o son "reliquias" (336), restos de la acción consoladora del Señor. El ME no consuela, sino que usurpa la consolación llevándola a sus bajos fines. Su estrategia no es hacer caer inmediatamente. Tiene fines a largo plazo (333). Lo que busca es hacer decrecer el interés en la vida espiritual, poco a poco; todo ello muy bien "fundamentado". Más aún, *curando en salud* a la persona: haciéndole sentir que estas "reglas" están bien para otras personas u otros momentos, pero no para esta cuestión que "sí es real y verdadera objeción...".

El ME produce un "estrépito" cuando se lleva una vida intensa en el espíritu. Este "estrépito" es como el chasquido de la gota de agua; es la sensación de que algo disímil entra en la vida personal. Es la experiencia de que hay alguien extraño en casa, ya que hay ciertos sonidos, quizá imperceptibles en otras ocasiones, pero no para alguien que tiene su corazón muy vigilante (335). Esta "alarma" se puede detectar en el examen cotidiano cuando hay algo que deja mal sabor en la boca. En la medida en que se avanza en la capacidad de discernir se puede descubrir en qué parte del propio cuerpo resuena más la voz de Dios o la acción del mal. Esta experiencia de ubicar corpóreamente la treta ayuda mucho para descubrir presencias disímiles a la acción de Dios y a la propia libertad que quiere estar ya toda entregada al Señor.¹⁸

5. LA LUCHA CONTRA LA DESOLACIÓN

La desolación es uno de los "estados espirituales"; es una experiencia que puede ser una moción del BE o una treta proveniente del ME. En la espiritualidad ignaciana, quizás a diferencia de otras escuelas de espiritualidad, se incita al combate contra la desolación. Ignacio insta a la persona a moverse "contra la misma desolación" (319); como si para él no fuera un "estado", sino siempre una prueba a superar.

Descripción:

La desolación, dice Ignacio, es "contraria a la consolación" (317). Los rasgos los explicita de manera muy pormenorizada en los números (315) y (317) de sus reglas. En general en toda clase de tristeza, inquietud, sentimientos de indiferencia, ansiedad, pereza, descontento; sentimiento de abandono, separación, experiencia de muerte y sequedad hasta el hastío, la "acedia" tantas veces mencionada por los místicos. En sus propias palabras: "morder, tristar, poner impedimentos, falsas razones" (315). Atracción por "cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones; moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, perezosa, tibia y triste, como separada de Dios" (317).

La desolación puede presentarse como una treta pasajera pero fuerte, o puede, por decirlo así, establecerse por un período más largo de tiempo. Una desolación que sea prueba de

18. Se hace alusión a una experiencia encontrada no pocas veces, en la que se puede decir que las personas experimentan concentración de la acción del Buen Espíritu en una parte determinada del cuerpo en donde "acaeece" que siempre experimentan las mociones. Por el contrario, las influencias del Mal Espíritu –tretas– se descubren en otra parte del cuerpo. La ventaja de esta corporeización es que en la medida en que esto se hace una reacción ordinaria, puede servir de elemento diacrítico para la discreción de espíritus.

Dios, si es que se prolonga, tiene como efecto la consolidación de la voluntad.

Todos los rasgos descritos se pueden medir tanto por su duración, como por su intensidad: pueden ir desde algo que pudiera llamarse "sequedad" –diríamos que algunas veces es el umbral de la desolación–, hasta los sentimientos y experiencias más profundas y dolorosas de sentirse abandonado de Dios y de perder la paz.

Causas:

Tres parecen ser las causas de la desolación: las que se derivan de uno mismo, las provenientes del ME y las que llamaríamos "pruebas" que vienen de Dios (322).

1) LAS QUE SE DERIVAN DE UNO MISMO

Estas desolaciones pueden deberse, en primer lugar, a razones psicológicas: por ejemplo, depresiones típicas de la personalidad de cada uno; reacciones desproporcionadas debidas a las heridas psicológicas. Otra línea de causas puede ser el simple cansancio, o la enfermedad, o el hastío frente a las propias inadecuaciones y fragilidades. Lo que es importante tener en cuenta es que frente a estas razones personales y psicológicas el ME se aprovecha de ellas. Sin salirnos del ámbito de lo personal, tendríamos también razones más objetivas: el impacto que pueden producir en el interior de cada uno sucesos y hechos objetivos, la muerte de un amigo, por ejemplo, o acontecimientos históricos nefastos. Todo ello puede provocar un estado psicológico depresivo, caldo de cultivo fácil para que intervenga la acción del ME. El enemigo aprovechará todo eso y cabalgará sobre ello (327). Además de estas razones de orden personal, estarían las causas que se derivan de las aficiones, negligencias o pecados en la vida espiritual: "por ser tibios, perezosos o negligentes" (332).

2) LAS PROVENIENTES DEL MAL ESPÍRITU

De suyo, para Ignacio, la desolación proviene del ME, cuya acción típica es esa. Él es "el enemigo, el engañador, el asesino: enemigo de natura humana". Por tanto, la causa por excelencia de la desolación es el ME, cuya finalidad es quitar la vida.

3) LAS "PRUEBAS" QUE VIENEN DE DIOS

Algunas veces la desolación es una prueba de Dios: Él es un Padre que corrige e invita a la conversión y al cambio (143-144). El ejemplo máximo de desolación es la oración en el huerto y en la cruz. Allí Jesús se sintió abandonado del Padre y por eso clamó con angustia y también experimento la muerte y la incomprensión de todos.

Discernimiento:

¿Cómo poder distinguir cuándo la desolación proviene de situaciones personales, o del ME, o es una prueba de Dios? Ahí está el papel del discernimiento.

Comenzaremos por presentar los elementos para poder descubrir la desolación proveniente del ME, ya que ésta es la desolación típica:

- * Se dan todos o algunos de los elementos de la descripción de desolación.
- * Tiende a quitar la paz de raíz.
- * Hay sentimientos de estar sin fuerzas naturales: infravaloración; los demás son experimentados de forma infravalorada también.
- * Nos separa diáfananamente de la "consigna", de la moción hegemónica.

La desolación puede ser "prueba" de Dios, cuando:

- * Se dan todos o algunos de los sentimientos de la descripción.

- * Se puede percibir una paz de fondo.
- * Sentimiento de estar solo "con mis fuerzas naturales", "quedándole tamen gracia suficiente" (320).
- * Se da todo lo anterior, y además hay una cierta invitación a dejar "eso": "punzándoles y remordiéndoles la conciencia por la sindéresis¹⁹ de la razón (314).

Lo que experimento en la prueba, el modo como se presenta, es un indicador de por dónde quiere el Señor que reoriente mi vida.

Esta corrección de parte de Dios y la insinuación a buscarlo con más delicadeza, nos queda ejemplificada en la vida de Ignacio, cuando en su Diario Espiritual nos relata el día 13 de febrero cómo al interrumpir la acción de gracias con las "divinas personas" para ver si acallaba un ruido en la habitación contigua, luego de esa distracción, le era difícil encontrar al Señor: "las personas se le escondían"...

La desolación proviene de nuestro estado personal cuando:

- * Podemos encontrar una conexión o con nuestros problemas psicológicos o con los hechos objetivos.
- * Lo que pasa es que seguramente este "estado propicio" podrá ser aprovechado o por el ME para quitarnos vida o como prueba del BE para consolidarnos.

Significado de la prueba de Dios

Se ha señalado que también la desolación puede ser una "prueba" de Dios o, igualmente, un correctivo que nos invita a la conversión y arrepentimiento; abundamos ahora sobre el significado mismo de la prueba. El aspecto a "revisar" suele estar codificado en el "modo" de la prueba: en el medio está el mensaje...

19. Término de la formación filosófica escolástica de Ignacio de Loyola. Significa: buen sentido, "sentido común" en su acepción positiva.

- * En la vida espiritual, que por definición no es nuestra ("sin mí no pueden ustedes nada"), es una pedagogía divina el que se pase por esa experiencia.
- * En la vida del Espíritu, todo es regalo y don. A veces viene, a veces no. El don no se consigue: se recibe y se pide.
- * De ahí que la prueba obligue a pedir con más fuerza, con más convicción; el cuerpo mismo se mete a participar.
- * Es como pedir un beso a alguien querido. El beso es un regalo, pero si brota de un pequeño forcejeo amoroso, se aprecia más, sin dejar, con todo, de ser "regalo" y pedido.
- * La prueba tiene como fruto el llamado a la conversión. Hay que revisar el modo de la prueba para descubrir a qué nos llama.
- * Nos provoca una tristeza por nuestro pecado, pero esto no nos hace desesperarnos, como Judas, sino que nos da reconciliación, como a Pedro.
- * La prueba debe también leerse como una participación solidaria en el sufrimiento de los pobres y de Jesús (193, 195, 203).
- * Es el enmarque histórico de nuestras heridas, de nuestras fragilidades y de nuestro pequeño dolor solidario con el dolor del mundo.

Tácticas contra la desolación

¿Qué hacer contra la desolación? Lo primero que hay que aclarar es que se debe actuar de acuerdo con el origen y la naturaleza de la desolación: causada por el ME, por efecto del BE, o por situaciones personales.

Además hay que distinguir las épocas espirituales –primera o segunda, para ello implementar la acción pertinente.

A) CUANDO UNA DESOLACIÓN VIENE DEL ME

En primera época:

- * No hacer mudanza de los propósitos anteriores.
- * Por el contrario, mudarse contra la desolación, hacer lo contrario.
- * Descubrirlo al acompañante.
- * Tener paciencia, sabiendo "que puede mucho con la gracia suficiente para resistir a todos los enemigos" (324).
- * Confianza en que el Señor ha vencido al mundo y al mal (Jn 16, 33).

En segunda época:

- * Detectar las menguas en el interés, y en la fe, la esperanza y la caridad. Analizar el papel vital de la consigna. Cualquier descenso es sospechoso si se acompaña de "discursos".
- * Contrastar cómo las "razones" que se presentan, en la práctica, hacen cambiar las actitudes que se desprenden de la consigna. Esto puede ayudar a confirmar una presencia de treta de segunda época.
- * Comparar, como indica Ignacio, el comienzo, el medio y el fin de los discursos ("rollos"). Si hubiere alguna parte que no se ve "de Dios", señal es del ME.
- * En estos casos lo que más ayuda es "no dialogar en absoluto con el ME". No dejarse introducir en sus rollos que siempre confundirán. Sólo en presencia de un acompañante se pueden revisar esas "razones" que son aducidas.
- * Recordar que es muy necesario para ello conocer las vetas personales de "ideales exagerados", porque casi siempre estas tretas tendrán relación con ellos.
- * El acompañamiento espiritual se convierte en la mejor arma contra esas sutilezas. De igual manera, el tener una comunidad en donde se pueda realizar el discernimiento personal en forma compartida.

B) CUANDO UNA DESOLACIÓN ES PRUEBA DE DIOS²⁰:

- * Decodificar su significación destacando los sentimientos que se dan.
- * Reconocer, desde el principio, que no valemos: estamos a solas con nuestras potencias naturales; fomentar la humildad.
- * Alargarnos en generosidad con el Señor.
- * Percatarnos de que todo es don de Dios, aún la desolación.
- * Más aún, agradecerle por ser llevados así, por dejarnos participar de su dolor y por ser solidarios, de esta manera, con el dolor del pueblo.
- * Comenzar a caminar por donde nos está indicando su "mensaje" a través *del modo* como se me presenta la prueba.

20. Hemos hablado con insistencia de la necesidad de luchar contra la desolación; que este es un estado a evitarse. Con todo, podríamos decir que algunas veces –más bien raras– Dios quita la paz profunda e invita también a despojarse de ella. ¿Habría aquí una vinculación con la tradición de la noche del sentido y la noche oscura de San Juan de la Cruz? No nos atrevemos a proponer más que esa pregunta...

La experiencia que hemos encontrado no se introduce en los campos del misticismo. Simplemente hemos detectado cómo el Señor puede, en determinados momentos, pedir la renuncia al don y signo suyo por excelencia: la paz. Paradójicamente en este "estadio" sólo cuando el Espíritu capacita para poder renunciar a ese supremo don –condición para vivir!– se adquiere, por decirlo así, una paz más profunda y madura.

La razón histórica, la fundamentación teológica que hace comprensible esta renuncia, es el seguimiento de Jesús quien en la actualidad no tiene paz. Nuestros pueblos desangrados por la guerra, la represión y el hambre no son modelos de "experiencia" de paz. La solidaridad con los pobres y con Jesús en medio de ellos, puede hacernos desembocar en una experiencia dolorosa: la angustia de la pérdida de la paz. Sólo quien ha conocido lo que significa estar sin paz, puede entender que significa pedir que se renuncie a ella... En esos momentos sólo la misma renuncia –en el supremo desgarramiento– favorece el que el Señor la quiera devolver. En esos casos, la imagen del crucificado en la vida del Jesús de

C) CUANDO UNA DESOLACIÓN VIENE DE SITUACIONES PERSONALES.

- * Aunque de suyo no serían propiamente "desolaciones" sino depresiones, evocación de heridas pasadas, etc., lo importante aquí es que el proceso concomitante al crecimiento espiritual supone también el crecimiento en esos aspectos. De no hacerlo se está brindando al ME un caldo de cultivo continuo para que fabrique tretas que –por nuestras heridas– tienden a adquirir muchas veces magnitudes aparentemente inmanejables.
- * Aunque decimos que esto no es, de suyo, desolación, el ME construye y prepara desolaciones con el material propio de cada uno. ¿Cómo trabajar entonces? La tarea es tomar la decisión de darse a un proceso de aclaración y curación de heridas personales, que resten fuerza a la acción del ME en uno mismo y dejen el espíritu más libre para dejarse llevar por el Señor.
- * Todo esto se tiene que hacer en un clima de positividad.
- * Enfocar qué es lo que me hace sentir mal, intentar descubrir lo que más me molesta. De ordinario, en momentos de confusión es siempre "algo nebuloso" lo que genera el malestar general. Al enfocarlo se crea lucidez, se evacúa mucha desazón, y se aprende, al menos a convivir con los problemas.

No hay nada que no pueda ser curado si se tiene empeño y fe en el Señor que nos ha liberado para que seamos libres (Gal 5, 1).

Nazaret y en la del Jesús en nuestros días en los refugiados y torturados, es consuelo y alivio. De lo que sí podemos estar seguros es de que el Señor, que es "misterio" para nosotros, no nos puede tentar más allá de nuestras fuerzas, de que Él ha vencido al mundo y de que nadie va a sufrir tanto como sufrió Jesús en la cruz. Desde que Él murió y resucitó se ha abierto el "sentido" a cualquier ulterior dolor y desamparo. Todos los que sufrimos detrás de Él nos podemos cobijar en su dolor primero y en su experiencia de Resucitado.

6. EL APROVECHAMIENTO DE LA CONSOLACIÓN

En Ignacio también, y un poco a diferencia de otras escuelas de espiritualidad, la consolación tiene un efecto pragmático y apostólico. La consolación por excelencia es la "confirmación" que Ignacio pide insistentemente para dirimir problemas de índole histórica. En los Ejercicios Espirituales, en el proceso de elección –una vez que el ejercitante ha considerado todo– el momento más importante es cuando se experimenta la confirmación. La consolación es, por tanto, algo que se debe aprovechar, que debe vivirse un poco como el servidor que siempre espera al Señor con "el delantal puesto" (Lc 12, 35), sabiendo que es "el paso del Señor", que es el alimento para el espíritu, porque el espíritu ignaciano es fundamentalmente peregrino, pero sabiendo también que el Señor, si así nos encuentra, "se pondrá el delantal" y nos servirá de nuevo a la mesa de sus consuelos. (Lc 12, 37).

Descripción:

Para Ignacio se da consolación cuando se sienten mociones internas por las que la persona se siente llena de generosidad, de amor y entrega al Señor. También es consolación todo género de exteriorización de esa alegría profunda que diga relación con Dios o con su Reinado (316).

Causas de la consolación:

Aparentemente Ignacio no tendría por qué tener ninguna sospecha sobre la consolación, ya que todos los signos contrastantes de ella hablan de Dios o de su Reinado. Sin embargo, este "supermaestro de la sospecha" que es Ignacio, logra discernir varias causas de la consolación.

Una consolación es clara y evidentemente de Dios, cuando es "sin causa" (330), pero hay que tener cuidado con el pro-

ceso subsiguiente (336). Si la consolación tiene causa, entonces su origen es ambiguo: puede ser de Dios, o también, una usurpación del ME (324-331).

Dentro de la consolación incluiríamos el "tiempo tranquilo", que sería con relación a la consolación lo que la sequedad es a la desolación: es su umbral, y puede ser por un período prolongado. En la causalidad del tiempo tranquilo, intervienen también los estados personales (los aspectos psicológicos) y los datos positivos del entorno. El tiempo tranquilo se define por la ausencia de movimientos de espíritu, pero se tiene a la vez la capacidad de poner en juego "las potencias naturales con facilidad" (177).

La consolación sin causa precedente (330):

Se discute mucho cuál es el exacto significado de esta consolación tan querida para Ignacio²¹. Algunos consideran esta experiencia como algo perteneciente al culmen de la vida espiritual, o a dones propiamente místicos. No creemos que así lo considerara Ignacio, quien habla sencillamente de ésta en sus reglas. La experiencia también nos invita a pensar que esto ocurre frecuentemente. Estas serían sus características:

- * No podemos atribuir la consolación a nada nuestro. Nos aventuramos a decir que quizás no viene a restañar ninguna herida, sino que entra por otros canales ajenos a nuestro proceso curativo...
- * Se da una desproporción manifiesta:
 - entre lo que se pedía y lo que se nos ha dado
 - entre los esfuerzos propios, por ejemplo los "puntos" o notas para la oración, y la iluminación recibida.
 - entre el fervor recibido y nuestra habitual capacidad emotiva.

21. El teólogo jesuita, P. Karl Rahner escribió sobre este punto, tal vez insuperablemente, en "*Lo dinámico de la Iglesia*", uno de los libritos enmarcados en la serie de "Cuestiones en disputa".

- una vez pasada ésta, se da como un decrecimiento de "temperatura". Un declive distinto al de la acción del ME, cuando nos va menguando espiritualmente
- lo más característico es que nos acrecienta la intelección del proceso por donde nos lleva: énfasis o profundización en la "consigna".

Discernimiento:

Si la consolación que es "con causa" es ambigua, ¿cómo se puede saber, entonces, quién la origina? Aquí también los dos criterios básicos de discernimiento entran a funcionar: hay que poder explayarse bien en la experiencia que estamos sintiendo, saberla matizar y dar razón de ella, por una parte, y enseguida establecer bien el derrotero que nos presenta: "a dónde me lleva".

Una consolación es del BE si el principio, el medio y el fin, *todo*, nos lleva a Dios o su Reinado; en pocas palabras, si nos acerca a nuestra "consigna". En este caso no se puede dudar: sentimos signos que suelen ser de Dios y nos llevan a su servicio.

Una consolación puede aprovecharla el ME, cuando éste se introduce sobre material psicológico personal o sobre "reliquias" o restos de una consolación anterior. Hay que tener en cuenta que el ME sólo usurpa consolaciones, pero no las puede dar como tal. Ignacio parece estar convencido de que sólo el Espíritu del Padre y de Jesús, puede tocar el corazón y "gemir" en el fondo de nuestro ser (cfr. Rm 8, 26-27). El ME sólo podría actuar sin nuestra alianza, en la superficie de nuestra personalidad, la imaginación, los sentimientos, la fantasía, etc. La consolación es el sello de Dios (cfr. 2 Co 1, 3-7), y el ME o usurpa una, que ha sido de Dios, o hace una falsificación que puede descubrirse.

LA CLAVE DEL DISCERNIMIENTO SE DESDOBLA EN DOS:

- * Revisar el trayecto –principio, medio y fin– de una consolación (333)
- * Comparar el estado final en que nos encontramos ahora con el anterior, a pesar de haber estado "bien" según nosotros; si hay mengua, por pequeña que sea, el trayecto es, por lo menos sospechoso.

También hay que poner atención a las "reliquias" de la "consolación sin causa". No se puede creer lo mismo a esa consolación claramente venida de Dios, que a lo que después se desprende de ella, ¡aunque todo sea bueno! Allí puede entrar el propio juicio, o una usurpación del ME. A este "segundo tiempo", como lo llama Ignacio, hay que aplicarle no las reglas de "consolación sin causa", sino las de una consolación cualquiera: este segundo tiempo vuelve a ser ambiguo y sujeto de discernimiento.

Ejemplo de una mala lectura de este segundo tiempo lo tenemos en la propia vida de Ignacio, en la experiencia de la Storta, donde de un experimentar "ser puesto con el Hijo" crucificado, él deducía que le esperaba un martirio subsiguiente, inmediato, en Roma, y no lo que en realidad le vino: una época de malentendido, desconfianzas y aun persecución en la vida cotidiana.

Significado de la consolación:

Como ya señalábamos al comienzo, el significado de la consolación en la espiritualidad ignaciana adquiere su máxima relevancia en la "confirmación". Es allí donde más se percibe la fuerza y el sentido de ésta. Se confirma un modo de proceder, se confirma un camino comenzado, se confirma una elección de vida. Todo tiene que ver con una praxis cristiana concreta.

El sentido más profundo de la consolación se puede deducir de su papel –como fruto más granado– en cada semana de

los Ejercicios. El "Principio y Fundamento" (obertura fundamental de los Ejercicios) (23) postula como signo de Dios—consolación— la "indiferencia", que en la práctica es disponibilidad, libertad para el Espíritu en nosotros. La "primera semana" se experimenta el "perdón" y la "misericordia" como los frutos más significativos, y esto con lágrimas y pena interna; pero también allí esa consolación tiene como finalidad la escena ante Cristo crucificado: "*¿Qué he hecho por Cristo?, ¿qué hago por Cristo?, ¿qué voy a hacer por Cristo?*" (53). Todas las consolaciones que se pueden recibir en la "segunda semana", se enmarcan en el seguimiento del "Rey Eternal" (91), en el pedir "ser recibido bajo la bandera de Cristo" (147). El proceso de elección que se da dentro de la dinámica de movimiento de espíritus, tiene como finalidad, igualmente una opción por un estado de vida para mejor seguir a Jesús y colaborar con el Reinado de Dios. La consolación en la "tercera semana" es un poder sentir con Jesús dolorido y quebrantado, es escenificar la pasión de Cristo hoy (193-203). Pero es quizás la "cuarta semana" la que con más plenitud da el sentido pragmático de la consolación: Jesús resucitado, el "consolador", viene a confirmar a sus hermanos (227). Viene a comunicar la paz profunda que nadie puede quitar, viene a dar el Envío y la Misión como fruto de esa experiencia.

Políticas ante la consolación:

Ante la consolación que es regalo de Dios, pueden tenerse diversas posturas: aceptación o rechazo, colaboración o frialdad. Muchas veces se acepta la consolación como algo que "tenía que llegar" y que se puede glosar con las palabras de Pedro en la Transfiguración: "*¡qué bien se está aquí!*". Sin embargo, la consolación es el momento más propicio para pedir, para desear, para aprovechar los vientos fecundos y favorables. En tiempo de consolación hay que aprovechar, hay que "peda-

lear en bajada". Quizás muchas veces no se ha sabido sacar el fruto a la consolación y no hemos llegado hasta donde el Señor hubiera querido llevarnos...

7. LA CONFIRMACIÓN, SELLO NECESARIO DEL DISCERNIMIENTO

El discernimiento precisa de una ratificación. Para Ignacio no hay discernimiento sin confirmación, en el sentido de ratificación. El proceso de discernimiento no es válido sino por la congruencia evangélica biográfica e histórica que genera. El discernimiento no puede ser una coartada sofisticada de nuestros intereses velados.

La confirmación es la que se da de cara a la acción de Dios: la "consolación" y la paz interna que nos llena. Ya hemos señalado cómo, aun en la elección de los Ejercicios Espirituales, donde pareciera que lo más determinante son "los pro y los contras" –Ignacio los llama "comodos o provechos" e "incómodos y peligros" de las alternativas de opción (181)–, en la perspectiva de Ignacio este camino deliberativo no tiene más finalidad que desembocar en una dinámica de consolaciones y movimientos espirituales que den la confirmación sobre lo que se ha elegido. Lo más importante del proceso de elección es la confirmación. Nosotros decimos, además, que el "modo" como se ha dado la confirmación puede revelar –sabiéndolo leer bien– las "razones" de Dios para elegirnos en tal manera de vida y estado.

Otro componente de confirmación es el necesario cotejo con el carisma del liderazgo eclesial. La profunda razón de esto es que formamos el cuerpo de la Iglesia, donde todo debe obedecer al bien de sus miembros. La razón de ser de los "carismas"²² no es otra que el bien de todos: la construcción del

22. No en vano, ni por casualidad trató Karl Rahner, en la obra mencionada: "*Lo dinámico en la Iglesia*", la "consolación sin causa" al lado de otro capítulo –los dos del libro– que explora la teología de los carismas.

Reino de Dios. No hay un discernimiento si no se contrasta también, con lo que el Espíritu comunica a los demás, especialmente a la comunidad, a la Iglesia "que es... hierárchica" (353). Ya que la razón última del carisma del discernimiento es el bien del cuerpo y del Reino, no hay plenitud de aquel, si no se coteja con alguien que pueda representar a ese cuerpo y a la lucha por el Reinado de Dios.

Dentro de este ámbito, la confirmación más real de un buen discernimiento se da en la capacidad que tiene lo discernido para hacer avanzar el Reino, puesto que capacita para ponerse al lado de los pobres, donde está Jesús y donde carga todavía su cruz. Los pobres y la propia pobreza son condición para discernir. Es la lucha contra toda pobreza injusta e inhumana, desde el propio empobrecimiento, el criterio de ratificación de un sano discernimiento. Es allí el lugar de la verificación.

Esto se parece mucho a la conversión personal. Puebla ha puntualizado muy bien que una conversión es real sólo cuando logra cambiar las condiciones sociopolíticas del entorno (Puebla 1155)²³.

Esta confirmación, tan importante para el discernimiento, se experimenta en el ámbito interno en las consolaciones, en las sensaciones de paz y fortaleza. Todo esto es sello de que se va por buen camino. En el ámbito histórico las confirmaciones tienen que ver con el compromiso cada vez más creciente con los pobres, con la lucha que ellos libran. Esto no quiere decir que el proceso sea mecánico e inmediato, pero a la larga, el mismo discernimiento personal debe desembocar en un discernimiento comunitario en donde lo que se dirime es la actuación del cuerpo en solidaridad con los pobres. La verificación histórica de la validez de lo discernido, por tanto, es la organización de ese pueblo que lucha por sus derechos con-

23. Así lo formuló también el Papa Juan Pablo II en *Laborem Exercens*, n° 8, 1981.

culcados. La confirmación tendrá asimismo algún tinte de persecución por la causa de Jesús.

Discernir "es dejarse llevar" por la moción del Espíritu que nos acerca a Jesús que lleva su cruz ("Tercera manera de humildad"); es en este proceso de acercamiento a los pobres donde se desata otro movimiento igualmente importante: la "moción histórica" que provocan esos pobres en nuestras conciencias y en nuestras vidas. Esa moción histórica es algo casi físico que nos cuestiona, atrae y desafía. La lucha de los pobres —donde está Jesús— es la que nos va radicalizando cristianamente, nos va empobreciendo y haciendo tomar posturas cada vez más arriesgadas por la causa de Jesús y el Reino.

Discernir es "dejarse llevar" por una moción interna del Espíritu —momento explícito de la fe— que conecta con la moción histórica de Jesús en el pueblo y nos reta a trabajar por Él —momento explícito de la justicia—. De allí que el discernimiento es una dinámica que nos hace "entender que el servicio de la fe y la promoción de la justicia no se yuxtaponen, ni mucho menos se contraponen, sino que expresan un único movimiento del Espíritu" (Congregación General XXXIII, D1, n° 42).

El discernimiento es, por tanto, la gracia de ser testigos de cómo la fe empieza a obrar la justicia, no como nosotros queremos sino como el Espíritu nos lo va indicando.

Las confirmaciones no sólo tienen diversos puntos de ratificación sino también diversas dimensiones, ya sea que se trate del discernimiento de corte más personal, o del discernimiento comunitario, o del dirimir una tarea apostólica. El tipo de confirmaciones tiene que estar acorde con el ámbito en que se mueve y con los límites de cada discernimiento. Sin embargo, toda confirmación tendrá que ver con lo que hemos expuesto sobre el sentido del discernir cristiano.

Desde esta perspectiva se evidencia cómo y por qué, discernir es una *osadía*. Nos metemos en un proceso que nos despo-

ja, que nos hace abnegarnos, cuyo horizonte último es la vigencia para nosotros, en nuestra "carne" de la suerte del mismo Jesús, quien se desvive y muere en la acción por un Reinado donde los privilegiados son los pobres, los enfermos, los afligidos y los desvalidos. Cabe recordar, con todo, que lo que nos muestra este proceso es que "todo es gracia"²⁴, no hay lugar al voluntarismo sino a la pasividad creativa del seguidor de Jesús.

En la siguiente parte se intenta traducir esta experiencia y esta metodología en algo que pueda enseñarse y hacer caminar. Serán también experiencias personales y de compañeros, compartidas y compiladas. Son "caminos" que ya han sido recorridos y con frutos; por eso los presento con sencillez y humildad.

SEGUNDA PARTE: LA PEDAGOGÍA: EL EXAMEN COTIDIANO

1. LASTRES Y HERENCIAS DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD

Es de sobra conocida la importancia que le diera Ignacio al examen de conciencia. Le daba más relevancia aún que a la misma oración. Los dos instrumentos espirituales que entrega al jesuita para desempeñarse en su tarea, una vez pasadas las etapas de formación y prueba, son la oración y el examen. Sin embargo y no tenemos que fundamentar mucho esta afirmación, una gran mayoría de jesuitas no hemos sabido a ciencia cierta qué hacer con el examen. Por no acabar de comprender su finalidad vino una época de desprecio e infravaloración prácticos. No se hacían teorías sobre su falta de eficacia pero, lo que era peor, se establecía una actitud de descrédito y baja estima.

A mi entender ha sido la rígida fidelidad al número 43 de los Ejercicios lo que ha entorpecido en gran manera el entu-

24. Como George Bernanos acuñó en su "*Diario de un cura de aldea*".

siasmo por el examen. Se ha olvidado al Ignacio presentando las "Banderas", "Tres Maneras de Humildad" y las reglas del discernimiento. Pareciera que el examen diario fuera de otra esfera. Nada más errado. Si seguimos de cerca su Autobiografía, Ignacio enseña a los jesuitas el mundo de los diversos "espíritus", cómo irlos juzgando, qué criterios se pueden ir aplicando...²⁵ Ignacio en sus exámenes diarios aplicaba continuamente lo que después plasmó en las reglas del discernimiento. Por tanto, en la misma vida de Ignacio tenemos el modelo del examen. Así se originó y así por el examen asiduo se plasmaron sus famosísimas reglas. Las reglas del discernimiento, entonces, no sólo se aplican para momentos de elección de deliberaciones, sino para la vida ordinaria.

Tal como aparece reseñado en el número 43 de los Ejercicios, el examen se podría convertir en un análisis del comportamiento. Claro está, después de meses o años de registrar las mismas faltas, en los mismos lugares y con las mismas personas, el examen se hace tedioso, porque resulta que se está examinando el comportamiento propio en un campo en donde no se puede hacer nada; en donde lo único que puede realizarse bien es el "dejarse llevar", por el espíritu del Señor o caer en las redes del Malo.

Y con esto no queremos negar el ámbito de la libertad. Ni mucho menos. Nada más lejano al pensamiento de Ignacio y de la Compañía. Simplemente se colocan las cosas en su sitio... En la vida del Espíritu —lo señalamos bien—, como dijo Jesús: "nada podemos hacer sin Él". Toda la fuerza de la libertad, hay que usarla, ponerla en la práctica, pero la clave estriba en optar, en "dejarse llevar". La argucia consiste en querer, *con toda libertad*, "ser puesto" con el Hijo, y el Hijo que carga su cruz en nuestros días.

25. Véase el Prólogo del P. Nadal a la Autobiografía, en Iparraguirre, Ignacio, *Obras Completas de S. Ignacio de Loyola*, Madrid, BAC, 1963, 2ª ed.; corregida y aumentada, pp. 84-85.

Lo que sucede, entonces, es que es este campo el que hay que examinar; no son las *propias actuaciones*, sino más bien las *actuaciones de Dios en cada uno*. Lo que *acaece en la vida personal, que proviene tanto del buen Espíritu como del Malo*. La óptica es completamente diferente. El examen no será para percatarse de las propias faltas —que siempre estarán con nosotros— sino para tantear por dónde el viento del Espíritu hace que nuestro corazón ondee, y saber aprovecharlo; darse cuenta que "ya" está impulsándonos y dándonos fuerza.

2. QUÉ NO ES EL EXAMEN COTIDIANO

De alguna manera lo venimos señalando. El examen no es una evaluación moral de nuestras actuaciones. No es eso aunque hay algo de eso, pero no es ésa la perspectiva. Las razones son las enunciadas en la primera parte. Dado el supuesto de que en la vida del espíritu lo que toca es la "pasiva actividad" de querer "dejarse llevar", lo que se tiene que descubrir no son nuestros errores o equivocaciones, sino por dónde sopla el viento, por dónde viene la fuerza y cómo le hacemos caso a esa dinámica que viene para darnos vida y comunicarla a los demás.

Tampoco el examen es una evaluación psicológica. No nos "examinamos" para descubrir nuestros traumas, nuestras heridas, nuestras reacciones psicológicas. Hay algo también de esto, pero no es ésta la óptica que nos interesa. Las razones son las mismas que las que ya hemos presentado.

El examen no es, por las mismas razones, otro momento de oración al final del día de trabajo, en el que nos recogemos y estamos con el Señor. Eso es magnífico, pero no es ésa la finalidad del examen cotidiano. Hay mucho de oración en el examen pero el objetivo no es orar.

3. QUÉ PRETENDE SER EL EXAMEN COTIDIANO

El examen es el ejercicio diario del discernimiento espiritual.

Pero, ¿qué se quiere decir con eso? ¿Qué significa discernimiento?

Para comprender profundamente el discernimiento no tenemos sino que ir al meollo de las meditaciones que vertebran la segunda semana: "Dos Banderas", "Tres Binarios" y "Tres Maneras de Humildad".

Partiendo de "Dos Banderas", discernir es lograr clarificar los diversos campos, los dos polos principales de atracción. Conocerlos a fondo. En "Dos Banderas" aprendemos el modo de proceder del Buen y del Mal espíritu, entendemos dónde están sus bastiones, sus fortines ("Babilonia" y "Jerusalén"), las tretas, las tácticas... y sobre todo comprendemos cómo reaccionamos ante esos vectores que intentan impulsar mi libertad.

Si vamos a los "Tres Binarios", discernir es lograr evaluar el medio más eficaz para poder estar "bajo la bandera de Cristo". En definitiva será dejarnos llevar por donde Él ya nos lleva... De ahí que todo el examen es un acto de fe –en tono de "Tercer Binario"– de que en la vida espiritual la clave es "dejarnos llevar" y pedir "ser puestos". La "consigna" es "el" medio para que se nos coloque bajo la bandera de Cristo. A nivel de discernimiento la consigna evaluará y ponderará las mociones (del buen espíritu) y las tretas (del mal espíritu). Si algo nos acerca a la "consigna" señal es de "buen ángel", como diría Ignacio; y viceversa.

Respecto a la "Tercera Manera de Humildad", el examen reflejará no tanto que discernir es optar entre lo bueno y lo malo (nivel de "Banderas") sino que más bien la tónica es ir siempre abriéndose paso a la radicalización a la que nos impulsa el Señor; a la profundización de la "consigna". De ahí otro aspecto por el cual la "Tercera Manera de Humildad" es una superación de "Banderas". Ahí no toca optar entre la Bandera

de Jesús y la del Malo, toca siempre ir avanzando de lo bueno a lo mejor. La "Tercera Manera" nos hace captar la realidad en dimensiones ulteriores de mayor entrega. Postula como requisito y verificación del discernimiento la vinculación a la pobreza real y al destino concreto de persecución de Jesús, de ser "escándalo y locura para el mundo".

Discernir, por tanto, es saber descubrir los campos del Señor y del Malo. Es sabernos situar frente a ellos; conocer sus procederes, sus objetivos y estrategias (Banderas).

Discernir sobre todo es optar por querer "ser llevados" ("Binarios") por donde ya somos conducidos.

Discernir es un proceso sin fin de radicalización en el Señor. Discernir es optar, sí, pero ya no entre lo bueno y lo malo, sino discernir lo que nos va pidiendo cada vez el Señor e irle respondiendo ("Tercera Manera de humildad"). Discernir es ser dócil a la moción del espíritu que nos impulsa a los pobres y a su lucha: moción personal e histórica. La propia pobreza que lucha por erradicar la pobreza real es condición y criterio de verificación del discernimiento.

El examen cotidiano es el continuo ejercicio de este proceso de discernimiento. Es poder captar día a día la obra del Señor en nosotros. Es poder irnos abriendo cada vez más a sus insinuaciones. *El examen no es tanto para ver si hicimos el bien o el mal. Habrá también que revisarlo. Pero principalmente el examen tendrá en cuenta por qué (razones) llegamos a hacer el mal. Cómo nos dejamos seducir por una treta y le hicimos caso. Y cómo, en cambio, nos habíamos cerrado a una fuerza del Señor que sí sentíamos pero que no la quisimos entender. Ese es el examen.*

El examen es el momento para ser testigos de la obra que realiza el Padre en nosotros, gracias a la acción del Espíritu para configurarnos con el Hijo. Es percatarnos de cómo Ellos nos están convirtiendo en compañeros de Jesús y de cómo ese camino exige la justicia como exigencia de la fe, aun a costa de la propia vida.

4. EL DESCUBRIMIENTO DE LA "CONSIGNA": REQUISITO BÁSICO

En el objetivo de cómo enseñar a discernir proponemos un modelo del examen cotidiano. Obviamente este ejercicio diario de discernimiento supone haber logrado una experiencia de Dios y de la acción de los "espíritus" en el mes de ejercicios o en un retiro de ocho a diez días. Junto a esta experiencia, originante del discernimiento, hay que postular la necesidad de una asidua dedicación a la oración y al examen cotidiano. Sin este diario ponerse delante de Dios en oración y examen es difícil hablar de estar en proceso de discernimiento.

Conviene recordar también lo que ya se había señalando desde el comienzo, el requisito básico para poder discernir cristianamente y según el modelo que nos propone Ignacio es la vinculación a los pobres y el acercamiento a la pobreza real. Esto era condición de posibilidad y también criterio de verificación de un buen discernimiento.

Con todo, hay otro requisito para ayudar a este proceso en general y en su práctica diaria (examen): el descubrimiento de lo que hemos venido denominando "consigna". *Este "encuentro" generalmente se da en el mes de ejercicios. Inmediatamente después de la elección; pero, se puede descubrir en una mirada retrospectiva al modo como Dios ha conducido nuestra vida.*

Una vez confirmada la elección, cuando ésta tiene que hacerse, toca el momento de la elaboración de un "proyecto de vida". La experiencia, muchas veces lamentable de estos proyectos o reformas de vida, es que, como todo propósito humano, tiene muy poca duración y efectividad en el ámbito de la vida espiritual. De mucho son programas realizados por nosotros mismos; se vuelven seudocompromisos las más de las veces incumplibles de por sí. En la vida del espíritu "nada podemos hacer" sin el Señor (Jn 15, 5).

En el fondo, toda reforma fundamental de vida sólo puede basarse en la obra que el Señor hace dentro de nosotros. Y esta

obra está en relación con la manera como Él nos conduce. Los ejercicios de mes son una escuela de aprendizaje en "dejarnos conducir". En este sentido, son el lugar donde se puede detectar –gracias a los concienzudos discernimientos– por dónde "ya" nos va llevando la fuerza de Dios, y por dónde nos promete, por decirlo así, su apoyo futuro.

Denominamos "consigna" a la experiencia de recibir la "formulación" o la puesta de nombre de esa moción principal por donde el Señor nos ha venido impulsando y nos lleva. Esta vivencia se nos suele revelar de una manera clara e indiscutible; experimentamos que procede de Dios, porque tiene las características que concretan lo del reino: Mt 25, 31 ss; Lc 6, 36; Lc 9, 23; sin excluir a la propia persona como destinataria de esa moción, (Mt 19, 19).

En este sentido hacemos una innovación en la terminología ignaciana. Pero creemos que es la traducción de lo que Ignacio podría llamar "elecciones secundarias". Se aprovecha solamente la riqueza que entraña el término 'consigna', tomado del ambiente de lo político, y el gran paralelismo que puede manifestarse en la vivencia de recibir y vivir una consigna política como militante y la de recibir de Dios un lema que evoque la reorganización concreta de nuestra vida, aunque de orden tan diverso. Las características de una consigna política –donde se origina el uso actual de este término– podrían ser las siguientes:

- + Una consigna política es dada, es una orden de dirección.
- + Respondería, de suyo, a los intereses de un pueblo, a sus necesidades y a sus posibilidades.
- + Una consigna es pragmática: está orientada toda ella a la praxis sugerida por ella misma.
- + Es también programática, es decir, que de ella pueden derivarse una serie de proyectos que responden a las necesidades, desde un objeto formal.
- + Una consigna genera identidad, se vocea, se repite; es corta, por lo tanto.

+ La finalidad de una consigna es que sea eficaz, que genere todo lo que quiere implicar. No siempre ocurre así.

La consigna del Espíritu se asemeja en mucho a estas consignas históricas, pero tiene una serie de elementos que conviene aclarar.

Al darnosla el Señor, nuestra consigna nos revela el "modo" como Él quiere que conduzcamos nuestra vida. Es lo que nos asemeja –a cada uno– al seguimiento de Jesús. Es lo que en definitiva evita que se satanice un estado de vida, una estructura, una elección. Nos impide acartonarnos, aburguesarnos o –dicho tradicionalmente– entibiarnos. De por sí genera un movimiento. No producimos ese movimiento. Sólo reaccionamos a él bien o mal, en alianzas o en rechazos, con interés o con desconfianza. Si nos dejamos conducir por esa consigna, el Señor hará en nosotros maravillas, que no se nos otorgan para el enriquecimiento de nuestra persona, sino para el trabajo por el Reinado de Dios.

Se invita al ejercitaje a demandar esa consigna en clima de "primer tiempo"; es decir, que se imponga por sí misma, sin dudar ni poder dudar (175). El Señor no se hace rogar: Él mismo le pone nombre y sello al movimiento –moción–, que ya ha desatado en nuestro interior para lanzarnos a la acción resucitadora del mundo. Hay que tener cautela, con todo, en saber separar lo dado por el Señor –sin dudar ni poder dudar– del "discurso nuestro", siendo fieles así a la regla 8ª, de la "segunda época" (336). De no ser así, estaríamos suponiendo falsamente que el Señor nos dará fuerza donde nosotros –sea por las mejores razones que fuere– hicimos nuestro "añadido". No hay que olvidar el ejemplo mismo de Ignacio cuando supuso que en la visión de la Storta también se le había comunicado que había de ser martirizado en Roma...

Una vez enunciada por Dios la consigna, es sumamente rico y revelador revisar –con esa luz– las mociones anteriores y cotejarlas con ella. Puede además servir de comprobación.

Todo adquiere nuevo brillo y sentido. Las mociones que han podido estar inconexas adquieren convergencia. Hacen eco en la consigna.

Es también muy importante estudiar la manera como se ha reaccionado ante esas mociones –que ahora se aglutinan en la consigna–, y percatarnos que sólo en la medida en que nos hemos dejado llevar, hemos progresado; que cuando no hemos colaborado o nos hemos cerrado, retrocedemos en el seguimiento de Jesús.

La consigna tiene una serie de características. La principal, que ya la hemos repetido, es que es algo venido directamente de Dios. En este sentido, es algo con cierto carácter inmutable. *Sólo en una experiencia del mismo calibre, –sea por duración, seriedad, o calidad–, se podría cambiar, en principio.* Los proyectos de vida que dimanen de ella sí pueden modificarse, pero, no lo que los origina. Más aún, la consigna lleva indiscutiblemente a las cosas de Dios y de su Reino: Verlo en los necesitados (Mt 25, 31 ss), tener un corazón de misericordia (Lc 6, 36), y por todo ello estar dispuestos a dar la vida (Lc 9, 23), sin excluir a la propia persona como destinataria de esa moción, (Mt 19, 19)

Otra característica es que la consigna se convierte en nuestra "petición" y oración fundamental. La consigna no es una orden, es como una "insinuación contundente" que Dios nos ofrece. Esa insinuación la podemos transformar y transportar a una petición básica; así convertida en petición, lanzo continuos flechazos de demanda de más gracia, de más apoyo suyo. Es como una *jaculatoria estratégica*. La consigna tiene una representación mental, una imagen que se nos da concomitantemente con ella. Evocar esa imagen concomitante a la consigna es establecer la "composición de lugar" prototípica personal. Así mismo la consigna implica una repercusión corpórea, la que nos indica a la vez, la postura personal de orante por excelencia. Hay que poner mucha atención a esto. Es lo único que se puede hacer de parte nuestra. La postura colabo-

ra a que la moción –la consigna– acaezca. Desde esa perspectiva deben ponerse en práctica las famosas "adiciones" de los Ejercicios (73-90) que serían el conjunto de pequeñas colaboraciones personales pertinentes a disponer mejor la oración.

Decimos que la consigna es insinuación y no orden. De ordinario la formulación tiene algún carácter imperativo, pero respeta absolutamente la voluntad. No se impone. De ahí precisamente que podamos dejarla pasar, prescindir de ella o luchar contra su carácter sugerente. Hay que insistir en que la consigna es "moción". Uno no la genera. Se pueden poner "adiciones" pero nada más. Tampoco es un lema que provoque voluntarismo o fervores indiscretos.

Otro rasgo característico es que la consigna se convierte en *el criterio esencial de mi discernimiento*. Ya no tendremos que cotejar las mociones con un: "a qué nos llevan", abstrato, sino que las contrastaremos con la consigna. Si algo nos acerca a ella, puedo suponer que viene de Dios; lo que nos aleja o nos distrae es por lo menos sospechoso.

La consigna es lo que nos toca bajo el estandarte de Cristo. Nos hace reconocer las tretas, puede barrer con nuestras "Babilonias", nos impide "terceras posiciones" respecto al seguimiento. Siendo fieles a ella, no escucharemos que el Señor nos dice: "como estás tibio y no eres ni frío ni caliente voy a escupirte de mi boca" (Ap 3, 16). La consigna es el "medio" más eficaz para ponernos con el Hijo en cruz, es decir, para que tenga vigencia en nuestras vidas la carne histórica de Jesús. Es el medio más eficaz porque posee la fuerza de Dios que nos viene ya empujando.

Si extraemos todas las consecuencias, en el tiempo y en el compromiso, que se desglosan de la consigna, diseñamos nuestra "Tercera Manera de Humildad", la utopía propia, la meta a la que el Señor nos hace aspirar. *La "Tercera Manera de Humildad" es la consigna vista desde el fin, desde sus máximas consecuencias*. La consigna podría considerarse como la brújula de nuestro camino, ya que nos ubica y orienta hacia la meta. Más

que brújula, la consigna es como un misil dirigido: se sitúa en coordenadas precisas, persigue y tiene fuerza en sí misma.

La consigna, –moción espiritual eje–, nos hace vincularnos con Jesús pobre y humillado en la historia. Ahí entonces nos conecta con otra fuerza que se puede volver en algo casi físico, que es el desafío que nos va estableciendo el pueblo pobre que quiere liberarse. Empieza a establecerse entonces en nuestra vida una "moción histórica", que es la que en realidad nos configurará con Jesús sufriente y perseguido: con Jesús pobre y humillado en búsqueda de resurrección. Ya no serán sólo los deseos, –puestos por el Señor en nuestro corazón–, los que nos harán caminar en el seguimiento. Serán los mismos retos, las consecuencias de los pequeños compromisos, los que nos irán impulsando y acercando a la "Tercera Manera de Humildad". Ese movimiento que se establece es lo que denominamos acá "**moción histórica**". Cómo se formula esa moción corresponde detectarlo a la congruencia de cada biografía humana.

Si comparamos la consigna del Espíritu con la política, tendríamos un paralelismo que puede ser sugerente:

- + Nuestra consigna es dada por Dios. Es simplemente la formulación en palabras de lo que Él siempre ha realizado. No nos la podemos atribuir a nosotros mismos de ningún modo.
- + La consigna me viene "ad hoc". Es para cada uno. Sólo cada uno la entiende. Cuenta con nuestras debilidades y cualidades, toma en cuenta nuestros pecados. Nos engloba. Todo converge ahí.
- + Es también pragmática, porque se orienta a la práctica. Una práctica, por tanto, que tiene que llevarnos hasta la "Tercera Manera de Humildad", y concretarse con la "moción histórica".
- + También es programática, en cuanto que a partir de ella podemos establecer proyectos adaptables a las diversas circunstancias.

- + Nos genera identidad, nos unifica, es nuestra petición, la voceamos interiormente.
- + Sobre todo —y ahí hay una diferencia fuerte—, nuestra consigna es "eficaz", es como la Palabra del Señor que no vuelve a Él vacía (Is 55, 11). Fecunda siempre... si es que le damos lugar.

La consigna del Espíritu no debe acallarse nunca, aun dentro de la moción de la historia. ¡Menos todavía ahí! La tarea histórica vuelve siempre a ser sujeto de "Babilonia", tretas, acartonamiento, búsqueda de interés propio, extrema soberbia. Sólo en la dialéctica entre la moción del Espíritu y la moción de la historia se avanzará en el seguimiento de Jesús. Así se irá logrando una síntesis personal entre fe y justicia.

Habiendo expuesto lo que significa y supone el examen, pasamos a ofrecer un camino concreto de realización del examen cotidiano. Hay que procurar leerlo no como algo rígidamente estipulado, sino como un método que se va simplificando en la medida en que uno va adquiriendo destreza. Es una estructura que invita a descubrir el propio camino. Lo que hace es enfatizar puntos que parecen claves.

5. METODOLOGÍA DEL EXAMEN DIARIO

- a. Nos ponemos en la presencia del Señor, pidiéndole la gracia y la luz para mejor conocer la obra que El quiere realizar en nosotros. Se le pide tener sus ojos para vernos en profundidad, verdad y cariño. En esta presencia de Dios adaptamos el cuerpo de acuerdo al tema de la consigna para favorecer su impulso.
- b. Recontamos las sensaciones y/o pensamientos del día.
 - + No se trata de detectar las malas actuaciones, en primer lugar; se trata de detectar la presencia del Mal y del Buen Espíritu.
 - + Las escribimos en simple yuxtaposición.

- + Registramos la misma sensación o pensamiento del momento del examen.
- c. ¿Cuál es la tónica del día? ¿Qué es lo que prevaleció?
 - + ¿Podríamos definirlo como: consolación (C), desolación (D), tiempo tranquilo (TT)?
- d. Escogemos una de esas sensaciones y/o pensamientos.
 - + porque evoca la consigna, la moción hegemónica por donde vamos siendo llevados o lo contrario. La consigna es el gran detector.

Nota. Algo que puede ser importante es escoger la experiencia contraria a la que tenemos en el momento de hacer el examen. La razón es porque el discernimiento actúa mucho en contraste; brota más luz de ello.

e. Analizamos la experiencia.

- + La describimos en su profundidad y extensión.
 - Nos percatamos de si se trata de una sensación o de un discurso, esto ya sugiere bastante para la discreción de espíritu.
 - Concretizamos la "ocasión" en que tuvo lugar la moción o treta. Hacemos referencia a las "Babilonias o Jerusalenes" (cfr. nota nº 10).
- + Establecemos la vinculación psicológica para comprender de dónde nos viene la sensación (en el caso de una treta).
 - Sobre qué herida cabalga o qué instinto se exagera (primera época).
 - Sobre qué fervores indiscretos, ideales exagerados (época segunda).

Nota. Cuando se trata de una moción, se puede también montar sobre las heridas pero para restañarlas. Pero la acción de Dios no tiene parámetros únicos.

- + Detectamos su derrotero: a *dónde nos lleva*. Esclarecer este a *dónde me lleva* en su primer y último impulso.
 - Si ya hemos descubierto la consigna, vemos si nos acerca o nos aleja de ella. Es *el* criterio.

- Si no la tenemos, vemos si nos lleva a la generosidad, a la misericordia: las obras del Espíritu en general, ésas son las señales de Dios, y viceversa.
- Es conveniente recordar el esquema de "Banderas".
- + Nuestra reacción.
- + Sobre la reacción es importante poder establecer la diferencia entre la reacción primera y la reacción segunda, o la que en la práctica hizo biografía e historia. No es raro que haya diferencia entre la primera reacción y la reacción que en verdad marcó el tiempo y el espacio.
 - Las actuaciones pueden ser: de alianza/rechazo, drasticidad/moderación, actividad/pasividad, por ejemplo.
 - Las actuaciones hay que verlas no sólo en el primer momento, sino poder considerarlas en "segundo" momento, lo que de verdad quedó (cfr. Mt 21, 28-32).
 - Dentro de esta reacción se consideran las actuaciones reales. Lo que de verdad hicimos, malo o bueno.
 - La correcta actuación contra el ME debe hacer referencia a cada época espiritual. Por tanto no hay que olvidar que el tratamiento de una treta de primera época es muy diferente del que concierne a una de segunda. La reacción correcta frente a cada una de ellas va de acuerdo a lo antes indicado.
- f. Retomamos la experiencia que sentimos en el momento preciso del examen.

La analizamos con los mismos cuatro criterios anteriores. Descripción, origen, derrotero, reacción –primera y segunda–.

- + Es bien importante este momento porque a estas alturas nos podemos dar cuenta de que no estábamos reaccionando bien a la experiencia que se nos representaba; que tal vez, si era una moción, no le estábamos dando la actividad y entusiasmo requeridos, que no hacíamos alianzas con ella..., y en el caso de una treta, lo contrario.

+ Lo más importante de este momento, con todo, es que es ahí donde se puede cotejar con la consigna si ha habido menguas en el fervor de la vida espiritual. Las tretas de la primera época son fácilmente distinguibles. Las de segunda en principio son *encubiertas*. El único signo de su presencia es cierto decrecimiento en el fervor, en la dedicación, en el interés. Es esto lo que debe desatar el estado de alerta. Será algo que, si no se aclara en ese momento, puede ser campo de observación futura. Más aún, debe serlo.

g. Coloquio de alianza con el Señor.

El examen termina siendo una oración de petición, de retomar los deseos con los que hemos vivido otras veces la consigna, que es la promesa del Señor de apoyo y ayuda.

- + Volver a percatarnos de que todo lo podemos en quien nos conforta y que sin Él nada podemos hacer. No se trata de elaborar propósitos sino de ampliar y largar velas para que, henchidas del Espíritu, impulsen la vida.
- + El trasfondo de este examen es la *Tercera Manera de Humildad*. Hacia dónde tenemos que avanzar siempre movidos por la fuerza del Espíritu.

EL EXAMEN Y LOS MOMENTOS INTERNOS

NIVEL PSICOLÓGICO	NIVEL ESPIRITUAL	NIVEL MORAL
¿Dónde cabalgar?:	¿A qué me lleva?:	¿Cómo reaccioné?:
* Heridas	* El derrotero	* Primer y segundo momento
* Ideales exagerados	* La consigna	* Lo que historiza

Cotejamiento del examen

El examen como todo discernimiento, precisa que sea cotejado, compartido, y contrastado por una autoridad constituida. De este proceder, sin el cual no es válido el discernimiento personal, nos dio abundantísimas muestras el mismo San Ignacio en múltiples experiencias. Estas vivencias quedaron plasmadas en sus reglas. San Ignacio no concibe los Ejercicios sin alguien que acompañe al ejercitante con quien pueda contrastar. Ya para finalizar en la *cuarta semana* se explican las reglas para sentir en la Iglesia (352), con lo cual Ignacio quiere hacer énfasis en el carácter eclesial de todo el proceso de discernimiento y de cómo éste no está confirmado a no ser que se vea ratificado por alguien que *acompaña* autorizadamente.

En la vida ordinaria el cotejador por excelencia de alguien que sigue este procedimiento sería el director espiritual o el acompañante autorizado.

En la vida religiosa, un acompañante *natural* es el superior. Mientras los discernimientos más tengan que ver con tomas de decisiones (deliberaciones), más tendrá que ser escuchada la voz del superior. Claro está que cuando ya la misión está dada, allí no cabe el discernimiento como tal, a no ser que sea para juzgar la conveniencia de la "representación", es decir de presentar al superior aquellos reparos que surgen como honestamente opuestos a la misión que se nos ha dado, reparos que parecen tener el sello del Espíritu del Señor, y que –salvo en la auténtica e infrecuente objeción de conciencia– quedan finalmente sometidos a la decisión del superior.

6. LO QUE EL EXAMEN NOS REVELA SOBRE EL DISCERNIMIENTO

Tal y como lo hemos presentado el examen refleja un doble aspecto constitutivo del discernimiento: a uno lo podríamos denominar el eje horizontal, al otro el vertical. Uno nos des-

cribe las mociones y las tretas, el comportamiento de la libertad; otro nos revela un elemento un tanto olvidado: el hecho de los "diversos tiempos" en todo el proceso de discernir.

COORDENADAS DEL DISCERNIMIENTO FUTURO



El eje horizontal donde se ubican las acciones del BE y del ME que atraen nuestra libertad, ya ha sido bastante presentado aquí y en otras partes. Vamos más bien a pasar a explicar el contenido del eje vertical: el de los tiempos espirituales.

Este eje arranca de abajo para arriba. Tiene, por decirlo así, una raíz. En esa raíz nosotros ubicamos lo que pudiéramos denominar el *antes* espiritual. El *antes* por excelencia es la consigna.

El discernimiento no sólo considera las mociones y las tretas sino que compara la situación presente con un "antes" relevante para el sujeto. Aclaremos más.

Diversas modalidades de tiempos en el espíritu:

- + tiempos en mi reacción: la primera, y la que de verdad selló la actuación.
- + la experiencia analizada del pasado, la moción o el día, y la del mismo examen.
- + momento de la desolación y consolación futura y viceversa (321, 323, 324).

- + el *segundo tiempo* (336) después de la consolación sin causa precedente.
- + el *antes* al que hace alusión Ignacio, de los buenos propósitos de una consolación.
- + sobre todo, para nosotros el *antes* que nos refiere a la consigna. Ese es el *antes* más importante. Allí se nos ha revelado Dios de una manera concreta, nos ha prometido su gracia de un modo que ya se hace realidad. Esa consigna a veces se ve oscurecida –labor del ME– para que se pierda esperanza en ella. Pero por eso es importante regresar –por lo menos– a los deseos de desear como antaño, cuando sentía con fuerza la consigna.

Esto constituye la raíz del eje vertical del discernimiento.

Este eje tiene un centro, que es el *ahora*, es el momento que estamos precisamente viviendo al realizar el examen. Es de lo único que somos propiamente dueños. Es donde podemos recapturar un fruto que se había perdido, donde podemos reaccionar bien a las mociones del Espíritu, donde podemos rechazar con fuerza las tretas del mal.

Es muy importante este *ahora* en clima de oración, porque como nos comportemos en la oración nos podemos comportar en la vida. Esto invierte la inercia anterior; anuncia que es posible comenzar a ser plenamente hijos del Padre!

La cúspide del eje vertical es el *futuro* que permanece abierto. Es el *después*, es la proyección de lo que *ahora* estamos viviendo. Será el fruto del dejarnos llevar por la fuerza del Señor –consigna–. Pero arranca, eso sí, del presente.

7. DISCERNIMIENTO Y TIEMPOS ESPIRITUALES

De lo que llevamos dicho, descubrimos la importancia de los tiempos como criterio de discernimiento. Recalcamos que es esclarecedor jugar con los diversos tiempos para poder encontrar mejor la voluntad de Dios.

- a. El tiempo hace resaltar las cosas que son inmutables, y éstas son señales de Dios *en quien no cabe mutación alguna* (Const. 116).

Como dice San Ignacio: *propio es de Dios nuestro Señor ser inmutable, y del enemigo mutable y variable*. Con lo cual debe quedar como criterio que lo que me invita a cambios bruscos o continuos en direcciones diferentes es señal del mal espíritu. Muchas veces cualquier objeción y dificultad hace que se comience a replantear la vocación, el sacerdocio, etc. Dios escoge para siempre, mientras no lo muestre con una fuerza equiparable a aquélla con la que escogió. Dios es leal.

- b. Una señal inequívoca de Dios es la continuidad de sus mociones en el llevarnos al bien. De ahí la insistencia de Ignacio en comparar si el comienzo, medio y fin son enteramente buenos, porque eso es señal de Dios. Sólo podemos discernir, por tanto, si comparamos diversos momentos, diferentes tiempos espirituales (cfr. 323, 334, 336). Quizás lo más importante de todo esto es que cualquier declive en la vida del Espíritu se debe tomar muy en serio. Cualquier mengua en los deseos primeros, en el *amor primero* (Ap 2, 4) se debe ver con alarma como la presencia del enemigo que ya está desencadenando su veneno en pociones homeopáticas efectivas.
- c. El traer a comparar diversos tiempos espirituales (*antes, ahora*), con sus mociones y tretas, arroja mucha luz sobre nuestro comportamiento, sobre la reacción. Quizás hacemos más pactos con las tretas, que alianzas con las mociones...
- d. El énfasis en el *ahora*. Lo único que tenemos entre manos es el presente, que gracias al examen se nos hace más rico y más responsable. En este presente podemos evocar la consigna y volver a extraerle todo su fruto, sentir su fuerza en nosotros. Si estuviese oscurecida por lo que fuere, podemos desear tener aquellos antiguos y santos deseos. Volvemos a abrir las puertas de esa moción ya que nos ha impul-

sado desde hace mucho, para que nos siga hoy y ahora también empujando.

- c. La apertura al futuro: un futuro que tendrá siempre que ver con la *Tercera Manera de Humildad*. Nuestro futuro no puede desligarse de ella. Nos tiene siempre que atraer. El futuro es el espacio en donde hemos pedido *ser puestos con el Hijo* que carga con su cruz.²⁶

Nunca podemos olvidar aquello con lo que comenzamos este capítulo: que a lo que nos impulsa el discernimiento es a *dejarse llevar*, –¡gran osadía!–, por la moción espiritual hegemónica, –momento explícito de la fe–, a la realización concreta de ella en la lucha de los pobres, donde está Jesús –momento explícito de la justicia–. Todo esto en una atmósfera de combate: entre el Espíritu, y ese otro espíritu materializado en las estructuras del mundo y de la sociedad. Esto necesariamente nos hará pagar el tributo que lleva consigo la lucha por la justicia en un mundo injusto. Enseñar a discernir es enseñar a aceptar el riesgo y el ser mal vistos y menospreciados por el espíritu de este mundo. En esta lucha podemos salir victoriosos. Los vericuetos del Espíritu nos preparan a comprender los meandros de la historia.

El futuro del cristianismo a *fortiori*, tiene que ver con el reinado de Dios. El futuro del discernimiento, por tanto, es el futuro del Reino. *Solamente en la medida en que nosotros viva-*

26. Infinidad de veces, en este trabajo hemos repetido, bien la frase *ser puestos*, bien otras en que el *ser puestos* tiene sus complementos: *bajo la bandera de Cristo, con el Hijo, con el Padre, con el Hijo en Cruz*, etc. Este lenguaje aparece en los Ejercicios Espirituales en forma equivalente: *ser recibido*, por ejemplo (147) o querer «lo que el Señor le pondrá en voluntad» (155). Pero, como tales, las frases derivan de las narraciones diversas (Autobiografía, n.º 96, de P. Jerónimo Nadal, del P. Diego Laínez en que algunos primeros compañeros de la naciente Compañía de Jesús relataron la experiencia que Ignacio tuvo al llegar a Roma (1538) en la capilla de la Virgen de la Storta y que consistió en que no le quedó duda de que *Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo* (Autobiografía, n.º 96).

mos esta consagración al Reino en una comunión por los pobres y con los pobres contra la pobreza humana material y espiritual se le abre al pobre el camino del Reino (CG XXXIII, 48).

TERCERA PARTE: POSTSCRIPTUM

CONSUELO DE NUESTRA FLAQUEZA

El capítulo podría haber terminado en la página anterior. Nos queda, sin embargo una inquietud: quizás este escrito hace creer que la vida del Espíritu es algo sólo para *iniciados* o gente muy preparada. ¡Todo lo contrario! Si el Evangelio lo entienden únicamente los de corazón sencillo y los que nada poseen, esta manera de vivir fiel a Dios y a su Pueblo, no supone ni la sabiduría ni el poder de este mundo. *Lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a los sabios; y lo débil del mundo se lo escogió Dios para humillar a lo fuerte... de modo que ningún mortal puede engallarse ante Dios* (1 Co 26, ss)

Parecería entonces, haber una contradicción con el tono hasta atrevido del título del trabajo: *La osadía de dejarse llevar*. Justamente allí está la clave de todo. El discernimiento es osado pero es la activa pasividad lo que cuenta, la respuesta libre y generosa a la gratuidad del don de Dios. Y cuando se hace referencia a *pasividad* es que hay abundancia de ello.

Emprendedor el camino del Espíritu siendo tan pecadores y tan heridos, tan flacos y llenos de amaños, siendo tan irremediables... ¡es una osadía! Luego osadía no es ningún envaletonamiento, sino aceptar sentirse llamado a lo que uno de por sí no puede. Es una osadía encontrarse de pronto, "a pesar" de nuestras debilidades y pecados, haciendo las obras de misericordia, actuando a la manera de Jesús. ¡Esto sí que es osadía! Más aún, la osadía va a consistir en no parar mientes en el "a

pesar" de nuestras flaquezas, sino ir más allá todavía; la osadía está en llegar a exclamar con plena convicción: "precisamente" por nuestros pecados y debilidades el Señor ha tenido misericordia y se ha complacido en que le sirvamos en los desgraciados de la tierra. Esto es hablar en puro evangelio (cfr. Mc 2, 17 y Lc 15, 7).

La osadía es no sentir el vértigo que producen las faltas y mezquindades propias. La osadía es prescindir de la evaluación de las cualidades o actitudes morales. Eso vendrá por añadidura. La osadía es no fijarse en la barca que tenemos: si es grande, poderosa, bien hecha, bonita, bien calafateada, cómoda. Lo que tenemos que poner de nuestra parte es que no haga agua... Lo demás no cuenta; lo que toca es llegar a puerto ¡ahí está la osadía! Sucede con la vida espiritual lo mismo que a una embarcación a vela donde lo único que se toma en cuenta es que se deje impulsar por el viento para que llegue a su destino. Hay que hacer un esfuerzo por prescindir del balance de calificadores y sólo estar prestos para detectar por dónde sopla el viento. Hay que ser hábil para enfocar las velas en la dirección del viento y alegrarnos, entonces, al ver como se hincha el velamen y avanza la nave. ¡Esta es la osadía de dejarse llevar!

Es también una osadía adentrarse en la vida del Espíritu y desear ser testigos de la acción de Jesús, sin poseer muchas veces las señales de Jesús en nuestras vidas; sin que exista total congruencia en la existencia propia. Quizás mejor que no tengamos las fuerzas –las virtudes– del Señor. Contrario al aforismo filosófico, en la vida espiritual uno da lo que no tiene. Sólo al comunicar lo que no poseemos –¡gran paradoja!– lo podemos obtener gracias al reflejo que recibimos de la persona a quien hemos otorgado la fuerza del Señor. Esto no tiene lógica humana. Con todo, la experiencia corrobora este aserto cuando, muchas veces, estando en gran desolación, con asombro nuestro, comunicamos paz y quietud a los que lo necesitan; y precisamente al transmitir este dinamismo (que no

poseíamos) recibimos esa paz y quietud reflejada en el que hemos atendido. Se recibe entonces la consolación. Más aún, es así como muchas veces Él nos brinda su presencia y acompañamiento. Animarse a todo esto es una gran osadía.

No queremos en este epílogo ni resumir ni sintetizar nada. Lo que teníamos que decir ya está dicho. El esfuerzo es ponerse en camino. Es momento de soltar amarras y comenzar a navegar. No hay que temer hacerse a la mar. Hay que empezar a distinguir con nitidez lo que es andar a merced de las olas y dejarse llevar por los vientos favorables. Eso sí, hay que llevar anclas y volvernos como dijera Machado: *ligeros de equipaje, estando casi desnudos como los hijos del mar*.

Si al que haya leído todo esto le han servido estas líneas para sentir más entusiasmo, para abrirse perspectivas y horizontes en su caminar, habremos llenado el cometido. Lo que hemos querido expresar es una experiencia y no un conocimiento.

Que algún día se pueda decir de cada uno de nosotros lo que se dijera de Ignacio: Que seguimos al Espíritu sin adelantarnosle; que experimentamos ser conducidos con suavidad a donde no sabíamos; que podemos recorrer el camino con esa sabia ignorancia de los que queremos poner sencillamente nuestro corazón en Cristo.

2

ACOMPañAMIENTO PARA EL DISCERNIMIENTO

PRINCIPIOS PSICOLÓGICOS Y EXPERIENCIAS DEL ESPÍRITU¹

Dentro del tema de esta tarde: *El acompañamiento y sus claves*, se me ha pedido que trate específicamente el aspecto de acompañar para discernir, brindando algunos principios psicológicos en conjunción con la experiencia del espíritu. Para ello comenzaré hablando sobre lo que parecen deben ser los objetivos de un acompañamiento espiritual, seguidamente diremos algo sobre el método, luego pasaremos a establecer el carácter respetuoso pero retador de su actividad, y se pondrá relevancia en marcar los signos de conversión para poder establecer la calidad del acompañamiento. También hablaremos brevemente de fenómenos típicos en los que el acompañante se ve implicado, casi sin quererlo, con algo de terapia psicológica. Todo ello nos avocará finalmente a delinear el perfil del acompañante espiritual. Esto ya nos da el objeto formal de la presentación: se habla desde la experiencia de ser acompañante. Este será el enfoque.

Hablo hoy *con temor y temblor*, no sólo por el foro que nos rodea, sino porque lo hago como un *aficionado*. No he sido formado para ser acompañante. Vengo a compartir como testigo de los milagros actuales y patentes que hace el Señor con ami-

1. Este artículo fue publicado en el libro *Psicología y Ejercicios Ignacianos*, volumen I, Ed Mensajero-Sal Terrae, 1990.

gos y compañeros, a quienes quema con la locura de seguirlo y defenderlo. Es eso lo que me impulsa a hablar. El sentimiento preponderante que me embarga es el de ser, como diría Ignacio, *puro impedimento*. Cito ahora unas palabras tuyas que servirán de encuadre existencial a esta comunicación².

Yo para mí me persuado, que antes y después soy todo impedimento y de esto siento mayor contentamiento y gozo espiritual en el Señor Nuestro, por no poder atribuir a mí cosa alguna que buena parezca (Epp 1, 339-342).

LOS OBJETIVOS DEL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

El acompañamiento espiritual es algo que tiene de arte y de ciencia. Es una plataforma cuyo fin es ayudar mejor en el seguimiento de Jesús. Una ciencia o un arte que ayude a la meta del cristianismo en el aquí y ahora, pasa por la responsabilidad de hacernos como Dios, es decir, no por la vía del poder –pecado original originante– sino siguiendo la enseñanza de Jesús: creciendo en misericordia, en solidaridad. El objetivo principal de esa ciencia o arte de ayudar a las personas se inscribe en el gran mandamiento de Jesús de tener un corazón solidario como lo tiene el Padre.

Por otra parte, dada nuestra inclinación al mal; teniendo en cuenta el mundo que nos rodea en donde estamos dominados por los medios de comunicación, a través de los cuales los poderes de este mundo nos imponen sus creencias, sus ideas, sus gustos y nos distorsionan los juicios y los valores, *crece y se hace casi un requisito una línea de formación alternativa, que sería el acompañamiento espiritual*, que nos ayude, en primer lugar, a captar la condición de heridos, débiles, empecatados y confundidos estructuralmente en que vivimos, para luego poder

2. La presente comunicación es una reseña del artículo publicado en la revista *Diakonía*, Managua, diciembre de 1988, con el título: *El Acompañamiento Espiritual como exigencia de una espiritualidad de liberación*.

remar contra esa corriente y tomar nuestra propia posición.

Viniendo ya a objetivos más concretos, tendríamos que el acompañamiento permite hacer que las personas se levanten por sí mismas y descubran el propio camino que Dios ha trazado para ellas. Dicho de otra forma, el acompañante colabora a que la persona descubra la acción del Espíritu en sí misma. Un Espíritu que está presente y nos hace templos de Dios, cada cual con su propio carisma (1 Co 12). Un Espíritu que está encerrado, embotador aletargado por la acción del pecado personal estructural y por el influjo nocivo de los medios de comunicación. Un espíritu que aunque está en el fondo de nuestros corazones no dicta órdenes sino insinuaciones: impulsos y mociones. *De ahí que el acompañamiento tenga una similitud con la concientización que es previa a la evangelización y politización de un pueblo.* Siempre esa concientización viene desde fuera, es la alteridad la que me convoca a ser yo mismo; más todavía cuando esta alteridad es personal.

Objetivo, así mismo, del acompañamiento es que las personas sean fieles a su *vocación*, al *llamado*. Todos y cada uno tenemos nuestro propio *carisma* con el cual enriquecer el cuerpo de la comunidad. Ese es el término paulino para significar el descubrimiento de cada cual. Cada persona tiene entonces una llamada concreta. Esto debe desentrañarse. Pero por otra parte –y esto quizás es más importante– recibimos esa llamada que es de *alguien*. *Ese alguien es el que en el aquí y ahora de nuestra Latinoamérica se concreta en la voz de los oprimidos en donde escuchamos el clamor de Dios historizado.* Mucho del trabajo del acompañante consiste en ayudar a esclarecer la fuente de esa llamada. En nuestras tierras no es ya propiamente una llamada sino algo que se ha convertido en un grito; "lamentos que llegan hasta el cielo", como dijo Monseñor Romero.

El acompañante es el suscitador o despertador para que se escuche la voz de Dios que habla en lo íntimo del corazón del ser humano, pero sobre todo, que nos llama desde el dolor

hecho mundo.

Otro objetivo concomitante es descubrir no sólo quién llama y a qué, sino con qué fuerza llama, con cuál tipo de gracia, con cuál moción principal, hegemónica. Es el descubrimiento de eso que nosotros hemos denominado *consigna* (cfr. *La Osadía de dejarse llevar* p. 54, segunda edición, número especial de la revista Diakonía, Managua, 1987). *Es esta consigna la fuerza que el Señor ya me da, el lugar por donde El hace converger su gracia para irme ya impulsando y que está en oposición frontal con el modo como me tienta el espíritu de este mundo*, aprovechándose de mi debilidad y pecado. A través de esta moción principal, recabada en una experiencia de Ejercicios Espirituales bien hechos, se me revela cómo se me quiere comunicar el Señor. Es una invitación a ser como Él es bajo esa gracia especial. En definitiva es el camino *ad hoc*, para mí, para poder ser solidario y misericordioso como es el Padre.

EL MÉTODO PARA ACOMPAÑAR: EL DISCERNIMIENTO

En la espiritualidad ignaciana, los Ejercicios Espirituales son como la base para que se pueda ir desarrollando esta *ciencia* de la vida espiritual. De ahí que no pueda, generalmente hablando, darse un buen acompañamiento sin haber sido testigos de la labor en Ejercicios. El carácter analógicamente *científico* de los Ejercicios ignacianos reside en que tienen ciertos principios (reglas), un laboratorio experimental (que es la vida interior con las diversas mociones), un objetivo concreto (liberarse de las aficiones desordenadas y encontrar la voluntad de Dios concreta) y un sistema de verificación (las confirmaciones).

Esa metodología es la que nos puede capacitar en este arte del acompañamiento, pero a la manera ignaciana: desde el discernimiento. Esa metodología implica unos requisitos básicos para el que se somete a ello. *Lo primero es la detectación del sujeto, es decir, si hay potencial en esa persona, a la que quere-*

mos ayudar, si puede ser sujeto de sí mismo y tiene **grande ánimo y liberalidad**. Y es que el acompañamiento espiritual debe inscribirse dentro de un proyecto en el que se busca cambiar las estructuras del mundo y ayudar a establecer hombres y mujeres nuevos. Dada las limitaciones de tiempo y recursos, el efecto multiplicador nos sugiere encontrar personas dispuestas para este tipo de trabajo. Si falta esto, San Ignacio no nos dice que no lo atendamos sino que le demos lo que puede digerir y de lo cual sacar provecho. (EE 18).

Luego, como segundo paso, *está el aprendizaje de las reglas del discernimiento*, que son el trasfondo teórico y existencia del comportamiento de los espíritus. Estudiando estas reglas tenemos en primer lugar los elementos para conocer las diversas fuerzas espirituales: lo que son mociones, con lo que se designa todo lo que nos lleva hacia el Señor y su Reino. Por el contrario deben conocerse las "tretas", que es todo aquello que nos orienta a lo opuesto: apartarnos de Dios y de su Reinado (cfr. para todo este material, Cabarrús, op. cit., 1988. Apéndice: *Guía práctica del discernimiento*).

Se nos da también a conocer los vehículos de esas fuerzas. Los impulsos (mociones y tretas) se vehiculan o se expresan en dos estados básicos: la consolación y la desolación. La experiencia de que las fuerzas en juego (mociones y tretas) pueden expresarse, bien sea por consolaciones o por desolaciones, ya que estas últimas simplemente transportan los impulsos espirituales. De ahí que se pueda dar un traslape de ambos factores –impulsos y vehículos– pero no una identificación. De donde se saca la regla básica del discernimiento y regla básica para el acompañamiento: ¿qué se experimenta (clave de consolación/desolación) y cuál es el derrotero, a qué conduce esa experiencia? (clave de moción/treta).

En este camino también se nos permite adentrarnos a conocer algo muy importante en la vida del espíritu: saber distinguir lo que es un **estado espiritual** de un estado fisiológico

o psíquico. Un estado espiritual es aquella sensación que recibe una interpretación de ese fenómeno en clave de espíritus. Ignacio en sus Ejercicios nos habla también de las diversas épocas personales (*semanas*, las llama él). Con esto quiere designar dos cosas: la manera de ataque del mal espíritu (descarado en la primera semana o encubierto en la segunda semana); y segundo, el nivel en el proceso espiritual de una persona: los que van de pecado en pecado mortal, y los que van intensamente purgando y de *bien en mejor subiendo*. Todo lo cual nos indica que, aunque básicamente el criterio para hablar de épocas espirituales es la acción del ME, hay que tener también en cuenta el nivel de conversión en el proceso por donde es conducida una persona.

Por último se tiene que ponderar la reacción del sujeto frente a las *visitas* del Señor y del espíritu del mundo. Es el momento propiamente ético, es donde se miden las responsabilidades de las actuaciones del ser humano. Y al revisar las reacciones se tiene que sobrepasar la ingenuidad de los buenos deseos. Estos pueden ser otra moción pero no son los actos congruentes que deben desprenderse de ellas. Parte del arte del acompañamiento consiste en no dejar que aquel a quien acompaña se proponga metas que no le vienen *dadas* de parte del Señor, y aun estas mismas, que se vayan realizando desde pequeñísimos pasos impuestos todos ellos desde la posibilidad y desde relaciones vitalizantes.

Otra cosa que nos dan los EE como ayuda para el acompañamiento, es el mismo entrenamiento que ellos suponen. Son ejercicios del espíritu, es claramente un método de preparación para vivir luego la verdadera competencia, la verdadera batalla. Cuando uno entra a cualesquiera ejercicios físicos –por ejemplo– uno tiende a comportarse en ellos con los mismos defectos que como actúa en la vida. Los Ejercicios ignacianos nos hacen posible invertir el *dictum* de que *como me comporte en la vida, me comporto en la oración*, dando paso –gra-

cias al entrenamiento— al dictum siguiente: *como me comporte en la oración me podré comportar en la vida.*

LOS DESAFÍOS DEL ACOMPAÑANTE

El elemento crucial y específico del acompañamiento fuera de Ejercicios, es la vivencia cotidiana: el modo de vivir, la integración del dolor humano, de la debilidad, del pecado. Todo esto junto a la llamada que se va experimentando de parte del Señor a partir de las diversas instancias, primordialmente desde la historia. De manera que fuera de los Ejercicios, lo que se retoma como material es la biografía concreta inscrita en una historia dada, con sus desafíos y sus logros, con sus alegrías y miserias.

Fuera de Ejercicios, además, se verifican no tanto las mociones en sí, sino la fidelidad a ellas: la constancia en mantenerse fiel a la invitación del Señor, al compromiso de la historia. Así mismo, la consistencia de la voluntad en ponerse en ello.

Tenemos, por tanto, que lo más señero del acompañamiento en la vida ordinaria es el hecho de las confirmaciones históricas. De allí que el lógico material de cotejamiento con el acompañante es la congruencia con el Proyecto de Vida, que toda persona debe establecer después de la vivencia de los Ejercicios Espirituales y con los Proyectos Apostólicos u objetivos de las obras concretas (cuyo perfilamiento debe prepararse y evaluarse en las obras mismas), en lo que respecta a la repercusión del trabajo en la vida interna y de cómo ésta se expande en las tareas por el Reino.

Consideramos de suma importancia que el ejercitante ponga atención a cómo reacciona ante las mociones o tretas. Si una moción no se lleva a su realización, se queda en simple *invitación* del Señor, que no tuvo ningún influjo en la vida personal; de ahí que *lo que hizo historia* tenga una máxima relevancia. Si esto es verdad en un clima de ejercicios, mucho más en

la vida ordinaria. El acompañamiento tendrá como punto de verificación lo que ha generado vida diferente, vida cristiana, lo que ha modificado el rostro de las cosas, las relaciones, etc.

En este sentido el Proyecto de Vida, los Criterios Apostólicos por los que se rige el acompañado vienen a formar parte crucial en el proceso del acompañamiento espiritual. Dan como la brújula del caminar. Corresponde al momento del acompañamiento el establecer y valorar los *indicadores* del crecimiento espiritual y ver si se están cumpliendo, valorar su eficacia y eventualmente dar paso a una mayor radicalización. Los indicadores se convierten en algo que impide la coartada de las buenas intenciones, pues siempre son algo ponderable, verificable, medible si se quiere.

El gran fruto de los Ejercicios es estar en camino hacia la Tercera Manera de Humildad –3MH– (EE 167) y esto implica un optar *por principio* por Cristo entre los pobres, arriesgarse por él y tener los máximos detalles en el amor (cfr. EE 167). El papel del acompañante fuera del retiro, es verificar en cuánta medida el acompañado está en la línea de esa 3MH; cómo está siendo todavía interpelado por ella, y los pasos pequeños pero concretos por los que va haciendo avances en la constante invitación al seguimiento de Jesús. Esto a la larga presentará una traducción política. El acompañado en el fondo tendrá que ser, como lo fue Cristo, un subversor del *orden* establecido, por lo tanto se le debe ayudar a resistir la incomprensión, la ambigüedad, y el ser tomado y estimado por loco según este mundo. La petición constante de los Ejercicios de *ser puesto bajo la bandera de Jesús* no puede vivirse impunemente.

Obviamente que el colocarse en esa bandera, y el estar dispuesto aun a la misma muerte, no es por un ascetismo individualista, sino por la preocupación de la muerte de muchos, por el hambre de la mayoría, por encontrar mejores caminos de hermandad y paz estructuralmente logradas. Todo lo cual no se consigue sin cuotas de incomprensión y, por qué no decir-

lo, de represión y muerte. Suficientes ejemplos tenemos sólo en Centroamérica de lo que significa ser fiel a Jesús en sus empobrecidos.

En la Tercera Manera de Humildad, Ignacio nos hace perder la indiferencia para colocarnos en un apasionamiento por Jesús y la causa del Reino; de tal manera que, siendo igual gloria del Padre, se tienda a elegir más pobreza, más compromiso, más riesgos y más detalles en el cariño a Jesús. Esta Tercera Manera de Humildad es la que creemos funciona como catapultas hacia el compromiso histórico. La vinculación con el Cristo pobre y humillado —que se debe buscar *por principio*— nos hace lanzarnos hacia los pobres concretos, a pelear por sus causas —que son las causas de Dios—. De ahí que un signo del progreso espiritual va a consistir en la solidaridad afectiva y efectiva con los pobres y su lucha. La señal de que se está creciendo en el espíritu es mostrar el seguimiento en los compromisos históricos. La solidaridad con los pobres reales y con sus intereses profundos —que lleva a luchar por y con ellos— es la manifestación de una buena salud espiritual. El discernimiento *nace de una toma de posición con Jesús pobre y humillado actualmente (requisito) y lleva a defender su causa (verificación)*. Sólo con esas condiciones y con esos frutos es verdadero discernimiento (cfr. Cabarrús, *La osadía de dejarse llevar*, Diakonía, Managua, septiembre 1987, p. 9).

SIGNOS DE LA CONVERSIÓN

Estos signos de conversión nacen como fruto de los EE y del acompañamiento espiritual; pero se tienen que ir concretando, historizando poco a poco. En todo ello hay algo gradual. Las vinculaciones con la causa de los pobres —a pesar de su obviedad— no se nos hacen fáciles de establecer. Todo ello implica una reeducación, un cambio de relaciones sociales. Los pasos se pueden ir estableciendo dejándose llevar por el

Espíritu y por las exigencias de la misma gente. Por esta razón decíamos que el pueblo pobre que lucha se convierte en la moción histórica que completa y complementa la moción que se da en el seno de la interioridad. Es la moción histórica (pueblo que lucha), la que nos va radicalizando. Aquí no queda campo a una ascésis que pudiera ser un tanto artificial, sino al despojo que provocan *los condenados de la tierra* a los que se meten con ellos. La pobreza, como solidaridad con los empobrecidos, adquiere algo que ya no es *matiz* de mi vida, sino razón de ser profunda.

De manera que el gran signo de crecimiento es el continuo relanzamiento de la moción espiritual a la moción histórica, que vuelve nuevamente a la moción espiritual. En este movimiento creemos entender una de las maneras de explicación de la fe y la justicia. La fe estaría más centrada en la moción espiritual mientras que la justicia estriba en la relación histórica.

Regresando al ámbito personal tendríamos otro signo de crecimiento espiritual. Por mucho que estemos *curados* de nuestras heridas, de nuestras debilidades; por mucho que nos levantemos y apoyemos en nosotros mismos, siempre nos rondará el pecado, siempre seremos causantes y víctimas tuyas, o por lo menos estaremos en la posibilidad de serlo. Sin caer en menosprecio o infravaloraciones, un signo del crecimiento espiritual será la sensación de que uno es un poco rémora para la acción de Dios. Ignacio se percibía como *todo impedimento* para la gracia: se sentía *pobre en bondad*. Todo ello no es falsa humildad. Y esto, aun en el caso de no poderse contar pecados *manifiestos*. Tenemos pues que un signo de crecimiento tiene que ver con la honda captación de *ser pecador*. Ser pecador, con todo, perdonado y llamado a ser compañero del Hijo, quien carga su cruz en nuestros días...

Dentro de ese sentimiento de ser pecador perdonado, un signo de crecimiento espiritual es haber recibido la gracia de *verse con los ojos con los que nos ve Dios*. Sus ojos son mirada de

verdad y cariño entrañable. Aprender a querernos como Dios nos quiere es una veta de crecimiento humano y espiritual cuyo camino es infinito, que será tan grande como grande es el Señor.

Pero en nuestras latitudes es la esperanza el criterio más significativo, más importante de una verdadera conversión, puesto que es el que puede comunicar más a Dios. La esperanza es lo que más necesita nuestro pueblo cansado de caminar, cansado de tanta injusticia, cansado de que no fructifique sus intentos, sus caminos. Quien se siente agarrado por Dios comunica esta esperanza alegre: *Tal es mi expectación y mi esperanza que en ningún caso saldré fracasado* (Fil 1, 20), la visión positiva sobre sí mismo y sobre la historia.

LA NECESIDAD DE LOS PRINCIPIOS PSICOLÓGICOS

Hay una serie de problemas en el acompañamiento, que tienen una interpretación psicológica previa, y que a menos que se tomen en cuenta no habrá avance en el proceso espiritual. Vamos a tomar algunas de estas experiencias, por lo demás muy comunes, para mostrar la interpretación.

La primera tiene que ver con algo que no pertenece al campo propiamente psicológico. Se trata, en terminología bíblica, del problema de la pregunta de Job: ¿Por qué sufre el inocente, por qué los pobres siempre juegan la peor parte...? Como señalábamos, todo este conglomerado de problemática estriba más bien en el campo de los problemas sociales. Con todo, esta pregunta de Job tiene una repercusión personal muy honda cuando los acompañados han tenido que sufrir dolores, traumas, sucesos personales que no comprenden. Es el toparse con el problema general del Mal, pero injertado en las biografías, golpeando las psicológicas de tal manera que no se comprende la bondad del Padre, de modo que se hace difícil comprender su cariño por los pobres y los sufridos. Como decía Ca-

mus, *Rehusaré hasta la muerte esta creación donde los niños son torturados* (*La peste*, Aguilar, 1979, p. 307). El grito es siempre el mismo: ¿cómo Dios pudo permitir que me pasara tal cosa? Allí el esfuerzo consiste en ayudar a integrar el problema humano, primeramente permitiéndose sacarlo a flote, dejándolo sentirse, pudiendo expresarlo —a veces con sufrimientos ahogados—, como paso previo a aprender a convivir con ese problema antes de darle una lectura teológico-espiritual.

Otra problemática bastante general es la del mundo de las heridas psicológicas y de los traumas. Como bien se sabe, sobre todo en la infancia, la personalidad es un receptáculo impresionable que guarda las huellas dolorosas que van haciéndose matriz de su psicología, de tal manera que toda ulterior experiencia viene coloreada por las primeras impresiones negativas. Estas heridas o traumas en la medida que tienen vigencia se muestran por las *reacciones desproporcionadas* en la cotidianidad. Muchísimas de las *lecturas* de lo que pasa, que a veces hará el acompañado, principalmente en los comienzos, tienen que ver casi inextricablemente con estas matrices de negatividad que tienen que desmontarse primeramente para no confundir esas sensaciones o sentimientos o discursos, con lo que luego será la influencia de los espíritus buenos o malos. Por tanto, uno de los primeros pasos para avanzar en el acompañamiento es ayudar a distinguir los campos: lo que pertenece propiamente al mundo de la psicología —herida, en la mayoría de los casos— y lo que pertenece al mundo de las mociones y tretas. Mientras esto no se pueda distinguir con facilidad se cae en innumerables trampas, no hay avance posible en la vida espiritual. Se podría objetar que hasta que una persona no tenga esta *sanidad psicológica* no se podría comenzar el acompañamiento³. Sin embargo, en el modo habitual de llevarse las cosas, los que acompañamos espiritualmente nos to-

3.Cfr. BARRY y CONNOLLY, *The practice of Spiritual Direction*, Seabury Press, 1982, p. 72.

pamos con personas que nos vienen así y hay poca facilidad para referirlas a otras instancias más técnicas. El problema es que de ordinario, los acompañados perciben todo ello como en una nebulosa espiritual y por eso primeramente buscan el acompañamiento para resolver todo ese conflicto donde, con todo, experimentan también una llamada al servicio y al seguimiento de Jesús.

Otra situación de convergencia psicológico-espiritual es la del mundo de la *marginación*, por llamarlo de alguna manera. Se tienen allí los casos de problemas de integración psicológica-espiritual del racismo (personas indígenas, morenas, *nativos* en general) que se sienten inferiores al prototipo de hombre o mujer que se nos vende en los medios de comunicación aun de la propia Iglesia institucional. Esto colinda con lo que adelante llamamos el problema de las imágenes, pero tiene tintes diversos, en cuanto lo experimentado acá tiene un soporte objetivo: la discriminación racial. Ayudar a integrar esto es algo difícil, supone poder expresar el dolor de esa marginación, aprender a convivir con ello y luego poder acercarse a una lectura teológico-espiritual, que en este caso es sumamente valiosa: Dios ha escogido lo débil, lo que *aparentemente no vale* para confundir a quien se cree centro de la creación.

En este mismo punto de la marginación se debe ubicar el hecho (se discute que no debe enfocarse ya como *problema*), de la homosexualidad. Aunque en América Latina se esconde la problemática teórica —quizás por el peso del machismo que vivimos, y contrario al mundo anglosajón— es un dato vigente y que cada vez más se presenta como algo común ante lo que se debe dar una pastoral de acompañamiento adecuada. El primer paso en todo ello es lograr que el acompañado *pueda* expresar sus vivencias, que en casi todos los casos son dolorosísimas y con cargas morales y pseudoreligiosas muy pesadas que ahogan a las personas. Una vez expresadas, hay que ayudar a las personas a que encuentre, a nivel de las sensaciones,

lo que pudiera ser el origen de todas esas tendencias que experimentan. En muchos casos habrá datos traumáticos como origen del dinamismo desatado. Parece que en otros no se da como un traumatismo, sino como un camino de iniciación. Una etapa importante en todo esto consiste en un dato de la voluntad. Es necesario poder establecer con el acompañado, por dónde se siente llamado a establecer su propia identidad. Sólo puestos estos datos en claro se puede ayudar a caminar por las huellas del seguimiento de Jesús en el servicio de los más pobres y necesitados. Si lo anterior no se logra, siempre habrá espacios oscuros, puntos de turbulencia que a la larga minan mucho la psicología y restan impulsos apostólicos.

Hablando de la voluntad, esto permite introducirnos en otro ámbito de convergencia psicológico-espiritual: el problema de la consistencia de las voluntades. Así como en otras épocas se fomentó —a fuerza de despreciar y aplastar otros valores— la energía de la voluntad, cayendo en un voluntarismo principalmente en la vida espiritual; en nuestros días nos vemos envueltos en una atmósfera de falta de compromiso generalizado. En Europa es claro el ambiente de haber *pasado* de todo: el matrimonio en el primer mundo está en crisis precisamente porque hay dificultad de mantener una responsabilidad de por vida. En los Estados Unidos no es raro el que se plantee con frecuencia la viabilidad de unos votos perpetuos... Todo esto nos presenta un mundo que no favorece la consistencia en lo que se asume. En la dimensión espiritual, en donde al Señor no le gustan las terceras posiciones, en donde se está con Él o contra Él; en donde quien pone la mano en el arado y vuelve para atrás no es digno de Jesús; en donde se tiene que estar dispuesto a cambiarlo todo por la Perla del Reino; esto genera complicaciones... Parte del trabajo del acompañante consistirá en ayudar a resaltar la importancia de la voluntad —sin caer en voluntarismos—, en ayudar a fortalecerla y en establecer algo que se podría llamar pedagogía del compromiso, es decir, un camino

para ir logrando ser cada vez más congruente con los pequeños desafíos de la vida diaria. Sólo si se es fiel en lo poco se es fiel en las grandes tareas por el Reino. Aquí el acompañante tiene que echar mano de algunas técnicas que ayuden a ejercitar la voluntad⁴, a darle consistencia y a poder ir exigiendo que el acompañado vaya siendo fiel, al que primeramente es el *superfiel* con nosotros. Para esto, el marco ideal, el encuadre salvífico, es el pueblo pobre en su fidelísima lucha contra toda esperanza. Sólo vinculados a esa *moción histórica*, que es el pueblo pobre de Dios en marcha, *llegaremos al final*. Nuevamente, como el acompañante no esté vinculado a esa moción, poco encuadre de soporte podrá ofrecer al acompañado. Y todo esto sin mitificar al pobre sino manteniendo asimismo la postura crítica frente a lo que debe ser redimido también en ellos...

Otra vivencia compleja es que se suele experimentar la vida del espíritu con una marcada carga negativa sobre la moralidad sexual. Es lamentable que en la educación moral y religiosa se transmita un falso Dios preocupado única y *morbosamente* por la vida sexual. Eso más que experiencia cristiana es una experiencia de un trauma religioso-moral. De ahí que todo

4. Dentro de los medios de ejercitar la voluntad nos parece importante resaltar la eficacia del «Examen Particular» (EE 24), cuya finalidad no es sólo quitar un vicio sino también fomentar una actitud positiva por medio del mecanismo de hacer conscientes los actos, gracias al conteo y la verificación de los logros que se van obteniendo. Nosotros hemos experimentado que éste es un método de recabar datos experienciales (positivos y negativos) que ayudan al análisis ulterior de las causas profundas del actuar. Para ello proponemos establecer una matriz ad hoc, que tome en cuenta el conteo de los hechos, la ocasión en que suceden, la experiencia sentida en ese momento, la expresión externa de lo vivido, las consecuencias de allí desencadenadas y el desenlace final. Con ese material observado se tienen elementos para comenzar a analizar el fenómeno y ver el patrón de comportamiento de lo que quiere examinarse. Casi siempre aun las propias vías de solución se imponen por sí mismas... Esto, por una parte, fortifica la voluntad que se pone «sobre el problema», y por otra, la orienta a que exprese su fuerza por donde hay posibilidad de cambio y de éxito.

blema de libertad es otro punto crucial en el traslapo entre lo psicológico y lo espiritual; tememos usar la libertad. Creemos que si yo no hago exactamente lo que Dios me pide en un discernimiento (no en el campo de los mandamientos o de las responsabilidades históricas), si no continúo, por ejemplo, en la vocación, sino que, aun sintiéndola, quiero seguirlo en otro camino de compromiso, etc., creo que Dios me va a condenar. Es muy difícil experimentar que, si Dios me hizo libre, no es juego, que Él respeta la libertad, aunque no le guste todo lo que yo haga con ella. Este miedo a la libertad, frente a las inseguridades acrecentadas por el maquillaje *todopoderoso* de Dios, hace difícil vivir los procesos espirituales e implica un trabajo tanto por el lado psicológico como por el espiritual.

Por todo lo dicho concluimos: el acompañamiento no es una terapia psicológica. Cuando se tiene necesidad de una curación o de replantear un problema serio, debe buscarse una persona competente e indicada para este campo. En casos de necesidad y cuando el acompañante tiene una preparación/habilidad, se puede suplir de algunas maneras una terapia. No olvidemos tampoco que hay muchos casos de traslapo de experiencias psicológico-espirituales frente a las cuales se tiene que mover el acompañante. La mayoría de esos casos –si no son patológicos– pueden tratarse por un acompañante suficientemente capaz y experimentado como para poder distinguir la diferencia, autonomía e interrelación de los estados psicológicos y de los de vida del espíritu.

EL PERFIL DEL ACOMPAÑANTE ESPIRITUAL

El acompañante espiritual debe tener, por tanto, una personalidad capaz de gran humanidad, debe siempre generar confianza. Si bien es cierto que el acompañante no establece la relación de transferencia típica del mundo psicológico, sí hay una suerte de transposición de las imágenes de Dios. Una

vivencia totalmente gratuita, pero que acaece a veces, es cuando un acompañado dice a su acompañante que siente que Dios debe de ser un poco así, que por el modo de comportarse, el acompañante refleja –en lo que luego será en grande– el cariño del Padre. ¿Cómo se provoca esto? La sola pregunta está fuera de lugar. Eso acaece a veces; pero es que Dios utiliza al acompañante para mostrar su rostro de cariño, hace así visible su bondad y su amor por la humanidad (cfr. Tt 3, 4).

¿Cuáles serían las cualidades básicas del acompañante? Será alguien que no es perfecto; pero sin embargo es relativamente maduro. Da signos de estar comprometido con la vida y con la gente; esto se le nota. Hay un tenor de optimismo que no es ingenuidad en todo lo que desempeña. Sobre todo ha sufrido, pero no se ha dejado vencer por el sufrimiento y la negatividad. Ha amado y ha sido amado. Conoce lo que es la lucha por la vida, conoce lo difícil que es construir y mantener la amistad. Por eso tiene amigos a quienes quiere de verdad y de los que se preocupa profundamente. Ha experimentado fracasos y pecados –los propios y los ajenos– pero se encuentra a gusto consigo mismo de tal manera que refleja la experiencia de haber sido salvado y liberado por un poder mayor que el del peso del fracaso y del mismo pecado. No le teme tanto a la vida con sus luces y oscuridades, le respeta su carácter de misterio (cfr. Barry, op. cit., 124).

El acompañante deberá tener un *excedente de ternura* (cfr. ibíd. 126) que en definitiva es saber, con humildad, ser en alguna medida, rostros de Dios –Templos del Espíritu, lo llama Pablo– no para nuestra gloria sino para apoyo de los *muchos* en especial de los que más lo necesitan: la gente sencilla de ese su resto consentido (So 3, 12 ss.)

El acompañante es simplemente un testigo, un reflejo-eco de lo que sucede a aquel a quien se acompaña y por último, es un cotejador de la justeza y congruencia de lo que se vive.

Pero también ya insinuábamos desde la introducción, có-

mo el acompañante es en parte reflejo de Dios, y debe ser instrumento en sintonía con el Espíritu. Esta sintonía no se logra por un esfuerzo ascético abstracto, sino por la preocupación continua de estar al lado de la lucha de los pobres. El acompañante debe conocer el modo de proceder del Espíritu para poder ayudar a discernirlo. De allí que tenga que conocerlo en su principal actividad, que es la de *renovar la faz de la tierra*, la de hacer surgir del Caos el Cosmos más total. Por eso el requisito del acompañante es en parte el mismo que el que se pide para la meditación de Banderas: estar del lado del Jesús sufriendo. Si estar con los pobres y sus luchas era la condición y requisito para poder hacer bien el discernimiento, el que acompaña ese proceso debe tener los mismos requisitos so peligro de equivocarse si no estuviese allí.

Pero ahondemos un poco más sobre el mismo rol del acompañante, por contraposición a la acción del Espíritu. El talante de toda la actividad del acompañante es el de testigo. Es testigo del caminar y del progreso que provoca el Espíritu. Es ser testimonio de los milagros que obra el Señor. No vamos a repetir lo que señalábamos como signo del avance espiritual. El acompañante simplemente dará testimonio de cuánto se está caminando. Por eso decimos que el acompañante es eco-reflejo de todo el proceso. También puede llamar a la objetividad de lo que el otro experimenta ayudándole a comprender si se ha captado bien la acción de Dios, y si la puesta en práctica de esas mociones tienen realizaciones ponderables y verificables; es decir, evita el alibi (la coartada) de los buenos deseos o intenciones.

¿Pero todo queda en el plano del mero ser "presencia", ser testimonio? Creemos que no. El acompañante tiene también que discernir lo que pasa con el otro. Al comenzar una relación de ayuda, se da como un acuerdo (tácito o explícito) de que también el acompañante va a adquirir el derecho de introducirse en la interioridad del acompañado y, por tanto, que

va a tener cierta participación en su caminar. Su intervención será siempre desde el respeto, pero con la libertad que da el Señor para que siempre oriente con verdad y refleje no sólo el estadio presente en que se encuentra el acompañado, sino también el llamado a que éste ha sido invitado. En ese sentido la capacidad de discernir lo que acontece al otro, lo convierte por gracia en testigo del futuro. El acompañante es un testigo de lo que debiera ser; de la utopía personal desde la que invita y desafía a aquel... que lo ha dejado participar de su ruta.

BUEN ESPÍRITU Y MAL ESPÍRITU EN SITUACIONES ESPECÍFICAS DE LA IGLESIA DE HOY¹

Con todos los avances de la civilización, actualmente se ciernen sobre el mundo aires de desaliento y muerte como tal vez nunca antes se dieron. Esta sensación, con todo, no es perceptible para los que van de donde acostumbra *comúnmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delecciones y placeres sensuales, por más los conservar y aumentar en sus vicios y pecados* (314).

Nunca como ahora, tenemos más comunicación internacional. Sin embargo, la información propagada por los medios de comunicación social, tiene la capacidad de soslayar la verdadera raíz de los problemas, embotando realmente la conciencia y frenando, por decirlo así, los impulsos de los hombres de *buena voluntad*. Por ejemplo, el comportamiento global de las naciones –solas y en su máximo nivel de representación (ONU)–, salvo muy contadas y honrosas excepciones, aplaudió la guerra del Golfo tragándose la interpretación propuesta por los *señores de este mundo*.

Los poderes del *mundo éste*, lo están llevando al desastre ecológico, y fenómenos aparentemente *naturales* como lo ocurrido en Bangladesh, no dejan de tener relación con la obligada distribución geográfica de una población depauperada –producto de los capitalinos reales –en busca de sitios para vivir.

1. Este artículo fue publicado en el libro *Ejercicios espirituales y mundo de hoy*, Ed. Mensajero-Sal Terrae, 1991. Por tanto, desde el acontecer internacional de aquel momento, es que se ilustran y fundamentan algunas afirmaciones.

Las cifras globales de hambre, desnutrición y analfabetismo son espeluznantes. Sólo un pequeño sector, blanco (en su mayoría) y ubicado generalmente en el norte del globo, goza de un lujo y de unas comodidades que hacen todavía más dramático el cuadro total. El proceso de desesperación creciente de los terceros mundos, la intensificación en el mundo desarrollado de los llamados *cuartos mundos*, las situaciones casi límite en que han ido a dar los países del segundo mundo, más la amenaza de destrucción del ecosistema por el plutosistema, y la tranquila inconsciencia con que todo esto es vivido en el primer mundo, no son invitaciones a la satisfacción del que ya ha cumplido la voluntad de Dios o está cumpliendo con ella (cfr. Fe y Justicia: *Quince años después*, en Informaciones S.J., mayo-junio 1991, p. 77).

La caída de los socialismos del Este —con todo lo positivo que esto también ha traído—, ha generado, sin embargo, un ambiente de victoria en los poderosos, postulando casi fatalísticamente que la única esperanza del mundo es el sistema capitalista (cfr. Centesimus Annus 35).

Dentro de este marco histórico de finales de milenio está ubicada la Iglesia, el pueblo de Dios. No puede escapar a todo este ambiente y cae, lamentablemente, en alguna de sus trampas. Tretas que a veces se presentan de forma descarada o de forma más sofisticada, donde se esconde el Enemigo de la *condición humana* bajo el disfraz de Ángel de luz. Como **una vitrina** de los aires que se respiran en la Iglesia, nos servimos de la reciente encíclica Centesimus Annus (CA).

El objetivo de este trabajo es brindar algunas situaciones específicas en la Iglesia de hoy y descubrir en ellas el *paso de Dios*, para dejarnos afectar por él, como el medio seguro de *llevar a los hombres a la vida*, contraponiéndolo con el mal influjo del espíritu mundano en la misma vida eclesial.

El grito de los pobres se hace uno solo con el grito de Jesús en la cruz. La humanidad, en su inmensa mayoría, hace un lla-

mado de profunda extrañeza a nosotros y a Dios; un llamado de incrédula tristeza: *¿Por qué nos han abandonado?* El objetivo de este trabajo es también desvelar la confabulación del mal que invade la Iglesia a todos los niveles, para impedir la colaboración con la resurrección de todo este cuerpo herido. Por otra parte, también es rescatar las chispas del Espíritu de Dios que nos invitan a colaborar con el Padre, gracias a la fuerza del Espíritu para resucitar al Hijo.

El método que seguiremos será, en primer lugar, toparnos con el *mal espíritu*, o *espíritu de mundanización*, en la Iglesia. Pero al hacer esto no inculparemos sólo a los que están en la cabeza, sino también pretendemos generar un examen de conciencia en los que participamos de estos mismos aires y convicciones. La verdad nos hace libres. Sólo en la medida en que aceptemos nuestro pecado, como personas de Iglesia y como congregaciones religiosas –en nuestro caso–, podremos caminar en la búsqueda del Espíritu de Dios para, con él, renovar la faz de la tierra. Nuestro camino será encontrar la presencia del mal, estando seguros, que en clara tradición ignaciana, el Espíritu de Dios, obra *contrario modo*. A partir de cómo el mal ataca a la Iglesia de Dios, al pueblo, a las congregaciones religiosas, podremos entresacar por dónde apunta la fuerza de Dios que no se impone sino que se insinúa dejándonos optar con libertad. Terminamos con unas *reglas* –al modo ignaciano– para sentir desde los pobres la situación del mundo.

LA PRESENCIA DEL MAL EN NUESTRA IGLESIA

A primera vista, resulta chocante hablar de presencia del mal en la *santa madre Iglesia*, porque no debemos olvidar que Ella ha sido siempre un signo de contradicción frente a este mundo, y muchas veces a **pesar** de su pecado. *La casta meretriz* no deja de ser seguidora de Jesús y *madre* de cristianos. Enunciaremos someramente algunos elementos de esta presencia

del mal. San Ignacio recomendaba, en sus reglas para sentir con la Iglesia, no hablar contra las costumbres de nuestros mayores, porque engendraría más murmuración y escándalo que provecho (Ej. [362]). Pero en esa misma regla recomienda Ignacio que puede hacer provecho hablar de las malas costumbres a las mismas personas que pueden remediarlas (ibíd.). No es que nos sintamos ahora con derecho a corregir a los que conducen la Iglesia, sino que como religiosos y jesuitas tenemos un papel dentro de un ambiente que es negativo actualmente, que es nocivo y que frena la acción de Dios.

Vamos a comenzar hablando de la presencia del espíritu de este mundo en la institución que es, también, la Iglesia. No significa que toda ella esté infectada del mal. Los datos que señalaremos sólo son un recordatorio, una manera de hallar concreción a lo que decimos. Sería muy útil que en todos ellos encontráramos también cómo somos nosotros partícipes de ese mal como jesuitas, como personas, como pueblo de Dios. Esta presencia maléfica la sienten más los abandonados de la historia. Nosotros, sin embargo, por lo que sea, no oímos ese clamor.

1. El espíritu de este mundo en la Iglesia de hoy

Veamos ahora este mal espíritu en los que dirigen la Iglesia y también en el laico. Dejaremos para otro apartado la actuación de lo mundano en la Compañía. Ignacio nos legó una clave de discernimiento fundamental en la meditación de Dos banderas: el mal espíritu suele tentar por *codicia de riquezas*, por *vano honor del mundo* que implica desprecio de los demás, y finalmente conduce a *crecida soberbia*, es decir, al dominio sobre los demás de manera prepotente (cfr. Ej. [142]).

La clave, entonces para encontrar la cuna del espíritu mundano en la Iglesia, en el pueblo de Dios, en la Compañía, estribará necesariamente en esas realidades: el codiciar la ri-

queza, el prestigio mundano y, en definitiva, el poder. De aquí, casi necesariamente, se llega a una forma de negación de Dios, de ateísmo, que es en verdad el culmen de un proceso del mal no su fuente primera, en contra de lo que comúnmente pareciera suceder (p.e. CA 13–14).

A) EN LOS QUE TIENEN EL CARGO DE VELAR POR ELLA

Podemos, en primer lugar, considerar a la institución eclesiástica como un campo de poder. Antigüamente el poder eclesiástico fue económico y político. Su poder se ubica, cada vez más, en el campo ideológico; pero allí tiene todavía un influjo que, por otra parte, está decreciendo claramente, de allí la *codicia* por retenerlo...

– Centralización del poder ante el sentimiento de su pérdida paulatina

Pareciera que en la Iglesia Católica actual se da un retroceso fuerte en admitir que el Espíritu no es propiedad privada de la jerarquía. Hay una intransigencia doctrinal opuesta a aquel sentimiento evangélico de que *quien no está contra nosotros está con nosotros* (Mc 9, 40). Y ésto unido a una sensación de que la fuerza con que se hace eso, viene de nosotros y no de Dios.

Se percibe una minusvaloración de la herencia del Vaticano II, que entiende a la vez a los obispos como conferencias nacionales regionales y aun continentales, todas en su conjunto y cada uno de sus miembros en sus diócesis, corresponsales de la *sollicitudo omnium eclaesiarum*.

– Descalificación del no-creyente

Se nota, con dolor, un querer marcar fronteras entre los creyentes y no creyentes, entre una civilización llevada adelante por los que niegan a Dios, y por tanto, niegan –según algunos documentos– al hombre: *Si no se reconoce la verdad trascendente, triunfa la fuerza del poder, y cada uno tiende a utili-*

zar hasta el extremo los medios de que dispone para imponer su propio interés o la propia opinión, sin respetar los derechos de los demás (CA 44).

Todo esto va contra un sentir claro del Vaticano II y de otros documentos conciliares, que se dirigen siempre "a los hombres y mujeres de buena voluntad", esos mismos cristianos anónimos que recibirán la bendición del Hijo en el momento final.

– Nuevas formas de Inquisición

Asistimos, aun dentro de la misma Iglesia, al hecho de que se da refuerzo a la coerción, a la imposición de *silencios obsequiosos o penitenciales* y de la reducción de los espacios de libertad cristiana para la búsqueda de la comprensión del mensaje evangélico y su *novedad* para este tiempo (cfr. la última carta de la Congregación de la Fe sobre el papel de los teólogos, la cual los somete indebidamente a una especie de labor exclusiva de repetidores inteligentes de lo que los pastores jerárquicos ya han dicho). Es decir, una reafirmación de la fidelidad a la letra *que mata* (2 Co 3, 6), sustrayéndola de toda creatividad. Esto es contrario a lo que decía K. Rahner, de que el Vaticano II es un comienzo y no un final, y que no harían falta cien años para desarrollar su potencial en la Iglesia.

En este sentido contrasta mucho la condena de los totalitarismos que hace la Iglesia y cómo cae en ellos *ad intra*; y esto en contra de lo que ella propone como prueba de identificación: *La Iglesia, por tanto, al ratificar constantemente la trascendente dignidad de la persona, utiliza como método propio el respeto de la libertad* (CA 46). Huecas suenan estas palabras con la represión ideológica en el seno de la Iglesia en los casos de los teólogos de la liberación, por ejemplo. Actualmente el diálogo pareciera estar negado en la Iglesia, contra lo que ella misma señala: "En el diálogo con los demás hombres y estando atento a la parte de verdad que encuentra en la experien-

cia de vida y en la cultura de las personas y de las Naciones, el cristianismo no renuncia a afirmar todo lo que le han dado a conocer su fe y el correcto ejercicio de su razón (ibíd.).

– *Fenómeno de involución*

Es patente el querer volver a una catolicidad –ahora justo en el aniversario de los 500 años de la primera evangelización de América–, a la reconquista de una cultura universal sagrada. Dentro de esa nueva *cultura religiosa* es bueno que las mujeres callen (1 Co 14, 34), que los laicos no tengan ingerencia ninguna de conducción, que todos muestren una adhesión cuasi vanguardista al Papa y los obispos; que los colores se difuminen en el gris romano de la cultura o *civilización cristiana*, es decir, occidental y eurocéntrica.

Por otro lado, la *tradicción* se comprende como una tradición postridentina sólo modernizada. En realidad, es la vuelta a la *gran disciplina*. Es decir, no a la tradición, síntesis dialéctica –complementaria– de la diversidad plural de tradiciones cristianas, sino de la romana de creciente jerarquización mundanizada. El espíritu de este mundo se cuele todavía no haciendo a la Iglesia *servidora* sino sobre todo *maestra*, que tiene la verdad absoluta. Se pone el énfasis –de forma latente– en la infabilidad papal, lo cual contrasta, curiosamente, con los argumentos descalificadores de los totalitarismos de Estado, sobre todo de orientación marxista.

A esta concepción se ha opuesto en tiempos modernos el totalitarismo, el cual en la forma marxista-leninista, considera que algunos hombres, en virtud de un conocimiento más profundo de las leyes de desarrollo de la sociedad, por una particular situación de clase o por contacto con las fuentes más profundas de la conciencia colectiva, están exentos del error y pueden, por tanto arrogarse el ejercicio de un poder absoluto (CA 44).

– *Bloqueo a la vida religiosa*

En los últimos años se han puesto múltiples dificultades a los movimientos eclesiales que no dimanan de la línea del poder jerárquico. Se ha venido dando una intervención autoritaria del gobierno de las congregaciones (el caso de los y las carmelitas descalzos, como el ejemplo más extremo). Varios casos en que se ha negado el reconocimiento a las iniciativas del carisma común de las religiosas y religiosos, patente en la represión de la CLAR, de su proyecto *Palabra y Vida* (lectura popular de la Biblia, es decir, de entrega al pueblo de los pobres para que lo lea como texto en el con-texto de su historia y con el pre-texto de su fe comunitaria). Violación continua de la carta de la Congregación de Institutos Religiosos y Laicos, sobre las *mutuas relaciones* entre pastores y religiosos.

Otro ejemplo es el irrespeto hacia las religiosas, como mujeres y como participantes especiales en la vida eclesial. Muchas veces tratadas sin ninguna concesión de autoridad, relegadas en muchos casos al servicio del clero o nunciaturas.

– *Aumento de la intransigencia en el planteamiento de problemas*

Hay una intransigencia en no replantear seriamente frente a la opinión pública los temas como la discriminación de la mujer en la Iglesia... El problema de los derechos cristianos de los homosexuales... La intransigencia en no permitir la recepción de sacramentos a las personas justificadamente separadas de sus cónyuges, o en no regular las nuevas situaciones de pareja que se van originando, concediéndoles sólo una mera asistencia a los actos religiosos, cuando, por otra parte, es más ex-comunicante la retención de un salario o el pago de salarios de hambre por parte de los *fieles* participantes... Intransigencia en no permitir airear con responsabilidad problemas como, por ejemplo, ¿qué hace falta para que una comunidad cristiana pueda celebrar la Eucaristía (los requisitos éticos y

cristianos)? ¿Hace falta un presbítero ordenado, cuando no se dan abasto ni éstos ni los obispos para servir la Eucaristía? Si la Eucaristía edifica la Iglesia —en dicho patrístico común— y la Iglesia oficia la Eucaristía, ¿cómo privar de ella a tantas comunidades cristianas sólo por el hecho de la escasez de vocaciones para el carisma de ministerio prebiterial celibatario?

– *Bloqueo a un verdadero camino de inculturación de la fe*

Se da un bloqueo en permitir que la teología se inculture en mediaciones culturales nativas, que la liturgia lo haga en mediaciones simbólicas autóctonas. Con esto se mantiene el totalitarismo del racionalismo eurocéntrico y ni siquiera se admite la veta de irracionalidad (romanticismo, surrealismo, etc.), de la misma civilización occidental cristiana.

– *Marginación del movimiento laical*

En la práctica, el movimiento laical no tiene espacios suficientes de acción. Se hace un sínodo de los laicos, pero es llevado adelante por los clérigos... Al laico se le atribuye, en la realidad, un nivel de ciudadano de segunda y ésta es una de las razones por las cuales no existe tanto deseo en ellos de retomar, con iniciativas, beligerancia en la Iglesia. Por eso la considerarán siempre de *los curas*. En parte, de esto se han aprovechado las sectas quienes adscriben una gran ingerencia al laico. No queda ningún rastro del papel que jugó —por ejemplo— el pueblo de Dios en las elecciones de obispos y papas.

– *Bloqueo a los cambios estructurales; aporía para los empobrecidos*

La Iglesia no puede negarse a ver la situación global de los miserables de la tierra. Condena, sin embargo, enfáticamente toda solución que no vaya por los cauces de un capitalismo utópico que nunca se ha dado, ni puede darse. Al hacer esto niega lo que ella misma propugna: *el pobre —individuo o nación— necesita que se le ofrezcan condiciones realmente asequibles* (CA

52). Es imposible e inviable que la dramática pobreza en el mundo quede dejada a la *buena voluntad de personas y naciones*, al buen ejercicio de un capitalismo *justo*, ¡como si eso fuera posible! Aunque hay textos mucho más realistas en otros documentos el cuadro brindado en la Centesimus Annus (33) es bastante elocuente:

De hecho, hoy muchos hombres, quizás la gran mayoría, no disponen de medios que les permitan entrar de manera efectiva y humanamente digna en un sistema de empresa, donde el trabajo ocupa una posición realmente central. No tienen posibilidad de adquirir los conocimientos básicos, que les ayuden a expresar su creatividad y desarrollar sus capacidades. No consiguen entrar en la red de conocimientos y de intercomunicaciones que les permitiría ver apreciadas y utilizadas sus cualidades... Ellos aunque no explotados propiamente, son marginados ampliamente, y el desarrollo económico se realiza, por así decirlo, por encima de su alcance, limitando incluso los espacios ya reducidos de sus antiguas economías de subsistencia. Esos hombres, impotentes para resistir a la competencia de mercancías producidas con métodos nuevos y que satisfacen necesidades que anteriormente ellos solían afrontar con sus formas organizativas tradicionales; ofuscados por el esplendor de una ostentosa opulencia, inalcanzable para ellos, coartados a su vez por la necesidad, esos hombres forman verdaderas aglomeraciones en las ciudades del Tercer Mundo, donde a menudo se ven desarraigados culturalmente, en medio de situaciones de violencia y sin posibilidad de integración. No se les reconoce, de hecho, su dignidad y, en ocasiones, se trata de eliminarlos de la historia mediante formas coactivas de control demográfico, contrarias a la dignidad humana... Otros muchos, viven en ambientes donde la lucha por lo necesario es absolutamente prioritaria... donde están vigentes reglas del capitalismo

primitivo, junto a una despiadada situación que no tiene nada que envidiar a la de los momentos más oscuros de la primera fase de industrialización... se ven reducidos a condiciones de semi-esclavitud... se ven privados de su propiedad, se ven reducidos... para los pobres, a la falta de bienes materiales se ha añadido la del saber y de conocimientos, que les impide salir del estado de humillante dependencia.

Ante este cuadro ¿qué está haciendo efectivamente la Iglesia? Más adelante examinaremos este hecho detenidamente. Baste por ahora hacer notar que en todo ello ejerce su influjo el mal espíritu de este mundo.

Un hecho está claro: la Iglesia pierde cada vez más, poder *ideológico*, sobre todo en el Primer Mundo, y pierde credibilidad o se descalifica en muchas partes del Tercero. Todo ello debido a los factores de involución, codicia de poder, centralismo e intransigencia.

2. *Lo mundano en el Pueblo de Dios*

Así como la Iglesia y su dirigencia pueden colocarse, de alguna manera, en un sólo polo, no es lo mismo respecto al Pueblo de Dios. Según la escala hacia el mal, propuesta por Ignacio, hay un sector del Pueblo de Dios que está en la riqueza y detenta el poder; hay otro, en cambio, que es víctima de ello, y se ve seducido por el espejismo del consumo. Si bien es cierto que hay un *resto* que vive con deseo de que *venga el Reino*, hasta el mismo sacrificio. Esto hace entonces el análisis más complejo.

A) ENTRE LOS QUE DETENTAMOS RIQUEZA Y PODER

Cabe señalar, en primer lugar, que religiosos —jesuitas específicamente—, estamos en este primer apartado. Participamos, eso sí, con un inmenso número de laicos que estarían más o menos en las mismas condiciones.

En el Primer Mundo y los que en otras latitudes gozamos de una vida semejante a ésta –en ese sentido, recibiríamos el apelativo de *herodianos*–, la generalidad del laico (clase media y pudiente), como los religiosos, tendemos a vivir una ideología del conformismo (cfr. CA 29.b), del consumismo, del *pasar* de los compromisos serios, como ya lo señala también la Encíclica (cfr. CA 39). Todo esto sustentado en una teoría de la Postmodernidad, donde toda la manera de entender al mundo como globalidad se ve despedazada, con lo cual se justifica el *pequeño relato* y la individualidad que prescinde de todo como único camino. No es difícil encontrar desesperanza en círculos nuestros...

Varias son las tentaciones de la *cultura moderna*. La muerte de las utopías por un lado, como olvido de las grandes causas socio–políticas, y la posibilidad de una *Existencia a la carta*, por otro, deriva hacia un peligroso *narcisismo*. *Gran parte de la cultura actual está tocada de narcisismo, y por influencia suya el hombre moderno experimenta una dificultad mayor de lo normal para entenderse a sí mismo en función de una causa o de los demás; en una palabra trascenderse* (García, José Antonio, *En el Mundo desde Dios*, Sal Terrae, 1989, p. 92).

– *La miopía y el integrismo*

La primera tentación –como la llama J.A. García– sería la de *no trascender*. En el mundo de los laicos y laicas se dan con frecuencia organizaciones y movimientos mayoritaria y excluyentemente de clase media ascendente, de transnacionalización y de concentración urbana. Este tipo de movimientos propaga una religiosidad compartimentalizada, como se viven en la ciudad moderna. Dejando que la religión influya, a lo más, en la moral familiar y proclamando sólo de palabra que incluye en su manera de ser *empresarios* o profesionales del mundo financiero o político, etc. Surgen movimientos enfáticamente laicales, muchos de ellos excluyentes del sa-

cerdote, salvo en las palabras de la consagración, como por ejemplo el llamado *La Ciudad de Dios*, nacido en Ann Arbor. Estos movimientos tienen un claro carácter integrista. Es curioso que no hayan sido tan duramente criticados por la jerarquía —aunque minan de raíz la concepción de cuerpo como lo han sido las Comunidades Eclesiales de Base. Se da pues, una enérgica separación de los campos; *la fe no tiene palabra para el mundo*.

– *El intimismo, como evasión de la realidad*

La segunda tentación se expresa de la siguiente manera: *búsqueda de Dios sin el compromiso del Reino*. Cercanía con Jesús y movimiento son dos características del seguimiento de Jesús. En el evangelio de Marcos 3, 13 ss se nos dice que Jesús, al llamar a los que Él quiso, les convocó con un doble objetivo: para que estuvieran con él y para enviarles a predicar con poder de echar demonios. La gran tentación actual, sobre todo en el Primer Mundo, sería el *intimismo*. Volver a una relación vertical con Dios, *subir* para encontrarse con Él, en abierta oposición a la necesidad de *bajar al encuentro con Dios* (González Buelta). Esto sería, pues, no buscar a Dios donde Él mismo dice que quiere ser encontrado (Is 58) y en las cosas que a Él le agradan.

– *Sacar partido de lo de Dios*

La tercera tentación: *que Dios sea ventaja* (García, op. cit. 96). Decididamente, *dios no es ventaja para quien cree en Él, en contra de lo que nos sugiere nuestro instinto religioso* (Ibíd.). Esta tentación sugiere que Dios es siempre poder y que, *puesto que somos sus hijos, es un poder a nuestro servicio* (Ibíd.). Ser hijo, *no es ningún aval que ahorre los costos de vivir ni los costos de la tarea* (Ibíd. 97). No hay magias ni efectos dulcificadores de la tarea. Servirlo y servir a su Reino no es haberse ganado la lotería. Esto ni para los *agentes pastorales* ni para el pueblo llano...

– Creer más en la fuerza del poder que en el amor solidario

La cuarta tentación, que atraviesa toda la historia de la Iglesia y nos ronda a nosotros los creyentes, a los movimientos cristianos, congregaciones religiosas, etc., consiste en creer que la salvación o la solución del mundo, es fruto no del amor sino del poder *corrigiendo así la plana al mismísimo Jesús* (Ibíd. 98). Es evidente que necesitamos eficacia, pero cuando el poder, institucional o personal, deja de ser mediación obediente del amor, no salva. Lo único que hace es corromper: al que lo utiliza y aquellos sobre los que se ejerce (Ibíd. 99).

– La crisis de la esperanza

La quinta tentación se da cuando, viendo las cosas como están, *lo más razonable es la desesperanza* (Ibíd. 100). La impotencia, por una parte, y *la desproporción entre lo que invertimos y lo que cosechamos por otra, susurran a nuestros oídos la impresión de que nuestra vida es un fracaso, de que vivir así no merece la pena* (Ibíd. 101). Este es el sentimiento de los que decimos que trabajamos por el Reino. Todavía es más duro en el Pueblo de Dios, sobre todo en los que más sufren. Allí sí que puede surgir el grito mismo de Jesús en la cruz: ¿Por qué me has abandonado?

Esta desesperanza, se traduce en falta de interés. *Nuestra cultura genera poco compromiso*, decíamos. Ello infecta las voluntades. Las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa declinan escandalosamente. La falta de compromisos serios para compartir una vida de matrimonio está menguada. La falta de generosidad en traer hijos al mundo es uno de los grandes flagelos del Primer mundo y de las sociedades herodianas. Cuando la alternativa es entre hijos –con lo de inversión material y sobre todo de responsabilidad que implica– y la búsqueda de estatus, dinero, consumo conspicuo, etc., triunfa la comodidad.

– *El ateísmo práctico*

Cabría señalar como *la última tentación*, el ateísmo. Ya insinuábamos anteriormente que el ateísmo parece ser –algunas veces un corolario de los otros escalones hacia el mal, es una tentación que no la podemos desdeñar. Siempre está acechándonos. Hay, con todo, un ateísmo no militante que puede haberse generado por una mala predicación del rostro de Dios y de su Reino. Hay un ateísmo como el de Camus, por ejemplo, que no podía aguantar una creación donde los niños sufrían... No estaríamos hablando de esas formas aquí, sino más bien del llamado ateísmo práctico. Este fenómeno ha tomado posesión de Occidente en gran escala y curiosamente, con la caída de los materialismos ateos del Este, ha comenzado a minar esas sociedades que se experimentaban cristianas en la clandestinidad pero que ahora caen en sus garras. A este ateísmo debería condenársele tanto como se lo hace, aún ahora, al marxista, lo cual suena, por lo menos, trasnochado.

Si luego nos preguntamos dónde nace esa errónea concepción de la naturaleza de la persona y de la subjetividad de la sociedad hay que responder que su causa principal es el ateísmo (CA 13).

De la misma raíz atea brota también la elección de los medios de acción propios del Socialismo... Se trata de la lucha de clases (CA 14).

La lucha de clases en sentido marxista y el militarismo tiene, pues, las mismas raíces: el ateísmo y el desprecio de la persona humana que hace prevalecer el principio de la fuerza sobre el de la razón y del derecho (CA 14).

La pregunta que debemos hacernos constantemente como *agentes de la Iglesia* –detentadores por lo menos de poder ideológico y como usufructuarios de los bienes aun sofisticados de este mundo– es *cuánto se nos infiltra el ateísmo en nuestras personas a las que decimos servir*... Este discernimiento exigente de

las fuentes del ateísmo humano en la Iglesia –más que el recurso de la condena– fue la aportación humildemente penitente del Vaticano II en la *Gaudium et Spes*, hoy relegada al olvido en los neo-triunfalismos eclesiásticos...

B) LA TENTACIÓN EN EL MUNDO DE LOS EMPOBRECIDOS Y
NECESITADOS

Nunca hemos pensado que en los pobres no se dé el pecado. A veces se inculpa a la Teología de la Liberación de santificar, sin más, a los pobres. Quienes hemos tenido el privilegio de conocerlos, de vivir con ellos, de compartir sus ilusiones, no podemos dejar de percibir también allí el mal y el pecado. La cosa es que Dios ama a los empobrecidos. Son sus privilegiados, no porque sean buenos sino porque son despreciados y conculcados, porque –sobre todo– en su empobrecimiento, fruto de la negación de entrañas paternas de misericordia, son causa de hacer increíble la paternidad y maternidad universales de Dios.

Conviene también aclarar que habría, por decirlo así, dos clases de pobres: los que pueden serlo de *espíritu* y deciden luchar por el cambio y por la venida del Reino; y los que, por lo que sea, están ya desahuciados y son manifestaciones del Siervo de Yhavé, en donde no se encuentra rostro ni condición humana, sino sólo saben y pueden sufrir. Ese pueblo en que ya nadie cree, ni siquiera él mismo. Sólo Dios sigue creyendo en el pueblo de la cautividad y le dice:

Tú, mi siervo, yo te he elegido y no te he desechado: no temas, porque yo estoy contigo; no te asustes, pues yo soy tu Dios. Yo te doy fuerza, soy tu auxilio y te sostengo con mi diestra victoriosa (Is 41, 9-10).

– *Salidas fáciles del ostracismo*

En general podríamos decir que además de las severas limitaciones de los pobres en América Latina, la cultura popular

está asediada por el consumismo y el deseo de un enriquecimiento rápido. La droga y la fuga al Primer Mundo es la gran tentación para inmensas poblaciones. *El Espíritu mundano mina la conciencia popular*, sobre todo cuando los inmigrantes les desvelen –desde allá donde algunos de ellos logran prosperidad– el espejismo de paraíso primermundista.

A nivel de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs), se percibe en ocasiones, falta de síntesis entre fe y política, que a veces, hace pasar la fe a un segundo plano o a un plano inexistente. Se tiende a vivir lo cristiano sólo como compromiso sin dejar brotar las vetas de celebración, gratuidad, esperanza y gozo.

– *Las sectas: el verdadero opio del pueblo*

Venidas desde este mundo occidental y *cristiano*, las sectas fundamentalistas están inundando los países del Tercer Mundo, especialmente Latinoamérica. Su principal objetivo es resquebrajar la unidad del pueblo. A golpe de dar dólares y participación del laico presentan una religiosidad sin compromisos ni problemas, una vía de ascenso gracias a una *conversión de costumbres* que nace de una atención personal en que la gente –sobre todo de barriadas marginales– sale de la anomalia y adquiere identidad grupal y un sistema de *defensa*. Pecado también éste de la Iglesia en no atender personalmente a los fieles, y no darle participación importante al laico...

– *La pregunta inquietante de Job*

La tentación del ateísmo también está aquí presente. Las poblaciones pobres, sobre todo las que llevan muchos años de lucha, quisieran respiro y tregua. Otras que siguen experimentando el flagelo de la represión o de la necesidad extrema puede presentar el interrogante de Job o el grito de Cristo en la cruz, clamor global de abandono. El abandono y el ostracismo no se debe a Dios, sino a los poderes de este mundo que fá-

cilmente podrían cambiar las armas o la edificación de grandes templos, o sostenimiento de cultos triunfalistas, en comida, educación e instrumentos de trabajo...

C) EL ESPÍRITU MUNDANO EN LA COMPAÑÍA

Todo lo anteriormente dicho es presencia del espíritu de este mundo –cizaña– en la Iglesia de Dios, tanto en su dirigencia como en el pueblo llano. Es decir, esto nos incumbe a todos, nos inunda a todos y cada uno desde nuestro propio puesto. *Como jesuitas somos dirigencia y somos también pueblo de Dios.* Sabe señalar, en este apartado, el *modo peculiar* con que ese espíritu del mal nos seduce como Compañía de Jesús. Recordemos que a cada persona lo tienta según su propia condición (Ej. [327]), algo semejante nos sucede a nosotros como Orden.

La Congregación general XXXII definió al jesuita como *pecador*. Con esta definición se rompía, al menos ideológicamente, con una tradición de intachabilidad y orgullo farisaico de la que adolecíamos muchos jesuitas. No nos comprendemos sino en razón de nuestro pecado, como personas y como institución. Mucho cabría señalar, pero nos limitaremos a esos pecados que son *cuna* de ese espíritu del mundo en la Compañía.

– *No ser amigo de pobres*

En las Constituciones (parte X), se da la clave de por dónde podría entrar el espíritu mundano, que es precisamente descuidar lo que Ignacio dirá *familiaridad con Dios nuestro Señor*. Es verdad que se asiste a un movimiento fuerte de recuperación de los Ejercicios (sobre todo en la modalidad de la Vida Corriente), del discernimiento, etc., pero en esto todavía queda mucho por lograr. La oración, el examen y el *Santo Sacrificio* (la Eucaristía desafiante de la memoria de Jesús en acto de entrega de sí mismo por la vida), son puntales de la eficacia de nuestra acción desde Dios y en parte *no nos dejamos retar desde allí*.

Ahora bien la palabra clave en las Constituciones es la Misión. Ella nos brinda la interpretación más certera en todo. La misma familiaridad con Dios nuestro Señor no se puede, por tanto, desligar de la causa de Dios. *Hay que tener familiaridad con el Señor y con sus causas*, y hay que conocerle sus gustos y su rostro tal como Él nos lo ha revelado. Esto dice mucha relación a la justicia y al trabajo de promover una fe que se exprese en las obras de justicia. La justicia que brota de la fe (Rm 9, 30). Esto implica, por consiguiente, estar lo más cerca posible de donde se debate toda esta lucha para lograr tener familiaridad con ella. Tener cercanía con las cosas de Dios, supone dejarnos impactar de cerca por lo que le sucede al mundo de Dios.

En este estar de amigos con Dios, no podemos olvidar, lo que nos recuerda Ignacio en la llamada Carta de la Pobreza: que *la amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno*. Por tanto, es la falta de "amistad" con los empobrecidos lo que es cuna, por decirlo así, de uno de los canales del espíritu de este mundo en la Compañía. La pregunta final del Decreto IV (nº 74) de la Congregación General XXXII, de *dónde están nuestras solidaridades*, traduce muy correcta, transcultural, a la vez que tanshistóricamente, esta impresionante expresión ignaciana.

– *No ser amigo del Señor*

Esta amistad con los necesitados no *suple* la amistad con el mismo Señor, es claramente un camino. Esto quedaba patente en el texto de Marcos 3, 13, en donde Jesús llamaba para estar con Él y para mandarlos a la Misión. *Es la falta de amistad personal con Jesús, unida a la misión, la que puede explicar el cúmulo de deserciones de nuestros compañeros*. Esta falta nos hace menos radicales y más capaces de guardar terceras posiciones y segundos binarios. Por otra parte, sin esta relación personal de los empobrecidos y su mundo de injusto sufrimiento, no nos abrimos al desafío de estar con Jesús. A nivel histórico esto se traduce en que tomamos posiciones de *ni esto* (el capita-

lismo llamado *primitivo*, como si ya no existiera), *ni este otro* (el socialismo de rostro humano, hecho supuestamente imposible por los fracasos de los socialismos históricos). Entonces, ¿qué? ¿El Evangelio sin mediaciones –fundamentalista– tan distinto del Evangelio *sin glosa de Francisco de Asís*?

Así pues, la raíz de nuestro pecado estaría en una mengua en la calidad de dejarnos interpelar por el Señor y por ende de no estar abiertos ni disponibles para emprender la osadía de *dejarnos llevar* por sus caminos, que no son los nuestros. Esto nos despoja de raíz, de cualquier pretensión de controlar el Espíritu por nosotros mismos, como decíamos que se infiltra en la Iglesia de Dios, cuando exigimos a Dios que sea ventaja intrahistórica para los que lo alabamos.

– *Hacerlo todo como si dependiera absolutamente de nosotros*

Otra cuna del mal espíritu en la Compañía, es no ser fieles a aquel adagio ingaciano: *hacerlo todo como si dependiera de nosotros*, sabiendo que en definitiva depende absolutamente de Dios... (cfr. Ribadeneira, *De modo gobernandi*, 14, FN III, 361). De ordinario ponemos toda la confianza en nuestros medios, en la eficacia de la ciencia y de la técnica, pero *sin el polo dialéctico que es creer que, en definitiva, todo depende de Dios. Dependere de Dios no quiere decir que Él va a actuar únicamente, sino sobre todo que va a realizar las cosas como Él las hace*. ¿Y cómo actúa el Señor, sino por el despojo y por la pobreza para confundir al mundo? No poner el acento en el otro polo dialéctico del dictum ingaciano quiere decir no poner empeño en traducir entonces lo que nos recuerda la carta a los Corintios:

Hermanos, fijaros a quiénes llamó Dios. Son pocos los que pasan por cultos, y son pocas las personas pudientes o que vienen de familias famosas. Pero Dios ha elegido lo que el mundo tiene por necio, con el fin de avergonzar a los sabios; y ha escogido lo que el mundo tiene por débil,

para avergonzar a los fuertes. Dios ha elegido a la gente común y despreciada, ha elegido lo que no es nada, para rebajar a lo que es. Y así ningún mortal ya podrá alabarse a sí mismo delante de Dios (1 Co 1, 26-31).

¿Donde está la cuna de este espíritu del mal? En que no terminamos de creer que la acción nuestra es por el Reino de Dios. Que Él tiene más interés de que se lleve a término, de que es Él quien pone en nosotros esos deseos locos de colaborar consigo. Pero sobre todo, como decíamos, en no confiar en sus *medios* que son contrarios al poder y riqueza exaltados por el mundo.

– *La codicia de riqueza y de poder*

San Ignacio dejó a los profesos cinco votos (cfr. Const. 816-817), con los cuales él pretendía asegurar el *buen ser* de esta Compañía. Creo que los pecados nuestros tienen mucho que ver con dos vertientes enfatizadas en ellos: 1) que, de muchas y descaradas maneras, *relajamos la pobreza*, y no nos consagramos a los *rudos* y *niños* de este mundo, y 2) que no erradicamos el ansia de poder y ambición de nosotros mismos y de nuestras instituciones. Un poder –que en sí no es malo– pero que sólo tiene sentido respecto al primer elemento del que hablábamos: la consagración solidaria al mundo de los empobrecidos y la lucha por la justicia que ésto entraña.

Esta falta a la pobreza ha sido siempre el *vulnus Societatis*, la herida de la Compañía, y es la que la hace caer hoy en día. San Ignacio vio en la pobreza el muro y defensa de la radicalidad religiosa, vio en la pobreza la "madre" que engendra hombres nuevos con novedad de valores. De muchas maneras borramos esta radicalidad. Es verdad que en nuestra sociedad no podemos vivir ya de limosnas. Se nos ha concedido participar del goce de un salario por nuestro trabajo. Es decir, que la fuente de nuestros ingresos para vivir como *hombres para los demás* –como diría Arrupe– ha cambiado, pero no debe modificarse el tono de nuestra vida: *su comer, vestir... sea cosa pro-*

pia de pobres. Nos falta más inserción en el mismo Tercer Mundo, falta más austeridad en toda la Compañía.

Dada la situación del Tercer Mundo, los jesuitas de todas partes deberíamos apostar por *lo menos*, por una civilización de la *austeridad*, que nos permitiera poder experimentar el dolor del mundo y tener credibilidad para buscar las soluciones a los problemas estructurales que lo acosan. Los jesuitas, como otras gentes de la Iglesia y de Iglesia Jerárquica, vivimos al margen del dolor del mundo, a veces en situaciones principescas. ¿O burguesas, propias del capitalismo consumista?

Sobre la codicia del poder ya hemos hablado anteriormente. Eso sobre todo en el uso de nuestros instrumentos y el privilegiar ciertas instituciones o medios. Pero también en el acceso que de ordinario tenemos a nuestras amistades. El círculo en que nos movemos. Tenemos la tentación de trabajar tal vez con organizaciones populares, pero con sus cúpulas. El hecho de formar agentes multiplicadores –que en sí es loable y eficaz– nos puede constreñir a olvidar a esos *pobres de Yahvé*, de donde de verdad viene la salvación de Dios. Para Ignacio está claro que el poder corroe y por eso evita relacionarse estructuralmente con él, como sería, por ejemplo, aceptando cargos jerárquicos en la Iglesia. Estamos tal vez muy claros en renunciar a todo ello, pero *¿cuánto renunciamos al roce con los que detentan el poder –ya no eclesiástico– sino real del mundo?* ¿Cuánto nos llama su estilo de vida, y el dominio, y su prestigio? Ignacio se relacionaba con príncipes, cardenales, banqueros, nobles, etc., pero siempre para llamarlos a desprenderse de sus bienes en favor de *los de abajo* y nunca para adoptar su esplendor de vida. Como Jesús en su relación con Zaqueo y Simón, el fariseo, por ejemplo.

– *Excesivo clericalismo de la Compañía*

El otro elemento constitutivo de la cuna del espíritu mundano dice relación a la falta de creatividad en encontrar el

problema del laico en nuestras obras (el problema de la Coadjutoría, de una manera más general). *Somos una institución clerical que no genera, normalmente, lugares prominentes para el trabajo de los laicos. En este sentido reducimos el efecto de la gracia por circunscribirlo en la práctica a lo que nosotros –clérigos– podemos hacer. Más aún, solo aceptamos trabajar donde controlamos absolutamente todos los cabos de una institución. ¡Qué difícil aceptar a un laico –sobre todo no jesuita– al mando de nuestras instituciones cruciales; pero más cuesta arriba aún, si se tratase de una mujer!...*

No se hace casi nada serio, todavía, por formar colaboradores laicos. Suplimos su formación con charlas esporádicas sobre temas inconexos o con unos retiros sin ninguno de los requisitos ignacianos. Esto contrasta con la contundencia y seriedad que exigimos a la formación de *los nuestros*.

– *La falta de creatividad para encontrar la Misión*

Lo que nos hace jesuitas es la Misión. La Compañía en muchas partes está como *establecida*, tiene falta de vocaciones, *no encuentra su desafío*. Por eso se desanima, por eso contempla la vida con desesperanza. Por eso pierde capacidad de acción. Convendría recordar lo que constituye la Misión, que siempre es llevar adelante obras de la mayor gloria de Dios, con los criterios enunciados en la Parte VII de las Constituciones: ir a donde hay mayor necesidad, donde el bien es más universal, donde tenemos mayor deuda, donde se hacen obras que otros todavía no pueden realizar, donde hay más urgencia, donde se pueden realizar obras integrales (materiales y espirituales), donde hay efecto multiplicador, donde hay mayor contundencia, donde existe más cizaña contra la Compañía (cfr. MI Const. 622-623). Esto de la cizaña, que sería el modo de experimentar persecuciones, es de gran ayuda para mantener a la Compañía en su *buen ser...* según la intuición de Ignacio (cfr. MI Es. Ign 1, 296-298).

Estos serían los elementos que matizan el modo como se introduce el mal de este mundo en la Compañía, y el modo como el ambiente que rige en la Iglesia de Dios se nos materializa. No significa que los pecados de la dirigencia y del Pueblo de Dios no nos manchen, sino que todo ello tiene su matriz o su ecosistema, por decirlo así, en la invocación no práxica del *modo nuestro de proceder*.

EL DISCERNIMIENTO DEL ESPÍRITU DEL MAL: SUS REGLAS

1. *Un breve recordatorio de las reglas*

San Ignacio nos dejó consignadas las reglas para discernir espíritus. Él distingue, en los Ejercicios, dos tácticas (que denomina *semanas*) que emplea el espíritu de este mundo para atacarnos: una, la de forma descarada y otra, la encubierta. Con la táctica descarada no hay problema, se percibe, se nota. El problema de la segunda es que la persona no se percata de que está siendo atacada, porque el Mal Espíritu (ME) actúa *sub angelo lucis*. Por eso todo el arte consiste precisamente en descubrir su acción.

La acción del espíritu mundano siempre va en contradicción a la acción de Dios. De ahí que saquemos mucho bien de analizarlo. Pero lo primero que debemos tener en cuenta para discernir es precisamente un concienzudo examen de por dónde nos va llevando el Espíritu. Eso que nosotros hemos denominado *consigna*.

Para vivir el discernimiento, se precisa haber tenido una profunda experiencia de fe y especialmente del papel de los espíritus. Esto se suele dar en un Mes de Ejercicios o en un retiro de unos 10 días llevado en serio. Sólo en ese contexto se puede desentrañar con claridad la convergencia de los impulsos por donde el Señor nos quiere llevar y las mociones que van apuntando a una que hegemoniza todas las otras. La

vivencia de la formulación en palabras de esa moción hegemónica que ya actúa eficazmente en la vida es lo que denominamos "consigna".

Ahora bien, *para poder discernir*, Ignacio nos indica que por lo menos debemos *estar ya en la dinámica de las Dos Banderas*, en donde nos da por primera vez el esquema de discernimiento (Ej. [137]ss). Estar en la dinámica de Banderas es haber pedido *ser puesto* en la cruz de Jesús. Y eso no de una manera abstracta, sino con fuerzas de concreción histórica. Por lo tanto, estar en la dinámica de discernir es *estar en el campo de la fe y la justicia*, estar militando por la causa de los empobrecidos de Dios.

Sólo en ese contexto de tener ya los requisitos para discernir (Banderas) y de haber conocido claramente el paso de Dios por mi vida y su modo concreto de llevarme, estamos en capacidad de entrar a discernir; de saber reconocer la obra del espíritu mundano en nosotros que obra *contrario modo* (Ej. [315]) a la acción de Dios.

En este momento interviene la *regla básica* de todo discernimiento: poder establecer dos rieles: *qué experimento* en verdad, y a *dónde me lleva*. Es el derrotero lo que más determina la acción del buen o mal espíritu. Las mociones de Dios siempre me llevan a cosas típicas del corazón del Padre: pueden concretarse en Mt 25, 31 ss, en la escena del juicio, complementándose con la llamada a la misericordia: *Sean misericordiosos como mi Padre es misericordioso* (cfr. también Mt 23, 23). Si alguna cosa nos invita a realizar las *obras del Padre* (Jn 5, 36) es clara señal de Dios. Sólo Él nos puede invitar a realizar esas *locuras suyas*.

En este escrito tratamos de realizar este discernimiento no a escala personal, sino en un contexto eclesial lo cual lo hace aún más complejo.

En la vida personal –hemos dicho– distinguir los espíritus sucede claramente al nivel de la primera época (1ª Semana en Ignacio) o táctica descarada. No es tan evidente en la táctica

encubierta, puesto que allí lo típico es el camuflaje del mal y su aparente imperceptibilidad. Tratándose de un fenómeno eclesial, el sujeto que discierne es colectivo –lo que supone más dificultad– pero es más difícil engañarse que en el nivel individual ya que los efectos de la acción del mal van tomando cuerpo y demuestran –se quiera o no– el derrotero final.

El problema de discernir espíritus en la Iglesia es que, por un lado, el objeto mismo tiene dimensión social y, por otro, que esta discreción de espíritus puede hacerse de manera individual o como grupo. *En el presente caso se hace un discernimiento de algo colectivo pero desde nuestra perspectiva personal.* Valdría mucho la pena hacerlo desde los diversos grupos a diferentes instancias eclesiales.

Por esta razón nos parece muy importante manejar con pericia las reglas para detectar la acción del ME cuando está encubierto. Pero, veamos antes las características comparativas de las tretas del mal espíritu (ME).

En primer lugar, la expresión que utiliza el ME en la táctica abierta (TA) son los sentimientos negativos (Ej. [315], mientras que en la táctica encubierta (TE), su fuerte son las *razones aparentes* (Ej. [329]). El *engaste* o engranaje que utiliza en la TA son las partes débiles nuestras, lo herido, lo vulnerado, también dando curso a los instintos exacerbados (Ej. [327]); mientras que en la TE va a dar rienda suelta a los fervores indiscretos, a los ideales exagerados, y a los mecanismos psicológicos compensatorios. La prevalencia en la TA es la desolación (Ej. [315]), mientras en la otra la consolación, pero falsa (Ej. [331]). El objetivo en la primera es derrumbar inmediatamente (Ej. [317]), mientras que en la TE su fin es minar a largo plazo (Ej. [332]). En la TA utiliza la complicidad (Ej. [326]), mientras que en la TE el enmascaramiento (Ej. [329]). Los efectos son muy importantes de comparar: en la primera es malestar, desaliento, tristeza, desesperación (Ej. [317]), mientras que en la TE lo típico es el encandilamiento, la obnubilación (Ej. [332]).

Al espíritu mundano se le descubre fácilmente cuando está descarado. Y esto porque es evidente a dónde nos lleva, y el derrotero queda al descubierto: todas las acciones que nos alejan del Reino y su causa. Cuando está encubierto, el derrotero hacia el antirreino es más sutil. Por ello el aspecto crucial es analizar qué se está experimentando (en nuestro caso, de qué se adolece, qué no se resiste ya, qué se experimenta como una carga, etc.), y a dónde va a parar este impulso.

Para detectarlo, lo primero que debe tomarse en cuenta es descubrir menguas, disminución en el interés en torno a la consigna (Ej. [333]). Es decir, que el declinar en el *amor primero* (Ap 2, 4), el no estar con el mismo fervor de la voluntad, es una luz roja que nos debe poner alertas como personas y como colectividad.

El segundo criterio: es detectar cómo las *falsas razones* (Ej. [329]), los discursos típicos de la táctica encubierta producen actitudes que van en contra de las actitudes que emanan de la consigna, o cosa *menos buena que el ánimo tenía propuesta de hacer* (Ej. [333]). El tercer criterio: es el punto final del análisis. Establecida la sospecha, es importante revisar la trayectoria del tal discurso (Ej. [334]) y *cómo poco a poco procuró hacerla descender de la suavidad y gozo espiritual en que estaba, hasta traerla a su intención depravada* (Ibíd).

Por último, vendría la confirmación histórica. En el caso del espíritu del mundo, esto se da precisamente en la lucha denodada contra él. En lo que se refiere al espíritu de Dios, todo el esfuerzo debe ubicarse en hacer que esas invitaciones del Padre se hagan historia en favor de los desposeídos, su principal preocupación.

2. Su aplicación a un contexto eclesial

Siempre son importantes en el discernimiento las circunstancias en que se da la moción o la treta –engaño–. Tratándo-

se de un fenómeno eclesial nos parece muy oportuno tomar en serio lo que Ignacio nos deja postulado en Banderas sobre la *Jerusalén* y la *Babilonia* (Ej. [138]). La perspicacia de este punto está en atribuirle una importancia determinante al *lugar*, a la ubicación, a las redes establecidas de manera tangible.

En los contextos nuestros no es lo mismo estar en un país del Tercer o del Primer Mundo. Esta ubicación nos da ya, de salida, una responsabilidad enorme, cada quien en su propia latitud. La importancia, en cualquier caso, estriba en que nos coloquemos en las *Jerusalenes* de la historia nuestra: allí donde está más el Señor compartiendo con nosotros completando –en los empobrecidos, en los que sufren– lo que falta a su pasión (cfr. Col 2, 24), así como dejando que, como fruto de su presencia en el Espíritu, hagamos las obras como las que Jesús hizo y *aun mayores* (Jn 14, 12).

La regla básica de discernimiento decíamos que era: qué experimento y a dónde me lleva con su moción (derrotero). Para un discernimiento de Iglesia es básico también establecer el *de dónde se originan* los fenómenos que provocan esos movimientos eclesiales, lo cual nos lleva a los análisis psicosociales, económicos y políticos, pero ésto sobrepasa nuestro objetivo.

3. A dónde lleva el proceder de la dirigencia eclesial

Con estos elementos podríamos ir discerniendo los diversos sucesos antes considerados de la Iglesia como dirigencia y como pueblo de Dios. Esto, con todo, sería un esfuerzo muy largo. Podemos, sin embargo, *establecer líneas de convergencia*.

Los elementos negativos, cuna del espíritu del mundo, que percibimos en la Iglesia, sobre todo en su dirigencia, podrían brotar psicológica y sociológicamente de una percepción de pérdida de poder. La Iglesia ya no tiene poder económico y social, lo tiene a nivel ideológico-cultural. Su intransigencia, la centralización, la falta de pluralismo en la jerarquía, los mecanis-

mos de inquisición, la involución, los bloqueos a la vida religiosa dicen relación a esta percepción de querer volver a *controlar*. Nacen del miedo y de la sensación de tener que estar a *la defensa*. Claro está que todo ello se recubre de un lenguaje, de unas *razones* que si uno se las creyera encontraría contradicción con otros discursos. No son pues planteamientos doctrinales los que entran en juego, sino miedo a perder posición, miedo a no controlar, miedo a la dispersión. El gran criterio para analizarlo todo es ver el derrotero: ¿a dónde llevan esas actitudes y esos discursos? ¿Llevan a un servicio más claro a los empobrecidos, a los necesitados, llevan a hacer patente la misericordia y la justicia típicas de los gustos del Padre?

Quizás el ejemplo más palpable es con respecto a la justicia del ingente número de empobrecidos del mundo: *La pobreza amenaza con alcanzar formas gigantescas* (CA 57). Se dan discursos en una línea, pero se descalifica todo esfuerzo (aunque no el movimiento sindical), que nazca de la base como posible alternativa. Se justifica, en la práctica el *status quo*. ¿Es ésto verdadero servicio a esos rostros de Cristo, que en teoría y discurso propagamos?:

El amor por el hombre y, en primer lugar, por el pobre, en el que la Iglesia ve a Cristo, se concreta en la promoción de la justicia. Esta nunca podrá realizarse plenamente si los hombres no reconocen en el necesitado, que pide ayuda para su vida, no alguien inoportuno o como si fuera una carga, sino la ocasión de un bien en sí, la posibilidad de una riqueza mayor (CA 58).

La Iglesia nos dice que todo ésto *no debe quedarse en un piadoso deseo, sino convertirse en un compromiso concreto de vida* (CA 57). Sin embargo coarta las acciones alternativas planteando salidas utópicas: Un capitalismo *reformado* o que tenga un nuevo nombre: *economía de empresa*. Los requisitos de este nuevo capitalismo serían reconocer *el papel fundamental y posi-*

tivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana... (CA 42).

La tentación típica de los encargados de la Iglesia se presenta ahora, sobre todo, como una *treta encubierta*. Por eso primero hay que detectarla. Para ello hay que tener la suficiente humildad como para dejarse interpelar por el decurso de las actuaciones; ver *cómo se mengua el interés por estar en donde el Señor nos ha indicado que estaría principalmente*. Decíamos que estas tretas encubiertas, cuando se dan en la colectividad, se pueden percibir mejor en cuanto tienen repercusión sociológica. Y eso lo tiene. Por eso una revisión de las acciones de la diligencia, es crucial para posibilitar el oír lo que de verdad siente el pueblo de Dios. Con un discurso que en el fondo es un sofisma –parte de verdad–, pero que niega la verdad que da la vida y que abre camino a las gentes.

Todo discernimiento aclara también la postura ante la tentación, analiza la reacción que es el momento ético de la discreción de espíritus. La buena reacción de los que tienen el encargo de la Iglesia es no dejarse llevar por ese espíritu y *hacer lo radicalmente opuesto, el agere contra*. Al miedo, por tanto, contraponer la osadía libre del cristiano; a la codicia de poder, la humildad y la ineficacia mundana –que es eficacia de profecía según Dios–; a la centralización inquisitiva, la libertad de los hijos de Dios, la confianza en que ésta es la obra del Señor.

4. *De qué nos aparta el espíritu mundano a todos los creyentes*

Las tentaciones del pueblo de Dios –que también son de la jerarquía, obviamente– nos conducen a un *prescindir de Dios y de la humanidad en cuanto ésto toca nuestros intereses personales*. Otro punto de convergencia es intentar considerar a Dios

como *ventaja*, como algo de lo que se pueda sacar provecho. Cuando somos testigos ante la catástrofe global no cabe sino la desesperanza y la actitud epicúrea de *comamos y bebamos porque mañana moriremos* (1 Co 15, 32), lo cual denota una hondísima crisis de valores.

De lo que se nos *aparta*, por tanto, es del *talante del samaritano*, invitándonos más bien a *dar rodeos* justificativos (Lc 10, 25 ss). Nos seduce con el espejismo de la comodidad y del lujo vendiendo así, por conquistar ese deleite, *nuestra propia alma*.

La *seducción del espíritu* de este mundo es *típica de primera época o semana*, su táctica es pues descarada. Se nos exacerbaban los instintos y buscamos su complacencia a toda costa. Preferimos más bien la *complicidad* con ese mal. Nos lleva, todo ello, a separarnos del resumen de la Ley: la justicia, la misericordia y la lealtad (Mt 23, 23). Es más, el espíritu del mundo *deforma la figura del pobre haciéndola despreciable y peligrosa*. Cito un trozo del libro de Mesters en donde se dan un supuesto comunicado de prensa para alertar a la ciudadanía contra el peligro inminente que se encuentra en los pobres:

No creáis en el pueblo, porque no sabe ni jota, no tiene estudios (cfr. Jn 7, 15). Ya hemos mandado a nuestros agentes para que observen la cosa (cfr. Jn 7, 32) y podemos asegurarnos que se trata de gente maldita (cfr. Jn 7, 49). Lo que pretenden es obra del gran perro, del diablo (cfr. Mc 3, 22). Lo que quieren no tiene nada que ver con la justicia que ellos mismos van predicando por ahí. Lo que va buscando es la vidorra, comer y beber y no dar golpe (cfr. Mt 11, 19). Ese pueblo no deja de ser un simple malhechor (cf. Jn 18, 30); son agitadores y subversivos (Lc 23, 2. 5. 14). Todo cuánto hacen y dicen va contra nuestra ley (cfr. Jn 19, 7), contra lo que nos enseñaron nuestros antepasados (cfr. Mc 7, 5). Van contra el gobierno, que por su parte no busca más que el bien del pueblo (cfr. Jn 19, 12). ¿Habrás visto? ¡Andan diciendo que no se deben pagar

los impuestos! (cfr. Lc 23, 2). De ese modo acabarán con nuestra nación y con la religión (cfr. Jn 11, 48). No creáis en ellos, pues de una gentuza así no puede salir cosa buena (cfr. Jn 1, 46; 7, 52). Basta estudiar una migaja para ver que todo eso es una gran farsa. Sólo los ignorantes se dejan embaucar con la estupidez que esos van predicando (cfr. Jn 7, 47-49). Nadie del gobierno o de la buena familia se ha enrolado con ese pueblo (cfr. Jn 7, 48). No valen un comino, pues andan con gente que nada vale (cfr. Mt 9, 11). Son sólo unos blasfemos contra Dios y contra nuestra religión (cfr. Mt 26, 65). ¡Hay que perseguirles y acabar con ellos! (cfr. Jn 11, 50). Esta es la advertencia que hacemos a todos para el bien del pueblo y de la nación (Mesters, Carlos, *La Misión del Pueblo que sufre*, Ed. Paulinas, Madrid, 1983, p. 172).

La reacción nuestra debe ubicarnos en abierta oposición a lo que se nos presenta. La postura del cristiano debe ser un abierto *no* al consumismo y a todo lo que ello entraña. Debe tener un pie puesto en el dolor del mundo para no olvidar a los que sufren y que son el criterio de verdad y de juicio. La correcta *reacción* es justamente *implicarnos en el dolor de la humanidad*. Es enfrentarnos ante el verdadero rostro de Dios, considerando *lo que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad* (Ej. [195]).

5. A lo que puede llevar el espíritu mundano a los pobres

Ya lo habíamos señalado un poco. Está por una parte, el espejismo del consumo fácil, de ganar dinero rápidamente, sobre todo, entrando en el camino sin retorno de la adicción y distribución de la droga. Esto genera una escalada incontrolable a nivel sociológico y a nivel moral. Ante este tobogán son muy raros los que pueden dar marcha atrás. ¡Es una avalancha social!

Está por otro lado la desesperanza de los pobres. La maldad del pecado de injusticia es hacer sentir que Dios los ha abandonado. Esto lo experimentó Jesús en la cruz. Es tanta la malicia de la injusticia, que provoca en las víctimas la sensación de que Dios se ha apartado de ellas.

La reacción ante esta tentación es provocar en ese pueblo la actitud solidaria de Jesús, que atiende al otro que también está injusticiado, dándole consuelo –Yo te lo digo, estarás conmigo... (Lc 23, 43)– para que, realizando esa compasión profunda, pueda experimentar una confianza que no conoce más razón de ser que la experiencia de un Dios que no frustra la esperanza del Pobre (Sal 9, 19) para que pueda decir entonces: *en tus manos encomiendo mi vida* (Sal 31, 6).

6. La mundanización de la Compañía de Jesús

Nuestra mundanización está en estrecha relación con nuestra falla en la pobreza como plataforma de trabajo con los empobrecidos de este mundo. Eso es muy claro en San Ignacio y en las Constituciones. El poder, que ha sido el otro polo de atracción típico de la Compañía, es sólo una derivación del primer escalón, como llama Ignacio a la codicia de riqueza (Ej. [142]).

Este espíritu mundano se nos presenta como algo descarado, quizás en las cosas que podrían proponerse como excesos, pero sumamente "discreto" y *encubierto*, con falsas razones y asiduas falacias para *limar las asperezas* de lo que de verdad nos dice el Señor en el Evangelio, e Ignacio en su vida y en su legislación. Así pues, dentro de la formulación de lo complejo de la pobreza nuestra, por ejemplo, en el binomio eficacia y testimonio, acentuaremos la eficacia, con detrimento del testimonio. Al aceptar vivir del fruto del trabajo, es decir del salario, tendemos a justificar cualquier nivel de vida. Al separar comunidad e Institución (como lugar de vida), transportamos lo vital nuestro, lo que de veras nos importa, a la institución.

Tenemos pues una habilísima capacidad de no enfrentar lo que de verdad nos dice la última Congregación: *la obediencia nos envía, pero es la pobreza la que hace creíble la misión* (C.G. XXXIII, nº 48). *No terminamos de creer que la pobreza tiene eficacia apostólica* y ésto nos lleva justo a nuestro *propio amor querer e interese* (Ej. [189]); a avocarnos a la comodidad y consumo.

¿Cuál debe ser nuestra reacción? Creo que la palabra clave está en la tan sabia regla ignaciana del *experimentar*, pero de verdad, exponiéndonos al mundo de la pobreza. Pero esto ya nos abre al apartado siguiente, a la actuación de Dios en nuestra historia y a las reglas para sentir con los pobres, como reglas para mantener a la Iglesia y sobre todo a la Compañía en su buen ser.

LOS IMPULSOS DISCRETOS DE DIOS EN LA IGLESIA DE HOY

Hablamos de impulsos, de mociones, pero las adjetivamos como discretas. Esto se contrapone a la acción del mal que se impone siempre, según la meditación de Banderas (cfr. Eje. [142]). Esta actividad de Dios, respeta siempre la libertad. Por eso, a veces, es casi imperceptible, hay que darle cabida y escuchar su voz que es siempre tenue, como una pequeña nubecilla (cfr. 1 Re 18, 44), como una invitación a venir y ver (Jn 1, 39). La acción de Dios es lo que está primero, es el espíritu mundano quien trata de sofocarla. De ahí que nuestro método ha sido presentar primero ese ahogo confabulado para ir entresacando el pequeño grito de Dios que nos invita a realizar su Reinado.

Vamos a presentar la convergencia de eso que creemos es el clamor de Dios en su Iglesia hoy, primero en sus responsables, luego en los laicos y por último, en la Compañía de Jesús.

1. La invitación subyacente de Dios a los encargados de la Iglesia

Recordemos por dónde se presenta la *cuna* del mal en la Iglesia: toda esa actividad nociva intenta acallar: a) la invitación al despojo de todos los poderes, al ejemplo de Jesús; b) la petición de hacernos todos corresponsables de la lucha por el Reino; c) la apertura ideológica para poder examinarlo todo con la libertad de los hijos de Dios quedándose con lo bueno (1 Ts 5, 21); d) el no apagar la actividad del Espíritu que está presente no sólo en la jerarquía, sino también en otros movimientos, y principalmente en la Vida Religiosa; e) el mandato de encarnar su mensaje en otras culturas y de no *judaizar* (occidentalizar, europeizar) el Evangelio; f) el tener a los pobres como los destinatarios del mensaje y los herederos principales del Reino.

A) DESPOJARSE DE LOS PODERES DEL MUNDO

El comienzo del maridaje con el poder de este mundo fue, de alguna manera, el principio de la adulteración del Evangelio. Todo lo que detente poder (en cualquiera de sus formas) es sospechoso. No es la *última palabra* de Jesús ni del Evangelio. Hay siempre en la Iglesia —así lo ha sido en la historia— una invitación a esta humildad. Invitación casi siempre silenciada y no tomada en cuenta.

Todas las tentaciones que presentábamos al comienzo tienen, como contrapartida, esta invitación de Jesús al despojo, al caminar sin más apoyo que la fuerza de la propia predicación. La fuerza de la "dynamis" de Jesús cesó en un momento concreto para dar paso a su entrega solidaria hasta el final. A esto nos invita también hoy el Señor en esta encrucijada de milenios.

B) CORRESPONSABILIDAD DE LA TAREA

Con la gran responsabilidad global y con la gravedad de los problemas, no se puede pretender darles respuesta desde una estructura machista –o patriarcal–, clerical y sólo confesional. Se nos invita a *abrirnos a los hombres y mujeres de buena voluntad*. Esos que en el momento del Juicio no sabrán a quién atendieron y que, sin embargo, serán bendecidos por el Hijo (Mt 25, 31 ss). El Señor tiene que estar llamando a una mayor colegialidad, por una mayor colaboración, por esa *democratización* que tanto se predica *ad extra* de la Iglesia (CA 46).

C) APERTURA IDEOLÓGICA

Dada la intransigencia desproporcionada con la que se tratan problemáticas como el papel de la mujer en la Iglesia, el derecho cristiano de los homosexuales, el status de los justificadamente separados... parece que se quiere sofocar un espíritu de estar abierto al *Dios que será*, a lo que no conocemos, a lo que todavía está por descubrirse. *No se pueden atender graves problemas humanos con posturas cerradas* que no van conforme al espíritu de *examinarlo todo y quédense con lo que es bueno* (cfr. 1 Ts 5, 21).

D) IMPULSAR LA FUERZA DE LA VIDA RELIGIOSA

No cabe duda que los religiosos han sido, en la historia eclesiástica, un gran mecanismo por donde el Espíritu ha llevado a la Iglesia y ha hecho práctico el *Ecclesia semper reformada*, ahí se ha hecho realidad la histórica vuelta a las fuentes, la radicalización para mantener la identidad *en el mundo sin ser del mundo* (Jn 17, 14). No se puede olvidar que muchas de esas órdenes han nacido con el propósito de dar vida a los pobres en su médula. En esta vida de corte más carismático, sopla el Espíritu y no debe temérsele sino todo lo contrario: *saber oír lo que se propone desde esos carismas* que una y otra vez intentan alentar la institución con Espíritu.

E) EL IMPULSO A ENCARNARSE E INCULTURARSE

El ejemplo de Jesús hecho, no sólo hombre, sino judío pobre, y víctima de la justicia, nos da el *hasta dónde* de la inculturación y encarnación de Dios. *Su mensaje no tiene obstáculos para hacerse una sólo cosa con otros modos de vivir, con otras culturas y –dentro de ellas– con sus miembros más despojados pero en quienes vive la memoria histórica de los sueños proféticos sembrados por Dios en su pueblo. Por eso, toda inculturación parte de que lo cristiano –no lo romano– crucifica todo: lo pone en tela de juicio cuando entra en juego la causa de los que en ese grupo humano padecen cualquier género de opresión. Hay un llamado claro a des–occidentalizarse, a retomar las historias de los vencidos. Este impulso es la primera moción de Dios al hacerse historia. En el contexto de los 500 años, del desencuentro entre dos mundos, esto toma mayores dimensiones y responsabilidad.*

F) LA OPCIÓN POR LOS POBRES

Tomar partido por los *condenados de la tierra*, echar con ellos nuestra suerte, ha traído siempre problemas concretos. Celebramos ahora el centenario del comienzo de las encíclicas sociales donde son los pobres los privilegiados y por los que la Iglesia alega preocuparse. Pero no ha sido suficiente. Estamos peor aún que hace un centenar de años. El problema es que la opción por los pobres siempre ha traído conflictos que ponen en peligro el poder mundano y el eclesiástico: *a los pobres se les anuncia el Evangelio, y dichoso el que no se escandaliza de mí* (Lc 7, 22). Sin embargo, la fuerza de Dios –consignada aun en los documentos oficiales– está claramente en su favor: *destacan la constante preocupación y dedicación de la Iglesia por aquellas personas que son objeto de la predilección por parte de Jesús, nuestro Señor* (CA 11). Pero el Espíritu invita a la *realización de obras audaces. Más radicales que las que mantienen la injusticia.*

Por estas vertientes nos parece que sopla la invitación del Señor en este fin del milenio. Lo importante de las mociones o impulsos de Dios no es sólo *experimentarlos*; sino llevarlos a la práctica, *historizarlos* –como diría nuestro mártir Ignacio Ellacuría–. Sólo en la medida en que se hagan realidad tendrán sentido; sólo en cuanto hayan servido para cambiar el rostro del mundo, han fructificado. De allí que la *confirmación histórica* –elemento fundamental en todo discernimiento– tenga mayor relevancia en lo que se refiere a la historización de esas invitaciones.

2. Las mociones de Dios al común de la Iglesia

En el acápite que versó sobre la cuna del mal en los laicos y gente *llana*, se habló de seis tentaciones. Todas ellas encubren, o tratan de sofocar, a nuestro parecer, el paso de Dios que va más bien por: a) Señalar que a Dios se le encuentra en la misma historia y que no se le puede separar de ella; b) La desconfianza de la técnica –la tecnocracia como clave de progreso– y la lucha contra el consumismo; c) La llamada a ser testigos de la esperanza contra toda esperanza.

A) BAJAR AL ENCUENTRO CON DIOS (GONZÁLEZ BUELTA)

Está claro que la tentación de nuestro tiempo –cuando es religiosa– tiene mucho que ver con la miopía (sólo veo mis intereses) o la dicotomía de los campos (o la fe o la justicia). Es mucho más sencillo pretender hallar al Señor en el Sagrario que en un hospital de SIDA. Es mucho más macabro toparse con Dios en el que se muere de cólera porque no hay una inyección, que en la solemnidad del culto. Sin embargo, la realidad es que Dios está en los empobrecidos y necesitados y que no hay otro acceso legítimo sino a través de esa historia de Dios. *Si el rito no se traduce en reto histórico no es cristiano en definitiva.*

B) DESCONFÍAR DE LA TÉCNICA Y DEL PODER POR SÍ MISMOS

Pareciera que la tecnificación y el poder-consumo extinguen el espíritu. Se cree en ello como en la panacea. Hay, por tanto, una moción del Señor –muy embotada, por cierto– de desconfiar del poder de este mundo (técnica incluida), cuando no se le enfoca y acuna en el servicio de las necesidades de la mayorías.

Es clara la invitación –desde el comienzo del Evangelio– hacia la pobreza en solidaridad con los que nada tienen. El impulso debe historizarse, por lo menos, en una seria austeridad. El llamado a formar una *cultura de la austeridad* para poder compartir los bienes de la creación que la explotación desmedida ha reducido ya, es una moción que siempre es acallada por el espíritu mundanizado.

C) TESTIMONIAR QUE ES POSIBLE LA ESPERANZA

La tentación del común de los mortales, ante tanto problema, –si es que no cae en un solipsismo, miopía o dicotomía, de las que hablamos arriba– es quizás la de desanimarse, que se traduce en un desconfiar de todo y perder el ánimo sobre cualquier alternativa del futuro. La moción que Dios ofrece, sin embargo, es el impulso mismo del Resucitado, del que ha vencido la injusticia y la muerte. Se nos invita a ser portadores de resurrección y esperanza precisamente donde ya no queda esperanza (Rm 4, 18).

Todas estas gracias deben historizarse y así lograr la confirmación histórica. Estas *gracias no son sólo un imperativo* desde Dios, han sido ya realidades palpables, han sido *bendiciones experimentadas* especialmente por los más necesitados. Contamos con un innumerable coro de testigos (Hb 12, 1), que son para nosotros fuente de imaginación y esperanza. Figuras como la de un Juan XXIII, y el Pablo VI de la *Populorum Progressio*, por ejemplo nos abren horizontes. El espíritu de nue-

va evangelización que ya se dió en Medellín y Puebla; los innumerables mártires, los teólogos perseguidos, son confirmaciones de la obra de Dios. Somos testigos de los gritos proféticos de Juan Pablo II en Canadá, en África, en Brasil, así como –en el caso de los laicos– de las respuestas libres de indígenas del Cuzco, de la Amazonía, de los Andes ecuatorianos. Personalidades como la del Arzobispo Quinn de San Francisco, nos alientan; las posiciones valientes de las mujeres en Holanda y de teólogos de Europa entera, o de un Cardenal Pironio en la misma curia vaticana, nos recuerdan la libertad de los hijos de Dios...

El problema de todos estos impulsos es encontrar mediaciones valederas que puedan ayudarnos a hacer viable y presente la invitación de Dios. De allí que al final sugiramos unas *reglas para sentir desde los pobres, con el mundo*, como un norte de la difícil marcha de la humanidad.

3. El impulso de Dios en el corazón de los empobrecidos

Los pobres son los privilegiados de Dios no por ser buenos o malos, sino por ser marginados. El espíritu del Señor muestra en ellos sus maravillas, como en María. Dios es consuelo para ellos mismos, es fuerza, es ánimo. También lo que Él obra entre su *resto* es llamada y desafío para la Iglesia. Básicamente el impulso de Dios reside en que: a) el pobre crea en el pobre, y en hacer énfasis en que; b) ellos son los verdaderos agentes para cambiar el mundo.

A) QUE EL POBRE CREA EN EL POBRE

La presencia de la fuerza del Señor en la vida de los que nada tienen y sólo necesitan, es una clara convicción de que no obstante sus fallos, errores y desengaños, *hay en el pueblo una simiente buena que no se pudre*. Aunque el pueblo está oprimido, él no oprime, está machacado, y él no machaca, su-

friendo injusticias y no responde con injusticias. Dios se hace presente manteniendo a sus necesitados, fieles al derecho, a la justicia y así resistir la opresión.

¡La presencia de Dios en los campos de refugiados, en los desplazados, en sus cosechas perdidas, hace del fracaso económico, político o social un triunfo!

¡Extraña victoria! El Siervo de Dios, derrotado por el sufrimiento, hasta llegar a no tener ni aspecto de hombre (Is 52, 14), saldrá victorioso, tendrá éxito (Is 52, 13). Esto no casa bien con nuestro modo de pensar. ¡No nos cabe en la mollera! Nosotros podemos imaginar una victoria del grande sobre el pequeño, e incluso del pequeño sobre el grande. Podemos imaginar incluso un empate. ¡Pero cómo entender una derrota que es victoria? Esto es algo no contado jamás, inaudito (Is 52, 15) (Mesters, op. cit., 138).

Esto significa que la moción del Señor es que el pobre, algún día, *crea en el pobre*, crea en la fuerza que fomenta el Padre en los que nada tienen para confundir a los poderosos. *La debilidad de Dios es mucho más fuerte que la fuerza de los hombres* (1 Co 1, 24).

B) QUE LOS POBRES RENOVARÁN LA FAZ DE LA TIERRA

Esta es la máxima utopía. Pero, ¿cómo se dará esto? Hay fuerza del Padre en los más necesitados para emprender semejante osadía que no tiene nada de milenarismo, como lo prueban ya miles de comunidades de base en las que la iglesia nace de nuevo por la fuerza del Espíritu desde los empobrecidos que luchan y esperan aun a la vista de signos de desesperanza y muerte. La moción de Dios lleva entonces a contemplar la victoria final de un modo absolutamente sorprendente, pero "**esto sólo los pobres lo entienden**" (Mt 11, 25) y ellos de alguna oscura manera lo viven y eso los mueve.

La victoria final será la conversión de la clase opresora, obtenida por el testimonio constante y fiel del Siervo (Ibíd., 163)

Este pueblo empobrecido que es el Siervo de Yavé, tiene una semilla de esperanza y cambio ineludible. Ellos *modificarán la historia trastocando el corazón de los potentados*. Como dice Mesters, comentando los Cantos del Siervo: *el cuarto cántico registra la confesión pública y colectiva de los culpados por el sufrimiento del pueblo (Ibíd.)*.

Ahora bien, ese cambio no se dará únicamente por la comiseración de los potentados. *El Reinado de Dios sufre violencia* y es esforzándose con ella como se tiene acceso (cfr. Mt 11, 12). Negar este aspecto es caer en un angelismo.

Estas dos mociones se van haciendo historia poco a poco. Lo palpamos gozosamente en las victorias de un grupo de refugiados salvadoreños que logran regresar a sus tierras contra la oposición de todos. En la lucha por lograr acuerdos políticos que se va ganando gracias a la semilla de tanta sangre derramada, etc.

4. *La moción de ser en verdad compañeros de Jesús*

La línea de impulsos de Dios a la Compañía podría resumirse en el abanderamiento de la fe y justicia pero *desde un cariño a los pobres con nombre*, reencontrados como nuestros amigos, que nos llevan al corazón de Jesús, poniendo toda nuestra confianza sólo en Dios. Esto se logra únicamente por la experiencia del compartir experimentado el dolor de la realidad.

A) SER AMIGO DE LOS POBRES (MI EP. IGN. 1, 572-575)

Ignacio, en su Carta de Pobreza, insiste en este aspecto de amistad, como clave para amar la pobreza que es un medio apostólico muypreciado por él. Más adelante abundaremos sobre este punto.

B) EN ÉL SÓLO PONER LA ESPERANZA (MI CONST. 812)

Frente a los problemas, a la crisis de vocaciones, a la dificultad y tardanza en los futuros reemplazos a la ingente tarea, lo que nos toca es confiarlo todo sabiendo que, absolutamente, depende de Él. Esta es la moción hecha biografía para nosotros –y por eso historia de la Compañía– en Pedro Arrupe. Se nos vuelve con frecuencia treta encubierta el *hacerlo todo como si dependiera de nosotros*. Nos tomamos muy en serio esta primera parte de la dialéctica ignaciana. La invitación del Señor, por lo menos ahora, es a *confiar más en su actividad*. Pero ésto no nos remonta a una situación espiritualista, sino todo lo contrario. Nos hace co-partícipes de su actuación donde Él está más presente y actuante en la Historia. Esta moción, es a *confiar más en la fuerza de los pobres* y acercarnos reverentemente a ellos como la tabla de salvación de un mundo que va a la deriva aun en el plano ecológico.

C) LA INVITACIÓN A EXPERIMENTAR DOLOR CON CRISTO DOLOROSO, QUEBRANTO CON CRISTO QUEBRANTADO (Ej. [203])

El impulso a la pobreza, al despojo de toda ambición es estructural en la Compañía (MI Const. 817), sin embargo, todo esto no se logra sino a través de *experiencias*, elementos tan vitales para el mismo Ignacio, para sus compañeros y como método de generar jesuitas.

Hay una invitación a *experimentar* –con seriedad y devoción– en sitios de dolor, en las periferias de las ciudades, entre los marginados, en los terceros y cuartos mundos. Gracias a Dios tenemos muchos ejemplos de compañeros que han sellado con su sangre el acompañar la pasión de Cristo que sufre en la humanidad. Otros muchos son ejemplo con el testimonio de sus vidas austeras, alegres y entregadas. De todo ello podemos gloriarnos en el Señor sin que ésto quiera decir olvidar nuestra flaqueza y pecado.

El espíritu de Dios nos está invitando a tomarnos en serio que sólo un compartir con los necesitados nos ayuda a entender cómo trabajar por la justicia: *Caminando paciente y humildemente con los pobres aprendemos en qué podemos ayudarles, después de haber aceptado primero recibir de ellos* (C.G. XXXIII, D. 40. n^o 50). La Compañía está dando pequeños pasos por estos senderos.

Todo el centro de las mociones, tal y como lo confirma la última Congregación General está en la actualización y radicalización del servicio de la fe y la promoción de la justicia, afincándose para ello en una vida solidaria con los necesitados. *Sin embargo, no es fácil –¡qué paradoja!– estar con los pobres*. De ahí que creamos sugerente establecer unas pequeñas reglas que nos ayuden a historizar estas mociones y a poder evaluar nuestra respuesta.

REGLAS PARA SENTIR DESDE LOS POBRES CON EL MUNDO DE HOY

La conversión hacia los pobres nos salva. Tenemos que dejarnos evangelizar por ellos (Puebla). De alguna manera todo el impulso de Dios en la actualidad está en querer transformar este mundo salvaje en un clima de fraternidad y compartir *esta tierra tan amada* (Teilhard de Chardin), tomando por fin en cuenta a los desheredados de la historia. De ahí que *sentir desde los pobres es algo que nos incumbe a todos*, nos salva a todos. Por eso sintiendo con ellos, podemos dirigirnos mejor a los problemas ingentes de nuestra época.

Presentamos a continuación unas *reglas* al modo como Ignacio proponía sus indicaciones, emanadas siempre de un observar el comportamiento humano y divino, para mejor *sentir desde los pobres*. Simplemente haremos un enunciado de cada una de ellas, que pueden facilitarnos la historización de las mociones de Dios en nuestro aquí y ahora. También serán un medio para evaluar, sin mucha glosa, lo que en realidad somos y hacemos.

1. *Hay que tener amigos que sean empobrecidos y necesitados*

Experimentar que son ellos los *compañeros naturales de este camino* (González Buelta, *Formar según San Ignacio en la escuela del pobre*, en Tradición Ignaciana y Solidaridad con los pobres, Mensajero-Sal Terrae, 1990, p. 157). Sabiendo que *la amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno* (MI Ep. Ign. 1, 572-575). *Cuántos amigos pobres tengo de hecho? Amigos, y no simplemente conocidos.*

2. *Además del trabajo asignado, hay que ingeniárselas para trabajar también con el mundo de los necesitados*

Por tanto, aunque estemos en trabajos distantes geográficamente –y quizás con más razón– de los empobrecidos y necesitados reales, siempre es *mejor y más seguro* tener por lo menos una instancia que vincule a ese mundo. Recordar a Ignacio General y su trabajo con marginados, conversos del judaísmo, las prostitutas y sus hijas, los enfermos y los huérfanos, la atención a los apestados. Recordar que Ignacio no actuaba desde la instancia del ejecutivo (González Buelta, op. cit. 155).

¿Cómo combino o articulo mi trabajo con algo de este contacto directo, constante y retante con el necesitado? ¿Abro los espacios?

3. *Los valores de los pobres son más cristianos, que los de la sociedad dominante*

Entre ellos encontramos una solidaridad que enfrenta las emergencias de cada día y le permite subsistir. *Nadie sabe cómo circula la ayuda discreta que respeta la dignidad herida del que no consigue para la comida o la medicina. La capacidad festiva sorprende en vidas enteras asaltadas. El humor rompe en muchas ocasiones las situaciones extremas* (González Buelta, op. cit. 148).

Su propia fragilidad, el vivir sin cuentas ni seguros, los hace desinstalados, generosos y libres (Ibíd. 163).

¿Cuánta experiencia tengo de que *aquella vida es más feliz*, más pura y más apta para la edificación del prójimo que más se aparta de avaricia y se asemeja más a la pobreza evangélica? (Formula Instituti, nº 4). ¿Cuánto necesito transportar para moverme de un sitio a otro?

4. *Los pobres son nuestros maestros, nuestros asesores*

Las frases son de Ignacio. Los pobres son nuestros asesores (MI Ep. Ign 1, 572-5). ¿Cuántas veces he consultado y me he dejado llevar, en problemas, enfoques, etc. de lo que experimentan y sienten los empobrecidos? Todo esto nos enseña en la práctica que lo más importante del seguimiento de Jesús, no es la denuncia del que profetiza desde fuera, con una indignación de estadísticas y textos bíblicos, sino del que anuncia con su propia persona reconciliada y pobre que es posible una manera nueva de vivir (González Buelta, op. cit. 164).

Porque sólo ellos entienden a cabalidad las cosas y el mensaje evangélico (Mt 11, 25). ¿Comento y cotejo con los pobres mi vida, mis cosas, la tarea que realizo? Esto, como personas e instituciones.

5. *Los pobres son nuestros jueces (Mt 25, 31 ss)*

En palabras de Ignacio, Jesucristo quiso constituirlos por jueces... de todos los fieles (MI Epp, 1, 572-5). ¿Cuánto hemos evaluado obras, instituciones desde su perspectiva, desde sus juicios y no desde la sola operatividad? Es un hecho que su juicio sobre la Iglesia y la Compañía, en estos momentos, tiene un significado más crucial: ahora los abandonan las ideológicas, los proyectos. Retirarnos de sus luchas en el presente, es traicionar la suerte de los pobres. ¿Cuánto nos hemos tragado

la propaganda de que ya hay que pensar en otra cosa? ¿Que los pobres y las utopías sociales que les han dado cauces de esperanza han pasado de moda?

6. *Servir a los pobres de Cristo, es lo que engendra vocación*

Ignacio postulaba que en el servicio a los pobres de Cristo, por su amor algún tiempo mostrase su estabilidad y firmeza (MI Const. 240). Atender a los pobres de Cristo, es troquel y madre de cristianos; es el gran signo de la vocación, de su solidez y el modo de fomentarla, ¿Cuánto, como método de oxigenación, de sabáticos, aun de salud mental, se nos provoca el servir a los pobres de Cristo, en vez de la atención sicoanalítica (sin negar su necesidad y utilidad en casos concretos)?

7. *Pedir la gracia de toparnos en los pobres con el rostro de Jesús*

La gracia de encontrar en los empobrecidos y enfermos el rostro del Señor que mucho parece todavía en la humanidad (Ej. [195]), es quizás lo que podría sintetizar y dinamizar de raíz nuestra vida. Esto debe hacernos comprender que encontrarse realizando estas cosas es un don de Dios. Por tanto la actividad que de ahí se desprende no cae tan fácilmente en voluntarismos porque siempre será más fácil reconocer de dónde proviene ese impulso. ¿Podría decir que alguna vez se me ha concedido esta gracia, que la he pedido como el don principal, como lo que más me radicalizaría, es decir, me conduciría a mis raíces cristianas de ser sepultado con Cristo en mi bautismo? ¿Cuántas veces se me ha concedido "contemplar" así al Señor? ¡Nunca?

8. *Creer que los pobres son los creadores del futuro*

Esto implica tener conciencia de que son ellos los verdaderos agentes del cambio. La capacidad de crear lo nuevo la vemos hoy en las organizaciones comunitarias surgidas entre los pobres. Las Comunidades de Base, en América Latina, por ejemplo:

En comunión con todo el cuerpo eclesial, son una fuente de dinamismo para todos. Con su manera de vivir, de alguna manera se han escapado hacia el futuro liberándose de muchas ataduras impuestas por el presente opresor. Tienen palabra y decisión, analizan críticamente las estructuras. En la celebración de la fe expresan lo nuevo en palabras y símbolos nacidos de su realidad y su compromiso (González Buelta, op. cit. 150).

¿Se nota esto en la elección de mi clientela? ¿En dónde hago mis inversiones? ¿Cómo en todas mis actividades son ellos mis destinatarios directa o indirectamente? Sin descuidar tampoco a otros contribuyentes del cambio radical, *¿creo que son los empobrecidos los que cambiarán la historia?* ¿En qué lo nuestro?

9. *Querer, con todo, colaborar excelentemente en cambiar las estructuras de la historia*

Esto implica cambiar el rostro de los pobres, aliviarles el dolor presente, pero principalmente modificar las estructuras. ¿Cuánto nuestra preocupación es, como para Ignacio en su tierra natal, *que no hubiese mendicantes?* (MI Ep. Ign. 1, 161-165). ¿Hasta qué punto es éste el objetivo de nuestras obras? ¿Cuánto fomentamos este deseo en los demás, en la gente que nos rodea, *procurando que otros lo hagan también?* (cfr. MI Const. 650) ¿Estoy haciendo lo que más puedo y de la mejor manera para aliviar y desenraizar la injusticia del mundo?

¿Tomamos en cuenta que ésto puede implicar violencia justificada?

¿Nos hemos tragado sencillamente que el socialismo fue una bella esperanza históricamente frustrada? ¿Creemos realmente que el *nuevo orden mundial* anunciado como *evangelio* por un presidente norteamericano —cuyo comportamiento respecto al petróleo y sus manejos turbios en la CIA han sido ya patentes— es el Evangelio para que los pobres salgan de su pobreza? ¿O abrigamos todavía ideales y sueños, como las comunidades eclesiales de América Latina, como Ignacio Ellacuría que creía en la nueva civilización del trabajo y de la austeridad compartida frente a la del bienestar exclusivo de minorías? ¿Se nos han terminado las ilusiones de nuevos sistemas que mantengan en la historia vivas las esperanzas de las grandes mayorías empobrecidas? ¿Estamos dispuestos a hacer obras aún mayores que las de Jesús en servicio de la esperanza de los necesitados?

10. *Es la pobreza personal la que hará creíble mi trabajo*

¿Cuánto comparto con los de clase necesitada mi comer, vestir y modo de transporte? (MI Const. 81). ¿Cómo reducimos los presupuestos para acercarnos a aquella otra regla de que *siempre es mejor y más seguro... cuanto más se cercenare y disminuiré y cuanto más se acercare...* a Cristo pobre (Ej. [344])? ¿Cuánto sé descansar, por ejemplo, con los pobres? ¿Pueden la gente sencilla entrar a nuestra casa, compartir nuestra mesa? ¿Hay *clausura* no ya para las mujeres sino *para los pobres en nuestros sitios de vida*? ¿Se sienten ellos a gusto?

11. *Los pobres son prioridad*

Sobre los criterios prácticos en nuestras obras: ¿Son las necesidad de los pobres las que tienen prioridad sobre los deseos de los ricos? ¿Es el libertar a los oprimidos lo que tiene prio-

ridad sobre la libertad de los poderosos? Finalmente, ¿la participación de los grupos marginados en la sociedad tiene prioridad sobre la defensa de un orden social que los excluye? (cf. Campbell-Johnston, Michael, *Modelos operativos surgidos en la Compañía después de la C.G XXXII*, Información S. J., Mayo-Junio, 1991, p. 97).

Hasta dónde las generaciones jóvenes de la Compañía mantienen el espíritu de testimonio profético contra este mundo inhumano? ¿Hasta dónde son **criterio los decretos 2, 4 y 12** de la C.G. XXXII, para dar los votos, llamar a teología, al sacerdocio, y para admitir a profesión?

12. Ser solicitado por los pobres que luchan y la persecución: la gran evaluación de nuestro actuar

Aquí entramos en las confirmaciones históricas. Si los pobres nos escogen y se hallan bien con nosotros, es más seguro; si los poderosos nos persiguen, es buen signo. Para saber si estamos en esta línea correcta hay que considerar los siguientes elementos de análisis:

Primero: Es el juicio del mismo pueblo al que queremos ayudar o acompañar. Es decir, el hecho de que la gente necesitada, sean lo que sean, acude a nosotros no para pedir limosnas o donativos de caridad sino *para apoyo a su lucha justificada* por una sociedad más justa; que ve en nosotros sus aliados naturales, sus compañeros de lucha, amigos de confianza.

Segundo: Que los enemigos de la justicia, los que se están aprovechando del status quo, de las estructuras ya existentes, *nos ven a nosotros como enemigos de sus intereses* y nos califican de subversivos, marxistas, sacerdotes falsos, etc. Se oponen a nosotros no sólo con palabras, sino, a veces, con la persecución abierta que puede llegar hasta la muerte (Ibíd.).

CONCLUSIÓN

Después de todo lo dicho ¿cómo concluir? Terminábamos señalando un conjunto de *reglas* a la manera ignaciana que nos indicaban un camino y un examen. Decíamos al modo de Ignacio, puesto que siempre para él debe primar el *principio de realidad*. Hay que hacer lo que se debe hacer en las circunstancias concretas atendiendo siempre *personas, tiempos, lugares con sus ocurrencias* (cfr. MI Const. 64; 630; 671; 746). Todo el trabajo parecía culminar allí. Es *sintiendo desde los pobres* como podemos ver de manera diferente el mundo y ansiar de verdad los cambios profundos de las estructuras y de los sistemas imperantes. Son los pobres nuestros maestros, decíamos. La Iglesia en Puebla nos recordaba que debemos dejarnos *evangelizar* por ellos.

Está muy claro, por otra parte, que hay también otra serie de problemas graves que acosan a la humanidad. No queremos desdeñar ninguno. Pero aprender a sentir todos los demás desde la óptica de los relegados, es haber adquirido los ojos de la encarnación solidaria de Dios con su pueblo.

Defender la lucha de los pobres teniendo también nosotros un corazón de pobre, *será abanderar la vida*. El Señor se encarnó y habitó entre nosotros para darnos una vida que alcanzara más (Jn 10, 10). Con esta perspectiva guardaremos mejor la vida de la misma tierra que está cercada de peligro por los malos manejos de los que controlan todas las cosas. Estar en la lucha de los pobres nos hace ponernos ya al mismo modo de la Trinidad, que no sólo contempla todo lo que está "sobre la haz de la tierra" (Ej. [106]), sino que provoca su gran opción: "Hagamos redención del género humano" (Ej. [107]).

Todo discernir es una opción. Considerar los problemas del espíritu que mundaniza la Iglesia y la Compañía, sin tomar *resoluciones diametralmente opuestas* (*oppositum per diametrum*), es claudicar y pactar con el máximo enemigo de la condición

humana. Por el contrario, hay que realizar obras, las "obras buenas", típicas del actuar del Padre y por lo que el Hijo se sentía identificado con Él. Estas obras buenas son las obras de justicia siempre en beneficio de los que tienen sus derechos conculcados. Pero el realizar todo ello es ya una gracia, una moción. Aquí se destronan los voluntarismos y los ideales prometéticos. Sólo el que entiende *esta tarea como un regalo* y no como una conquista propia entiende de raíz la situación.

Dijimos que son los pobres los creadores de futuro –en total fidelidad a la línea del Siervo de Yavé–, ésto va a implicar que ellos tendrán que ir realizando luchas y demandas, único camino para que las personas hagan conciencia y se vean obligadas a ceder de su mucho poseer. Estas luchas reivindicativas seguirán presentándose –aunque las prensas del orbe las minimicen– y *nosotros las tenemos que acompañar*. Sus luchas actuales son más endebles que nunca. No reciben ningún beneplácito. No tienen ningún apoyo logístico. No hay ya un Segundo Mundo que las aplauda, porque el que intenta aún ser *segundo mundo* –la China de multitudes–, está aún oculta tras sus murallas, de modo que no sabemos de los fermentos que la tienen en ebullición... *Las mismas alternativas parecen socavadas*, por ejemplo, en nuestra Centroamérica, el proyecto sandinista, momentánea y quién sabe si por largos años, está paralizado por la agresión que sufrió y por sus propios errores... Si la Iglesia y la Compañía los abandona en este momento, el más bajo de nuestro siglo, estaremos *racionando paulatinamente* a aquellos a quienes decimos servir.

Nos incumbe, por tanto, a nosotros como Iglesia, como agentes especializados suyos, una gran responsabilidad sobre la Historia. Tenemos que ofrecer una vida de total dedicación a las cosas del Reinado de Dios. Estar decididos, ahora más que nunca, a pasar *injurias, falsos testimonios, afrentas y ser tenidos y estimados por locos* (MI Const. 101). *El mundo entero se burleará de nosotros*. Nos llamarán trasnochados. Dentro de poco

ya la palabra comunista habrá perdido su peso específico como insulto —porque ya no provoca temor en el Primer Mundo—. El calificativo que nos pondrán rondará, entonces, por el de *ilusos* y definitivamente fracasados. Pero una típica actitud cristiana es arriesgarse por apostar por los que siempre pierden según el mundo.

Todo ésto no debe amedrentarnos. *El ejemplo de nuestros mártires* —la verdadera confirmación histórica de la justeza de nuestra opción— *debe alentarnos*. Desde aquí debemos desmascarar todo género de mentiras y traiciones al pueblo empobrecido, a la humanidad que sufre. Debemos desmantelar la treta de la *abstracción* del que puede prescindir de todos esos problemas porque no ha experimentado ningún dolor. Hay que destruir la justificación de no poder caer en el *reducionismo de los pobres*, gozando de las comodidades de los privilegiados. Tampoco permitiremos, porque no es lícito ya, racionalizar con una *compensación celestial* el dolor de los ajusticiados de toda índole: *Las bienaventuranzas no nos autorizan a canonizar la desgracia ni a resignarnos a la miseria humana* (Kolvenbach, Homilia, 15 de octubre 1983).

No cabe ya soslayar el enorme problema. La atmósfera de falsa *paz* con que nos invade la ideología dominante, querrá evitar y condenar toda legítima violencia sin la cual tampoco vendrá el Reino: *El Reino de Dios se alcanza a la fuerza y solamente los esforzados entran en él* (Mt 11, 12). La Historia también nos lo ha enseñado que *los cambios se van dando, lamentablemente, a golpe de violencias*. El problema es humanizar los conflictos, no querer negarlos. Esto fue lo que Jesús intentó. Él que fue, más que nada, verdadero Siervo de Yahvé, y *hombre en conflicto*, pero que a todos, desde su preferencia por los pobres, ofreció su amistad y su invitación a la vida verdadera y compartida.

Podemos y debemos realizar muchos trabajos apostólicos, en distintos niveles, en diferentes instancias, con clientelas

diversas, pero lo de la Fe y la Justicia es algo que debe ser nuestra pasión dominante que impregne nuestra labor dándole su sentido, su fuerza y su congruencia.

Es tan grande nuestra responsabilidad para trabajar por los empobrecidos que, según el P. Kolvenbach, esta labor nuestra *permite a los marginados del mundo el acceso al Reino de Dios*. Y lo contrario. De no hacerlo estaríamos minando el camino a los consentidos del Padre. Terminamos con sus mismas palabras:

Solamente en la medida en que nosotros vivamos esta consagración al Reino en una comunión por los pobres y con los pobres, contra la pobreza humana, material y espiritual, al pobre se le abre el camino del Reino (Ibíd.).

4

LA MESA DEL BANQUETE DEL REINO. CRITERIO FUNDAMENTAL DEL DISCERNIMIENTO

El título de este trabajo habla del criterio fundamental para un discernimiento cristiano. En otros lugares hemos tocado temas sobre lo que significa el discernimiento¹. En esta ocasión queremos ofrecer perspectivas complementarias a lo que anteriormente hemos presentado. Dos cosas ocuparán nuestra atención en esta presentación. Una, que se precisa de un "requisito" o una condición para poder discernir cristianamente: es la capacidad de hacerlo primero en el plano humano. La otra temática es que lo que determina que algo que yo experimento sea de Dios, es la posibilidad de que eso me lleve a la fiesta del banquete del Reino, de un Dios que debe ser el Dios que nos mostró Jesús, lo cual no siempre es lo más evidente.

Comenzaremos con los requisitos humanos para poder discernir, después, "en cristiano".

1. Véase, por ejemplo, *La osadía de dejarse llevar*, en *Diakonía*, Número especial, Nicaragua, Sept. 1987, donde se da la parte más teórica del discernimiento junto con su pedagogía. También *Buen Espíritu y mal espíritu* en la Iglesia. En, *Ejercicios Espirituales y mundo de Hoy*, Mensajero-Sal Terrae, 1992, donde se presenta el discernimiento en su potencial ad-extra y con repercusiones en lo sociopolítico. El discernimiento como eje de un acompañamiento espiritual lo hemos presentado en nuestro artículo *Acompañamiento para el discernimiento* en *Psicología y Ejercicios Ignacianos*. Ed. Mensajero-Sal Terrae, Bilbao, 1991. Estos artículos están presentados en los capítulos anteriores de este libro. También puede ayudar nuestro libro *A Pedagogía do discernimento*, Ed. Loyola, São Paulo, Brasil, 1991.

PRIMERA PARTE: EL DISCERNIMIENTO HUMANO

Con frecuencia creemos que tomar decisiones correctas es fruto simplemente de comparar situaciones y que esto está al margen de los procesos personales, de las cosas que vivo, de mis miedos, de lo que siento, de lo que no conozco de mí. Creemos, tal vez ingenuamente, que lo que hay que tomar en cuenta en una elección dada, son únicamente, los riesgos que se asumirían al elegir algo en una situación concreta o las ventajas que traería escoger lo contrario. El supuesto es falso. Muchas veces tomamos decisiones erradas porque no conocemos los verdaderos móviles que nos hacen actuar; porque confundimos nuestras razones y aun nuestros "ideales", con las impresiones que perviven en nuestras entrañas aunque aún no les hayamos puesto nombre. Es decir, en ese caso, no hemos *discernido* realmente lo que nos toca hacer. Discernir humanamente es algo necesario, especialmente en situaciones donde las normas o las leyes no han tomado en cuenta lo que nosotros tenemos por delante; donde se ponen en juego muchas circunstancias que podrían afectar a los demás. Por ello tenemos que saber discernir a nivel humano, no sólo a un nivel espiritual.

La necesidad de discernir –tanto en lo humano como en lo cristiano– está relacionada con la falta de directrices, de normas, de leyes con la que uno se encuentra en muchas encrucijadas de la vida. En esas ocasiones se tiene que discernir, es decir, poder tomar una decisión correcta, poder elegir entre dos cosas que se presentan, con la mayor lucidez posible. Esto implica una actitud básica y también una técnica. Discernir es siempre optar, pero se necesita hacerlo sobre todo frente a elecciones concretas.

Para poder discernir, decíamos, además de tener ciertas técnicas, es preciso tener actitudes humanas de discernimiento. *Es tener la actitud de poder escoger lo positivo, la felicidad, la*

vida, por principio. Esto suena fácil. Nos parece que siempre escogemos lo que nos da vida, que nos dejamos guiar por lo positivo. Nada más ajeno a lo que en realidad pasa, donde por lo menos a nivel de las vivencias interiores, nos refocilamos con lo que nos culpabiliza, nos disminuye, o nos preocupa. Hay "voces" internas que nos condenan. Junto a esas voces –sin embargo– está la "voz" de nuestra conciencia. Discernir humanamente es dejar que la "conciencia" tome el control de nuestro interior y el papel de parámetro de nuestras decisiones.

LA CONCIENCIA

En el fondo, todas las personas, por perversas que sean sus actuaciones, tienen la "felicidad" como meta de su actuación; como su "valor". *Sólo que una felicidad mal entendida, muchas veces.* Una felicidad que se interpreta en lo que dé más placer, de manera más rápida y sin complicaciones. Pero lo que persigue, por ejemplo, tanto el muchacho que se enrola en una "banda" o "pandilla", la que se droga o busca una carrera, es ser feliz de alguna manera.

La conciencia es la "voz" de nuestro ser que se expresa. Es lo más profundo de nosotros mismos que toma la forma de una palabra de indicación. Es lo típico del ser humano. La persona tiene siempre esa voz en lo más profundo suyo. Es esa voz la que le va indicando cuándo algo de lo que realiza se acerca o no a su verdadera felicidad. La conciencia es el gran patrón para discernir. Coloca lo que está en cuestión frente a esa voz. Esa voz, con todo, necesita de otros criterios para poder actuar. Esos otros criterios son los valores. Una conciencia se forma, no se adquiere de una vez por todas; se alimenta de valores. Pero también se "informa"; con datos científicos, con conocimiento de situaciones y relaciones, eso es tener una *conciencia lúcida*. Sin embargo, hay que saber distinguir la voz de la conciencia de las "voces" negativas o compulsivas. Allí

hay un primer material de discernimiento: *la voz de la conciencia reconoce –a diferencia de las otras– la propia valía y sabe aceptar las responsabilidades e integrar la culpabilidad sana.*

LOS VALORES

Sin embargo, tenemos confundida muchas veces la noción de felicidad. Lo que está al fondo de la búsqueda de la felicidad es la "vida". Ahora bien, para poder percibir la vida tenemos que traducir esa vida en "valores". Valores son cosas positivas, son elementos que tienen bondad y que son reconocidos como tales, primero por una colectividad o un grupo, y en segundo momento –por lo menos en la mayoría de los casos– por la propia persona. Se discierne y se elige frente a valores.

Entrar en el problema de los valores es entrar en la diversidad de culturas y de significaciones. Lo que para una cultura es positivo, para otra será algo negativo. En ciertas comunidades indígenas de Panamá, por ejemplo, es un valor que el hombre tenga a dos hermanas por mujeres legítimas, cosa que en la mayoría de nuestros pueblos sería considerado inadmisibile. Con todo, lo que hace al Ngóbe (indígena panameño del cual hablábamos) feliz es realizar su casamiento desde ese esquema presentado. Eso es un valor y su conciencia se forma frente a ello, pero es algo circunscrito a un grupo humano específico. *Los valores que constituyen el discernimiento humano deben ser aquellos que tocan lo central de la humanidad.* Es lo que denominamos ética.

Respecto a los valores habría que decir que hay unos más fundamentales –por ser más universales– que otros. Hay muchas cosas que claramente son diferencias culturales, pero hay otras que pertenecerían, por decirlo así, a la esencia de lo que es la persona humana tal y como la vamos descubriendo hoy. Estos elementos positivos mínimos estarían descritos en La Carta de los Derechos de la Humanidad. Esos derechos y debe-

res que la humanidad, en sus instancias más universales, ha ido reconociendo como los derechos mínimos que constituyen a la persona humana; aquello por lo que hay que luchar desde las diversas instancias internacionales. Allí estaría, por ejemplo, el derecho a la vida, la igualdad del hombre y de la mujer, el derecho a la educación, el derecho al trabajo, etc. Toda esta serie de "rasgos" constituirían, entonces, los valores humanos universales. Valores que tienen que ver con la vida y la vida colectiva, es decir la vida de los demás. *Todos ellos configuran la conciencia lúcida y se vuelven criterio para el discernimiento humano.*

Hace un par de décadas habría sido más difícil percatarse de que para que yo tenga vida en plenitud, que para que yo tenga felicidad, es necesario respetar la felicidad de los demás. Por un hecho lamentable, como es el desastre ecológico que estamos produciendo las mujeres y los hombres en nuestro planeta, cada vez es más evidente la interconexión de nuestras actuaciones. Cada vez es más fácil percatarse de que no puedo obtener yo sólo mi felicidad completa, al margen de lo que está sucediendo a los demás, al margen de lo que le pasa a la tierra. Esto es una sana toma de conciencia que puede contribuir a que el valor de la vida, ahora más que nunca, tenga conexión a la vida de las demás personas y la del planeta. El caso de la clonación de la oveja Dolly ha llevado a la persuasión, en mucha gente, que el ser humano tampoco es dueño definitivo de la creación. La persona no es el señor absoluto del universo. Tiene el deber de cuidarlo, de conservarlo para las generaciones futuras como fiel custodio de la vida. Es necesario garantizar el mantenimiento de los necesarios balances ecológicos y de la diversidad genética de las especies².

Allí se impone toda una educación en la ecología y en las verdaderas teclas de lo que es la persona humana. Tener mi felicidad y mi "vida" prescindiendo de la de los demás, es cada

2. Cfr. Jorge J. Ferrer S. J., "Reflexiones éticas a propósito de la Clonación", en *Gregorianum*, Roma, 1997.

vez menos defendible. Por esa razón, actuar como ser humano implica oír la voz de mi conciencia —que me impele a ser cada vez más yo mismo— frente a unos valores, que me hacen tomar más y más en cuenta la vida de los demás y la vida del planeta, con responsabilidad.

Hasta ahora hemos hecho énfasis en los procesos que clarifican la razón y la mente: hemos establecido parámetros en el discernimiento. Ahora veremos que la voluntad juega un papel muy importante en todo el proceso de elección y discernimiento, sobre todo porque ésta se deja llevar, con mucha facilidad, por el mal que la circunda.

LA EXPERIENCIA DEL MAL

Lo que sucede es que frente a la conciencia y frente los valores tenemos otro elemento característico de la persona. Es la inclinación constitucional al mal. Percatarse de esto no es difícil; basta con ser testigo de la existencia humana. Esto es lo que a nivel de experiencia religiosa llamamos el pecado. Esta inclinación al mal se ve fecundada, por una parte, por todo lo que ha sido herido o vulnerado en nuestro pasado. No es lo mismo la herida recibida que el mal realizado, pero ciertamente los traumas provocan una decantación hacia la realización del mal. Pero, por otra parte, la experiencia del mal, es fruto también de nuestra libertad. No somos robots que actuamos por programaciones positivas o negativas. Somos seres libres. Pero es un misterio que los hombres y mujeres podamos escoger lo que mata, en vez de lo que vivifica. Ese pecado, o esa inclinación al mal, podría constituirse en los "contravalores". *La conciencia tiene que elegir, tiene que optar por lo que en verdad da vida, frente a lo que trae la muerte, personal o de la sociedad.*

La formación humana consiste en formar para escoger la vida, frente a los impulsos de muerte en nuestro interior y en la sociedad.

LA OPCIÓN POR LA VIDA REQUISITO DEL DISCERNIMIENTO HUMANO

Desde esta perspectiva, la vida no se puede entender como algo individualizante o marginante de la vida de los otros. El que está en capacidad de optar por la vida, se interesa por la vida de los demás, y de los que son la mayoría en la humanidad, es decir "los desheredados de la Tierra" (personas necesitadas en todos los niveles)³.

Ahora bien, ese poder optar por la vida se puede traducir en cinco actitudes básicas: 1) Saber trabajar equilibradamente sabiendo descansar. 2) Poder "construir amor"⁴. 3) No ser "moscas" sino "colibrí" o mejor aún "abejas"⁵. 4) La capacidad de dialogar. 5) Por último, la sana autoestima, que es la base de todo lo demás. Las dos primeras de estas actitudes pertenecen a la inspiración de Freud, eran para él, criterio de "salud mental".

1. Trabajar equilibradamente sabiendo descansar

El trabajo constituye al ser humano, al *homo faber*. Pero esta primera actitud, la de saber trabajar, no implica únicamente el desempeñar un trabajo aun con mucho esmero. Vivimos en una sociedad que nos hace hasta adictos al trabajo y a la actividad cronometrada. Todo en nuestra sociedad evalúa el

3. En esta "opción por la vida" está la posibilidad del enraizamiento del discernimiento humano con el discernimiento cristiano, pues el Reino de Dios es Vida y de manera superabundante (Jn 10, 10)

4. La capacidad de trabajar y la capacidad de hacer bien el amor ya los señaló Freud como signo de una sanidad psíquica. Aquí hacemos algunas variaciones y adaptaciones de la intuición freudiana.

5. Aunque también hay que discernir lo de la "abeja", puesto que existe el "zángano", la "reina" y también el ataque criminal de las "africanas". Nos referimos a las abejas obreras. Una cualidad interesante suya es que se defienden unas a otras cuando son atacadas. Como se puede ver el discernimiento no es un «deus ex machina», no es algo conseguido sin dificultad. Es más bien una ayuda en el proceso que nos orienta la ruta.

trabajo y la actuación humana. Pero trabajar equilibradamente es la capacidad de poder reponer esa fuerza de trabajo, es decir, de darnos el descanso y los nutrientes necesarios a nivel físico, psíquico y espiritual. Si no me doy este nutriente no sé trabajar porque no estoy reponiendo mi fuerza de trabajo que es distintivo del ser humano. Esta actitud tiene mucho que ver con una sana autoestima, como veremos.

* CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO:

¿Hago evaluación de mi trabajo? ¿Tengo un proyecto personal que reviso con frecuencia? ¿Vivo con estrés? ¿Cómo me doy alimento y descanso a nivel corporal, psicológico y espiritual? ¿En qué cosas puedo verificar si me alimento en cada una de esas dimensiones? ¿Cómo me doy cuenta de que lo hago? *¿Me percato de que reparar mis fuerzas es un indicador de que capto vitalmente el amor por la vida y que estoy capacitado para otras elecciones?*

2. Construir el amor

La segunda actitud la ponía Freud en poder hacer en plenitud el amor. Hacer el amor no es igual, ni mucho menos, a realizar fácticamente el acto sexual. Hacer el amor implica entrega, donación, buscar el placer de la pareja, para sólo así experimentarlo en sí mismo. Una dosis grande de confianza, una base de autoestima alta. "Hacer" el amor, en este sentido se puede entender mejor como "construir" el amor. Al hablar de construirlo se amplía el horizonte de aplicaciones. Pero hay que construirlo y defenderlo porque siempre está en riesgo, ya que es una denuncia frente a las leyes funestas del mundo. Por eso hay que poner todo lo que está de nuestra parte para que el amor acaezca en nuestro entorno y protegerlo. Un amor que debe irradiar hacia todo lo que es vida, hacia la vida misma.

Ahora bien, este construir el amor no se puede hacer —como veíamos desde la perspectiva de lo ecológico— al mar-

gen de los demás. Sólo si se está en sintonía consigo mismo, sólo si se está en solidaridad profunda con los demás, con los necesitados —de todo género— añadimos nosotros, se puede evaluar esta opción por la vida.

* CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO:

¿Soy capaz de "hacer el amor", de construirlo? ¿Tengo amistades profundas y duraderas? ¿Tengo amistades entre gente pobre? ¿Tengo experiencia de convivir alguna vez con los problemas urgentes de las mayorías? ¿Cómo está mi capacidad de reír, de generar buen ambiente, de ser como un oasis para los demás?... ¿Cómo me doy cuenta de que lo hago? *¿Me doy cuenta que es la vida y el cariño lo que debe estar siempre en juego, en última instancia, en toda decisión?*

3. Ser abejas

La tercera actitud, que nos prepara a optar por la vida, es quizás algo a nivel más personal, es como un talante fundamental: no ser "moscas", que sólo se paran en el estiércol y que, además, lo llevan de una parte a la otra, sino colibríes, que captan el mejor néctar de las flores; o más aún, abejas trabajadoras que extraen lo mejor de las flores y producen la miel que es un alimento nutritivo y un remedio fundamental.

* CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO:

¿Ante una situación me inclino, por principio, a ver lo negativo? ¿Me juzgo, por principio, por las cosas "malas" que hago? ¿Cuánto me culpabilizo? ¿Cómo le saco ventaja a las cosas negativas que suceden? ¿Cómo hago que las personas saquen lo mejor de sí mismas? ¿Cómo me doy cuenta de que lo hago? *¿Me percató de que sólo si saco lo mejor de las personas y las situaciones estoy en una actitud de elegir y hacerlo bien?*

4. Capacidad de diálogo

La cuarta actitud emana de las anteriores. Es la capacidad de dialogar. Si alguien tiene actitud humana para dialogar, puede discenir. Dialogar no es lo mismo que proponer ideas, discutir las e imponerlas. Es una situación completamente diferente. Es ponerse en los zapatos del otro, en su óptica, más aún, en la piel del otro para ver desde su perspectiva y sentir lo que el otro siente. Esta actitud de diálogo es lo que se llama la "escucha empática"⁶. Sólo así, se puede llegar no a mi verdad o a la tuya, sino, como decía Machado, a "nuestra verdad".

* CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO:

¿Cuánto aprendo de los demás? ¿Cómo me ha reportado este aprendizaje, posturas nuevas en mi vida? ¿Me sé poner en los zapatos de los demás, en su propia piel? ¿Cómo me doy cuenta de que lo hago? *¿Me percató de que esta actitud es básica para cualquier discernimiento en cuanto implica realmente considerar todas las situaciones?*

Dentro de esta capacidad de diálogo está la capacidad de perdonar. Ahora bien, hay que tener en cuenta las falsas ideas que se nos imponen sobre lo que es el perdón. Se dice que perdonar es "olvidar"; se nos ha enseñado que perdonar es un acto de voluntad, se dice que perdonar es volver a estar en la

6. De este tema, desde una perspectiva complementaria, ha hecho una presentación muy interesante el libro de Daniel Goleman, *La inteligencia Emocional*, Kairós, Barcelona. El autor describe lo que él llama "inteligencia emocional" con las siguientes características: capacidad de motivarnos a nosotros mismos, de perseverar en el empeño a pesar de las posibles frustraciones, de controlar los impulsos, de diferir las gratificaciones, de regular nuestros propios estados de ánimo, de evitar que la angustia interfiera con nuestras facultades racionales y, por último –pero no por ello menos importante–, la capacidad de empatizar y confiar en los demás; cfr.; p. 65.

situación en que me encontraba al comienzo, antes de que pasara el conflicto; se dice que perdonar es renunciar a que se haga la justicia, se dice, finalmente, que sólo Dios es quien verdaderamente perdona. Todas estas son falsas concepciones del perdón. Si se colocan como los indicativos de si he perdonado o no, me equivocaré rotundamente⁷.

Los verdaderos indicadores de que se ha comenzado un proceso de perdón son, por el contrario: haber podido expresar la cólera que ha provocado la situación en mí, haber sacado un balance de lo que verdaderamente se ha dañado en mí, haber establecido el aspecto positivo que el suceso puede ofrecerme –a riesgo de que si esto no se diera no pueda integrarlo nunca–. Con esto así trabajado cesará el deseo de venganza y podré comenzar a ver a ese "enemigo" con ojos nuevos. Podré considerar que él también puede cambiar. Finalmente, cuando el proceso se ha completado desde la experiencia de fe, entonces perdonar es aprender a ver y a querer a esa persona desde la perspectiva del cariño que Dios también le tiene. *En el fondo, si sé perdonar tengo la actitud de estar en el otro y de abrir mi horizonte. Eso me prepara para poder discernir y elegir humanamente. Me hace disponible y dócil a la verdad.*

* CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO:

¿Tengo falsas concepciones sobre lo que es el perdón y por eso, tal vez me culpabilizo más? ¿Cuál es la señal personal más característica de que no he perdonado todavía? ¿Cuál es mi señal para saber que he comenzado el proceso de perdonar? *¿Cómo me percató de que si no perdono, hay algo que no he integrado en mi vida y me bloquea a una libre elección humana?*

7. Material abundante sobre este tema puede encontrarse en libro de Jean Monburquette, *Comment pardonner?*, Ed. Novalis, Quebec, 1995. Hay traducción española en Sal Terrae.

5. Un buen nivel de autoestima

La quinta actitud básica es un buen nivel de autoestima, y es, por decirlo así, el fundamento de todas las anteriores y del poder optar por la vida: porque la aprecio en mí. Ahora bien, la autoestima es algo que es auditivo. Son voces que nos hablan de nuestra aceptación personal –o falta de ella–. *Es la voz interna que me da la capacidad de reconocer los elementos positivos personales y saber integrar lo negativo que tenemos. Esto indefectiblemente nos hace capaces de reconocer lo bueno en los demás y saber perdonar los errores de los otros.* La autoestima constituye la conciencia, es una de sus notas constitutivas.

* CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO:

Indicadores de baja estima⁸

- . La autocrítica rigorista: ¿Me siento siempre mal conmigo mismo?
- . Hipersensibilidad a la crítica: ¿Me siento siempre atacado y tengo resentimiento?
- . Indecisión crónica: ¿Tengo miedo exagerado a equivocarme?
- . Deseo excesivo de complacer: ¿Puedo decir que no? ¿Hago cosas para que me quieran?
- . Culpabilidad neurótica: ¿Me condeno por conductas no siempre malas objetivamente?
- . Hostilidad flotante: ¿Me sienten de ordinario agresivo?
- . Actitud super-crítica: ¿Me sienta mal, me disgusta, me decepciona, casi todo?
- . Tendencias depresivas: ¿Me siento muchas veces deprimido?

Quizás donde más se nota el bajo nivel de la estima es en la capacidad de culpabilización personal y en la incapacidad

8. Cfr. Bonet, José Vicente, *Sé amigo de ti mismo*, Ed. Sal Terrae. Santander, 1994, p. 30.

de perdonarnos a nosotros mismos⁹. Esto implica un trabajo de curación de heridas muy profundo. Como se puede observar, una baja estima, es algo que debe trabajarse concienzudamente. Hay modos de hacerlo. En un nivel superficial, si se quiere, habría que detectar la proveniencia de esas "voces" que pululan en nuestro interior. De ordinario, los lugares de formación de esas funestas voces son: los primeros años en la familia, la escuela, los amigos, la iglesia y las ideas –falsas muchas veces– sobre la imagen de Dios.

Ahora bien, una vez detectadas esas voces hay que intentar desarmar su estructura. Ayuda mucho para ello, percatarse de cómo, cuándo y por qué se originan. Un trabajo paralelo consiste en reemplazar esas voces por otras de corte positivo. Esto sólo no cura, pero aligera el proceso. No podemos vivir sin voces internas. A la experiencia personal de todos me remito. Lo que sí puedo hacer es elegir otro tipo de frases positivas de corte más racional (Ellis) que contrarresten el lastre nocivo. *Esta decisión es en sí misma un paso de discernimiento y de elección fundamental en el nivel humano.*

Una baja estima necesita un conocimiento personal serio y por supuesto, de trabajo de saneamiento y curación de heridas que hayan podido fomentar esta baja estima. Podríamos decir que toda herida, además de producir reacciones desproporcionadas genera una estima por los suelos, que no se levanta, a no ser que se trabaje a niveles profundos, con un proceso de terapia.

De allí que la opción por la vida, que la capacidad para poder elegir y poder discernir implique un trabajo personal a fondo.

Optar por la vida pasa por un proceso psicológico personalizado. Implica curación y valores concretos. Hay que elegir la

9. Zabalegui, Luis, *¿Por qué me culpabilizo tanto?*, Ed. Desclée De Brouwer (Serendipity, n^o 13), Bilbao, 1997.

vida, no en abstracto, sino la vida que es para mí un caminar por donde mi misma estructura psicológica me lo indica, como camino de crecimiento, de sanación e integración. Eso que hemos llamado en otros momentos la "consigna psicológica"¹⁰.

CONSIGNA PSICOLÓGICA

Llamo *consigna psicológica* al camino personal de integración, sanación y crecimiento que me ofrece mi misma estructura psíquica. La consigna psicológica se puede descubrir en cualquier proceso profundo de conocimiento¹¹. En el Eneagrama, por ejemplo, son las líneas de integración y crecimiento de los diversos tipos¹². Los sueños, por otra parte, no sólo nos aportan un mensaje o una comunicación, sino también van haciendo evidente el camino típico de cada persona por donde se integra, sana y avanza¹³.

10. Véase, para esto nuestro libro *Orar tu propio sueño*, Ed. Comillas, Madrid, 1996, p. 45; en donde hablamos más abundantemente de ello.

11. La denomino "consigna psicológica" dadas las características comparables que tiene con las consignas políticas: se reciben, tienen en cuenta la situación concreta, dan identidad al grupo, se traducen en un programa de acción positiva y se orientan a la práctica. La justeza de este nombre es discutible, por tanto. En palabras de Ira Progoff sería lo que él denomina "semillas de plenitud" (Cfr. *Depth psychology and modern Man*, Nueva York, Julian Press, 1969, p. 59). Esta consigna psicológica quedará asumida y plenificada en la "consigna espiritual", cfr. Nuestro libro *Puestos con el Hijo*, ICE, Guatemala, 1995, pp. 152-158.

12. Sobre el Eneagrama hay material muy abundante. Están los libros de Helen Palmer, *The Eneagram*, Harper & Row, San Francisco, 1988. De Don Riso, *Understanding the Eneagram*, Houghton Mifflin, Boston, 1990. En castellano se está traduciendo cada vez más. En la misma colección Serendipity, (Desclée De Brouwer) está el libro de Gallen y Niedhardt, *El eneagrama de nuestras relaciones*, 1997.

13. Sobre la interpretación de los sueños puede verse el libro de Gendlin; *Let your body interpret your dreams*, también el libro de Ramiro Álvarez, *Encontrarse en el soñar*, PPC, Madrid, 1996. También nuestro propio libro *donde es claro que los sueños nos presentan líneas de integración,

Esto implicará que lo que verdaderamente me da vida es lo que va acorde con lo que me integra, me sana y me hace avanzar. *Por eso, frente a cualquier decisión sería que yo quiera tomar tendré que tener en cuenta esta consigna psicológica para que ella se vuelva el quicio de elección.*

Con todo, lo que me integra o me cura no es de ninguna manera aquello que vivo con compulsividad. La compulsión muchas veces se me presenta como un bien disfrazado, siempre con parte de verdad, *pero no la verdad profunda sobre mí.* Las compulsiones —esas respuestas mecánicas, repetitivas e inconscientes—¹⁴ se expresan en el perfeccionismo, el servicio desmesurado, la búsqueda de los logros antes que cualquier cosa, el "ser muy yo mismo", el conocer incansable, la fidelidad a lo establecido, la felicidad sin más, la justicia a costa de lo que sea o la paz sin problemas. Sin embargo, como bien lo tiene demostrado el Eneagrama, todas esas compulsiones muestran un temor fundamental. Todas las compulsividades son una "crónica de una muerte anunciada". Mientras no se trascienda ese temor básico se cae irresistiblemente en lo que se quiere evitar. De allí que la integración supone la superación de los temores básicos y de las compulsividades.

En este sentido, lo que integra, sana y hace avanzar —es decir la consigna psicológica— va más allá de los mecanismos de defensa que precisamente me impiden integrar, sanar y caminar. Me han defendido, sí, pero no me dejan crecer positivamente.

de expresión de lo reprimido o enmascarado, pero que en definitiva su comprensión facilita el proceso curativo de la persona.

14. A nivel de la psicopatología concreta, la compulsión "es el proceso incoercible y de origen inconsciente, en virtud del cual el sujeto se sitúa activamente en situaciones penosas, repitiendo así experiencias antiguas, sin recordar el prototipo de ellas, sino al contrario, con la impresión muy viva de que se trata de algo plenamente motivado en lo actual" cfr. Laplanche y Pontalis, *Diccionario de Psicoanálisis*, Ed. Labor, Zaragoza, 1993, p. 68.

Ahora bien, establecer este cotejamiento con mi consigna psicológica se puede realizar haciendo pasar lo que quiero elegir por las diversas instancias personales¹⁵. Estas instancias son las diversas dimensiones de mi vida. Algo que me da vida, será bien comprendido por mi inteligencia, será querido por mi voluntad, sin caer en voluntarismo; será aceptado por mi sensibilidad a pesar de que le pueda costar. Se tomará en cuenta, por otro lado, al cuerpo —compañero de camino inseparable— para saber si puede aguantar con la decisión tomada. Se tomará en cuenta, finalmente, la conciencia, para ver si esto me da o no paz. En definitiva, lo confronto con mi mismo ser. Mi ser es lo que más me identifica, me hace ser más yo mismo.

La consigna se constituye así como en el trayecto personal que ilumina todo discernimiento humano y toda elección. **La voz de la conciencia se ha expresado ya en la consigna personal.** *Con ella puedo establecer el proyecto vital e ir haciendo las elecciones correctas durante el camino de la existencia.*

SEGUNDA PARTE: EL DISCERNIMIENTO CRISTIANO

Una vez explicitado el requisito que suponía el discernimiento humano, diremos que para poder discernir *es necesario tener una experiencia de oración básica*. El hábito de oración se convierte en requisito clave. El discernimiento es como un hilar más fino sobre una experiencia de vida de oración. Es la oración el campo más indicado donde se va a realizar el discernimiento. Decimos que es "el más indicado" para poder aprenderlo, porque, sin embargo, lo que se pretende al final del aprendizaje, es poder discernir en todas las ocasiones. Es lo que Ignacio llamó encontrar a Dios en todas las cosas.

15. El PRH (Personalité et relations humaines) ha desarrollado ampliamente este aspecto. Cfr. *Reglas para un discernimiento*. Nota de observaciones. Madrid.

Ahora bien, el discernimiento por ser "espiritual" tiene que estar en la "onda" del Espíritu, como requisito básico. Conviene aclarar, por tanto, algunos rasgos suyos que ayuden a establecer una especie de "condición de posibilidad" del discernimiento cristiano. Lo primero que cabe señalarse es que *espíritu* (*viento, soplo*), en hebreo, es femenino. En la Biblia hay varios símbolos que evocan rasgos de su feminidad: viento, fuego, agua, paloma, aceite¹⁶. De allí que podamos encontrar en "Ella" los rasgos maternos de Dios; toda su ternura, —también claramente femenina— y que hace alusión a entrañas maternas (*rahamin*)¹⁷.

Haciendo un breve recorrido por la Escritura nos encontramos que en el AT "la" Espíritu es quien, cerniéndose sobre las aguas —en actitud de un ave que incubaba la creación—, saca del caos el universo tornándolo en el "cosmos" (en el orden de la belleza). Es ese Espíritu femenino quien en toda la *profecía* señala la ruptura de la Alianza (en el fondo observar el derecho y la justicia y el ser compasivo —*raham*—). En la *Sabiduría* encontramos el "*soplo del poder divino*" (Sb 24, 3), que "comparte el trono de Dios" (Sb 9, 4) que vive en intimidad con Dios (8, 3). La Sabiduría —*Hokma*, palabra femenina en hebreo— es a quien se ama y se busca como a una mujer (Eclo 14, 22 ss), es una esposa y una madre (14, 26 ss; 15, 2 ss); es fuente de fecundidad, de intimidad, de gozo sereno¹⁸. Este sabor gozoso de la sabiduría lo logra expresar la relación que existe en el mismo latín de la vulgata entre sabiduría y *saborear*. Dios obra por ella como obra por su Espíritu (cfr. Sb 9, 17) En el fondo "la" Espíritu nos hace deleitarnos profundamente en los mismos "gustos de Dios" (Is 58), saborear lo que verdaderamente le agrada: la justicia y el derecho realizados con ternura.

16. Véase, a este respecto el libro de Ives Congar, *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona, p. 591. También, González-Carvajal, Luis, *¡Noticias de Dios!*, Sal Terrae, Santander, 1997.

17. Cfr. Congar, *Ibid.*, p. 590.

18. *Ibid.*

En el NT es "la" Espíritu quien acentúa la feminidad de María para que Jesús fuese engendrado. Por ello María, en la religiosidad popular, ha efectuado el papel de "vicaria del Espíritu". Como dice Congar: "la función maternal del Espíritu Santo ha sido suplantada, frecuentemente, por la virgen María"¹⁹.

Es "la" Espíritu quien, bajo el símbolo de una paloma, "empolla" al Hijo junto a las palabras del Padre destacando al Bienamado (Mc 1, 11). Allí está la raíz de la conciencia mesiánica de Jesús. Es también "la" Espíritu quien, entre todos los allí presentes en el bautismo, señala dónde está Jesús (Lc 3, 21-22). En la sinagoga de Nazaret "la" Espíritu se posa sobre Jesús y lo envía a anunciar, con su persona, el Reino (Lc 4, 18). Se puede también atribuir como acción del Espíritu el defender a Jesús en el momento de la tentación, como también consolarlo en la suma desolación del huerto (cfr. Lc 22, 43), ya que Jesús declara que "la" Espíritu es Paráclito y que defiende (Jn 14, 16-17). Es finalmente el Espíritu quien resucita al Hijo (Rm 8, 11; 1, 4). Y como dice Moltmann, "Si Jesús fue resucitado por el Espíritu, es claro que resucitó en el Espíritu"²⁰. De allí que una de sus cualidades es la de "resucitar a los muertos" (1 Cr 6, 14). En torno al Espíritu se reúnen los primeros cristianos. Es en esta oportunidad donde "la" Espíritu se vuelve fuente de comunicación y diálogo. El don de lenguas es la invitación al respeto por la diversidad y a la comunicación profunda con lo diferente, superando así las fronteras culturales y abriéndonos al otro (Hch 2, 7). Es "la" Espíritu quien nos señala las cosas que Jesús nunca dijo pero que las habría dicho de haber vivido hoy en nuestro tiempo porque es su recuerdo vivo (Jn 14, 26), pero nos comunica cosas que no pueden estar en contradicción sino sólo en seguimiento con

19. *Ibíd.* 598.

20. Moltmann, J., *Trinidad y Reino de Dios*, Sígueme, Salamanca, 1986, p. 139.

Jesús. Por otra parte, que nos habla al corazón (Ga 4, 4-6), donde nos llena profundamente. Finalmente, es actividad del Espíritu *inculcarnos la conciencia del "nosotros"* (Hch 15, 28), como dice Antonio González, citando a Mühlen: "El Espíritu Santo aparece en la historia de la salvación en el *nosotros* de los cristianos"²¹.

Toda esta actividad del Espíritu nos hace postular que para estar en su "onda" tenemos que tener sus mismos impulsos, sus mismos anhelos. *Esto se convierte en una condición de posibilidad del discernimiento cristiano*. Sólo quien sigue las huellas del Espíritu puede discernirlo. Esto implica, por tanto, que *el generar el orden y la belleza del universo, que el preocuparse por la justicia y el derecho de las personas necesitadas; que señalar dónde se encuentra en la actualidad más presente Jesús entre nosotros, que defenderlo allí donde sufre más y desclavarlo donde hoy está siendo crucificado, y hacerlo desde la conciencia de ser grupo vital pero abierto a los demás, por distantes que parezcan, son las obras típicas del Espíritu y de quien lo quiera seguir*. Ahora bien, para discernir no es que se exija que todas estas "obras espirituales" –en este hondo sentido que vamos diciendo– sean ya en nosotros algo "adquirido". *En la vida espiritual todo es don*, nada "logramos" por nosotros mismos. Lo que implica todo esto, por tanto, es *por lo menos desear tener estos deseos de estar en la línea del Espíritu*, siguiendo el sabio consejo pedagógico espiritual de Ignacio²².

Esta segunda parte constará de tres apartados principales: en primer lugar se harán algunas aclaraciones sobre el "derrotero", clave de todo el discernimiento, que como dice el título, es *la mesa del banquete del Reino*. Seguidamente analizaremos con más detención, lo que queremos significar con la

21. González, Antonio, *Trinidad y Liberación*, UCA Editores, San Salvador, 1994, p. 200.

22. Cfr. "Constituciones", n.º (102), en *Obras Completas*, BAC, Madrid, 1991.

frase "la mesa del Reino". Por último, haremos hincapié en que ese Reino pertenece e implica a Dios pero al *Dios que distintivamente mostró Jesús*.

1. LA MESA DEL BANQUETE

La regla básica del discernimiento es algo que se puede desdoblarse en dos proposiciones básicas: qué es lo que experimento y hacia dónde me lleva eso que me pasa, el derrotero de la moción. Hemos dicho que si algo nos lleva al Reino de Dios, evidentemente es de Dios²³. Por el contrario, todo lo que nos aleja de ese Reino estaría provocado por el espíritu de este mundo.

Nosotros introducimos en este trabajo la idea del "banquete del Reino" y no sólo el Reino, porque creemos que la imagen de fiesta y del compartir una comida, se ajusta más a lo que puede significar ese Reinado de Dios. Cabe precisar que Reino es un proyecto añorado por Dios para la humanidad. Es un proyecto que implica la paz, la justicia, la solidaridad, la igualdad y el amor como comienzo y colofón de todo. Es algo que comienza en la historia presente y culminará en el seno de Dios. Ahora bien, muchas de las parábolas de ese Reino tienen que ver con fiesta y banquete. Las bodas de Caná, más que ninguna otra manifestación, son el símbolo de ese Reino que ya ha comenzado desde que vino Jesús. ¡Y es banquete y son bodas y es fiesta y hay vino! Es decir, que la tónica del Reino no es otra que la de *la vida superabundante*, de la fiesta

23. Véase, por ejemplo, "Guía de referencia para la práctica del discernimiento" en nuestro libro *Puestos con el Hijo*, Guatemala, 1995, p. 243, ss. Presentado, en parte, en el capítulo quinto de este libro. Donde se da material abundante sobre esto. También en el artículo *La osadía de dejarse llevar*, op. cit. En este artículo no se tocan todos los temas que implica el discernimiento. Para ello nos remitimos a los otros artículos nuestros sobre el tema. Cfr. Nota 1. En el siguiente capítulo ofrecemos un **cuadro sinóptico del proceso de discernimiento**, con un pequeño comentario.

que celebra el compartir de la humanidad que logra, por eso, multiplicar los recursos muchas veces escasos. Esto significa que la alegría y la paz —la vida— es la nota esencial. Es lo que siempre se producirá al final, aunque se pasen penas al comienzo y durante todo el caminar de la humanidad. Más aún, son las cenas con el resucitado las que por una parte "habilitan" a los discípulos en su misión "Nosotros comimos y bebimos con él después de que resucitó" (Hch 10, 40-33), y por otra parte, —contrastando con el voto de Jesús de no volver a tomar vino hasta que el Reino llegase (Lc 23, 14-18)—, son declaración de que el Reino ya está realizándose en su persona resucitada. Por eso, *las comidas con el resucitado tienen esa fuerza especial de ruptura de su anterior voto y anuncio de que ha comenzado ya un orden nuevo.*

Por otra parte, es Isaías quien nos precisa la llegada del Reino en la figura del banquete mesiánico: "Hará Yahveh Sebaot a todos los pueblos en este monte un convite de manjares frescos, convite de buenos vinos; manjares de tuétanos, vinos depurados" (Is 25, 7 ss.). La imagen del banquete, reseñada en Lucas, en Mateo y también en el "Evangelio de Tomás", todas resaltan que los invitados obvios son los que rechazan el convite dando múltiples razones. A los pobres y los excluidos, por su parte, casi se los introduce a la fuerza. Esto es lo que más declara que es de los marginados de la historia, que se trata del Reino de Dios. Este Reino no se encuentra en una gran cena para poderosos y famosos, sino en la comunión de mesa con los pobres, con la gente que no cuenta y con los que viven en las esquinas de las calles. *Obviamente el "banquete" es figura central del Evangelio.*

Ahora bien, nosotros hacemos énfasis en decir que es "una mesa de banquete". Una mesa que tiene cuatro pedestales donde se sostiene. Una mesa que es una estructura. Es decir, que las características del Reino (paz, justicia, solidaridad, igualdad, etc.) no pueden darse de una manera desintegrada

sino como un todo coherente y estructurado. Por eso nos gusta la idea de algo constituido inseparablemente como la mesa.

Pero es que además estos "pedestales", por otra parte, nos parecen los quicios fundamentales para que acaezca ese Reino. Son los elementos en donde todo converge²⁴. Si falta un "pie" de la mesa, ésta se cae. Es preciso que todos los pies estén adecuadamente colocados para sostenerla. Con estos pedestales, queremos *poner de relieve los rasgos más característicos del Reino que impidan la coartada de lo abstracto* donde siempre caemos los cristianos. Estos cuatro pedestales de la mesa, constituyen para nosotros, la traducción más precisa de lo que significaría el Reino de Dios. Hay otros autores que pondrán lo esencial en otros elementos²⁵. Por ejemplo Wayne Teasdale, recientemente ha postulado criterios de una forma madura de espiritualidad.

El primer pedestal concentraría todo el tema del *mispat* y *sedaká* (derecho y justicia) bíblicos que se convierte para los cristianos en el examen por antonomasia. En la escena del

24. Lo que denominamos "Consigna espiritual" o *moción principal* por donde Dios siempre nos lleva, concretiza y personaliza estos cuatro pedestales de la mesa del banquete del Reino. Le pusimos el nombre de "consigna" porque esta palabra tiene una significación especial en castellano: algo que es dado desde arriba, que es programática, que es pragmática, que fomenta identidad. Véase, para profundizar en ello, nuestro libro *Puestos con el Hijo*, p. 152 ss. Pero este mismo fenómeno puede expresarse en "el llamado personal", "la vocación esencial" o en "el nombre" que uno puede desentrañar en la experiencia acompañada de los Ejercicios Espirituales. A este respecto es muy interesante analizar el trabajo de Herbert Alphoso, porque se manifiesta una convergencia muy grande con lo que nosotros hemos encontrado, en su artículo "La vocación personal. La transformación en profundidad por medio de los Ejercicios Espirituales", en *Psicología y Ejercicios*, (Vol II), Ed. Mensajero-Sal Terrae, Bilbao, 1991, p. 85 ss.

25. Por ejemplo Wayne Teasdale, ha formulado que toda espiritualidad madura consta de siete elementos: la capacidad de vivir moralmente, la no-violencia, la solidaridad con toda vida y con la misma tierra, una práctica espiritual y un maduro autoconocimiento, simplicidad de vida, servicio desinteresado y acción profética. Cfr. "En el umbral de la era interespiritual" en *Selecciones de teología*, n° 143. Vol 36. 1997, p. 228.

Juicio de las Naciones (Mt 25, 31 ss) tenemos la mejor ejemplificación de que el Reino de Dios es el Reino de la solidaridad efectiva. *El segundo pedestal* hace énfasis en un aspecto concomitante a la justicia pero diferenciable. La misericordia es el derrotero de algo que es típico de Dios pues Él es la misericordia por excelencia. El mandato traído por Lucas de ser "misericordiosos como el Padre es misericordioso" (Lc 6, 36) haría eco de todo ello. *El tercer pie* lo constituye algo característico exclusivamente de Jesús: la incomprensión, la persecución; la cruz (Mc 8, 34 et passim), como camino hacia la vida. Lo contestatario del mensaje del Reino, frente a un mundo que no acepta de raíz a Jesús, genera la persecución y la muerte. De allí que lo de Jesús tenga que pasar por la criba de la cruz indiscutiblemente. *El cuarto pedestal* es el caer en la cuenta que también nuestra propia existencia es término de las mociones de Dios. El amor al prójimo es incuestionable en el Evangelio. Pues bien, Jesús nos invita a amarnos como amamos al prójimo (Mt 19, 19). Si algo viene evidentemente de Dios me provocará acoger mi propia pobreza y debilidad, con todo el cariño y solicitud que tengo que poner al atender a mi hermano.

No hay que olvidar que tal como está en el Evangelio (Lc 14, 16b-23), este convite puede ser despreciado y rehusado. *En todo el proceso de discernimiento el papel de nuestra respuesta es esencial.* Pero sobre todo, no hay que pasar por alto que el convite al Reino es un *don gratuito*. No se conquista, se recibe abriendo el corazón.

2. LOS PEDESTALES DE LA MESA

Si algo que experimentamos, nos lleva al Reino, decíamos que era un signo indiscutible que ello provenía de Dios. Las mociones —los impulsos e invitaciones experimentados en el corazón— deben acercarnos a esa mesa del Reino con todos sus pedestales. Ahora bien, esto no quiere decir, necesariamente,

que siempre deban estar los cuatro pies presentes y explícitos. Lo que sí es necesario es que en la moción que se analiza, por lo menos estén latentes y nunca negados formalmente. Por consiguiente, toda moción (sentimiento, deseo, idea, imagen) si es de Dios, me debe llevar a esos cuatro derroteros.

*Primer derrotero: A las obras de justicia solidaria
(Mt 25, 31 ss)*

Las obras de justicia son criterio del conocimiento de Yavé. *Mispat* y *sedaká* dan lo sustancial del mensaje bíblico. El significado más frecuente de este binomio es el afán de sacar adelante los derechos conculcados, especialmente del pobre y del desvalido, es decir, los derechos de aquél que no tiene de por sí medios para salir adelante²⁶.

Se trata acá, entonces, de verificar si algo que experimento, si algo que siento, si las ideas que se me ocurren, me llevan a ser solidario con la persona menesterosa. El Evangelio es muy explícito en colocar diversos aspectos de esta solidaridad: con el hambriento, con el sediento, con la persona que no tiene casa, con la enferma, con la encarcelada. Este derrotero hace alusión a la atención del pobre en su doble concepción: *el empobrecido*, por una parte, que tiene que ver más con las necesidades materiales, y por otra, *el desahuciado* cuyas necesidades van más allá de lo material y lo que pone en evidencia es su absoluto abandono y miseria humana, es decir, los marginados de la sociedad. El servicio a todos ellos se vuelve criterio para conocer si algo viene o no de Dios. Más aún, este "pie" nos pone de entrada en relación misma con Jesús que está en todos los necesitados y necesitadas. *Es a El a quien se hace o deja de hacer la obra de justicia solidaria*. Como decía Pascal "Cristo en agonía hasta el final de los tiempos". Y esta

26. Véase, nuestro capítulo: "Los Ejercicios instrumento para obrar la Justicia", en el libro *Puestos con el Hijo*, op. cit. pp. 26 ss.

obra de justicia solidaria cuestiona siempre las estructuras sobre las que se articula la sociedad, denunciándolas y proponiendo caminos para su rearticulación estructural en reformas sociales que aseguren a las personas una existencia solidaria fundamental, con una tendencia constante a la reducción de las desigualdades deshumanizantes.

Toda moción de Dios tiene que llevarnos a esta realidad manifestada en este texto mateano o, *por lo menos*, a no negar este tipo de compromiso y misión. Lo interesante de *las tretas del mal espíritu es que siempre socavan los pedestales en forma directa*. Las mociones, por el contrario, pueden no destacarlas pero no las niegan nunca. *Jamás una moción me bloquearía el camino a la solidaridad*, personal y social, entre las personas, los pueblos, las razas, las culturas, los géneros y las generaciones.

Ahora bien, tener como criterio únicamente este pivote de las obras de justicia solidaria no es signo inequívoco de que esto sea de Dios. Pueden realizarse estas obras, por otro tipo de motivos: por compulsividad, por compensaciones, por deseo de ganar cariño, por cualquier mecanismo de defensa. Por eso, *lo único que asegura que algo es de Dios es que se den armónicamente el conjunto de los pedestales de la mesa del banquete, o por lo menos que no se excluya la posibilidad de los otros restantes*.

Segundo derrotero: A la alegre misericordia (Lc 6, 36)

Si algo proviene de Dios y lleva a su Reino habrá siempre en ello el toque de la misericordia. A esta realidad muchas veces se la equipara con la justicia. Aunque tienen relación intrínseca, existe una especificidad en la misericordia. Esta habla de una forma de corazón. Esto dice relación al modo de ser, a la expresión corporal más que a la intelectual.

Este derrotero nos habla obviamente de la *confianza*, del *abandono en Dios*, del *perdón* encontrado en Dios, de la *apuesta* infinita de Dios con la humanidad. El texto clave para

entender el mandato de Jesús en Lucas (6, 36) es precisamente la parábola del Hijo Pródigo, o mejor dicho, del Padre misericordioso (Lc 15, 11-32)²⁷. Allí se dibujan todas las características de lo que significa misericordia. Es recuperar a alguien desde lo más bajo a donde ha podido caer: "dándole comida a los puercos" (la acción más impura y degradante que podía realizar un judío). Con el derroche de su fortuna no sólo había perdido lo que le pertenecía sino también había puesto en riesgo la ancianidad de su padre, a quien el hijo tenía que atender con su herencia. Más aún, es conservar solidaridad y cariño paterno a un hijo que, al pedirle la herencia antes de recibirla en testamento está –en la cultura judía– significando su deseo de que su padre muera cuanto antes.

Sentirse cristianamente movido a algo por el Espíritu de Jesús, es, por tanto, según Jesús, estar dispuesto a dar siempre, a pesar de que se imagine que lo que se ha entregado podrá ser desperdiciado; es no guardar resentimiento por los destrozos de los bienes otorgados, sino todo lo contrario, estar siempre esperando el regreso en lontananza. Es *no dejar que se expresen las culpas y los pecados*; es tapar la boca para recibir con cariño de madre y padre juntos, con un cariño ciego. La misericordia es un abrazo largo y profundo. Es *experimentar perderse en la seguridad de Dios acogedor*. La misericordia, con todo, no es algo adusto y serio: Está revestida toda ella de fiesta y de felicidad. La misericordia es apostar de nuevo por la humanidad y no temer ser "mal visto" por los "hermanos mayores". Si ésta es la pintura, aunque fuera siempre impropia de Dios, todo lo que proviene de Él debe estar impregnado de esa misericordia alegre. Si una moción es suya *me debe llevar a la alegre misericordia para con los demás*.

Es decir, que la misericordia es amor confiado. Y aquí cabe hacer la aclaración de que las traducciones vernáculas del grie-

27. Para todo este aspecto del Hijo Pródigo, véase *El regreso del hijo pródigo*, de Nouwen, PPC, Madrid, 16ª ed.

go unifican en la palabra "amor" las diferentes maneras de amar que expresan los verbos griegos: tenemos el amor erótico (*erao*), el amor filial (*stergo*), el amor de amigos (*fileo*), y el "amor" *aun* a los enemigos (*agapao*), que debe traducirse más bien por "hacerles el bien" a los que nos hacen daño²⁸. La misericordia lleva entonces al *diálogo*: es decir, a ponerse en los pies de los demás, a sentir lo que las otras personas experimentan y a inquirir sobre las causas de esos sentires en los otros.

La misericordia, como derrotero, nos lleva a la capacidad de entrar en el proceso del perdón²⁹. Es la misericordia la que nos lleva a comportamientos como el del Buen Samaritano (Lc 10, 30-35), quien *más allá de sus planteamientos ideológicos, religiosos, étnicos*, ayuda al necesitado. Hay que tener en cuenta la fuerza de la acción caritativa de este samaritano puesto que en la parábola se sobreentiende que su alternativa era ayudar o no a un judío. Este hombre bueno tuvo que sobreponerse a la oportunidad de vengarse de la discriminación humana a la que había sido sometido, ya que los judíos tenían el peor de los conceptos sobre los samaritanos, considerados como extranjeros y enemigos mortales: como apóstatas del judaísmo.

Pero fijarse sólo en el derrotero hacia la misericordia podría no ser difícil para algunas personas con la compulsividad del servicio, de la entrega interesada de su cariño a los demás. Estas personas, con todo, —como veremos en el cuarto pedestal— no se tienen a sí mismas misericordia. De ahí que sólo en el juego de discernir entre los cuatro pies de la mesa se obtenga una certeza de que algo viene de Dios y me lleva a su Reino.

28. En griego *erao*, es el amor sexual (Est 2, 17), *stergo* expresa el amor familiar (Rm 12, 10), *fileo*, es amor de amistad, es como el querer en castellano (Jn 11, 2; 20, 2). *Agapao* es el amor de benevolencia, no es sentir algo por una persona sino en hacer algo por ella. Véase: Álvarez, Ariel, "¿Mandó Jesús amar a los enemigos?", en *Selecciones de Teología*, n.º 141, 1997. Vol. 36.

29. Véase lo dicho sobre el perdón en la primera parte.

Tercer derrotero: A la incomprensión y la persecución (Mc 8, 34, y paralelos)

Decíamos que las mociones eran de Dios si nos llevaban a la justicia solidaria y a la misericordia alegre. Esto en el modo de Jesús siempre trae la incomprensión y hasta la muerte. El texto, traído por Lucas, de Jesús en la Sinagoga de Nazaret (Lc 4, 14 ss) es muy rico en este sentido. Jesús lee el texto de Isaías (todo él en la tónica del primer derrotero) y acto seguido viene la incomprensión de sus mismos conciudadanos, amigos y parientes. ¡El final de esa perícopa es que quieren tirar a Jesús por el barranco!

Lo que hay que hacer notar, con todo, es que la persecución o incomprensión se genera precisamente *a causa de la solidaridad con los demás, a causa de ser misericordioso*. ¡El Padre de la parábola del Hijo Pródigo es mal aceptado e incomprendido por el hermano mayor! Esta incomprensión a veces se convierte en la cruz. Pero hay que darle a la palabra "cruz" su verdadero significado: castigo otorgado a los subvertores del orden romano. Con frecuencia se habla de "la cruz" que tenemos que portar con nuestras enfermedades, o con las personas con las que convivimos. Eso puede ser molesto —porque entraña asumir las sombras de la condición humana— pero no es la cruz. *Cruz es lo que nos ganamos por ser fieles a la predicación y construcción del Reino, pero que lleva a la Vida.*

Y es que el modo del Reino se opone a todos los poderes dominantes. Jesús se opuso frontalmente al poder religioso haciendo ver que el sábado estaba hecho para el hombre y no al revés. Pero con ello se estaba ganando la muerte... Jesús y su predicación del Reino se opusieron a los poderes económicos. El episodio de la expulsión de los "banqueros" del Templo es claro testimonio de ello. Además, todas las bienaventuranzas y maldiciones van en esta línea. Jesús se ganó la condena del poder económico. Pero también el Reino se opone al

poder político en cuanto se presenta como un programa cohesionado y coherente, es decir, "un reino", visto desde luego, en rivalidad con los poderes mundanos. También el Reino es un desafío a lo socialmente considerado: Jesús, en primer lugar es un eunuco —sacrilegio en Israel— que habla y trata con igualdad y cariño a las mujeres; que las tiene en su grupo y las considera discípulas privilegiadas; pero también habla de "hacerle bien" al enemigo y de un Reino que trasciende las fronteras étnicas y manda por ello a todas las naciones del mundo a anunciar este modo de vida. Todo esto trae controversia.

Por tanto, si el Reino es algo que se opone a los poderes del mundo, si algo me lleva al Reino, tendrá que notarse el signo de la incomprensión, persecución y muerte.

Nuevamente la sola controversia, únicamente la incomprensión en sí misma, no es signo de Dios. Habrá muchas personas que exhibicionista o masoquistamente busquen hacerse el mal a sí mismas. La persecución es derrotero del Reino cuando es a causa de ser solidarios y misericordiosos con los demás. Y —enfaticémoslo— también con nosotros mismos.

Cuarto derrotero: Al amor de sí mismos (Mt 19, 19)

Los anteriores derroteros de las mociones podrían ser más o menos aceptables en el cuadro de la existencia y el proceder cristiano. Con el amor a sí mismo, encontraríamos, sin embargo, toda una tradición ascética y mística en su contra. El Kempis, por ejemplo, sería un opositor considerable. Porque toda una espiritualidad cristiana está transida de la necesidad de "odiarse a sí mismo". Y claro está, se toma la frase de Jesús. Ahora bien, esa frase debe traducirse como "posponer" o "no preferir" (como en el caso del "odio a los padres") no necesariamente destruir. Pero también debe entenderse esta palabra como la voluntad de estar dispuesto a negar todo lo que llevamos de "hombre viejo". Y esto es bastante. Hay que negar

todas nuestras compulsividades, nuestras reacciones desproporcionadas, nuestra culpabilidad imparabile. Hay que desterrar todo lo que nos produce muerte en nosotros mismos y produce muerte a los demás. Eso sí que hay que negarlo de raíz: "abnegarlo".

Pero es evidente que nuestro cuerpo es templo del Espíritu; es claro que somos hechos a imagen y semejanza de Dios, somos sus criaturas: ¡Cristo mismo habita por la fe en nuestros corazones! No podemos odiarnos. La consecuencia es que si algo viene de Dios y nos lleva a su Reino tendrá que convertirnos también en solidarios con nuestras debilidades, nuestras hambres, nuestras inseguridades, nuestras prisiones que nos sofocan. Más aún, la misericordia del Padre la tenemos que ejercitar con nosotros mismos: apostando por nosotros, teniendo esperanza en nuestra posibilidad de cambio, estando a gusto con nosotros mismos, pudiendo dar testimonio de las obras que Dios hace en nosotros, como María: "¡salta de gozo mi corazón en Dios que me salva... En adelante me van a llamar la dichosa!".

Una de las cosas más difíciles en los procesos psicológicos es poderse dar el perdón a uno mismo. Es de los caminos más costosos porque allí las heridas y los traumas saltan a la luz; porque allí la culpabilidad innata de la que hablan muchos autores, se pone de manifiesto. El proceso de auto-reconciliación debe trabajarse a nivel psicológico, pero en el ámbito espiritual tenemos, de hecho, un motivo o fuerza tumbativa: "Si les condena la conciencia, Dios es más grande que su propia conciencia", nos dice San Juan (1 Jn 3, 20).

Las mociones de Dios me llevarán, por tanto, a cuidar de mí mismo con la misma dedicación que la que tengo que tener con el prójimo, con la misma solicitud del buen samaritano, con el cariño del Padre de la alegre misericordia. Amarme a mí mismo se concreta en todas las actitudes de opción por la vida que vimos en la primera parte, en los requisitos del dis-

cernimiento humano. Como decía Bernanos: "Hay que amarse a sí mismo como a cualquier pobre miembro del cuerpo místico de Cristo".

Este cuarto pedestal tiene como lugar propio lo que llamamos "Betanias", es decir, espacios de solaz, esparcimiento y nutrición en lo físico, lo espiritual y lo psicológico.

En la actualidad, en el ambiente *new age*, existe el peligro contrario al que vivimos en décadas pasadas. Ahora se da una hiperinflación del ego. Con una concomitante prescindencia de los tres pedestales anteriores. No hay que olvidar que la "nueva era" y algunas escuelas psicológicas actuales presentan la "autoestima" como "mi bienestar y el de mi círculo afectivo inmediato". La angelología en boga, lo que hace es no considerar a los ángeles como a emisarios de Dios, sino visualizar en ellos una especie de extrapolación de todas las potencias personales³⁰. Ahora bien, aquí es donde sólo desde la perspectiva de la mesa sólidamente asentada, se pueden juzgar a cabalidad las mociones. Un sentimiento puramente *new age*, por decirlo así, no pasa por la criba de la justicia solidaria ni de la misericordia y menos aún, de la incomprensión y aun la persecución³¹.

Estos cuatro derroteros nos dan por tanto, la clave de cuándo algo proviene de Dios y me lleva a la construcción del Reino. Las "tretas", las trampas que nos pone el espíritu del

30. Cfr. Roullière, Yves, *Le retour des anges*, en *Christus*, París, 174, abril 1997, pp. 242 ss.

31. Cfr. James Redfield, *The Celestine Prophecy*, Warner Books, Nueva York, 1993. Esta es una novela de ficción en estructura típica del New Age, donde se trata de un viejo manuscrito descubierto en la selva peruana. En sus páginas hay 9 intuiciones claves, que deben irse conociendo gradualmente. Es todo ello una visión sobre las coincidencias en la vida personal, la energía que implica la comunicación con los demás y los reales propósitos que subyacen en la historia de la humanidad. Se ha convertido, lastimosamente en un manual y una guía experimental para muchas personas en Estados Unidos y América Latina. El problema es que en forma camuflada desvincula a las personas del compromiso solidario y establece un camino esotérico de conocimiento y "salvación" personal.

mundo, por el contrario, –lo que en el lenguaje espiritual hemos llamado "engaños del diablo"– socavarán alguno de estos pies para evitar que se construya ese Reinado. Con todo, las tretas nos hacen el gran favor de indicarnos lo más valioso de la moción ya que siempre se presentan de un modo contrario a las mociones. Ahora bien, las mociones debe ponérselas en práctica. Se discierne para optar, las mociones se nos dan para que se concreten en pequeños jalonamientos hacia el plan del Padre con la humanidad.

3. LA IMAGEN DEL DIOS DE JESÚS

3.1 *Los fundamentos psicológicos de las imágenes de Dios:*

Una espiritualidad se fragua siempre a partir de la propia psicología. Esto nos presenta dos riesgos. Por una parte posibilita realmente la experiencia religiosa, pero, por otra, está el gravísimo peligro de que la imagen de Dios se distorsione y se reduzca a la expresión de una necesidad psíquica³².

Respecto a la experiencia de Dios siempre debemos ser capaces de preguntarnos –con base en un Evangelio que sospecha del egoísmo humano y gracias al influjo moderno del psicoanálisis– "¿Por qué crees lo que crees? ¿Por qué teorizas tu fe del modo como lo haces? ¿Cuáles son tus acentos, tus silencios, tus insistencias? ¿Vienen tus claves interpretativas exigidas desde el método que defiendes o te son impuestas desde tus deseos, temores o defensas no reconocidas?"³³. Es decir, que es muy importante poder relacionar siempre lo que creo, la

32. Cfr. Domínguez, Carlos, *Teología y Psicoanálisis*, Colección Ensayos. Cuadernos "Institut de Teologia Fundamental", San Cugat del Valles, Barcelona. Sff.

33. Domínguez, Carlos, "Que hacer teológico y psicoanálisis", en *Teología y vida*, Vol. XXXVII, 1996, p. 24.

imagen que tengo de Dios, con mi manera de ser, con mis heridas, con mis experiencias pasadas. Dejar esto sin cuestionarlo es entrar a ciegas en la relación —con las personas y con Dios— y es un asunto peligroso. Freud nos hace conscientes, "nos hace ver que el hombre religioso es proclive a encontrar en su experiencia de fe, un modo de salvaguardar sus aspiraciones omnipotentes e infantiles"¹⁴.

Y es que el niño tiene que luchar con la idea de omnipotencia que está inscrita en sí mismo. Es "el principio de realidad" lo que lo va haciendo tomar en cuenta que no lo puede todo. Su impotencia la traslada, entonces, a la figura materna/paterna. De allí que la imagen del dios del niño sea siempre la de la omnipotencia. El Dios del niño es un dios "aliado", es un dios super-providente. Es el dios explica-mundos, el "sabelotodo". Es también el dios celoso sexual, el dios de las prohibiciones y de los tabúes. Es un dios que desconoce la muerte, que el "más allá" lo convierte en el gran camuflaje de la omnipotencia herida del niño.¹⁵

Por eso, "sólo desde el laborioso reconocimiento de nuestra separación constituyente, desde la asunción de la carencia, podremos ser animados por el deseo y vivir dinamizados por su empuje, evitando el extravío de la quimera y de la locura", nos dice Carlos Domínguez¹⁶. Sólo cuando el deseo de Dios se ve configurado por la ley limitante de sus aspiraciones puede evitar la doble tentación, por una parte objetivar al Otro como una cosa a su servicio, o por otra, eliminarse a sí mismo, abdicando de su propio sentir.¹⁷ De ahí que saber que la opción por la fe puede convertirse en algo ilusorio es lo que libera de que todo no sea un sueño.¹⁸

34. Domínguez, Carlos, *Teología y Psicoanálisis*, op. cit. p. 38.

35. Domínguez, Carlos, *Crear después de Freud*, pp. 129-134.

36. Domínguez, Carlos, "El deseo y sus ambigüedades" en *Sal Terrae, Revista de teología pastoral*, Septiembre 1996, p. 613-614.

37. Cfr. *ibíd.*

38. Domínguez, Carlos, *Crear después de Freud*, p. 106.

Por esta razón es necesario tener parámetros para encontrarnos con las trampas que lo religioso puede tender a la vida y especialmente a la experiencia con Dios. Un parámetro es considerar cómo las compulsiones pueden provocar imágenes falsas –fetiches o ídolos, decimos– de Dios. Otro parámetro es que el Dios de Jesús es un Dios que no está separado del Reino. Es decir que la "mesa del reino con sus cuatro pedestales" es el gran criterio de veracidad de una relación con Dios. Como dice Carlos Domínguez, "sin enfrentamiento con la realidad, sin el proyecto histórico, no hay posibilidad de acceder a una experiencia religiosa que podamos correctamente calificar de cristiana"³⁹.

3.2. *Los fundamentos teológicos de la nueva imagen de Dios*

Lo primero que toca hacer es quitar todo antropomorfismo en la visión de Dios. Aun desde la Encarnación, la imagen de Dios queda de todas maneras comprendida sólo de modo analógico. Si consideramos la inmensidad de Dios, si vemos su "eternidad", todo lo que podemos decir de Él es por analogía. De esta manera, por la "vía positiva", se pueden aplicar las perfecciones que vemos en este mundo a Dios. En un segundo paso, –por la vía negativa–, se niega, en Dios, todas las limitaciones que vemos en las perfecciones humanas. El tercer paso, es el de la "eminencia", es decir que declaramos abiertos y sin límites los términos humanos que designen cualidades divinas.

Pero también convendría poner mucha atención en suprimir no sólo los antropomorfismos, sino los "andromorfismos" respecto de Dios. Es decir, ¡no olvidar que nuestras imágenes de Dios, de ordinario son formas masculinas de la divinidad!

Los avances en la técnica del Espacio nos están haciendo cada vez más conscientes de esa inmensidad que implica la

39. Domínguez, Carlos, *Creer después de Freud*, p. 124.

experiencia de Dios. Lo acontecido el 4 de julio de 1997 con la llegada del Sojourner a Marte, nos da una mayor posibilidad de verificar la grandeza de Dios y su inexplicable eternidad. Ha habido toda una línea teológica que insistía en que de Dios sólo podría hablarse desde lo que no era Él. Con todo, sí hay modos, aun desde el Antiguo Testamento, por los que Dios se comunica en maneras humanas sin quedar asumido en una forma antropomórfica. De ahí que, como dice Bottéro:

"Hablar de la cólera de Dios, de su bondad, de sus venganzas, de su celo no es más antropomorfismo que invocar al "furor" de las olas del mar desencadenadas. No se da, haciendo esto, una forma y una naturaleza humana al océano. Son metáforas y no identificaciones. Se puede por tanto, atribuir sentimientos y comportamientos "humanos", buenos o malos a Yahvé, sin por eso suponerlo a nuestra imagen"⁴⁰.

Pero es importante no perder de vista esto, Dios es la Alteridad por excelencia. En Jesús vemos al Padre, sí, pero sin que podamos acceder a todo lo que Él es en realidad. "Pero nos protegemos contra la idolatría cuando utilizamos múltiples imágenes de Dios en nuestra conciencia y en nuestras oraciones. Esto nos ayuda a recordar que cada una refleja una faceta del Misterio que se oculta detrás de todas ellas".⁴¹

Respecto a la imagen de Dios, conviene recordar que desde el Antiguo Testamento hubo una verdadera revolución con las ideas divinas que tenían los patriarcas. Moisés, como bien lo ha demostrado Bottéro, fue realmente el iniciador de un cambio radical en la comprensión de la imagen de Dios.⁴²

Moisés ha hecho una revolución considerable, ya que todos los sistemas religiosos conocidos eran claramente poli-

40. Bottéro, Jean, "Le Dieu de la Bible", en *La plus belle histoire de Dieu, du Seuil*, París, 1997, p. 25.

41. Hart, Thomas, *El Manantial escondido*, Ed. Desclée De Brouwer (Serendipity), Bilbao, 1997, p. 69.

42. Bottéro, op. cit. p. 31.

teístas y antropomorfistas. Moisés afirmaba no sólo que no había más que un solo dios que debía contar para Israel –Yahvé–, sino que concebía a este dios de forma totalmente diferente de las otras potencias divinas conocidas hasta entonces: demasiado grande, demasiado sublime y demasiado lejos de nosotros para que uno pueda representárselo y darle una imagen que no fuese otra, a fin de cuentas, que la nuestra solamente que agrandada... Pero Moisés también transformó completamente el culto a este dios sin imagen. Prohibió fundamentalmente las ofrendas, los sacrificios y el esplendor del ceremonial, todos los ritos que supusieran la satisfacción de las necesidades de Yahvé, quien no tiene ninguna necesidad.⁴³ En adelante sólo podría vincularse a Él por la obediencia a sus voluntades, que mandaban consagrarse del todo a una conducta recta, en conformidad con un código ético y social.

De allí pues que conducirse moralmente, honestamente, respetando a los otros en su manera de ser, aun en el modo de concebir a Dios, iba a convertirse en el único medio auténtico para rendirle a Él un homenaje a su talla, de reconocer su grandeza. Es un cambio considerable. El autor nos llega a decir que el único dios necesario, es solamente un dios que no se nos parezca en nada, que no sea a final de cuentas, un hombre agrandado y magnificado. De Dios "nos es suficiente saber de Él que existe, que es presente y que Él está allí. Sin otras explicaciones ilusorias. Moisés es el primero que nos ha puesto en contacto con un Dios verdaderamente trascendente, absoluto e ininteligible. Este Dios es un dios del corazón y no un concepto filosófico".⁴⁴

En otros trabajos no hemos hecho énfasis en esto que ahora lo consideramos de primer orden. No es evidente que tenemos la

43. Claro está que en el capítulo 24 del Éxodo, la Alianza es sellada con un sacrificio de comunión. También podría traerse a colación el sacerdocio aaronita, pero esto parece más bien una retroyección del sacerdocio del templo salomónico.

44. Bottéro, op. cit. p. 32.

imagen del Dios que nos regaló Jesús. Tenemos muchos falsos rostros, adoramos muchas veces ídolos o fetiches (Ex 20, 4; Dt 5, 8).⁴⁵ Tomando en consideración la perspectiva del Eneagrama vamos a hacer una presentación –libre– del fetiche que cada compulsividad provoca, por una parte, y por otra, de la veta riquísima del Dios de Jesús que está implicada en cada tipología.

*Entendemos por compulsividad aquel tipo de reacciones y respuestas mecánicas inconscientes que ponen de manifiesto un temor básico del que automáticamente la persona quiere defenderse.*⁴⁶ La sabiduría añeja del Eneagrama ha puesto de relieve nueve compulsividades que caracterizan cada uno de los tipos⁴⁷. Nosotros agregaremos una compulsión más que atraviesa las otras, y adultera la experiencia compleja de la fe. El "andromorfismo" de las imágenes falsas de Dios es algo casi compulsivo en nuestras sociedades. Habría que estar siempre sobre aviso de ello porque un gran fetichismo sobre Dios es convertirlo en varón; como dice Mary Daly, "Si Dios es varón, entonces el varón es Dios".⁴⁸

El problema es que *nuestra compulsión construye de manera personal el fetiche* –extrapolando sus tendencias– que capta en los ambientes vitales en que cada uno se mueve (familia, escuela, congregación, etc.), pero además, *el ídolo alimenta, de*

45. Habría otras muchas maneras de presentar ídolos, el dinero, el poder, la violencia, la persona amada, las estrellas del espectáculo, los ideales revolucionarios... véase por ejemplo a González-Carvajal, Luis, *Noticias de Dios*, Sal Terrae, 1997, pp. 42 ss.

46. Ver nota nº 14.

47. Sobre el Eneagrama, es interesante el libro de Peter Hannan, S.J, *Nine faces of God*, The Columbia Press, Dublín, 1992. que hace una presentación más o menos en la misma clave que hacemos nosotros. Su forma de enfoque, con todo, va resaltando la positividad que puede encontrarse en la misma tendencia compulsiva de cada número. Nosotros más bien, trabajamos por el lado del proceso de integración y redención que cada número comprende.

48. Citado en González-Carvajal, op. cit. p. 216.

nuevo, esa *propia compulsión*. Es un círculo vicioso que no termina nunca. Lo religioso siempre da un sello indeleble a los procesos. Por ello, el falso dios de cada compulsividad se torna sumamente enajenante y dañino.

Lo interesante de la visión del Eneagrama es que cada tipo, con todo, tiene un camino de integración y de crecimiento que está dado en el mismo "canal" de su compulsividad. La imagen que mejor esclarece cómo una virtud (fuerza) se puede convertir en un defecto, es la de un botón de algún aparato eléctrico; si se pasa de su cuadrante presenta el efecto contrario. *De allí que cada compulsión nos ofrece, por decirlo así, un camino para abrirse a la gracia de recibir el don de la experiencia del Dios de Jesús.*

3.3. Del fetiche al Dios de Jesús

3.3.1. DEL FETICHE PERFECCIONISTA, AL DIOS DE LA ALEGRE MISERICORDIA

Cuando la compulsividad principal es la perfección y el orden; cuando en el fondo la persona se erige en un pequeño dios que puede juzgar la imperfección de todos; cuando no se ha trabajado la ira que provoca el que las cosas salgan de manera vital y por tanto no de forma planeada, entonces se traduce esa compulsión a un "ser supremo" que por ende será el perfeccionismo en persona. Es lógico que además se haga este trabajo desde las instancias que se tienen a mano. El dogma, la norma, la interpretación correcta servirá de espuela a este culto falso. Este ídolo suele ser aglutinador de movimientos fanáticos. La visión de un caudillo se impone a todos con absoluta intransigencia. Los movimientos políticos-religiosos pueden presentar un rostro intransigente de su dios.

Sin embargo, el punto de integración de esta persona está en la vitalidad y en la alegría. El rostro de Dios que se le abre a esta persona, es la alegre misericordia de la que hablábamos

antes. El mejor retrato es el Padre bondadoso del Hijo Pródigo, (Lc 15, 11-22). Es verdad que en el AT se notan más las tonalidades del Dios Tremendo (Rudolf Otto), pero ya se da también una síntesis en el Segundo Isaías de este Dios temible con el Dios Ternura: "En un arrebató de ira te oculté el rostro..." (Is 54, 8). Pero es en Jesús donde apareció toda la amabilidad de Dios, que fascina por su bondad (Tt 3, 4).

3.3.2. DEL FETICHE QUE EXIGE SACRIFICIOS, AL DIOS DEL AMOR INCONDICIONAL

La compulsividad de algunos es el servicio a los demás, el no escatimar sacrificios y penas "por el bien de los otros", olvidándose de sí mismos y de las propias necesidades. El servicio es algo con lo cual se consigue el afecto —que siempre les parece estar en peligro de desaparecer—. Esta situación personal, "enriquecida" por ambientes de esta tónica, extrapola su propia imagen y delinea un ídolo que demanda todo el tiempo sacrificios. Un dios "sanguinario" que pide cada vez más cosas difíciles y mientras más duras, mejor. Todo ello como si el sacrificarse fuese un bien en sí mismo. Como si algo por ser costoso fuese doblemente valioso. Ha habido escuelas espirituales en ese sentido. El Kempis podría ser una, pero también mucha de la devoción en las congregaciones religiosas y en la misma religiosidad popular está llena de ello. Si hubiera algo mejor y más útil que sufrir —nos dice José María Castillo— "Jesucristo nos lo habría enseñado con sus palabras y con su ejemplo. El único sufrimiento que Dios quiere es el que resulta de la lucha contra el sufrimiento".⁴⁹

El camino, con todo, que tiene la persona de este tipo, es abrirse a expresar sus necesidades y darse la propia acogida que nunca fallará. Esto expone a la comprensión de una de las

49. Castillo, José María, *Los peligros de la Espiritualidad*, en *Selecciones de Teología*, n.º 143. Vol 36, 1997, p. 174.

características más ricas del Dios que Jesús nos ha brindado: el del amor incondicional. Ya en el Antiguo Testamento se nos decía que si una madre se olvidara de su pequeñuelo Dios no nos olvidaría (Is 49, 15). Todo los libros proféticos están impregnados de este amor incondicional, apasionado y hasta sensual de Dios para con su pueblo. Pero es en Jesús donde ha aparecido más que en ninguna parte esa incondicionalidad de su cariño: perdona al pecador setenta veces siete, es decir, siempre y los pecadores son sus preferidos (Mc 2, 16-17). Y decimos del pecador, porque pareciera –a nivel lógico– que es lo que más apartaría de Dios. ¡En cristianismo puro, es justamente lo contrario!

3.3.3. DEL ÍDOLO DE LOS MÉRITOS Y EL ÉXITO, AL DIOS DE LA GRATUIDAD

Una compulsión muy típica de nuestras sociedades actuales es la de la actividad y la del logro que lleva consigo la imagen la fama y el éxito. Obviamente que esto está reforzado por la evaluación de la efectividad y por una cultura adicta al trabajo. Pues bien, esto se extrapola a un ídolo frente a quien se pretende mostrar logros, efectividad y ganar así imagen. En aras de ese culto de la productividad enajenante se dejan los espacios de interiorización, oración explícita y del simple "saber estar con".

Sin embargo, dentro del mismo dinamismo compulsivo de este tipo, está el abrirse a la gratuidad de la relación y a la lealtad. Aquí se puede encontrar, por tanto, con la veta de otra característica del Dios de Jesús: la gratuidad. Dios es pura gratuidad, no se le compra con nada. Sólo desde la experiencia de su amor gratuito –que no nos exige nada– es que nos podemos lanzar a realizar hazañas por su cariño; movidos por un amor que no puede hacer otra cosa sino dar amor y obras brotadas de ese cariño. La parábola de los obreros de la viña pinta bien ese movimiento del amor de Dios (Mt 20, 1-16). Es el Dios que

hace llover sobre justos y pecadores (Mt 5, 45). Es el amor de un Dios que nos amó cuando éramos pecadores (Rm 5, 8). Por último es quien da la vida en rescate por todos (Mc 10, 45).

3.3.4. DEL FETICHE INTIMISTA, AL DIOS DEL COMPROMISO SOLIDARIO

Otra compulsión característica de ciertas personas es el sentirse siempre diferente, especial, y de cultivar una fantasía y relación siempre "a su modo y gusto personal". Esta compulsión –alimentada con elementos en el ambiente– provocará una gestación de un fetiche intimista que buscará la relación descomprometida e individualizante con Dios, lo cual lo deforma, constituyéndolo en ídolo. A veces ciertas sectas o espiritualidades provocan este culto a un ídolo. A nivel socio-político las sectas que inundan nuestros países llevan este "veneno" dentro de ellas.

Sin embargo, la posibilidad de crecimiento y superación de esta compulsividad subjetivista es abrirse a la razón y a ubicarse en la realidad, en proyectos concretos. Esto coloca a la persona en proceso de superación de su compulsión, cercana a la experiencia del Dios de Jesús que es el Dios que presenta un proyecto histórico. Jesús no habló de sí mismo ni de Dios, sino de su Reino (Mc 1, 14-15). Nos invita constantemente al compromiso (Mc 10, 43-44). El único examen que tenemos que superar todos es, precisamente, el del cariño solidario con el hermano y con el que más lo necesita (Mt 25, 31 ss).

3.3.5. DEL ÍDOLO MANIPULABLE, AL DIOS DEL MISTERIO

Otra compulsión típica es la del conocer y querer controlarlo todo con la fuerza del conocimiento y la razón. Todo ello por el temor a experimentar el vacío interno. La racionalización excesiva de las cosas viene por este camino. Una compulsión así puede extrapolar la relación con Dios como si fuera

un ídolo, en cuanto quiere aprender a manipularlo, para "asegurarse en él". Entonces pretende conocer sin límite –siempre de manera esotérica– para poder controlarlo a su antojo y sentirse pleno. Una expresión primitiva de esto es la magia y la hechicería. Pero ello tiene su correspondencia actualmente. Mucho de lo que se puede denominar como "new age", en su afán de manejar técnicas –muchas de ellas formas orientales no bien comprendidas–, quiere manipular la experiencia con la divinidad, como si fuera otro "poder" del ser humano. Presentan la divinidad como algo numinoso, pero brindan caminos esotéricos para acceder a ello a sus iniciados. Esto es totalmente contrario a lo que es el Misterio de Dios.

Con todo, en esa misma tipología está la posibilidad de abrirse a la experiencia de lo que es misterio y de dar una respuesta osada y confiada. Ciertamente nuestro Dios es el Misterio. Todo lo que tiene que ver con Él es incomprendible pero exige posturas lanzadas. Su incomprendibilidad la verificamos con sólo colocar la categoría "tiempo". Ahora que estamos asistiendo a tanta revelación del universo estelar nos damos cuenta de cuánto dista nuestra noción de temporalidad con lo divino. Nuestros días y años contrastan con los millones de años luz que nos rodean en los universos galácticos. Y esto sólo como un ejemplo. Sin embargo, es misterio pero que se ha mostrado en el rostro de Jesús (Jn 1, 18). Y aun cuando Jesús también es incomprendible muchas veces, son más los rasgos de su persona que nos hablan de trazos comprensibles. Quien ve a Jesús ve al Padre (Jn 14, 8-9). De ahí que el misterio se nos haga accesible aun cuando nos trascienda (Jn 20, 17).

3.3.6. DEL ÍDOLO DEL JUEZ IMPLACABLE, AL DIOS DE LA LIBERTAD Y DE LA CONFIANZA

Compulsión típica de otras personas es el apego a la norma, a la ley, a la institución y las costumbres, para cubrir su miedo y su abandono. Estas extrapolarán su compulsión

proyectando un ídolo que se torna en juez implacable, que lo único que está verificando son las transgresiones para castigarlas. Es un ídolo que fomenta la desconfianza, el temor y hace esclavos. Este ídolo lo alimentan muchas instituciones eclesiásticas. Este ídolo apuntala, por otra parte, una mala concepción de la obediencia en la vida religiosa. Niega una de las cosas por las que Jesús ha venido al mundo: nos liberó para ser libres (Ga 5, 1). Esta libertad no es para sentirnos "mejores" sino para estar más disponibles para lo del Reino.

La superación de la compulsividad lleva a creer y confiar en sí mismos, lo que establece el camino para encontrarse con una imagen de Dios que Jesús nos regala: el Dios que genera libertad y vida (Jn 8, 31-36; 10, 10). Es el Dios que apuesta por nosotros y nos hace confiar en nuestras fuerzas y nos hace confiar en Él como alguien que nos lanza sin temor a la existencia (Mt 6, 24-34).

3.3.7. DEL ÍDOLO DEL HEDONISMO, AL DIOS DE LA MUERTE QUE GENERA LA VIDA

La compulsión de otro tipo de gente es rechazar todo lo que causa dolor, todo lo que es el sufrimiento y evadirse en lo que genera vida, placer, gusto, bienestar únicamente. Obviamente que de esto siempre ha habido tentación en el cristianismo, quedarse en el Resucitado. Si no hubiese habido ese problema no se hubieran escrito los evangelios y en especial la Pasión de Jesús. La experiencia de la resurrección estaba llevando a los cristianos primitivos a quedarse sólo con el triunfo de Jesús resucitado. En la actualidad hay muchos movimientos pentecostales y carismáticos que quieren hablar sólo de la celebración y de la resurrección sin retomar el sufrimiento y la muerte. Especialmente prescindiendo del hecho innegable de que la mayoría muere y sufre a causa del pecado del mundo.

Con todo, la posibilidad de redención de esta compulsión consiste precisamente en profundizar en el dolor. Esto abre a la experiencia del hecho pascual: que la muerte y el sufrimiento en lenguaje cristiano sólo se entienden como camino de vida personal y de vida para los demás. Allí es donde se puede abrir, entonces, al Dios de Jesús, al Cristo crucificado que está en proceso de resurrección que es para los cristianos la prenda de la resurrección de todos. Pero el camino es el vía crucis de Jesús (Jn 12, 22-26).

3.3.8. DEL ÍDOLO TODOPODEROSO, AL DIOS ENCARNADO EN LO DÉBIL.

Otra compulsión es la del poder y del dominio, la del que esconde su miedo a la fragilidad y por eso se convierte, de algún modo, en prepotente. Esta compulsividad fácilmente proyecta un dios del poder, un dios que se complace en las manifestaciones de grandiosidad y majestad; un dios controlador de todo y de todos. Este fetiche se encuentra expresado en los estados teocráticos, en los movimientos en que se da una identificación de lo religioso con lo político. La historia del cristianismo conoció en el tiempo de Constantino, siglo IV, un maridaje del que ha tardado mucho en comenzar a recuperarse.

Sin embargo, esa compulsión se supera abriéndose a la debilidad a la que tanto le teme. Allí reside entonces, la posibilidad de encontrarse con el Dios que nos muestra Jesús que es alguien que escoge lo débil, lo sencillo, lo tierno, lo impotente como canal privilegiado. Dios ha escogido lo necio del mundo para confundir a los poderosos (1 Co 1, 26-31). La máxima expresión de ello es la encarnación de Jesús, y su "quedarse" entre nosotros en las personas que necesitan y que experimentan la marginación de todo tipo (Jn 1, 14; Fil 2, 5-11). Más aún, la encarnación de Dios puede verse ahora no únicamente en que se hace ser humano, sino en que haya

escogido la tierra –dentro de todas las constelaciones del universo y de las diversas galaxias– para poner vida y en ese pequeño planeta, tomar partido, querer hacerse igual que la humanidad y compartir sus sufrimientos y su destino. "Contemplando los cielos que tu formaste, las estrellas, la obra de tus manos, ¿qué es la persona humana para que te acuerdes de ella; la humanidad para que cuides de ella?" (Sal 8).

3.3.9. DEL ÍDOLO DE LA PAZ ENAJENANTE, AL DIOS DE LA ESPERANZA

La compulsión de evitar a toda costa el conflicto y las dificultades puede proyectarse en un ídolo que hable de proponer una paz como único criterio y como objetivo a toda costa. Este fetiche propondrá como máximo ideal una concordia y un confort como patrones de todo proceder. Se impondrá este ídolo cada vez que haya momentos en que no se quiere enfrentar la verdad de acontecimientos históricos. En América Latina se trae a colación esta imagen falsa de Dios promoviendo amnistías que descarten el hacer la justicia a los impunemente torturados, asesinados y masacrados en los procesos libertarios de nuestros pueblos. En esos momentos se invoca el recurso al ídolo de paz, de olvido y de enajenamiento de encontrar la verdad que es lo que hace libres.

Sin embargo, si se supera el temor al conflicto, que es la fuente de la compulsión, se abre el camino hacia la lucha, las metas y las propuestas de cambio y búsqueda. Todo ello prepara a la persona al encuentro con el Dios de Jesús que es un Dios de esperanza (Rm 8, 18-38). Y aquí conviene aclarar que la esperanza es una virtud, es decir "fuerza" muy importante y distinguible del amor y de la fe. La esperanza brota precisamente cuando falta la fe y el amor; más aún cuando no se ve esperanza humana. Es el preciso lugar donde la esperanza cristiana se erige (Rm 4, 17-25). Es como el salmón que sabe nadar a contracorriente. La esperanza es una virtud pequeña,

si se quiere, pero se puede traducir, a nivel sociológico, en creatividad para cambiar como colectividades, para buscar salidas conjuntas, como pueblo de Dios para empujar su Reinado. A nivel psicológico, se explicita en el deseo de trabajarse, de avanzar y de encontrar caminos de crecimiento, basados en la confianza en la resurrección de Jesús. Es avanzar por los caminos de conversión del corazón.

3.3.10. DEL ÍDOLO OBSESIVO SEXUAL, AL DIOS APASIONADO POR POBRES Y PECADORES

Una compulsión muy frecuente –sobre todo en épocas anteriores, (no parece lo típico de nuestra era)– que ha atravesado todas las tipologías que hemos presentado es la compulsión de miedo, rechazo y angustia ante el cuerpo y la sexualidad. De ordinario ésta se provoca por experiencias funestas en la niñez, que se ven apuntaladas por formaciones puritanas y represivas. Esta compulsión proyecta un fetiche a quien, en la práctica, se le considera como un obsesivo sexual que sólo se ocupa de mi comportamiento en materia de sexo y esto para castigarlo, obviamente.

De este fetiche se ha alimentado desde las primeras herejías del encratismo, hasta lo que se vivió en la Iglesia y la vida religiosa aún entrados los años 70. Pero no fue un fenómeno únicamente a nivel eclesial: las sociedades reprimían la sexualidad y formaban en ese mismo enmarque. Mientras más dictatoriales eran los ejercicios del poder socio político, más represivos en lo sexual se manifestaron. Como indicábamos anteriormente, *no es un fenómeno que pertenezca tanto a las juventudes actuales* pero sí a los que aún controlan el poder de la Iglesia.⁵⁰

50. Los totalitarismos han estado muy ligados a las condenas, por ejemplo de la homosexualidad. Las íntimas relaciones entre sexualidad y poder quedan una vez más puestas de manifiesto. Véase M. de Foucault, *Histoire de la sexualité*, Gallimard, París, 1976-1984, citado por Carlos Domínguez,

Sin embargo, no podemos dejar de señalar que asistimos a una hipererotización de la cultura. Con lo cual se logra justamente su divinización, es decir, por otro camino se llega nuevamente al fetichismo de lo sexual.

A pesar de esto, cada vez se va dando un conocimiento mayor de la sexualidad humana, aun cuando hay mucho que se desconoce. Con todo, se le considera ciertamente desde una perspectiva de positividad. Como expresión de la vitalidad y elemento fundamental en la vida. Jesús mostró durante su vida una gran libertad en todos los tabúes sexuales; en el mismo trato con las mujeres, y con las pecadoras; en la separación de la enfermedad y la desgracia del pecado (Jn 9, 1). Si Jesús opta por una vida célibe es únicamente por la pasión por el Reino. Una cristología mejor fundada, junto con la información científica hace que vayan cayendo mitos a este respecto. Esto permite, a su vez, abrirse al Dios que nos revela Jesús que es un Dios, apasionado sí, obsesivo, si se quiere, pero por los despreciados del mundo, por los pobres y por los pecadores. No es a los justos que Él ha venido, sino para salvar a los pecadores (Mc 2, 17). Son las prostitutas las primeras en el Reino de Dios (Mt 21, 31). Más aún, Jesús proviene, tal y como lo trae Mateo, de linajes en donde ha habido prostitutas (Mt 1, 1-17). El mundo en que se da la revelación es un mundo oriental, judío, donde la sexualidad se vivía con lozanía y espontaneidad. Por tanto, todo en el Dios de Jesús nos abre a un Dios que precisamente utiliza lenguaje sensual y sexual para hablar de su relación especialísima con su pueblo.

en "El debate psicológico sobre la homosexualidad", en *La homosexualidad un debate abierto*, Javier Gafo, Ed. Desclée De Brouwer (Serendipity, nº 16), Bilbao.

CONCLUSIÓN

Un Dios no hecho a nuestra medida sino que nos sobrepasa infinitamente

La relación con el Dios que Jesús nos ha enseñado es confiada, es sencilla. Se mueve siempre entre la alternancia de ausencia- presencia, palabra- silencio, luz- oscuridad, tierra fértil- desierto⁵¹. Es un Dios que presenta todas las vetas de la alegre misericordia, de la incondicionalidad, del amor puramente gratuito, del compromiso histórico, es un Dios de la experiencia, es el Dios de la libertad y de la confianza, es el Dios que nos hace asumir la muerte para darnos la vida, es el Dios que se hace el más pequeño y con predilección a los débiles, es el Dios de la esperanza, es el Dios apasionado por los pecadores y por los pobres. Esto nos sobrepasa porque hay que trascender las compulsividades para llegar a abrirse así, *pero sobre todo nos sobrepasa porque su medida es infinita*: sólo se alcanza a ver parcialmente. Nos sobrepasa, en definitiva, porque es la combinación de todo al mismo tiempo en armonía perfecta. Pero Dios está siempre allí como el "horizonte de toda experiencia" (Rahner). La imagen del horizonte es elocuente porque nunca vemos directamente el horizonte, sino que vemos todo sirviéndonos de él como contraste. "No podemos ver a Dios directamente, pero Dios es el telón de fondo ante el que vemos todo lo demás y de este modo Dios se halla siempre en el límite de nuestra conciencia".⁵²

El estado de los descubrimientos siderales nos ha posibilitado abrir nuestra experiencia con un Dios a quien lo palpamos necesariamente como *alguien que trasciende todos nuestros esquemas mentales*. Estamos en una encrucijada que facilita

51. Domínguez, Carlos, *El deseo y sus ambigüedades* op. cit. p. 614

52. Hart, Thomas, *El manantial escondido*, Ed. Desclée De Brouwer (Serendipity), Bilbao, 1997, p. 19.

esta captación, como también pone dudas a la fe en ese Dios. Nos damos cuenta los años luz que nos separan de planetas que vemos. Se nos habla del inmenso número de otros sistemas planetarios todavía por conocer. Esto hace que la misma fe se extremezca. Todavía más, como bien dice el astrónomo jesuita Christofer Moss, si se encontrasen vivientes en otros planetas, "aunque en realidad cualquier acercamiento con extraterrestres con supuesta inteligencia, no tiene todavía sustancia en nuestro presente estado de ignorancia".⁵³ Pero eso sólo nos haría conocer mejor a Dios en su bondad y amor expandible, y sería otro golpe certero al narcisismo humano de presentarse como el centro de la creación.⁵⁴ Lo que sí queda en evidencia es que a pesar de que la tierra es tan pequeña en medio del universo, por lo menos hay vida y como si Él se hubiese complacido en mostrárnosla de una manera muy evidente: en la sonrisa de un niño, en la belleza de una mujer; pero sobre todo, en la capacidad de bondad y grandeza humana con las que nos refrescamos en nuestra vida, llena así mismo de sequedades y desencantos.

Pero su trascendencia, su ser diferente a nuestras expectativas y a nuestras ideas religiosas, la muestra respecto al culto vacío. Nuestro Dios rechaza el culto descomprometido, es un Dios que nos ha dejado como mejor alabanza la honestidad y nuestro compromiso como humanos. Es un Dios al que Jesús nos enseña a decirle "hágase tu voluntad" (Mt 6, 10), es decir, a comprender que Él sigue siendo el Misterio siempre. Es un Dios que no lo manipulamos y no se vuelve un proveedor

53. Christopher Moss S. J., "Can we believe in Aliens?", en *The Tablet*, Londres, 12 Julio 1997, p. 893.

54. Es interesante cómo el siglo pasado, con el modernismo y el positivismo levantó la figura humana hasta lo más alto. Los comentarios de la ciencia obligan a colocarlo en una larga cadena de sucesos en la evolución. Todavía en el Concilio Vaticano II se pondera al hombre como centro de la creación. Ciertamente sólo de una manera muy limitada y analógica.

práctico: nos da justo el pan de cada día (Mt 6, 11). Es al Dios a quien, con Jesús y como Él, le habremos dicho alguna vez en la vida: ¿Por qué me has abandonado? (Mc 15, 34). *Es un Dios a quien en el discernimiento sólo lo intuimos*, al que tenemos todo el tiempo que pedirle la confirmación suya para saber si vamos acertando a tientas su camino. Como Ignacio de Loyola que *no se adelantaba al Espíritu sino lo seguía "sabiamente ignorante" dejándose llevar a donde no sabía*⁵⁵.

Es un Dios, sobre todo, que no quiere que usemos en vano su nombre. Esto lo hace muy en serio. Ha dejado un mandamiento sobre ello. El episodio del sacrificio de Abraham es sumamente revelador de cómo en nombre de Dios se podrían llevar a cabo acciones que matan a los hombres. Como bien dice Ouaknin desde ese episodio se han prohibido las utilizaciones del nombre de Dios sobre todo en lo que hiera al hermano:

"La lección de este texto no tiene equívoco, según mi punto de vista. Es una verdadera puesta en escena, teatral, dramática, para decir que a partir de Abraham no será nunca posible que a nombre de Dios, de un valor superior, o del Bien, se crea alguien autorizado a poner la mano sobre otro hombre. Lo que es revolucionario en este pasaje, es precisamente que el sacrificio no se realiza. Si se comprende bien este mensaje, eso quiere decir: jamás la violencia entre los hombres por causa de Dios. Los diez mandamientos, o las diez palabras no hacen sino poner en claro esto, en sus diversos aspectos".⁵⁶

Y es que se debe aprender que los creyentes son capaces de hacer gestos mortíferos en el nombre de Dios, como todas las historias de los pueblos lo han demostrado, aun los mismos ju-

55. Así definió el P. Nadal, uno de los primeros jesuitas, al modo espiritual de Ignacio de Loyola. Cfr. Diálogos. N. 17 FN II, p. 252

56. Ouaknin, Marc Alain, "Le Dieu des juifs", en *La plus belle histoire de Dieu*, p. 97.

díos y los cristianos. Pero estos son gestos idólatras. Después del no-sacrificio de Isaac, sabemos definitivamente que no está permitido jamás cometer una violencia de cara a otra persona —aquí el propio hijo de Abraham— en nombre de un sistema de valores, aunque fuesen proclamados como superiores.⁵⁷

El brindar esta imagen de Dios se convierte en sí mismo en una buena noticia: ¡La buena noticia! Este Dios sale del recinto sagrado donde se le había encerrado en las diversas espiritualidades falsas. No está ya más confiado a ciertos lugares (la montaña, el templo), no se pone uno en relación con Él por los sacrificios o por la obediencia a sus leyes: "Dios nos libera del peso de la religión y de lo sagrado, con todos los terrores que están ligados a ella y todas las servidumbres que en ello se desarrollan"⁵⁸. En definitiva se va a comprender a Dios en toda su profundidad aun trinitaria. Un Dios que está por nosotros, al punto de venir a existir con nosotros, en uno de nosotros para habitar finalmente en nosotros. Ése es el Dios trinitario: Padre, Hijo y Espíritu. ¡El misterio trinitario, por profundo y caluroso que se nos presente, es un misterio que no se puede abarcar!

La trascendencia del Dios que experimentó Jesús en la Cruz

Pero Dios muestra su trascendencia no sólo en que es mayor que nosotros, que es mayor que lo que podemos desear, que es mayor en la misericordia y en la gratuidad. Muchas veces nos topamos con el mal —en sus diversas formas— que nos hacen plantear la pregunta de por qué nos pasa "esto". En muchas ocasiones la formulación de una queja profunda se la dirigimos a Dios. Allí, sin embargo, *no vemos evidentemente ni la*

57. *Ibíd.*; p. 100.

58. Mointgt, Joseph, "Le Dieu des chrétiens", en *La plus belle histoire de Dieu*, op. cit.; p. 120.

misericordia, ni la gratuidad, ni la incondicionalidad, ni el compromiso de Dios con la historia ni con nuestros procesos. Lo que percibimos es su silencio aterrador. ¿Pero es esto también experiencia del Dios de Jesús? ¡Más aún!, fue la experiencia última típica e indiscutible de Jesús en la cruz. De manera que el Dios del silencio, el Dios incomprensible es también el Dios que vivió y experimentó Jesús, aunque en Él pudo también confiarse, abandonarse, morir (Lc 23, 43. 46).

Si su "Abba" no libró a Jesús del dolor y del sufrimiento, *el Dios al que nos lleva Jesús no es uno que nos libra de la experiencia del mal y de las preguntas terribles que sobre él nos hacemos.* Ya Kant había formulado que existiendo el mal, o Dios no era bueno o, entonces, dejaba de ser todopoderoso. La existencia del mal se nos impone ante los ojos. Toda la historia nos habla de ello. Está, por otra parte claro, que el mal es más grande que la injusticia, porque donde encontramos injusticia humana es fácil comprender las causalidades y luchar contra ellas. El mal, con todo, es más grande que la injusticia. Allí está el problema. Está el sufrimiento de los inocentes, están las muertes de los niños, está la enfermedad, está en el desequilibrio del mundo. Lo que vivimos no es ciertamente –contradiendo a Leibnitz– el mejor de los mundos posibles.

Si quisiéramos hablar del mal tenemos que darnos cuenta que abarca muchas cosas, que es algo complejo: el mal moral, es decir el pecado; el mal físico, es decir el sufrimiento y por último el más grave de todos, el mal metafísico: la finitud, la muerte. Pero, con todo, es el mal físico –el sufrimiento– el más escandaloso de todos: ¿por qué el sufrimiento? ¿Por qué tengo que sufrir yo, en definitiva? Más aún, este sufrimiento que no hace ninguna diferencia entre el culpable y el inocente. Este sufrimiento, en realidad, es el que somete a nuestro Dios a un "proceso legal" insoslayable. Y es aquí donde podemos *toparnos con su trascendencia pero de una manera chocante incomprensible, escandalosa.* El Dios al que Jesús nos conduce produ-

ce este escándalo en sus fieles. Habiéndolo experimentado Jesús, no es extraño que el movimiento del Espíritu nos aboque a esta experiencia de Dios.

La experiencia del mal en el mundo nos lanza a experimentar la trascendencia de Dios, nos lanza de manera profunda a la experiencia misma que vivió Jesús. Ahora bien, a ese Dios del misterio, a ese Dios que se queda callado frente al mal, frente al sufrimiento, frente a la muerte, sólo podemos acceder ayudados por el ejemplo de los hombres de fe, de los grandes creyentes-sufrientes.

Dos figuras de la fe nos ofrecen planteamientos profundos y reveladores de cómo relacionarnos con el Dios trascendente en relación al mal: Job y Jesús. Fue precisamente leyendo a Job que Kant sistematizó las tres famosas querellas contra Dios. Contemplando a Job no encontraba lógica ni al mal moral, que desmiente la santidad de Dios, ni al mal físico que niega su bondad, y menos aún al mal metafísico, que desmiente su justicia. Como bien dice Neusch,⁵⁹ Job llama a Dios a juicio fundamental. Pero Dios, a su vez, lo somete a un contra-proceso. Dios ubica a Job en la modestia dándole una lección: le hace ver cómo el mundo tal y como lo ha hecho no es absurdo, a pesar del mal. "Sólo Dios conoce el secreto de cada cosa incluido el mal", nos dice el autor. Le demuestra que el hombre no está a la altura Suya para comprender la razón de ser de lo que Él ha creado: ¿dónde estabas tú cuando hacía yo el mundo? (Jb 38, 4). Pero Job, finalmente, comprende que el silencio de Dios no es sinónimo de indiferencia. Dios está cerca de todo hombre que sufre aunque Él no le revele sus intenciones. **Dios sale a la defensa de Job.** Aquí es donde el rostro del Dios, que nos revelará Jesús, se muestra en una de sus características límpidas: se compromete con el débil y el herido.

59. Neusch, Marcel, *Le Mal*, Ed. Centurion, París, 1990; p. 26.

"La confianza se hace posible a partir del momento en que Dios ha manifestado claramente dónde está su elección. Si el sufrimiento permanece siendo un misterio cegador cuyo secreto continúa perdiéndonos en la trascendencia de Dios, no es ya una experiencia desesperante, a partir del momento en que Dios ha revelado su elección a favor del hombre que sufre".⁶⁰

Sin embargo, es la persona de Jesús quien nos enseña a enfrentar el Mal y a relacionarnos con esa parte de la transcendencia de Dios difícil e incomprensible. Primeramente Jesús no entra en la discusión sobre el origen del mal. *Rechaza las inconsistencias de las interpretaciones anteriores.* El ejemplo clásico de esto es el ciego de nacimiento (Jn 9, 1-38). Ahora bien, frente al mal, Jesús *se engarza en una lucha imparabile y a fondo contra toda forma de mal:* su fuerza la manifiesta curando enfermos, combatiendo aun lo desconocido (los demonios) y luchando contra la muerte misma. Sin embargo, *frente al propio dolor que él mismo tiene que sobrellevar, presenta dos etapas muy distintas.* En un primer momento, *lucha cuanto puede contra sus perseguidores;* se escapa cuando percibe amenaza, como en la sinagoga de Nazaret, como en la Fiesta de las Tiendas (Jn 7). Pero una vez visualizada la imposibilidad de escapar de esa muerte, *cambia su actitud.* En primer lugar sufre tremendamente (con gotas de sangre, pidiendo que se le quite ese sufrimiento) y tiene miedo. En seguida, reacciona lanzando el *grito de desesperación frente al abandono del Padre* (Mc 15, 34). Por último –y esto es lo definitivo–, reacciona entregando su vida en los brazos del Padre, *abierto únicamente a la esperanza* (Lc 23, 46).

Desde Job y desde Jesús el mal no puede únicamente provocar un sentimiento de ausencia de Dios, sino también, a pesar de ese mal, se puede encontrar una fe renovada en Dios.

60. *Ibíd.*; p. 28.

Eso sí, Dios no nos envía el sufrimiento y el dolor, sino que actúa en ellos por nuestro bien. Es el Dios de la esperanza que precisamente surge donde no hay fe ni se experimenta el cariño de Dios. El ejemplo de tantos enfermos terminales, el ejemplo del pueblo tan reprimido y masacrado y con todo, con tanto ánimo –de ambos tenemos instancias en todas partes del mundo– son un testimonio de esta esperanza desconcertante, que puede darse ahora gracias al efecto de Jesús en la historia.

Cristo ha vencido el sufrimiento y la muerte física sin sustraerse del escándalo. Le ha cambiado, no obstante, su sentido a ambas realidades. De este modo nos enseña a vivirlas de otra manera. La capacidad de creer y de esperar está en todas las personas aunque de forma aletargada, muchas veces. Pero precisamente se pueden despertar en un momento dado, a partir del golpe del mal experimentado. Para los que creemos, el sufrimiento y la muerte dejan de ser un obstáculo para la fe y se convierten en un camino que nos abre a la esperanza. Aunque la esperanza no borra el escándalo, lo afronta con otra perspectiva ya que el escándalo cesa de ser una obsesión para convertirse en una manera misteriosa de toparse con Dios, abriéndose a acogerse entre sus brazos.

Job y Jesús son a la vez testigos del hombre sufriente y de un Dios silencioso muchas veces, pero son un camino para enseñarnos que aunque el amor y el mal están irreconciliados para siempre, jamás el mal desarma el amor.⁶¹

Será finalmente este Dios quien hará justicia a los impunemente masacrados en la historia. "La victoria de los vencidos, es evidentemente una esperanza y no una certeza racional. Un Dios justo debe realizarla"⁶². Allí es donde lo misterioso de Dios que nos impele a amarlo sobre todo y a creer en Él aun cuando no lo comprendamos, nos lanza a la esperanza contra la misma esperanza.

61. *Ibíd.*; p. 127.

62. *Ibíd.*; p. 166.

*El discernimiento no es por tanto un método que nos facilita las cosas*⁶³. Más aún, *las complica*, haciéndonos caer en la cuenta de todas las implicaciones que provoca el seguimiento de Jesús. El Espíritu del Señor nos lleva siempre a su Reino, ese banquete con esa mesa bien puesta y al Dios que nos reveló Jesús, a quien le dijo ¡Padre! pero también a quien le gritó desesperado. Nuestra existencia y la del Reino navega entre los escollos de las dificultades y del mal pero con el faro de *una esperanza que es más grande que la fe*, que muchas veces no tiene capacidad de creer más. *Mayor que el cariño*, porque a veces el corazón ya está exhausto. *La esperanza emerge desde nuestras entrañas* que nos llevan a actuar aunque no sepamos cómo, movidos sin saber tal vez por cuál fuerza, pero con el interés de que venga *su Reino para todos los que se dice son sus privilegiados*.

Por eso, ante lo discernido sólo nos cabe demandar con mucha asiduidad la confirmación de parte de Dios, a ejemplo de Ignacio quien en su Diario Espiritual nos legó un sinnúmero de momentos en que pedía con insistencia "confírmame".⁶⁴ Sin olvidar que es la confirmación histórica, es decir, el que lo discernido, una vez puesto en práctica, acelere el Reino, lo que en definitiva muestra que ha sido ésta la voluntad de Dios. Sabiendo, de antemano, que a veces se lo va construyendo desde los fracasos y las derrotas, como bien ha dicho González Faus:

"El Reino se construye no tanto con nuestros proyectos, sino con vernos desposeídos de nuestros proyectos por el mal de este mundo".

63. Recuérdese que en este artículo no se ha querido tocar todos los puntos del discernimiento. Se ha dejado de lado, por ejemplo, todo lo que implica la libertad para seguir o no las mociones de Dios. No se toca, tampoco, el papel del cotejamiento espiritual.

64. Loyola, Ignacio, "Diario Espiritual", en *Obras Completas*, BAC, Madrid. n.ºs. 46 y 48.

GUÍA DE REFERENCIA PARA LA PRÁCTICA DEL DISCERNIMIENTO*

1. EL DISCERNIMIENTO: LAS FUERZAS EN JUEGO Y SU EXPRESIÓN

Lo primero que salta a la vista es que el discernimiento me descubre el papel del buen espíritu, el comportamiento del mal espíritu y mi propia actuación libre. Los espíritus (el bueno y el malo) se expresan en fuerzas o impulsos, por una parte, y en expresiones o vehículos, por otra. Estos impulsos los denominamos mociones (buen espíritu) y tretas (mal espíritu), mientras que a los estados espirituales o expresiones los conocemos como consolaciones y desolaciones.

1.1 Definiciones

(A) LAS FUERZAS ESPIRITUALES

Los impulsos que brotan del buen espíritu los denominamos "mociones" y con ello significamos todo lo que lleva hacia el Señor y su Reino, en general. Por el contrario, denominamos "treta" todo aquello que nos orienta en sentido opuesto: apartarnos de Dios y de su reinado.

* Este capítulo hace parte de los apéndices del libro *Puestos con el Hijo*. Instituto Centroamericano de Espiritualidad, 1995. Se encontrará en éste, algunos aspectos que también están en otros capítulos del libro. Lo hemos hecho intencionalmente, pues queremos que éste sea una guía práctica para la consulta y el ejercicio del discernimiento.

B) LOS VEHÍCULOS DE ESAS FUERZAS

Esos impulsos se vehicular o se expresan en dos estados básicos: la consolación y la desolación (luego también se puede incluir el tiempo tranquilo). En sí no son ni moción ni treta, pueden servir a ambas.

La consolación. Cuando se experimentan movimientos internos por los cuales uno se siente lleno de amor al Señor, cuando se tienen deseos fuertes y lágrimas por las cosas de Dios u ordenadas a la construcción de su reinado. Todo aumento de fe, esperanza y amor es consolación; lo mismo que toda alegría interna (EE 316).

La desolación. Todo lo contrario a lo anterior: oscuridad, turbación, inclinación a las cosas del espíritu de este mundo, inquietud, desconfianza y pérdida de esperanza; sensación de tibia y tristeza; sentimientos de estar como separados de Dios (EE 317).

1.2 la interrelación entre ambos factores

La experiencia da que las fuerzas en juego (mociones y tretas) pueden expresarse bien sea por consolaciones o por desolaciones, ya que éstas últimas simplemente vehicular los impulsos espirituales. Se da un traslape de ambos factores pero no una identificación.

Agentes	Impulsos		Vehículos	Derrotero
BE	Moción	⇒	Consolación	Reino de Dios
		↘	(F. Consolación)	
ME	Treta	⇒	Desolación	No-Reino de Dios
		↗	(Prueba)	

1.3 La regla básica del discernimiento

Aunque después las reglas para discernir se complejicen más, tenemos desde ya que, dada la naturaleza de las fuerzas en juego y los vehículos empleados, todo discernimiento se puede reducir a saber dar razón a esta doble pregunta:

- (a) ¿Qué experimento? Clave: consolación-desolación
- (b) ¿A dónde me lleva? Clave: moción-treta

Los signos más claros de que algo proviene de Dios, los derroteros más evidentemente suyos, son las actitudes que dimanen de la escena del Juicio de las Naciones (Mt 25, 31 ss) junto con el hecho de tener un corazón tan misericordioso como el del Padre (Lc 6, 36). No podemos olvidar, por tanto, que este derrotero de obrar la justicia en referencia al empujido, al marginado, al menesteroso, lo tenemos que hacer con un corazón henchido de misericordia. Ahora bien, esta moción sólo será verdaderamente de Dios, *si también nosotros mismos, nuestra propia persona es conjuntamente término de esa moción*, es decir, si nos hacemos justicia a nosotros mismos, y sobre todo si nos hemos aprendido a querer y acoger con la ternura con la que el Padre nos abraza y nos lanza hacia los necesitados. Una consecuencia lógica de todo esto es que se genere la dinámica pascual: la muerte que lleve a la vida. Esto no implica pérdida de paz, más aún, las cosas cuando son de Dios, tienen un toque paradójico de *suavidad*.

2. LOS ESTADOS ESPIRITUALES

En la vida del espíritu es muy importante saber distinguir claramente lo que es un *estado espiritual* de un estado fisiológico (dolor, por ejemplo) o psíquico (depresión, ansiedad, etc). Con mucha facilidad podríamos llamar *desolación* a algo que no es sino una simple depresión que todavía no tiene nada que ver con una óptica espiritual.

Así también pudiera ser fácil denominar *consolación* a algo que puede ser un bienestar personal o fruto de una euforia.

Un *estado espiritual* es aquella sensación, aquel talante, (positivo o negativo) que recibe una interpretación de ese fenómeno en clave de los espíritus, buen y mal espíritu y que me lleva, en el caso de la moción, a realizar las *Buenas obras* (realización de la justicia según Dios) a la manera del Padre (misericordia).

Ahora bien, ese talante (mood) puede configurarse de dos vertientes: una, la propiamente personal, que viene provocada de fenómenos fisiológicos y/o psíquicos; la otra, la que deriva de acontecimientos biográficos e históricos, positivos o negativos, que influyen en la persona y provocan ciertos sentimientos y ánimos.

Nuestras vivencias interiores, aunque complejas, se manifiestan como un conjunto integrado, que a primera vista, se presenta como algo difícil de desentrañar. Sin embargo, para poder hablar en verdad de discreción de espíritus es capital poder distinguir los estados fisiológicos de los psicológicos y ver cuándo ambos pueden ser retomados desde el estado espiritual propiamente dicho. Muchas veces es el estado psicológico el que influye en el campo de las vivencias fisiológicas. Otras veces se da un fenómeno fisiológico, que recibe una lectura desde la propia psicología y de ahí se da una interpretación espiritual. Esto depende de cada experiencia concreta.

Por tanto, para poder saber qué nos está pasando, tomaremos como camino práctico el proceso que se sigue para separar las causalidades entre la relación de la psicología en el cuerpo. En primer lugar, lo que se necesita es un conocimiento básico de cómo es mi modo de ser (cuáles son en general mis mecanismos de defensa, cuáles mis temores básicos, mis heridas). Unido a esto la regla más sana es agotar la razón de ser de cada fenómeno en la dimensión en que se presenta. Es decir, si las sensaciones corporales que experimento en un

momento dado pueden explicarse únicamente a causa del cuerpo o más bien pueden ser ya efecto de la psicología.

En el caso del estado espiritual habría, por tanto, que agotar en primer lugar, las explicaciones anteriores (fisiológicas y psicológicas) y ver si lo que se experimenta no puede ser simplemente efecto de las dimensiones corporales o psicológicas.

Tenemos, sin embargo, otros criterio para discernir. Según Ignacio la *consolación sin causa precedente* siempre es claramente de Dios. Entendemos aquí por *consolación sin causa* toda aquella experiencia que supera lo que ordinariamente podría sentir o pensar, por una parte, o que va en contra de mi habitual modo de comportarme. Obviamente que esta experiencia tiene que llevar siempre a lo de Dios y su causa. El modelo de la *consolación sin causa precedente* es la moción espiritual por excelencia y es clave para dirimir cuándo algo es claramente de Dios y no fruto de mi cuerpo o psicología.

Otro signo de que una experiencia interna está ya en el *estado espiritual* es si su derrotero es la dinámica típica evangélica a la que se ha aludido antes: solidaridad con los enfermos pecadores y necesitados (sin excluirme a mí mismo, a mi parte pobre vulnerada, a mi sombra), con el corazón lleno de misericordia y compasión. Un signo muy evidente de esto que denominamos *dinámica evangélica* es el componente de persecución, malentendido y cruz que de ordinario conlleva. Esto nos coloca de lleno en la dimensión de las Bienaventuranzas.

En el hombre o mujer *con espíritu* puede irse dando un fenómeno muy evidente: una facilidad para ir integrando, reinterpretando, constantemente todo lo que acontece desde la mirada de Dios. De manera que habría como una *facilidad* para que todo lo que se viva como *moción* hacia Dios y su causa; sería el buscar en todas cosas a Dios nuestro Señor (Constituciones 288). En ese sentido se estaría ya trascendiendo lo puramente humano hacia la condición nueva de hijas e hijos de Dios.

Esta connaturalidad para leer todas las cosas desde Dios, y encontrarlo en todas las cosas, sería la condición típica de lo que tradicionalmente se denominó la *gracia habitual*, mientras las mociones de las que hemos hecho alusión –por esencia invitaciones momentáneas y esporádicas– vendrían a encuadrarse en la categoría de *gracia actual*.

Esto cuando se habla del buen espíritu y de las mociones. Respecto a las tretas diríamos que ya que se comportan siempre *contrario modo*, la manera para establecer cuándo algo es una treta y no simplemente un mecanismo de defensa o una reacción desproporcionada, es ver si se da una interpretación que atenta contra la manera en que Dios suele actuar: fomentando –más allá de mi modo ordinario– impedimento o acciones que rompen la solidaridad con los más necesitados y cierran el corazón a la misericordia y ternura.

3. LAS ÉPOCAS ESPIRITUALES Y EL PROCESO PERSONAL

3.1. *Las épocas espirituales*

Ignacio habla de *semanas* para designar dos cosas: (1) la manera como ataca el mal espíritu (descarada en la primera semana, encubierto en la segunda semana) y (2) el nivel en el proceso espiritual de una persona: los que van *de pecado en pecado mortal* y los que van intensamente purgando y de *bien en mejor subiendo* (EE 315).

Esto nos indica que aunque, básicamente, el criterio para hablar de épocas espirituales es la acción del mal espíritu, hay que tener también en cuenta el nivel en el proceso por donde es conducida una persona. Esto último está orientado para ver sobre todo la acción del buen espíritu.

Así, por ejemplo, al comienzo el buen espíritu sólo se presenta en forma de consolación, poco a poco se empieza a dejar sentir también en prueba y desolación (EE 320).

3.2. El papel de la consigna

Para poder tener en verdad una experiencia de discernimiento se precisa haber tenido una profunda experiencia de fe y especialmente del papel de los espíritus. Esto se suele dar en un mes de Ejercicios o en un retiro de diez días, llevado a cabo en serio.

Sólo en ese contexto se puede desentrañar con claridad la convergencia de los impulsos por donde el Señor nos quiere llevar y las mociones que van apuntando hacia una que hegemoniza a todas las otras. La vivencia de la formulación en palabras de esa moción hegemónica que actúa eficazmente en la vida es lo que denominamos *consigna*.

La consigna se convierte así en un gran criterio para discernir, porque es tener siempre en cuenta la línea por donde el Señor ya nos lleva a cada uno, y engloba por principio los cuatro requisitos de toda moción: (Mt 25, 31 ss; Lc 6, 36; Lc 9, 23); incluyéndome a mí mismo como destinatario de la gracia de esa moción (Mt 19, 19).

4. EL DISCERNIMIENTO DE LA CONSOLACIÓN

En la vida se dan fenómenos consolatorios que pueden tener como fuente originante una situación personal y la acción del buen o del mal espíritu. ¿Cómo poder, entonces, hacer una discreción de esos fenómenos espirituales?

4.1. La discreción de la consolación

Lo más eficaz para discernir una consolación es poder verificar su derrotero: a dónde me lleva esa consolación. Si me acerca a las cosas de Dios, si me aproxima a lo que denominamos consigna (moción hegemónica efectivamente experimentada en mi proceso espiritual); ello es signo claro que la consolación viene de Dios.

Sin embargo, considerando únicamente lo que experimento podemos deducir si esa consolación viene de Dios, o es algo provocado por el mal espíritu. Veamos cómo.

4.2. La falsa consolación

Una consolación es falsa cuando teniendo características consoladoras, se da, con todo, una especie de *obnubilación*; hay un *encandilamiento* que atrae, pero que también confunde.

Una consolación es falsa cuando se engasta en mecanismos de defensa, ideales exagerados y/o en fervores indiscretos. Por esto es muy conveniente que cada uno conozca el elenco de fervores indiscretos y de ideales exagerados que le son recurrentes, así como en sus mecanismos de defensa (Epp., 495-510).

LAS CARACTERÍSTICAS DE UN IDEAL EXAGERADO

- * Siempre se aprovecha de una cualidad personal. Se disfraza de lo mejor que uno tiene, lo que más me identifica: sub *angelo lucis*.
- * Entonces, se extralimitan las fuerzas. Hay un tono de idealismo. No es fácil implementar lo propuesto.
- * Por atender al *discurso* pierdo el tiempo presente en aras del futuro. Se desaprovecha el compromiso actual por el venidero. Se acelera demasiado, se tiende a quebrarse psicológicamente.
- * Se suele dar la tendencia –velada– para convertirse en juez y criterio de verdad respecto de los demás.
- * El punto final es el endiosamiento, la soberbia que aparta radicalmente del plan de Dios y de su Reino.
- * Un efecto sociológico: este ideal o fervor, tiende a vacunar a los demás. En vez de provocar deseo de imitación genera rechazo a la línea propuesta

LAS CARACTERÍSTICAS DEL FERVOR INDISCRETO

El fervor indiscreto tiene mucho en común con el ideal exagerado, pero tiene también algunas diferencias:

- * No se expresa en un *discurso*, sino que se apoya en algo sensible.
- * Toma en cuenta algo positivo de nuestra sensibilidad; actitudes que son buenas en sí, quizás las mejores.
- * Fomenta acciones y actividades bien concretas.
- * Estas acciones tienen la característica de ser exabruptas o provocadas por *arrebatos*.
- * No me convierte en *juez* de los demás, pero genera la sensación de que nadie puede ser *mi juez*, que lo que yo hago es inusitado y nadie podría comprenderlo... No lo cotejo con nadie.
- * Hay en todo el *fervor indiscreto* un talante de envalentamiento, supongo que tengo más fuerza para realizar lo que me enfervoriza, o que cuento con mucha gracia de Dios. Pero ambas cosas no las discierno, simplemente las doy por supuestas.
- * En lugar de servir a los demás, de enfervorizarlos, la resultante es que yo me consumo, me quemó y ahí acaba todo.
- * En ambientes comunitarios, lleva a bloquear la cualidad, a neutralizar las cualidades de los demás, en el mejor de los casos, si es que no se genera un infierno.

4.3. La consolación verdadera

- * Se dan todas las características del fenómeno consolador, pero crece la solidaridad, el interés por el Reino de Dios.
- * Sobre todo, se da una honda paz.
- * Fermento del crecimiento espiritual.
- * Signo indiscutible de la presencia del Señor

4.4. ¿Qué hacer ante la consolación?

LA CONSOLACIÓN DE DIOS

Ante la consolación del Señor, lo que toca es procurar agradecerla, y pedir que se interiorice en nosotros el impulso que conlleva. Durante la consolación debemos renovar los deseos fundamentales, y recordar el *amor primero*.

LA FALSA CONSOLACIÓN

Una vez detectada, tomar los pasos pertinentes a vencer una treta de segunda época (ver apartado 6), es decir:

- * Una vez descubierta la presencia del mal espíritu, cotejarlo con el director.
- * No dialogar nunca con ese *discurso* o *fervor* sin un testigo autorizado.
- * No hacer mundanza de los propósitos anteriores.
- * Hacer el opositum.

5. EL DISCERNIMIENTO DE LA DESOLACIÓN

Como ya señalábamos, en la vida espiritual se dan situaciones que presentan las adjetivaciones de la desolación, y que tienen diversos orígenes, la situación personal, la acción del buen espíritu y el papel del mal espíritu.

La manera más sencilla para discernir el origen de una desolación es detectando su derrotero. Si me lleva a las cosas que van contra el reinado de Dios y su implantación, si me lleva a generar en mí la soberbia, señal que es del mal espíritu; si, por el contrario, una desolación me hace pedir con mas insistencia, o me llama a la conversión y a la solidaridad con los pobres, es claramente signo de la acción de Dios en mí. Pero examinando detenidamente lo que experimento, se puede llegar a hacer la discreción de la desolación por sí misma.

5.1. La discreción de las desolaciones

Para evitar malos entendidos, denominamos *prueba* a la desolación que proviene del Señor. Tanto la desolación como la *prueba* pueden presentar los rasgos de oscuridad, turbación, inquietud, desconfianza, sensación de abandono y tristeza (EE 317).

Desolación	Prueba
Características de desolación	Características de desolación
Quita la paz de raíz	En el fondo hay paz
Menosprecio personal y de los demás	
Sin fuerzas naturales	Con Fuerzas naturales y gracia suficiente
Separa de la consigna	Acerca a la consigna

Una desolación es simplemente un "estado psicológico" —depresión, por ejemplo—, cuando no se da una lectura interpretativa de esa situación en clave espiritual.

5.2. ¿Por qué nos prueba Dios?*

Ignacio (EE 322) da varias razones por las cuales el Señor nos hace experimentar la prueba:

- * Por ser negligentes o tibios en la vida del espíritu.
- * Para probarnos para cuánto somos sin tanto consuelo espiritual.
- * Para que comprendamos que todo es gracia, y lo recibido es un regalo.

* Véase cap. 4 Segunda parte. Conclusión, para complejizar más este apartado

Además –añadimos–, la prueba nos permite la participación solidaria con el dolor de los que sufren y de los empobrecidos en donde está Jesús. La prueba es el contexto histórico de nuestras heridas y fragilidades con el dolor del mundo.

En todo el proceso es muy importante desentrañar el modo de la prueba porque nos puede indicar qué cosas quiere el Señor que corrija. El medio que utiliza es el mensaje que quiere transmitirme.

5.3. *¿Qué hacer frente a la desolación?*

CUANDO ES UNA PRUEBA (EN SÍ ES UNA MOCIÓN)

- * Decodificar el significado de la prueba desatando los sentimientos percibidos.
- * Reconocer, desde el principio, que por nosotros mismos no somos nada en la vida del espíritu.
- * Que todo es don; también la prueba.
- * Alargarnos en generosidad y en humildad.
- * Agradecerle por llevarnos así, por dejarnos participar en su dolor y en el dolor del pueblo.
- * Comenzar a caminar por donde nos indica su *mensaje*.

CUANDO PROVIENE DEL MAL ESPÍRITU (EN SÍ ES UNA TRETA)

- * No hacer mudanza de los propósitos anteriores.
- * Por el contrario, mudarse contra la desolación.
- * Descubrirlo al director.
- * Tener paciencia.
- * Confianza en el Señor que va venciendo al mundo y al mal (Jn 16, 33).
- * Emplear la *táctica defensiva oriental*: aprovechar la ocasión del ataque del enemigo no deteniéndolo, sino haciendo que caiga por su propia dinámica integrando lo positivo que entraña.

6. EL ESTUDIO DE LAS TRETAS: LA ACCIÓN DEL MAL ESPÍRITU

Comportamiento	Primera época	Segunda época
Expresión:	1. Sentimientos (315) 2. Razones	1. Razones aparentes (329) 2. Sentimientos, actitudes
Engaste:	Heridas (327) Instintos exacerbados	Fervores (332) Ideales exagerados, compulsiones, mecanismos de defensa, compensaciones
Prevalencia:	Desolación (315)	Falsa consolación
Estrategia:	Derrumbar (317)	Minar a largo plazo (332)
Táctica:	Complicidad (326)	Camuflaje (329)
Tentación:	Lo malo evidente (317)	Lo bueno en sí, malo para mí (332)
Signos:	Perceptibles (317)	Encubiertos: <i>sub angelo lucis</i> (332)
Efectos:	Malestar, desaliento, (317), tristeza, desesperación	Arrebatos, obnubilación, encandilamiento
Talante:	Cobarde, se crece en la caída (325)	Taimado, desgasta poco a poco (333)
Se le vence:	<ul style="list-style-type: none"> - Desmontando la treta - No hacer mudanza (318) - Haciendo <i>oppositum</i> (319) - Descubriéndolo (326) - Teniendo paciencia - Defensa <i>oriental</i> 	Detectarlo: <ol style="list-style-type: none"> 1. Descubriendo menguas en interés, en sentido de la consigna (333) 2. Verificar cómo las falsas razones cambian actitudes típicas de la consigna 3. Estudiando trayectoria del discurso (334) Atacarlo: <ol style="list-style-type: none"> 4. Cotejarlo con el director 5. No dialogar nunca sin testigo. 6. Una vez descubierta, se puede emplear el contrata que de la primera época.

7. EL PROCESO DE DISCERNIMIENTO: VISIÓN SINÓPTICA

EXPERIENCIA ¿Qué me pasa? ¿Qué experimento?	OCASIÓN ¿Cuándo? ¿En qué circunstancias?	VINCULACIÓN PSICOLÓGICA ¿Dónde se engasta?	DERROTERO ¿A dónde me lleva?	REACCIÓN ¿Cómo respondo?	COTEJAMIENTO ¿Con quién comparto?
Hay que tener en cuenta los tres canales principales de reacción (visual, auditivo, kinestético) para ubicar bien qué me pasa.	Las cosas no vienen como aerolitos sino que se provocan. Tomar en consideración: BABILONIA: Circunstancias, cosas, relaciones sociales que me llevan al mal de manera mecánica. JERUSALEN: Circunstancias, cosas, relaciones sociales que me llevan al bien de manera mecánica. Lugar de la acción histórica, del Cristo sufriente en su gente necesitada.	Siempre tengo que tomar en cuenta mi proceso personal: Si es emoción, Dios curará mis heridas o agrandará mi pozo. Si es treta: de 1ª época, el M.E. se monta sobre mis heridas, sombras e instintos exacerbados. Si es treta de 2ª época, el M.E. usa fervores indiscretos, ideales exagerados, mecanismos de defensa, compulsiones.	Hay que saber distinguir entre los impulsos (moción-treta) y los vehículos (consolación-desolación). R-D/4 (Mesa del Reino con 4 pedestales) Cuando tengo mi consigna, ella debe ser mi criterio de discernimiento. Me lleva también a la imagen del Dios de Jesús: Misericordioso, incondicional, gratuito, del compromiso, de la experiencia del misterio, de la fidelidad, pascal, encarnada en lo débil, de la esperanza, apasionado por necesitados y pecadores. Si es trata, me aleja del Reino R-D/4 (Mesa del Reino con 4 pedestales) Me separa de la consigna y de la verdadera imagen de Dios de Jesús.	Ante las mociones o tretas, podemos responder de la misma manera que lo hacemos en la relación humana: Alianza o rechazo Si es emoción, tengo que historicarla. La pongo en practica. Si es treta, evitar que haga historia. Treta de 1ª. Hacer lo contrario, no perder la calma, denunciarla, defensa oriental. Treta de 2ª. Descubrir-la: chequeando mentugas en la consigna, y contradicciones con ella. Chequeando mecanismos de defensa, fervores indiscretos y compulsiones Una vez descubierta, se aplican las tácticas contra las tretas de 1ª época.	El cotejamiento es básico para todo proceso de discernimiento. 1. Con alguien con densidad eclesial. Alguien que represente la plataforma de convocación donde me muevo: Iglesia o grupo de afinación. 2. Cuanto más repercusión histórica tenga lo discernido se debe tener más cotejamiento. 3. Petición de confirmación en la oración. (Cfr. Diario Espiritual de Ignacio, N°46,48 et passim). 4. Confrontación personal: ¿me hizo más libre, integra pasado y presente y me abre al futuro, me hace más pueblo de Dios? 5. La confirmación histórica: si hizo o no el Reino. La confirmación se da en el correr del tiempo. Con todo, hay que tener en cuenta que: "El Reino se construye no tanto con nuestros proyectos, sino con términos desposeídos de nuestros proyectos por el mal de este mundo". (González Frías) Porque el siervo pobre de Yahve es luz de las naciones

NOTA: Es importante notar que el discernimiento no es una oración pero tiene algo de oración. No es una técnica psicológica pero tiene algo de vinculación con la psicología. Tiene también un punto moral. Pero el discernimiento es, ante todo, una evaluación del espíritu y en el espíritu. Este cuadro sinóptico es como el corazón del discernimiento.

Comentario a la visión sinóptica del proceso de discernimiento

A continuación presentamos los aspectos que deben acompañar todo discernimiento espiritual. La regla básica era enfocar ¿qué experimento? y ¿a dónde me lleva eso que experimento? Los pasos que están descritos en el diagrama ayudan a resumir todo lo expuesto, por una parte, y son camino para hacer mejor la discreción de espíritus. No siempre habrá que cubrir todos los pasos; lo que parece necesario es que se tomen en cuenta como algo constitutivo.

Es importante ofrecer de manera sucinta, una serie de afirmaciones que matizan y complementan lo dicho sobre el discernimiento, y lo ubican específicamente en el ámbito espiritual.

Si discernir es *la osadía de dejarse llevar*, si es aprender a *conocer el modo como Dios me quiere llevar*, para dejarme conducir por Él, con la seguridad de que su modo es el mejor modo, es importante tener en cuenta que...

El discernimiento no es para deducir la Voluntad de Dios y sus proyectos para mí, hoy!

Más bien, el discernimiento nos dispone a reconocer en nuestros deseos y aspiraciones, aquellos que pueden atribuirse a Dios.

Más aún, el discernimiento nos prepara a dar una respuesta personal e inédita a los llamamientos del Evangelio, del Reino de Dios.

Por tanto, el discernimiento es inventar "nuestra" respuesta —mía y de Dios—, es la creación común.

Es decir, el discernimiento verifica que el Espíritu se nos une como eJergía interior, por tanto, el discernimiento nos

1. Cfr. Rondet, Michael, "¿Tiene Dios una voluntad particular para cada uno de nosotros?: sólo el amor empalma las voluntades", en *Christus*, Francia, octubre 1989.

aclara que *no hay* una voluntad particular preestablecida para cada uno *sino una respuesta personal al deseo de Dios*.

En definitiva, el discernimiento es un diálogo creativo de dos libertades: *Cristo nos liberó para ser libres*.

Los elementos fundamentales de todo discernimiento

QUÉ EXPERIMENTO

Este apartado responde a la pregunta ¿Qué es lo que me pasa? Queda muy claro que en el proceso de discernimiento es un requisito básico el poder establecer qué es lo que en verdad me sucede. Puede haber imágenes, voces, ideas, sensaciones, deseos. Estas vivencias pueden ser positivas o negativas. Si alguien únicamente experimenta cosas negativas, como tónica general, es señal de que su estado sería crítico, a nivel psicológico. Lo más común es que se experimenten sentimientos encontrados. Allí se plasma la acción del buen y el mal espíritu. Es útil saber los canales en donde se me da primordialmente la experiencia: el canal visual, el auditivo o el sensible, porque me ayuda a establecer al ámbito por donde se me comunica el Señor.

Si lo que tengo en la cabeza son "discursos" no sería raro que pudieran albergar una "treta" de segunda época. Si lo que experimento son sensaciones negativas no sería raro que allí se gestara una treta de primera época.

OCASIÓN

Este momento nos hace contestar a la pregunta ¿Cuándo o en qué circunstancias me sucede lo que ahora experimento? Lo clave en este apartado es recordar que, de ordinario, los acontecimientos espirituales vienen provocados por mediaciones históricas y humanas. ¿Con qué ocasión se me suscitaron esos sentimientos o pensamientos? Es iluminador poder

hacer relación a lo que hemos denominado Babilonias o Jerusalenes (cfr. Capítulo 1.) A ver si lo que me acaece tiene que ver, de una manera casi mecánica, con ciertos lugares, redes sociales, cosas, personas, etc. Las Babilonias como espacio del mal espíritu y las Jerusalén, los del bueno. Esta Jerusalén está toda ella llena de la presencia de la Moción Histórica, es decir, de Cristo sufriente en la humanidad. Jerusalén, entonces, es el lugar donde Cristo "padece en la humanidad" (E.E. 195) y desde allí invita y seduce.

También en el diagrama colocamos los *nazarets* que sería todo aquello que ya no me reta, no me desafía. La manera cómo reaccione puede llevarme a una moción o a una treta. También se presenta en el cuadro las *Betánias* que serán lugares de nutrición y crecimiento personal y descanso, el lugar adecuado donde se expresa el cuarto pedestal de la mesa (cfr. Capítulo 4. Cuarto derrotero).

En la *ocasión* es importante considerar los diversos tiempos: el *antes* espiritual comparado con el *ahora* que me abre al futuro. El discernimiento, por tanto, es la combinación de dos dialécticas: entre el buen y mal espíritu, y entre los diversos tiempos espirituales. Sólo de la combinación de ambas fuerzas se saca en claro lo que realmente Dios obra en nosotros. (cfr. Capítulo 1. Segunda parte, n^o 7)

VINCULACIÓN PSICOLÓGICA

Los deseos personales y los deseos de Dios no son tan alejados, porque Él pone en mí sus deseos. Esto implica poder reconocer que en nuestros deseos y aspiraciones más profundas encontramos los deseos de Dios. Recordemos que nuestro manantial brota del agua viva que es Dios.

En este momento se quiere responder a la pregunta *¿de dónde me viene esto que experimento?* Es el momento más psicológico del discernimiento. La razón para incluir este aspecto es ayudarnos a desmontar las tretas, atribuyéndole a cada dimen-

sión (la ocasión, la acción de los espíritus, la propia psicología) su causalidad. De ordinario, las tretas se aprovechan de la estructura psíquica. En primera época: sacan partido de las heridas y de los instintos exacerbados. Las tretas producidas por las reacciones desproporcionadas (heridas y traumas) no encuentran en las reglas de Ignacio sino un paliativo que no las erradica a menos que se las trabaje en un proceso curativo serio.

En segunda época, sin embargo, las tretas sacan fruto de los ideales exagerados, mecanismos de defensa, fervores indiscretos y compulsiones. En la medida en que puede detectarse la conexión, la treta pierde su peso por sí misma. Se llega a comprender mejor por qué razones esas tretas adquieren tanta resonancia en mi interioridad. Más aún, hemos insistido en que las tretas siempre nos señalan lo más valioso de una moción. Es útil tener bien claro cuáles son las heridas y las tendencias a los fervores indiscretos. Casi siempre seré atacado por ahí (cfr. Capítulo 1).

Es muy importante conocer cómo las compulsividades van a proyectar imágenes falsas de Dios, nos hacen producir *fetiches* de Dios: el dios de la perfección, de los sacrificios, de las obras, del intimismo, del conocimiento esotérico, de la norma, de solo la resurrección, del poder, de la paz falsa. Un fetiche muy común es el de convertir a Dios en un obseso sexual (cfr. Capítulo 4. Segunda parte. La imagen de Dios de Jesús).

En lo que respecta a las mociones, es importante resaltar que éstas, generalmente, se orientan a restañar las heridas o aumentar y/o crear nuevos elementos en *el pozo* de la riqueza personal.

EL DERROTERO

Este aspecto responde a la pregunta *¿a dónde nos lleva lo que experimentamos?*. Es el momento propiamente espiritual del proceso. En primer lugar, hay que distinguir si el material es simplemente psicológico o realmente es algo ya del ámbito es-

piritual. Es el primer discernimiento básico. Si éste no tiene un connotado espiritual propiamente hablando, no hay discernimiento espiritual sino, simplemente, discernimiento humano². Si me lleva a lo de Dios y su causa, es señal que es el buen espíritu; y viceversa. El papel de la *consigna* como criterio de discreción de espíritus es definitivo (cfr. Capítulo 1. Segunda parte, nº 4).

Es importantísimo –como criterio básico de discernimiento– el establecimiento de *la mesa* del banquete del Reino con sus cuatro pedestales. Así mismo es capital que las mociones nos llevan a la imagen de Dios que nos reveló Jesús: el de la alegre misericordia, el del amor incondicional, el de la gratitud, el del compromiso por el Reino, el Dios de la experiencia del Misterio, el que brinda libertad y fidelidad, el Dios pascual, el que se encarna en lo débil, el Dios de la esperanza. Pero también las mociones nos pueden conducir a la trascendencia del Dios que experimentó Jesús en la cruz (cfr. Capítulo 4).

Si lo que estoy examinando es una treta me aleja de la mesa del banquete del Reino, me separa de mi *consigna* y de la verdadera imagen del Dios de Jesús.

REACCIÓN

Esta parte da respuesta a la pregunta *¿cómo respondo a la invitación?* Aquí es de vital importancia el que caigamos en la cuenta que ante las mociones o las tretas podemos reaccionar de la misma manera que lo hacemos en cualquier relación humana: aceptando o rechazando el convite. Es el aspecto moral del discernimiento. Es un diálogo de libertades. Es respuesta personal al deseo de Dios.

2. Carrabús, Carlos Rafael, "Aprender a discernir para elegir bien", en Alemany, Carlos, *14 aprendizajes vitales*, Ed. Desclée De Brouwer (Serendipity Maior), Bilbao, 1998.

Ahora bien, si es moción lo que tenemos entre manos, lo que toca hacer es ponerla en práctica: *historizarla*. Si es una treta, por el contrario, lo que debe pretenderse es que *no haga historia*. De aquí que con las tretas de primera época deba, precisamente, hacerse lo contrario de lo que ella propone; no perder nunca la calma, denunciarla, e integrar lo que puedo aprovechar de esa situación (defensa oriental).

Es más problemático cuando se trata de una treta de segunda época: porque ahí lo que primero hay que hacer es descubrirla, ya que por principio, está encubierta. El modo de desenmascararla es fijándonos si hay o no una mengua en el interés por la consigna. Por otra parte, si hay una contradicción entre las actitudes que el *discurso* me está provocando (hay que recordar que las tretas de segunda época son un discurso) y las actitudes que emanan de mi consigna. Es de mucha ayuda revisar con frecuencia cómo están actuando los mecanismos de defensa, las compulsiones y los fervores indiscretos. Una vez descubierta la treta de segunda, se pueden aplicar las mismas tácticas que en las tretas de primera época.

COTEJAMIENTO

Esta última dimensión pretende responder a la pregunta *¿con quién comparto lo que estoy viviendo?* Es el momento eclesial del discernimiento. El cotejamiento es condición de posibilidad de todo discernimiento. La razón de esto es que las mociones son un regalo del Señor para construir el Reino desde una estructura –núcleo– eclesial dada.

Por tanto, es alguien con *densidad eclesial* –no tiene nada que ver con jerarquía eclesiástica ni con clericalismo–, con *representatividad de ese núcleo*, quien me puede confirmar si realmente lo que estoy viviendo puede o no contribuir al modo como construimos el Reino desde esa plataforma específica (cfr. Capítulo 2).

Por otra parte, este cotejamiento será tanto más necesario cuanto más repercusión social, política, histórica, tenga lo que estoy discerniendo.

Es también de suma importancia el *continuar pidiendo la confirmación de parte de Dios*. San Ignacio nos da ejemplo de ello en su Diario Espiritual. Aquí también se da esa relación: mientras más repercusión tiene lo que discernimos más confirmación divina demandamos.

Es necesario también, cotejar en tres aspectos específicos a nivel personal (conmigo mismo): *¿me hizo más libre?, ¿integra pasado y presente, y me abre al futuro?, y ¿me siento y me convierte más en pueblo de Dios?*

Por último, dentro del cotejamiento, (que, como vemos tiene muchos niveles), es la confirmación histórica lo que declara por dónde iba realmente la voluntad de Dios. El gran criterio del cotejamiento es si se construyó o no el Reino con eso que se discernía. Esto con una salvedad: Que a veces ese Reino se construye desde el verno despojados de nuestros proyectos por el mal del mundo. En este sentido tenemos la persuasión, en la fe, de que el Reino se hace desde el Siervo pobre de Yavé, que es luz de las naciones (cfr. Capítulo 3).

APÉNDICES

I. EL EXAMEN DE LA ORACIÓN Y SU METODOLOGÍA

Una vez conocida la técnica del examen cotidiano, el examen de la oración se puede presentar como una variante del mismo examen, porque en el fondo es una aplicación del mismo discernimiento a una hora de oración.

En líneas generales es el mismo trayecto el que debe seguirse *mutatis mutandis*. Una cosa interesante es la importancia que tiene examinar si lo que estamos demandando en la oración es lo que se nos dió. Muchas veces el Señor está ofreciendo su gracia por un punto determinado y se tiende a ser poco dócil al movimiento del Espíritu. De ahí que si al momento del examen nos percatamos que lo que se nos dió no era lo que habíamos pedido, habría que retomar precisamente ese "don" ya recibido y seguir insistiendo más por donde ya se anuncia la gracia.

El examen de la oración tampoco es el lugar propio para remontarse a la pregunta: *de dónde nos viene ese sentimiento*. Quizás esto es más propio del examen del día aunque obviamente no se excluye.

Metodología

1. Conectarse consigo mismo.
2. Pedir luz y gracia para conocer las mociones y captar las tretas.
Pedirle al Señor gracia para que me muestre qué regalo me dio...
3. ¿Qué es lo que se me dio evidentemente? ¿Lo que se me dio era lo que estaba pidiendo...? ... Si no era lo que yo pedía, modifico la petición inicial y sigo pidiendo por dónde ya me dieron.
4. Hacer el diagrama de la oración. ¿Qué prevaleció, consolación, desolación, tiempo tranquilo, agitación de espíritus?
5. Rescatar las mociones:
 - Describirlas: ¿Qué experimenté?
 - ¿Cómo se relacionan con mi psicología?
 - Discernirlas: el derrotero, ¿a dónde me llevan? ¿Al Reino de Dios y sus cuatro pedestales? ¿al Dios de Jesús?
 - Analizar mi tipo de reacción.
6. Rescatar las tretas:
 - Describirlas: ¿Son de primera o de segunda época?
¿Son "discursos" o sen sentimientos?
 - Relacionarlas con mi psicología.
¿Se apoyan en la heridas? (primera época)
¿Se apoyan en ideales exagerados o fervores indiscretos? (segunda época)
 - Discernirlas: ¿cuál es el derrotero? ¿A dónde me llevan?
 - Analizar mi reacción.
 - Destacar primera y segunda época
7. ¿Cuál es, por tanto, el fruto de esta oración?
8. En éste momento de examen: ¿qué siento, a qué me lleva, cómo estoy reaccionando? "Discernimiento en caliente".
9. Tarea que se impone, no que yo imagino... lo que tengo que historizar.
10. Terminar con un coloquio agradecimiento.

2. EL DISCERNIMIENTO PERSONAL COMPARTIDO

Compartir el discernimiento sólo es una modalidad del ejercicio del discernimiento personal. No es, por decirlo así, propiamente un discernimiento comunitario en cuanto tal. Tampoco es discernimiento apostólico. En el discernimiento comunitario el sujeto discerniente es la comunidad. En el personal es el individuo, y el sujeto de un discernimiento apostólico es el equipo que debe realizar una tarea que se convierta en misión apostólica cristiana.

Los frutos del compartir:

Las ventajas del compartir son de cara al que expone y de cara a los oyentes.

Ventajas del que expone:

- + Encuentra un eco multiforme de lo que él emite y transmite, de la obra que el Señor realiza en él.
- + Encuentra un espejo múltiple de lo que proyecta en el momento de exponer, como en su cotidianidad.
- + Encuentra un parámetro objetivo de la congruencia del discernimiento y lo que en realidad vive.
- + Encuentra un cotejamiento enriquecedor de cómo avanzar en la discreción de espíritus.

Ventajas para los oyentes:

- + Facilita la construcción de la comunidad, con base en el respeto de la obra que Dios realiza en cada uno. Se le puede conocer al otro desde la mirada y acción de Dios.
- + Facilita la autocompresión, y el propio discernimiento al verse muchas veces objetivado en el otro.

- + Facilita el aprendizaje de ser acompañante espiritual, pues la acción de escuchar lo compartido no es otra cosa que la de ser un director espiritual.

Este compartir no se hace únicamente en ambiente de comunidad o de "amigos en el Señor". Este compartir, con este método, puede emplearse muy bien en el acompañamiento espiritual, aprovechando todas las ventajas del compartir y con el clima de total confianza que colorea la relación con el "acompañante" autorizado.

La tónica de la participación:

RESPECTO AL QUE EXPONE:

- + Debe compartir en un clima de verdad, libertad y confianza. Se dice con libertad lo que se cree que se puede compartir sabiendo que lo que allí se dice no se utiliza fuera de ese ámbito y nunca en contra de él.
- + Se comparte también con ilusión y en tónica de búsqueda, pero sabiendo que por principio, —no se dice todo lo que nos pasa siempre—, el fruto del discernimiento compartido es limitado.

RESPECTO A LOS OYENTES:

- + No es un ejercicio de retroalimentación; no es el lugar para decir lo que no se dice en otros lugares; no es una ocasión de *revisión de vida* ni un ejercicio de crítica y autocrítica.
- + No se pueden utilizar elementos que el que expone no ha utilizado.
- + Es ejercicio de leer la acción de Dios en el otro. Es convertirse en testigo de la obra del Señor.
- + Es expresar explícitamente los sentimientos de paz, o consolación, o intranquilidad que produce lo escuchado.

- + En definitiva: se discierne lo escuchado. Es un discernimiento sobre lo que el otro nos participa.

La Metodología

- Establecimiento de la etapa a compartir:
 - + Se explicita por qué separamos esta etapa.
 - + Cómo se caracteriza; qué le da identidad. Por ejemplo, la petición típica, la treta característica, etc. Cuando se hacen los Ejercicios en la Vida Corriente, es importante hacer referencia a qué altura de ellos se está y el papel de su dinámica en la vida.
 - + Es un corte transversal de la vida. No necesariamente se da al final de una época espiritual, aunque de suyo sería lo mejor.
- Enumeración de los sucesos históricos–biográficos –positivos y negativos– donde se enmarca la etapa a compartir.
- Prevalencia general: consolación, desolación, tiempo tranquilo.
- Análisis de la moción principal y las otras mociones convergentes:
 - + descripción de las mociones,
 - + circunstancias en que se ubica la moción,
 - + origen: dónde se engasta en el proceso de maduración psicológica,
 - + derrotero: cotejamiento con la consigna,
 - + reacción: la primera y segunda; lo que allí se desató,
 - + hacer un pequeño resumen de lo dicho, para mayor claridad.
- Análisis de la treta o tretas principales.
 - + lo mismo que lo anterior,
 - + explicitación de primera y segunda época,
 - + resumen de lo dicho.

- f. Presentación de lo que en este momento concreto pasa en nosotros. Con los elementos para analizar mociones y tretas.
- g. Petición de que los demás reaccionen, tal vez pidiendo algún aporte específico y, por tanto, explicitación a veces en qué cosas concretas queremos cotejamiento o reacción.
- h. Interrupción:

En ese momento se hacen algunas preguntas aclaratorias y luego se va por espacio de unos quince minutos a hacer el discernimiento sobre lo escuchado. Aquí algunas guías:

- + ¿Cómo juzgamos su discernimiento? ¿Cómo aplica las reglas?
- + ¿Es suficientemente claro? ¿Tiene ya su método adquirido?
- + ¿Cómo sentimos al escuchar mociones y tretas?
- + ¿Que discernimos allí?
- + ¿Qué le tendríamos que decir de parte del Señor? ¿Qué datos o preguntas le aportamos, sobre todo a sus reacciones y la congruencia de su vida? ¿En qué nos ha ayudado a cada uno más? ¿En qué nos reflejamos más?

Como puede colegirse, este camino del compartir puede usarse con mucha utilidad en el acompañamiento espiritual donde se genera *el* espacio más apropiado de compartir el discernimiento personal.

NOTA:

Si se compara el examen de la oración, el cotidiano y el compartir del discernimiento se da no sólo un movimiento tendiente a la historia y al análisis del propio compromiso, sino que también se nota una complejización en lo discernido. Para el examen de la oración propiamente no se toma en cuenta el origen psicológico de las mociones y sobre todo de las tretas. Esto se hace necesario en el examen cotidiano. Para el compartir el discernimiento se hace vital el circunstanciar las mociones o tretas. Esto es lo que, entre otras cosas, constituye una de las diferencias de cada entidad discerniente.

3. LAS REGLAS IGNACIANAS DE DISCERNIMIENTO

EE 313

Reglas para en alguna manera

sentir

y conocer

las varias mociones que en la ánima se causan:

las buenas

para recibir

y las malas

para lanzar;

y son más propias para la primera semana.

EE 314 1ª regla. *La primera regla:*

En las personas que van de pecado mortal en pecado mortal,
acostumbra comúnmente el enemigo

proponerles placeres aparentes,

haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales,

por más los conservar y aumentar en sus vicios y pecados;

en las cuales personas

el buen espíritu usa

contrario modo

punzándoles y remordiéndoles las conciencias

por el sindérese de la razón.

EE 315 2ª regla. *La segunda:*

En las personas que van

intensamente purgando sus pecados,

y en el servicio de Dios nuestro Señor de bien en

mejor subiendo,

es el contrario modo

que en la primera regla.

Porque entonces

propio es del mal espíritu

morder, tristar y poner impedimentos,

inquietando con falsas razones

para que no pase adelante;

y propio del bueno

dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas,

inspiraciones y quietud, facilitando y quitando

todos impedimentos,

para que en el bien obrar proceda adelante.

EE 316 3ª regla. La tercera, de consolación espiritual:

Llamo consolación

cuando en el ánimo se causa alguna moción interior,

con la cual viene la ánimo a inflamarse en amor de su

Criador y Señor

y conseqüenter

cuando ninguna cosa criada sobre la haz de la tierra

puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas.

Asimismo

cuando lanza lágrimas motivas a amor de su Señor,

agora sea por el dolor de sus pecados

o de la pasión de Cristo nuestro Señor

o de otras cosas derechamente ordenadas en su servicio y

alabanza.

Finalmente llamo consolación

todo aumento de esperanza, fe y caridad

y toda leticia interna

que llama y atrae

a las cosas celestiales

y a la propia salud de su ánimo,

quietándola y pacificándola en su Criador y Señor.

EE 317 4ª regla. La cuarta, de desolación espiritual

Llamo desolación todo el contrario de la tercera regla,
así como

oscuridad del ánimo,
turbación de ella,
moción a las cosas bajas y terrenas,
inquietud de varias agitaciones y tentaciones,
moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor,
hallándose toda perezosa, tibia, triste,
y como separada de su Criador y Señor.

Porque así como la consolación es contraria a la
desolación, de la misma manera

los pensamientos que salen de la consolación son con-
trarios a los pensamientos que salen de la desolación.

EE 318 5ª regla. La quinta:

En tiempo de desolación

nunca hacer mudanza,
mas estar firme y constante
en los propósitos y determinación en que estaba
el día antecedente a la tal desolación,
o en la determinación en que estaba
en la antecedente consolación.

Porque así como en la consolación

nos guía y aconseja más el buen espíritu,
así en la desolación
el malo, con cuyos consejos no podemos tomar camino
para acertar.

EE 319 6ª regla. La sexta:

Dado que en la desolación
no debemos mudar los primeros propósitos,
mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma
desolación;
así como es en instar más en la oración, meditación,
en mucho examinar
y en alargarnos en algún modo conveniente
de hacer penitencia.

EE 320 7ª regla. La séptima:

El que está en desolación
considere
cómo el Señor le ha dejado en prueba,
en sus potencias naturales,
para que resista
a las varias agitaciones y tentaciones del enemigo;
pues puede
con el auxilio divino,
el cual siempre le queda,
aunque claramente no lo sienta;
porque el Señor le ha abstraído
su mucho hervor, crecido amor y gracia intensa,
quedándole tamen gracia suficiente para la salud eterna.

EE 321 8ª regla. La octava:

El que está en desolación
trabaje de estar en paciencia,
que es contraria a las vejaciones que le vienen,
y piense que será presto consolado,
poniendo las diligencias contra la tal desolación,
como está dicho en la sexta regla.

EE 322 9ª regla. La nona:

Tres causas principales son porque nos hallamos desolados:

La primera es

por ser tibios, perezosos o negligentes
en nuestros ejercicios espirituales,
y así por nuestras faltas

se aleja la consolación espiritual de nosotros.

La segunda

por probarnos para cuánto somos
y en cuánto nos alargamos en su servicio y alabanza
sin tanto estipendio de consolaciones y crecidas gracias.

La tercera

por darnos vera noticia y cognoscimiento
para que internamente sintamos
que no es de nosotros
traer o tener devoción crecida, amor intenso,
lágrimas ni otra alguna consolación
espiritual,

mas que todo es don y gracia
de Dios nuestro Señor;
y porque en cosa ajena no pongamos nido
alzando nuestro entendimiento
en alguna soberbia o gloria vana,
atribuyendo a nosotros
la devoción o las otras partes de la espiritual
consolación.

EE 323 10ª regla. La décima:

El que está en consolación

piense cómo se habrá
en la desolación que después vendrá,
tomando nuevas fuerzas
para entonces.

EE 324 11^a regla. La undécima:

El que está consolado
procure humillarse y bajarse cuanto puede
pensando cuán para poco es en tiempo de la desolación
sin la tal gracia o consolación.

EE 324b.:

Por el contrario
piense el que está en desolación
que puede mucho
con la gracia suficiente
para resistir a todos sus enemigos,
tomando fuerza en su Criador y Señor.

EE 325 12^a regla. La duodécima:

El enemigo se hace como mujer
en ser flaco por fuerza
y fuerte de grado.
Porque así como
es propio de la mujer, cuando riñe con algún varón,
perder el ánimo dando huída
cuando el hombre le muestra mucho rostro;
y por el contrario
si el varón empieza a huir perdiendo ánimo,
la ira, venganza y ferocidad de la mujer
es muy crecida y tan sin mesura:
de la misma manera
es propio del enemigo
enflaquecerse y perder ánimo, dando huída sus
tentaciones cuando la persona que se ejercita
en las cosas espirituales pone mucho rostro
contra las tentaciones del enemigo,
haciendo el opósito **per diamentrum**;

y por el contrario,
 si la persona que se ejercita comienza a
 tener temor y perder ánimo en sufrir las
 tentaciones,
no hay bestia tan fiera sobre la haz de la
tierra como el enemigo de natura humana en
prosecución de su dañada intención con tan
crecida malicia.

EE 326 13^a regla. La terdecima:

Asimismo se hace
como vano enamorado
en querer ser secreto y no descubierto.
Porque, así como
 el hombre vano,
 que hablando a mala parte requiere
 a una hija de un buen padre
 o a una mujer de buen marido,
quiere
 que sus palabras y suaciones sean secretas;
y el contrario le displace mucho,
 cuando la hija al padre o la mujer al marido
 descubre sus vanas palabras y intención
 depravada,
 porque fácilmente colige
 que no podrá salir con la empresa comenzada:
de la misma manera,
 cuando el enemigo de natura humana
 trae sus astucias y suaciones
 a la ánima justa,
quiere y desea
 que sean recibidas y tenidas en secreto;
 mas cuando las descubre a su buen confesor,

o a otra persona espiritual que conozca sus
engaños y malicias,
mucho le pesa;
porque colige que no podrá salir con su
malicia comenzada
en ser descubiertos sus engaños manifiestos.

EE 327 14^a regla. *La quatuordécima:*

Asimismo se (ha)
como un caudillo,
para vencer y robar lo que desea.
Porque así como
un capitán y caudillo del campo
asentando su real
y mirando las fuerzas y disposición de un castillo,
le combate por la parte más flaca,
de la misma manera
el enemigo de natura humana,
rodeando,
mira en torno todas nuestras virtudes teologales,
cardinales y morales,
y por donde nos halla más flacos y más necesita-
dos para nuestra salud eterna,
por allí nos bate y procura tomarnos.

* * *

EE 328

Reglas

*para el mismo efecto
con mayor discreción de espíritus
y conducen más
para la segunda semana.*

EE 329 1ª regla. La primera:

Propio es de Dios y de sus ángeles en sus mociones,
dar verdadera alegría y gozo espiritual,
quitando toda tristeza y turbación que el enemigo
induce;
del cual es propio
militar contra la tal alegría y consolación
espiritual, trayendo razones aparentes, sutilezas
y asiduas falacias.

EE 330 2ª regla. La segunda:

Sólo es de Dios nuestro Señor
dar consolación a la ánima
sin causa precedente;
porque es propio del Criador
entrar, salir, hacer moción en ella,
trayéndola toda en amor de la su divina majestad.
Digo sin causa,
sin ningún previo sentimiento o conocimiento
de algún obyecto por el cual venga la tal consolación
mediante sus actos de entendimiento y voluntad.

EE 331 3ª regla. La tercera:

Con causa puede consolar al ánimo
así el buen ángel como el malo,
por contrarios fines:
el buen ángel
por provecho del ánima
para que crezca y suba de bien en mejor;
y el mal ángel
para el contrario,
y adelante para traerla a su dañada
intención y malicia.

EE 332 4^a regla. La cuarta:

Propio es del ángel malo, que se forma sub angelo lucis,
entrar
 con la ánima devota
y salir
 consigo;
es a saber,
 traer pensamientos buenos y santos
 conforme a la tal ánima justa
 y después poco a poco procura
 de salirse, trayendo a la ánima
a sus engaños cubiertos y perversas intenciones.

EE 333 5^a regla. La quinta:

Debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos;
 y si el principio, medio y fin
 es todo bueno,
 inclinado a todo bien,
señal es de buen ángel;
mas si en el discurso de los pensamientos que trae, acaba
 en alguna cosa mala,
 o distractiva,
 o menos buena que la que el ánima antes tenía
 propuesta de hacer,
 o la enflaquece
 o inquieta
 o conturba a la ánima
 quitándola su paz, tranquilidad y quietud que
antes tenía, clara señal es proceder de mal espíritu,
enemigo de nuestro provecho y salud eterna.

EE 334 6ª regla. La sexta:

Cuando el enemigo de natura humana
fuere sentido y conocido
de su cola serpentina y mal fin a que induce,
aprovecha a la persona que fue de él tentada
mirar luego en el discurso de los buenos
pensamientos que le trujo y el principio de ellos,
y cómo poco a poco procuró hacerla descender
de la suavidad y gozo espiritual en que estaba,
hasta traerla a su intención depravada;
para que con la tal experiencia, conocida y notada,
se guarde para adelante de sus acostumbrados engaños.

EE 335 7ª regla. La séptima:

En los que proceden de bien en mejor,
el buen ángel toca a la tal ánima
dulce, leve y suavemente,
como gota de agua que entra en una esponja;
y el malo toca
agudamente y con sonido y inquietud,
como cuando la gota de agua cae sobre la piedra;
y a los que proceden de mal en peor
tocan los sobredichos espíritus
contrario modo.
Cuya causa es la disposición del ánima
ser a los dichos ángeles
contraria o símile;
porque cuando es contraria
entran con estrépido y con sentidos,
perceptiblemente;
y cuando es símile
entra con silencio como en propia casa
a puerta abierta.

EE 336 8ª regla. La octava:

Cuando la consolación es sin causa,
dado que en ella no haya engaño,
por ser de sólo Dios nuestro Señor,
como está dicho,
pero la persona espiritual, a quien Dios da la tal
consolación, debe con mucha vigilancia y atención mirar
y discernir

el propio tiempo
de la tal actual consolación
del siguiente, en que la ánima
queda caliente y favorecida con el favor y
reliquias de la consolación pasada.

Porque muchas veces en este segundo tiempo,
por su propio discurso
de hábitos y consecuencias de los
conceptos y juicios,
o por el buen espíritu,
o por el malo,
forma diversos propósitos y pareceres
que no son dados inmediatamente de Dios
nuestro Señor;
y por tanto,
han menester ser mucho bien examinados,
antes que se les dé entero crédito
ni que se pongan en efecto.

caminos

Director de Colección: FRANCISCO JAVIER SANCHO FERMIN

1. Ma "nada" y el "todo".
2. JOSÉ SERNA ANDRÉS: *Salmos del Siglo XXI*.
3. LÁZARO ALBAR MARÍN: *Espiritualidad y praxis del orante cristiano*.
5. JOAQUÍN FERNÁNDEZ GONZÁLEZ: *Desde lo oscuro al alba*.
6. KARLFRIED GRAF DUCKHEIM: *El sonido del silencio*.
7. THOMAS KEATING: *El reino de Dios es como... reflexiones sobre las parábolas y los dichos de Jesús*.
8. HELEN CECILIA SWIFT: *Meditaciones para andar por casa*.
9. THOMAS KEATING: *Intimidad con Dios*.
10. THOMAS E. RODGERSON: *El Señor me conduce hacia aguas tranquilas. Espiritualidad y Estrés*.
11. PIERRE WOLFF: *¿Puedo yo odiar a Dios?*
12. JOSEP VIVES S.J.: *Examen de Amor. Lectura de San Juan de la Cruz*.
13. JOAQUÍN FERNÁNDEZ GONZÁLEZ: *La mitad descalza. Orenus*.
14. M. BASIL PENNINGTON: *La vida desde el Monasterio*.
15. CARLOS RAFAEL CABARRÚS S.J.: *La mesa del banquete del reino. Criterio fundamental del discernimiento*.
16. ANTONIO GARCÍA RUBIO: *Cartas de un despiste. Mística a pie de calle*.
17. PABLO GARCÍA MACHO: *La pasión de Jesús. (Meditaciones)*.
18. JOSÉ ANTONIO GARCÍA-MONGE y JUAN ANTONIO TORRES PRIETO: *Camino de Santiago. Viaje al interior de uno mismo*.
19. WILLIAM A. BARRY S.J.: *Dejar que le Creador se comuniqué con la criatura. Un enfoque de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*.
20. WILLIGIS JÄGER: *En busca de la verdad. Caminos - Esperanzas - Soluciones*
21. MIGUEL MÁRQUEZ CALLE: *El riesgo de la confianza. Cómo descubrir a Dios sin huir de mí mismo*.
22. GUILLERMO RANDLE S.J.: *La lucha espiritual en John Henry Newman*.
23. JAMES EMPEREUR: *El Eneagrama y la dirección espiritual. Nueve caminos para la guía espiritual*.
24. WALTER BRUEGGEMANN, SHARON PARKS y THOMAS H. GROOME: *Practicar la equidad, amar la ternura, caminar humildemente. Un programa para agentes de pastoral*.
25. JOHN WELCH: *Peregrinos espirituales. Carl Jung y Teresa de Jesús*.
26. JUAN MASIÁ CLAVEL S.J.: *Respirar y caminar. Ejercicios espirituales en reposo*.
27. ANTONIO FUENTES: *La fortaleza de los débiles*.
28. GUILLERMO RANDLE S.J.: *Geografía espiritual de dos compañeros de Ignacio de Loyola*.
29. SHILOMO KALO: "Ha llegado el día...".
30. THOMAS KEATING: *La condición humana. Contemplación y cambio*.
31. LÁZARO ALBAR MARÍN Pbro.: *La belleza de Dios. Contemplación del icono de Andreï Rublev*.
32. THOMAS KEATING: *Crisis de fe, crisis de amor*.

33. JOHN S. SANFORD: *El hombre que luchó contra Dios. Aportaciones del Antiguo Testamento a la Psicología de la Individuación.*
34. WILLIGIS JÄGER: *La ola es el mar. Espiritualidad mística.*
35. JOSÉ-VICENTE BONET: *Tony de Mello. Compañero de camino.*
36. XAVIER QUINZÁ: *Desde la zarza. Para una mistagogia del deseo.*
37. EDWARD J. O'HERON: *La historia de tu vida. Descubrimiento de uno mismo y algo más.*
38. THOMAS KEATING: *La mejor parte. Etapas de la vida contemplativa.*
39. ANNE BRENNAN y JANICE BREWI: *Pasión por la vida. Crecimiento psicológico y espiritual a lo largo de la vida.*
40. FRANCESC RIERA I FIGUERAS, S.J.: *Jesús de Nazaret. El Evangelio de Lucas (I), escuela de justicia y misericordia.*
41. CEFERINO SANTOS ESCUDERO, S.J.: *Plegarias de mar adentro. 23 Caminos de la oración cristiana.*
42. BENOÎT A. DUMAS: *Cinco panes y dos peces. Jesús, sus comidas y las nuestras. Teovisión de la Eucaristía para hoy.*
43. MAURICE ZUNDEL: *Otro modo de ver al hombre.*
44. WILLIAM JOHNSTON: *Mística para una nueva era. De la Teología Dogmática a la conversión del corazón.*
45. MARIA JAUDI: *Misticismo cristiano en Oriente y Occidente. Las enseñanzas de los maestros.*
46. MARY MARGARET FUNK: *Por los senderos del corazón. 25 herramientas para la oración.*
47. TEÓFILO CABESTRERO: *¿A qué Jesús seguimos? Del esplendor de su verdadera imagen al peligro de las imágenes falsas.*
48. SERVAIS TH. PINCKAERS: *En el corazón del Evangelio. El "Padre Nuestro".*
49. CEFERINO SANTOS ESCUDERO, S.J.: *El Espíritu Santo desde sus símbolos. Retiro con el Espíritu.*
50. XAVIER QUINZÁ LLEÓ, S.J.: *Junto al pozo. Aprender de la fragilidad del amor.*
51. ANSELM GRÜN: *Autosugestiones. El trato con los pensamientos.*
52. WILLIGIS JÄGER: *En cada ahora hay eternidad. Palabras para todos los días.*
53. GERALD O'COLLINS: *El segundo viaje. Despertar espiritual y crisis en la edad madura.*
54. PEDRO BARRANCO: *Hombre interior. Pistas para crecer.*
55. THOMAS MERTON: *Dirección espiritual y meditación.*
56. MARÍA SOAVE: *Lunas... Cuentos y encantos de los Evangelios.*
57. WILLIGIS JÄGER: *Partida hacia un país nuevo. Experiencias de una vida espiritual.*
58. ALBERTO MAGGI: *Cosas de curas. Una propuesta de fe para los que creen que no creen.*
59. JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.: *La sementera del silencio.*
60. THOMAS MERTON: *Orar los salmos.*
61. THOMAS KEATING: *Invitación a amar. Camino a la contemplación cristiana.*
62. JACQUES GAUTIER: *Tengo sed. Teresa de Lisieux y la madre Teresa.*
63. ANTONIO GARCÍA RUBIO: *Aún queda un lugar en el mundo.*
64. ANSELM GRÜN: *Fe, esperanza y amor.*

65. MANUEL LÓPEZ CASQUETE DE PRADO: *Regreso a la felicidad del silencio.*
66. CHRISTOPHER GOWER: *Hablar de sanación ante el sufrimiento.*
67. KATTY GALLOWAY: *Luchando por amar. La espiritualidad de las bienaventuranzas.*
68. CARLOS RAFAEL CABARRÚS: *La danza de los íntimos deseos. Siendo persona en plenitud.*
69. FRANCISCO JAVIER SANCHO FERMÍN, O.C.D.: *El cielo en la Tierra. Sor Isabel de la Trinidad.*
70. THOMAS MERTON: *Paz en tiempos de oscuridad. El testamento profético de Merton sobre la guerra y la paz.*
71. XAVIER QUINZÁ LLEÓ, S.J.: *Dios que se esconde. Para gustar el misterio de su presencia.*
72. THOMAS KEATING: *Mente abierta, corazón abierto. La dimensión contemplativa del Evangelio.*
73. ANSELM GRÜN - RAMONA ROBBEN: *Marcar límites, respetar los límites. Por el éxito de las relaciones.*
74. TEÓFILO CABESTRERO: *Pero la carne es débil. Antropología de las tentaciones de Jesús y de nuestras tentaciones.*
75. ANSELM GRÜN - FIDELIS RUPPERT: *Reza y trabaja. Una regla de vida cristiana.*
76. MANUEL LÓPEZ CASQUETE DE PRADO: *Las dos puertas. La reconciliación interior en la experiencia del silencio.*
77. THOMAS MERTON: *El signo de Jonás. Diarios (1946-1952).*

Este libro se terminó
de imprimir
en los talleres de
RGM, S.A., en Bilbao,
el 25 de mayo de 2007

c a m i n o s

Este libro presenta una serie de enfoques sobre el tema del discernimiento cristiano. El discernimiento es una actitud básica que nace de una opción por la vida propia y por la vida de los demás, especialmente de las personas necesitadas. Lo cristiano de este discernimiento tiene que ver con el Reino de Dios. Este Reino es como un banquete en cuya mesa se experimentan la alegría, la paz y la solidaridad. La mesa del banquete, con todo, se sostiene en cuatro actitudes básicas: la justicia solidaria, la alegre misericordia, el amor sano a nosotros mismos y el estar dispuestos a ser mal vistos por el poder de este mundo precisamente por llevar a cumplimiento todo lo anterior. Todo lo que esté orientado hacia esa mesa del banquete, tenemos la certeza de que está impulsado por Dios y de que redundará en nuestro propio bien y sobre todo en el de las personas que sufren.

El P. Carlos Cabarrús S.J. es guatemalteco, antropólogo y actual director del Instituto Centroamericano de Espiritualidad (ICE) en Guatemala. Fue durante mucho tiempo maestro de novicios jesuitas, donde obtuvo la experiencia psico-espiritual que lo llevó a la preocupación por la metodología del discernimiento cristiano. Es autor de numerosos títulos sobre espiritualidad y antropología.

ISBN: 978-84-330-1349-1



9 788433 013491

www.desclée.com

Desclée De Brouwer

